



BOB FINGERMAN

PARIA

Z

«Bob Fingerman es un maestro de la narrativa, con una excepcional habilidad tanto para las palabras como para las imágenes. Su visión es urbana, anárquica y sinérgica.»
—Jonathan Lethem, autor de *La fortaleza de la solitud*

Lectulandia

Una plaga mundial prácticamente ha acabado con el género humano, y los ciudadanos de Nueva York no son una excepción. Ocho millones de zombis, hombro con hombro, recorren las calles, ávidos de carne humana. Los residentes de un edificio del Upper East Side han aunado fuerzas para mantenerse a salvo, mientras el desfile de seres putrefactos que ven desde sus ventanas les recuerda continuamente su posible destino. La tensión entre los inquilinos, confinados en sus apartamentos, crece a medida que se agotan los víveres. Cuando divisan a una adolescente solitaria que camina sin miedo entre los muertos vivientes, sin armas ni protección, su mundo se abre.

Lectulandia

Bob Fingerman

Paria Z

ePub r1.0

Titivillus 09.02.16

Título original: *Pariah*
Bob Fingerman, 2012
Traducción: Olga Usoz Chaparro
Ilustraciones: Bob Fingerman
Diseño de cubierta: Getty Images y Peter Lutjen

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a mi esposa, Michele, a quien amo
de manera inconmensurable.

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría expresar mi eterna gratitud a John Schoenfelder. Tras haber leído mi primera novela, John me localizó para ver si tenía algo más bajo la manga, así que le hablé de Paria y me pidió que se la enviara. Le encantó y, a pesar de que no pudo darle salida, en lugar de dejarla morir, hizo algo realmente extraño y generoso y se la pasó a la siguiente persona a la que también deseo expresar mi agradecimiento: mi fantástico editor, Eric Raab. Eric compartió la pasión de John por Paria y la publicó en Tor, lo que me lleva a la siguiente persona, Tom Doherty, sin cuya labor no existiría Tor ni este acuerdo. Gracias también a Whitney Ross, la hábil ayudante de Eric. Me gustaría además dar las gracias a Irene Gallo y Jamie Stafford-Hill por hacer posible que Paria tenga un aspecto tan terrorífico. Gracias a Bob Mecoy, por ser el intermediario de este trato. A Kirsten Wolf, por proporcionar otro par de ojos de lince. A Helene y Saul, mis maravillosos padres, por (entre otras muchas cosas) inculcarme el amor por la palabra escrita. Sería negligente por mi parte no expresar mi profundo agradecimiento y admiración a George A. Romero, por acuñar al zombi moderno; incluso cuando añadimos nuestros propios y novedosos enfoques, lo único que hacemos es jugar con los juguetes del señor Romero. Y una vez más, mi agradecimiento, mi amor y mis mejores deseos para mi maravillosa, cariñosa y hermosa esposa, Michele, por su apoyo. Creo que he superado mis cuarenta y cinco segundos asignados.

«El hombre necesita sufrir. Cuando no tiene pesares reales los crea.
Los pesares lo purifican y lo preparan».

JOSE MARTÍ



Primera parte



Febrero, hace unos meses

Larry Gabler estaba allí tumbado, sangrando y respirando con dificultad. Con setenta y dos años, era once años menor que Abe, aunque en ese momento se lo habría puesto muy crudo a Matusalén.

—Tienes que volver a casa con Ruthie —le dijo él entre jadeos, mientras el sudor brillaba en su cerúleo rostro.

—Sí, sí —dijo Abe, al tiempo que se servía un copazo de la botella que había en su escritorio; la radio emitía sin parar el poco convincente reportaje de los históricos corresponsales que intentaban articular lo que estaba ocurriendo en toda la ciudad de Nueva York, por no hablar del resto del mundo. Abe dio un tímido sorbo al *whisky*, antes de bebérselo de un trago y asomarse por la ventana para echar un vistazo al caos que reinaba debajo. Mientras observaba, tres taxis chocaron y el conductor de uno de ellos salió despedido por el parabrisas como si fuera un torpedo de carne. La gente se empujaba y se daba empujones, unos trepaban por encima de los otros, todos trataban de salvarse, que se fueran a la mierda los demás. El estruendo de los gritos y de las balas perdidas retumbaba en el cada vez más oscuro pasillo del edificio de oficinas, al tiempo que el sol se escondía por el oeste, más allá de Jersey. Mezclado con la habitual mugre de los montones de nieve acumulados en la acera, había un color nuevo: un rojo intenso, abundante, que los hacía parecer grandes cucuruchos de nieve ensangrentados.

—Ay, sí, estoy deseando bajar y mezclarme entre la multitud —dijo Abe.

La chica vagabunda que había traído a Larry renqueando estaba muerta de miedo. Estaba sentada, prácticamente catatónica, al otro lado del apelmazado sofá de la sala de espera. Era una joven y atractiva portorriqueña, posiblemente de veintitantos, quizá fuese dominicana, Abe no estaba del todo seguro. Para él los jóvenes eran jóvenes, los viejos eran viejos y los hispanos eran hispanos. Larry soltó un chirriante gruñido y se tiró un estruendoso pedo, con la barbilla apoyada en el pecho, mientras le sangraban las fosas nasales.

—Creo que tu amigo ha muerto —murmuró la joven latina.

—Ya estaba muerto cuando entró —respondió Abe—. Lo pude percibir en todo su ser. Cuando se llega a mi edad, la muerte es una de las pocas cosas que uno puede reconocer a simple vista.

Abe dirigió su mirada al pedazo de tela empapado en sangre que rodeaba la pantorrilla mordisqueada de Larry, los pantalones estaban hechos jirones. Se tomó rápidamente otro chupito de *whisky* y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó la chica.

—Tengo que hacerle una visita a Menachem Bender.

—¿A quién?

Sin dar más explicaciones, Abe salió de la oficina de la tienda de ropa de bebés Cutie-Pie y bajó a toda velocidad al vestíbulo en dirección al establecimiento de ropa masculina de tallas grandes Menachem Bender. Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—Bender, ¿estás ahí? —Aporreó la puerta varias veces, haciendo vibrar el cristal esmerilado en el que aparecía grabado el nombre y el logotipo de Bender—. Bender, vamos, soy yo, ¡Abe Fogelhut! ¿Estás ahí? —No hubo respuesta. Abe inspeccionó el vestíbulo, antes de dar un codazo y sacar del marco el panel que estaba suelto, provocando que el cristal cayera al suelo de linóleo haciéndose añicos. Con cuidado de no cortarse, abrió la puerta, sintiendo el angustioso estremecimiento que le provocaba el hecho de invadir el negocio de su vecino, así como un intenso y paralizante miedo—. ¡Bender!

No hubo respuesta.

Abe echó un rápido vistazo a la oscura habitación, entonces entró, encendió los tubos fluorescentes que había en el techo y estos comenzaron a emitir zumbidos de protesta. Un somero repaso a los libros de contabilidad de Bender hizo evidente que Cutie Pie no era el único establecimiento del sector textil que experimentaba un pésimo trimestre.

—Vaya —suspiró Abe—. Mi más sentido pésame. —Abe rodeó el escritorio en dirección al almacén y casi tropieza con el cadáver de Bender, quien empuñaba una 38 en su mano de blancos nudillos. La pared y el suelo adyacentes se encontraban salpicados de fragmentos de cráneo y cerebro. Abe se tapó la boca con la mano y entonces la bajó, al caer en la cuenta de que ni iba a gritar ni a vomitar. Solo negó con la cabeza y abrió el almacén, al tiempo que repetía sus anteriores condolencias. Al encender la luz, se permitió esbozar una sonrisa.

—Perfecto —dijo, al ver los montones de ropa de invierno para excursionistas de talla grande que habían quedado sin vender.

Momentos después, volvió a Cutie Pie para encontrarse con Larry inclinado sobre la latina y devorándole las entrañas con avidez. Abe regurgitó lo que tenía en el estómago, lo que le abrasó la garganta al pasar. Larry ni siquiera apartó la mirada de su festín, aún espasmódico, cuando Abe, feliz de haber recuperado el revólver de Bender, vació el cañón en su compañero, ahora convertido en zombi. El quinto disparo hizo saltar por los aires la parte superior del cráneo de Larry, quien cayó sobre los restos de la chica. Abe escupió bilis al suelo, dio un trago a la botella de Cutty Sark, se enjuagó la boca con él y volvió a escupir.

—Muy bien —dijo, fingiendo la mayor tranquilidad posible—. Muy bien.

Se limpió la boca con su pañuelo, cogió un cúter y abrió una de las numerosas cajas de la colección de bodys de invierno para bebés de la marca Baby Sof'Suit que

no se habían vendido.

—Muy bien —repitió—, ha llegado la hora de la redención.

Con su metro sesenta y cinco de altura y su cintura de setenta y seis centímetros, Abe se puso un peto de la talla XXXL de Breathable Sub-zero Shield Sooper-System, un mono de caza con doble aislamiento para los gorditos a los que les gusta darse caminatas por los bosques para disparar a bichos indefensos. Dejándose el peto bajado, Abe comenzó a rellenarse las perneras con bodies, desde los tobillos hacia arriba. Tras alcanzar la máxima densidad, se lo subió, tiró de la parka de camuflaje a juego y la rellenó con más bodies. Con la capucha ceñida alrededor de su bufanda y un par de gafas para la nieve, Abe se parecía a Papá Noel preparado para la lucha.

—Muy bien —repitió, esta vez con un tono más apagado—, hora de volver a casa.

Julio, en la actualidad

Tumbado boca arriba, Dabney permanecía despierto al aire libre. El cielo, sin estrellas, era como un bloque de pizarra, y tampoco había nubes que diferenciaron la opaca penumbra que reinaba en las alturas, aunque no se trataba de una oscuridad total, sino de algo grisáceo y sin vida. Sería agradable que se vieran estrellas, quizá la luna, lo que fuera, sin embargo, no había nada, nada de nada. ¿Cómo podía ser posible? Quizá estuviera perdiendo la vista. Debajo de él, la tela asfáltica pintada en plata estaba abollada y aún caliente, al continuar reteniendo el calor diurno. Él palpó la textura con sus gruesos dedos, que estaban tan arrugados y despellejados como el resto de su piel, achicharrada por el sol de pasarse la vida allí en la azotea. Que los demás se pudran en sus apartamentos, pensó. Yo prefiero pudrirme a los ojos de Dios.

Dabney se tocó la frente, se arrancó una tira de piel y la presionó contra su lengua, mientras saboreaba la acre salinidad de ese sucedáneo de cecina, fino como el papel. Se dejó el pellejo en la boca durante un rato, antes de salivar lo suficiente para poder tragársela. Sabía que su comportamiento estaba siendo asqueroso, pero ¿y qué? Se estaba demostrando a sí mismo qué sentidos podía estimular. El gusto; comprobado. El tacto; comprobado. La vista; negativo. ¿El oído? Todo lo que lo rodeaba estaba en silencio, así que Dabney forzó un eructo ácido. Comprobado. ¿El olfato?

Olfato.

El olfato había sufrido demasiado en los últimos meses y, aunque tampoco se podía decir que dicho sentido hubiera sido nunca su fuerte, la atrofia de este podía considerarse como una especie de bendición, dadas las circunstancias. Así que, por el momento, tres de cinco. La mañana llegaría y la vista volvería pronto a formar parte de la lista.

Cuatro de cinco.

No estaba mal.

—Dios, hasta el más mínimo movimiento me pondría contento. Movimiento. Contento. Una leve brisa me traería una sonrisa, mientras se desliza sin prisa por debajo de mis sisas y alivia mi... mi... Joder. Ya no me sale.

Tras terminar el juego de rimas, Karl se colocó de costado, el colchón en el que había estado tumbado estaba húmedo debido al sudor, un fluido que no podía permitirse perder. Karl miraba a la pared, o al menos en su dirección. Estaba tan oscuro que no podía verla, pero estaba allí, una fina capa protectora que lo separaba de ellos, aunque ni siquiera estaba pensando en los verdaderamente peligrosos, en letras mayúsculas, solo pensaba en los que estaban en el edificio, sus vecinos.

Todas las ventanas del apartamento 5B estaban abiertas, aunque nadie lo notaría, porque el aire estaba tan quieto que parecía un vacío. Karl inhaló profundamente, pero algo acumulado en el interior de la cavidad nasal le provocó un estridente silbido. Entonces comenzó a inspirar, espirar, inspirar, espirar, cambiando el ritmo e intentando olvidarse de su insomnio. Silbaba por la nariz un tema de pop prácticamente olvidado, cuya melodía le había venido a la cabeza de repente desde lo más profundo del subconsciente. ¿Qué tema era ese? Más tarde, se puso a tararearlo sin letra, aunque la tenía, de eso se acordaba. En ese momento, eso lo estaba matando. Cuanto más tarareaba, alargando las notas, menos podía concentrarse en la letra, realmente lo estaba matando, bueno, en realidad no, pero tampoco le servía de gran ayuda.

Pesar como cuarenta y cinco kilos sí que lo estaba matando.

Estar deshidratado sí que lo estaba matando.

La falta de sueño sí que lo estaba matando.

El repetido soniquete era sencillamente enervante.

Con crujidos internos que ponían en entredicho sus veintiocho años de edad, Karl dejó caer sus piernas por un lado de la cama y rozó con los dedos los tablones de madera desnudos, los cuales estaban tan calientes como todo lo demás. ¿Qué clase de mundo era ese en el que hasta el suelo estaba caliente? Se suponía que los suelos eran fríos al tacto, incluso en verano.

Antes de salir de la cama, Karl buscó a tientas las cerillas en la mesita de noche. Aunque no le gustaba la idea de encender una y añadir todavía más calor, a pesar de que este fuera mínimo, era todavía más reacio a golpearse los dedos de los pies o a tropezar con algo. Después de haber vivido en ese apartamento durante los últimos años, era de esperar que conociera el terreno, incluso sin poder ver nada, pero no era el caso. Su sudorosa palma dio con la carterita de fósforos y Karl encendió uno, cuyo brillo lo cegó durante un momento, a medida que sus ojos se adaptaban a ese diminuto haz de luz en medio de la más absoluta oscuridad. El pequeño y titubeante fuego dio con la mecha ennegrecida de una de las velas y la encendió, provocando un foco de brillo con una reconfortante incandescencia.

Karl tenía muchas velas, regalos de su madre, sus tías, su abuela y sus antiguas novias. Tenía incluso de compañeras de trabajo, la gilipollez del juego del amigo invisible. ¿Qué les pasaba a las mujeres con las velas? Cuando se las regalaban, fingía que le gustaban y luego las metía en una caja que guardaba en un armario, aunque en ese momento se alegraba de tenerlas, con la excepción de las aromáticas. Había aprendido la lección por las malas. Los aromas frescos, afrutados, acanelados y a flores hacían renacer su aletargado sentido del olfato, se trataba de unos olores olvidados que despertaban sus receptores olfativos, lo que a su vez intensificaba la repugnancia del insoportable tufo de la putrefacción de la calle. Solo hizo falta una vela con aroma a manzana para aprender la lección. Había encendido la mecha y disfrutado durante un momento del delicioso buqué, antes de vomitar por el penetrante hedor del incesante desfile de seres putrefactos al aire libre.

Así que, nada de velas aromáticas.

Con la luz, Karl pudo distinguir la decoración de su dormitorio, los pósteres de la pared (Kiss, Slipknot, Metallica, Judas Priest, Ozzy, Motörhead, Korn) le proporcionaban tranquilidad, aunque ninguna de esas bandas era la responsable de la dichosa melodía que en ese momento no dejaba de repetirse en su cabeza. ¿Cuál era? Le resultaba conocida y desconocida a la vez. Era una melodía en cierta forma bonita y molesta al mismo tiempo.

Karl recorrió con la mirada el Muro de la Belleza, un auténtico tapiz de fotos de chicas de calendario, páginas desplegadas, recortes de revistas y lo que más le gratificaba a nivel personal (aunque en ese momento, en retrospectiva, tan sentimental que daba pena), las fotos Polaroid de los viejos tiempos en los que todavía «se comía algún roscó» y, en ocasiones, lograba convencer a sus conquistas para que posaran desnudas para él. Cuando todo era diferente, había sido discreto y guardaba esas fotos en un lugar privado, pero ¿y en ese momento? En ese momento estaban siempre a la vista.

Karl se levantó de la cama y arrastró los pies hasta llegar a la pared. La parpadeante luz de la vela provocaba que las imágenes parecieran estar contoneándose, y aunque había cierto movimiento en sus partes bajas, era insuficiente para el autoerotismo. ¡Erotismo! Vaya una falacia. ¿Hay algo menos erótico que hacerse una paja frente a un altar de representaciones bidimensionales de carne núbil?, ¿o de cualquier carne?, en este caso, ¿de carne muerta? Todas estaban muertas, o eso pensaba él, al menos; entonces, ¿constituía un acto de necrofilia el hecho de masturbarse con esas fotografías de bellezas? En los viejos tiempos, una de las estrellas del porno favoritas de Karl se suicidó y, a consecuencia de eso, el descomunal alijo de vídeos en los que ella aparecía se convirtió en algo odioso para su libido, así que se los regaló a un amigo menos preocupado por... ¿cómo decirlo?, ¿el sentimiento?, ¿la conciencia?, ¿la ética?, ¿la empatía? o sencillamente ¿la decencia de toda la vida?

La decencia parecía una virtud pasada de moda, por lo que, cuando podía recobrar

energías, les daba unas palmaditas en el trasero a las señoritas muertas. ¿Acaso las había de otra clase?

Karl recorría con las puntas de los dedos algunas de sus fotografías favoritas. Chicas de piernas largas, anchas de caderas, cinturas de avispa, y todas ellas con ojos tentadores. Lo máspreciado era su foto Polaroid de Dawn-Anne McCarthy, el amor platónico de su primer ciclo de secundaria. Se había encontrado con ella, años después de graduarse, en la cola de una tienda de la ciudad. Su antiguo desdén por él en el instituto había desaparecido y algunas semanas de ensueño satisficieron todas y cada una de sus fantasías de adolescente con ella, aunque en el caso de algunas, su mente pubescente había sido demasiado inexperta para tan siquiera evocarlas.

Hasta que la jodió, claro está.

—Eras la mejor, cariño —le dijo Karl, mientras rozaba con la punta de su dedo índice el sedoso centro del sexo de Dawn. Él suspiraba con una melancolía manifiesta, aunque tampoco es que hubiera nadie que fuera a notarlo ni a darle consuelo—. Eras mi Everest.

Karl se puso colorado de vergüenza ante sus cursilerías, luego levantó su mirada hacia el techo y pensó en subir a la azotea. Probablemente allí hiciera menos calor, quizá corriera algo de aire. Más tarde se acordó de Dabney y lo reconsideró, así que volvió a la cama, apagó la vela y se enroscó de costado en el borde, en un intento por no tocar la zona húmeda.

Que estaba caliente.

—¿Estás dormido?

Al otro lado del vestíbulo, en el apartamento 5A, Ruth Fogelhut le daba un golpe a su marido de cuarenta y seis años en unas costillas tipo xilófono con una mano similar a la garra de una gallina, mientras sus afilados dedos arañaban la translúcida epidermis de este, dejando tras de sí unas marcas de color rojo escarlata, aunque tampoco es que fuera a verlas nadie con esa oscuridad.

—¿Quién puede dormir aquí? Sobre todo... —pausa para un ligero ataque de tos seca— cuando te pasas la noche torturándome. ¿Dormir? ¿A qué llamas tú dormir? Debería tener la suerte de poder dormir. Hasta una pesadilla sería preferible a tu constante coñazo.

—No es necesario que seas tan desagradable, Abraham.

—¿Se supone que eso es para reprenderme, «Abraham»? ¿Crees que soy un niño de cinco años y que decir mi nombre completo es un castigo que voy a tolerar? Abe, Abraham, llámame como te dé la real gana. Puedes llamarme Ismael, me tiene sin cuidado. Dormir, dormir es un bonito recuerdo.

—Te llamaré mierda, ¿qué te parece eso?

En la oscuridad, Abe esbozó una sonrisa triunfal. Durante toda su vida, Ruth nunca había sido dada a decir tacos, una vulgaridad así era indigna de ella. Las palabrotas eran para el pueblo llano, la plebe, pero sin las necesidades básicas, como son la comida, el agua corriente, la electricidad, la higiene, etcétera, hasta Emily Post

podría llamarte chupapollas durante la cena.

—Lo siento, Abe. Abe, ¿está mejor así? —La voz de Ruth era ronca y lastimera, parecía provenir de alguien no del todo humano, como si tuviera los huesos de cascabel y la boca reseca, como si fuera algo momificado y parco, pero no te lo pierdas, es que en realidad no era del todo humana. Ruth, la que una vez fuera una réplica exacta de Ruby Keeler de joven, con unas curvas que quitaban el hipo, era en ese momento un arrugado saco de huesos, prácticamente calvo y con unos cráteres como hueveras alrededor de sus legañosos y apagados ojos verdes.

—Abe está bien —contestó este en voz muy baja. ¿Por qué alzar el tono de voz? Ya no había ruidos con los que tener que competir, como el tráfico y los aviones que surcaban el cielo estruendosamente, ya no se oían los gritos de los niños ni de las víctimas de los atracos, ni a los clientes broncas del bar situado en diagonal con respecto a su apartamento. Ya no había coches tuneados con sus estridentes equipos, cuyos bajos eran tan intensos que se podían sentir en el colon. Tampoco se oía el molesto escándalo de los camiones de la basura, ni el estruendoso rugido del triturador, ni el impacto y sonido metálico de las latas vacías al ser arrojadas al suelo, ni tampoco las bromas inarticuladas de los empleados del servicio de recogida de basura. ¿Quién podía pensar que iba a echar de menos toda esa mierda?—. Abe está bien —repitió, con la intención de tranquilizarse tanto a sí mismo como a Ruth. Parecía más recomendable hablar de sí mismo en tercera persona, como si no fuera del todo real, porque la realidad daba asco. Abe no está bien, pensó él. ¿Quién coño está bien con los tiempos que corren?

—No puedo dormir.

—¿En serio? —preguntó el anciano, el sarcasmo comenzaba a volver paulatinamente, desbancando su miserable intento por mostrarse tierno—. Podrías tirarme al suelo con una pluma. —El hecho era que cualquiera de ellos podía ser abatido por una pluma, y no especialmente grande. Eran dos esqueletos con una pizca de carne mustia unida por una decrepita membrana, que yacían juntos en un desvencijado sarcófago.

Un piso más abajo, en la cuarta planta, con la oreja pegada a la puerta del 4B, Ellen Swenson se tapaba con fuerza la boca con la mano, reprimiendo las ganas de llamar a su marido, Mike, quien dormitaba a ratos tras la puerta, que se encontraba abierta en ese momento. Ellen había colocado su chancla izquierda entre la puerta y la jamba y había caminado de puntillas por el estrecho pasillo para escuchar a hurtadillas. Mike no se creía las afirmaciones de su esposa sobre sus vecinos, los deportistas, los exdeportistas. Eran chicos normales, engullidores de cerveza, jugadores de hockey, bravucones, republicanos, en definitiva, chicos corrientes de los que dan voces. Eran unos tipos masculinos y amantes del deporte, a los que les gustaba salir de juerga con los amigotes, pero debido a su extremada superficialidad, a Ellen le parecía que tenían un halo de misterio. El argumento de Mike, (gracias, Freud), era que a veces un puro es solo eso, un puro, pero Ellen no se lo tragaba.

Habiendo apartamentos aún vacíos, ¿por qué habían decidido vivir juntos al llegar allí? Sencillamente, ella le daba vueltas a todo.

Ellen tenía una teoría y necesitaba pruebas, algo que le servía de entretenimiento cuando sufría de insomnio, que era casi siempre, sobre todo desde que las noches se habían convertido en interminables. No había luz ni entretenimiento ni las diversiones convencionales, así que Ellen se las ingeniaba para distraerse sola. De pequeña, había sido fan de Nancy Drew, Encyclopedia Brown e incluso de Scooby Doo, por lo que aquella chica entrometida descubriría las tretas de los deportistas, aunque le fuera la vida en ello, porque si eso no la mataba, lo haría el aburrimiento.

La ventaja de un mundo prácticamente silencioso era que las paredes oían, algo que a veces resultaba un inconveniente, aunque en ese momento no fuese el caso. Deben estar en el salón, supuso Ellen. Sonaban cerca, muy cerca, como si estuvieran al lado de la puerta, aunque el sonido puede tenderte una trampa en la más absoluta oscuridad. Lo único que deseaba era oír algo comprometedor con lo que poder jactarse frente a Mike, demostrándole que tenía razón.

—Ni siquiera sé por qué te hago caso, Mallon —oyó decir a Eddie. Ellen imaginaba que Eddie era el líder. Daba más voces y parecía más temible, por lo que Ellen le tenía miedo. El pálido, pelirrojo y pecoso de Dave solo la molestaba—. Nunca tienes razón.

—Tío, ten cuidado con el agua.

—Vaffanculo, colega. No te preocupes tanto por mí. —Eddie lanzó violentamente la jarra que había en la encimera para dejar claro su dominio, caso cerrado—. Qué jodidos los gilipollas del otro lado del pasillo —dijo con brusquedad—. ¡Putos Swenson!

Al oír su apellido, Ellen se puso nerviosa.

—Deberíamos meterle una somanta de hostias a Mike y llevarnos a su mujer para convertirla en nuestra esclava sexual. Aquí solo hay dos putas mujeres...

—¿Y qué pasa con Gerri?

—Aquí solo hay dos putas mujeres, una tiene como noventa años y la otra está casada y es monógama. ¡Putos monógamos! De todas formas, ¿qué clase de egoísmo de mierda y pasado de moda es ese? ¿Los judíos no lo compartían todo en los *kibutz* esos? Mira, no hay vuelta de hoja, te lo aseguro colega, esto es una mierda.

—Oye, relájate —le reprendió Dave en voz baja—. Las paredes oyen, ¿sabes?

—Me importa un carajo —bramó Eddie—. Que lo oiga, que lo oigan los dos. ¡Oye, Swenson, me hago pajas pensando en la zorra de tu mujer!

Tras oír eso, a Ellen se le anudaron las entrañas, ya no tenía ninguna gracia y, aunque ni Dave ni Eddie eran los robustos gigantones que una vez fueron, los dos seguían siendo imponentes. Mike y ella no tendrían ninguna posibilidad frente a ellos en una confrontación física. Esclava sexual. Cuando Ellen comenzó a temblar, Eddie soltó una estruendosa y maléfica carcajada.

—Solo estoy de coña, Dave, relájate.

Sí, claro, relajarse. A pesar del sofocante calor, a Ellen se le puso la piel de gallina, mientras un sudor frío le recorría la frente. Como un ciego de una película de cine mudo, extendió los brazos, volvió a tientas a la puerta de su apartamento, se metió en él y dio tres vueltas a la llave por si Eddie no estaba «solo de coña».

Alan se masajeó las sienes y se quitó las gafas, que estaban rayadas y manchadas de sudor y sebo. Su «zona T» había estado haciendo horas extras y sus cejas dejaban manchas translúcidas en los cristales. Las velas parpadeaban, lo que aumentaba la ya sofocante temperatura, pero ¿qué podía hacer si no podía conciliar el sueño, sino tumbarse allí y mirar hacia el tenebroso vacío? No le apetecía pintar, así que leer era lo único que le quedaba por hacer, ya que no había televisión ni internet. Todas las baterías estaban gastadas, por lo que tampoco podía usar el Walkman ni el iPod. La música era solo un dulce recuerdo, junto con las comidas regulares, las lujosas y prolongadas duchas, las películas... joder, todo.

Alan continuó frotándose y sintió cómo su pulso latía con fuerza por debajo de la finísima capa de dermis que se extendía sobre su cráneo. Pensó en sumergirse en sus cada vez más escasas provisiones de ibuprofeno, paracetamol y aspirina de marca genérica. Tenía la vista cansada. Su madre siempre le había advertido que se estropearía los ojos por leer con una luz inapropiada, también le aconsejaba que no se sentara demasiado cerca de la televisión, un consejo que en ese momento era discutible. Le apetecía seguir leyendo, era un libro tan bueno que no lo podía soltar. Su padre solía darle charlas acerca de que malgastaba su mente en porquerías y le pedía con insistencia que leyera a los clásicos para ampliar sus horizontes y refinar su mente, pero Alan persistía en la lectura de bodrios. A Alan le gustaba el escapismo, incluso cuando las cosas seguían yendo bien, pero ahora este constituía su único lujo. Su colección de novelas de ciencia ficción y policíacas valían su peso en oro. Olvida eso; el oro ya no servía para nada, eran más valiosas que dicho metal. Lo siento, papá. Es probable que Chaucer o Dickens o Goethe o Balzac o Sartre o quienquiera que fuera me hubieran convertido en mejor persona, resulta difícil saberlo, pero en este preciso momento seré yo quien lleve las riendas de mi fantasía, muchas gracias.

Por otro lado, había dejado que los libros de terror se pudrieran en la estantería.

El dolor en las sienes se extendió hasta la mitad de su cabeza, llegando al puente de su nariz, el martilleo era incesante, insistente e insufrible. Pasó de masajearse los lados de la cabeza a la zona entre los ojos. Iba a tener que dejar de leer para sumergirse en su oscuro insomnio, porque, en realidad, no quería medicarse. Alan se chupó las puntas de los dedos y pellizcó las velas para apagarlas.

Volvió a desplomarse en el colchón. Le picaba la cara, ya que aún no se había acostumbrado a su poblada barba, pues no dominaba el arte de afeitarse en seco. Desnudo, sudoroso, peludo y ciego hasta la llegada del sol, la cabeza le reventaba y el hedor le provocaba arcadas. Alan pulsó el botón del reloj digital y el diodo electroluminiscente anunció que eran las tres y veintisiete de la madrugada. Faltaban aproximadamente dos horas para que amaneciera, toda una eternidad. Mientras se

rascaba y se retorció, se quedó dormido, la única persona que lo había logrado en todo el edificio.

Una planta más abajo, situados por encima de la abandonada y tapiada lavandería Phnom Penh, los apartamentos 2A y 2B estaban libres, pues nadie quería vivir tan cerca de la calle, además, el 2B traía muy malos recuerdos.

La oscuridad comenzó a desaparecer y la habitación adquirió un oscuro y horrible tono lavanda azulado, como si las paredes estuvieran amoratadas, lo que anunciaba el comienzo de un nuevo día. Ellen estaba tumbada de costado. Había apartado la vista de las ventanas de dos hojas situadas junto a la cama para observar el cambio de color de la pared. El violeta estaba desapareciendo, sustituido por un ocre ictérico, el cual, a medida que el brillo aumentaba, iba perdiendo pigmentación. Al final, todo adquirió un tono hueso apagado, mientras el intenso brillo de la luz del sol acentuaba todas las imperfecciones de la pared: las grietas y los parches de masilla apenas disimulados por un trabajo de pintura de mala calidad. El hecho de que la pared tuviera marcas por debajo de la pintura le recordó a Ellen a su antigua jefa, una mujer con un cutis poco agraciado que se aplicaba una cantidad exagerada de base de maquillaje en un triste intento por ocultar sus imperfecciones. Sin embargo, lo único que conseguía era resaltar todos y cada uno de los hoyos de un rostro asolado por el acné, una topografía de problemas dermatológicos sin remedio. Un maquillaje excesivo era el equivalente femenino a un peluquín de mala calidad. Siempre que Ellen había visto a un hombre con un peluquín descarado, y la mayoría de ellos saltaban a la vista de una forma horripilante, había imaginado que no tendría mujer ni buenos amigos, a ver quién iba a permitir que un marido o un amigo se presentaran en un lugar público con un aspecto tan ridículo.

La pared estaba picada, ligeramente torcida y algo abombada en el centro. El edificio era antiguo, tenía casi un siglo, pero aún se mantenía en pie. Hacía un par de años, había leído en la revista New York que su bloque se encontraba justo al lado de una falla, por lo que era posible que cualquier día la tierra comenzara a vibrar y a temblar para acabar tragándose los a todos, aunque sería preferible a que lo hicieran esos monstruos.

Si la noche había sido particularmente cálida, peor sería el día, si bien al menos podía ver, aunque tampoco se podía decir que el paisaje fuera una bendición del cielo. Por las noches, su campo de visión se reducía a una cortina negra como el carbón, a no ser que encendiera una vela. Podía acordarse de cómo era antes, cuando tenía algo de chicha sobre sus huesos y cierto tono muscular. Joder, recordaba con nostalgia los michelines que quería perder, pero solo por las noches, porque durante el día podía asimilar realmente el aspecto tan horrible que tenían, tanto ella como todos los demás. Habían llegado a tal punto que, si un recluso de Auschwitz viera ahora a los residentes del número 1620 de la avenida York, diría: «Maldita sea, vaya hijos de puta más enfermos y raquíuticos».

O algo por el estilo.

Ellen comenzó a golpear a Mike en un surco que se había formado entre sus

costillas hasta que, con gran esfuerzo, este abrió los ojos para mostrar unos globos oculares enrojecidos, amarillentos y mucilaginosos. Su boca, una fina zanja, ancha y reseca mientras dormía, se apretaba y se soltaba, al tiempo que las arrugas se extendían a modo de radios desde unos labios de color gris apagado que, en otros tiempos, habían sido rojos, regordetes y los más apetecibles del mundo. Su boca, a medida que trataba de articular las primeras palabras del día, se fruncía como un agrietado esfínter, parcialmente oculto por una barba rizada de varios días. Ellen seguía besando ese ojete arrugado que tenía por boca, aunque lo hacía de manera mecánica, era solo un triste gesto en honor a la antigua gloria romántica.

—¿Qué pasa? —La voz de Mike era tan áspera como el desierto de Gobi.

—Creo que deberíamos bloquear mejor la puerta. No sé, poner delante algunos muebles para que no pueda entrar nadie.

Con un esfuerzo considerable, Mike se sentó y se restregó los ojos y la nariz para quitarse las legañas y las costras.

—¿Y eso? —preguntó él con la voz ronca—. ¿Acaso crees que los que deambulan por las calles van a llegar aquí arriba? No lo han hecho desde aquella única vez y creo que está bastante bien...

—No es por ellos, sino por Dave y Eddie. Los oí hablando anoche y...

Mike le lanzó una avinagrada mirada.

—¿Bueno, qué? —dijo ella, al tiempo que cruzaba los brazos por delante de unos pechos como tablas que colgaban como un par de chuletas mustias. No eran los pechos turgentes de una exitosa madre trabajadora y urbanita de veintisiete años del Upper East Side, sino más parecidos a los que aparecen en los artículos de las revistas acerca del hambre en Etiopía, Somalia o cualquier otro terrible lugar, el típico pecho que hace las veces de pista de aterrizaje para las legiones de moscas sin ni tan siquiera notarlo. Esas tetas venidas a menos habían amamantado a un bebé, habían sido grandes y sustentadoras de vida, abundantes y eróticas, algo que realmente alimentaba su ego. Sin embargo, en ese momento, no eran más que un par de peras mustias.

Se deja de ser madre cuando tu retoño muere, el retoño que fue tuyo en el pasado. Todo formaba parte del pasado.

—Estás como una cabra —logró articular Mike—. ¿Si llegan a oírte ahí fuera quién sabe lo que te habrían hecho?

Ellen se había hecho una idea bastante clara, teniendo en cuenta el breve pero memorable despotriqué de Eddie de la noche anterior. No creía que fueran capaces de violarla; pero si esos gilipollas de deportistas estuvieran algo más nutridos, viviría aterrorizada por ellos, sobre todo por Eddie. Es probable que su absoluta convicción de que se hubieran convertido en un par de muerdealmohadas no fuera tan incuestionable como pensaba, y perder la tranquilidad que tenía creyendo que solo empleaban su brutal carnalidad entre ellos tampoco mejoraba sus ánimos.

—De todas formas, prométeme que no vas a volver a hacer ninguna estupidez así.

—No ha sido una estupidez, Mike.

—Vale, no lo ha sido. Esto... una imprudencia. Una insensatez. Algo peligroso.

—Parece que te preocupe de verdad.

—Yo... —Mike comenzó a petardear como un motor Evinrude—. ¿Qué... yo...

Claro yo... ¿Qué forma es esta de empezar el día?

Ellen se encogió de hombros, salió de la cama y se dirigió hacia la cocina.

—¿Quieres que te traiga un poco de agua? —le preguntó a Mike, cuyo rostro parecía desencajado. Él parpadeó unas cuantas veces, asintió con la cabeza y ella salió del dormitorio. Que sufra, pensó ella. No tenía ningún motivo para atormentarlo, pero era su forma de matar el tiempo. Además, tendría algo por lo que tener que disculparse más tarde. Las horas se tenían que rellenar de alguna forma, así que ¿por qué no provocar una pequeña riña doméstica? El sexo requería mucha energía, además los dos estaban tan enjutos que había dejado de ser divertido. Sus huesos entrecrocaban, sus flácidas pieles colgaban y desprendían malos olores, aunque también ayudaba a pasar el rato, lo que a veces era suficiente. Se habían leído todos los libros y revistas. Ninguno de ellos tenía ninguna habilidad que valiera la pena explotar. Mike se había dedicado a la fotografía, pero ya no podía hacerlo y, en los viejos tiempos, ella escribía malos poemas, pero ¿para qué molestarse en hacerlo en ese momento? ¿Acerca de qué iba a escribir? ¿Del fin del mundo? Ese era un tema que ya estaba muy, pero que muy trillado.

En la cocina, Ellen se sirvió medio vaso de agua de una botella de quinientos mililitros de Kirkland Signature Premium, aunque su contenido no era ni por asomo de primera. Se trataba de agua de lluvia, y Ellen no podía recordar desde cuándo la tenían, solo sabía que habían rellenado una caja entera la última vez que llovió. La mujer volvió renqueando al dormitorio y, en ese momento, Mike se encontraba de pie junto a la ventana, mirando directamente al callejón del edificio vecino, situado a menos de tres metros de distancia. Las ventanas estaban desprovistas de cortinas y todas las habitaciones se encontraban a oscuras, faltas de vida. Solía haber vecinos escandalosos. Justo enfrente de ellos, vivía una pareja de latinos que atronaban con música de salsa las veinticuatro horas del día. Se drogaban descaradamente junto a las ventanas, fumando hierba y haciéndose rayas. Una vez, el tipo sorprendió a Mike espíándolos, entonces fingió un disparo con el dedo y soltó: «Pum, pum, pum», antes de guiñar un ojo y sonreírle mostrando una hilera de deslumbrantes dientes de oro.

Mike se asomó por la ventana y dirigió su mirada al callejón. Los rezagados que se habían separado de la manada arrastraban los pies de atrás hacia adelante, después de haber roto una puerta que alguien, probablemente a causa del pánico, había olvidado cerrar con llave. Mike carraspeó, provocando que dos de ellos levantaran la vista, y sus apagadas miradas se iluminaron al reconocer el delicioso bocado. Uno de ellos dejó escapar un leve, aunque audible, grito ahogado y comenzó a renquear en dirección a Mike.

—Ten cuidado —le dijo Ellen, cuando Mike asomaba medio cuerpo por la

ventana, apoyándose en el estómago.

—Parece que te preocupe de verdad —le devolvió Mike, pero lo hizo con una sonrisa.

Ellen se acercó sigilosamente a su marido y le puso la mano en la espalda, al sentirse culpable por haberle tocado las narices sin motivo, sobre todo tan temprano. Al menos, podía haber esperado hasta después de su escaso desayuno.

—Te he traído el agua —dijo Ellen, levantando el pequeño recipiente de cristal, un viejo bote de mermelada con una foto de Huckleberry Hound.

Mike apartó las manos del alféizar y se enderezó, ansioso por beber y sin pensar en la hoja inferior de la ventana. Entonces, se golpeó la cabeza con ella y resbaló sobre los suaves tablones del suelo, lo que provocó que sacara el tronco por la ventana. Ellen dejó caer el vaso y trató de coger a Mike con las manos húmedas por el sudor y unos músculos atrofiados por la malnutrición. Llegó a agarrarlo por el bíceps izquierdo, pero se le resbaló y Mike cayó hacia delante, golpeándose su huesudo y desnudo culo contra la hoja, mientras sus piernas se movían como un molinillo ante la atónita mirada de Ellen. El único sonido que pudo emitir, al ver que su marido se caía por la ventana, fue un grito ahogado.

Después de tragar saliva, Ellen se dirigió a toda prisa hacia la otra ventana, la que tenía la escalera de incendios. Era posible que hubiera sobrevivido y que pudieran rescatarlo. Al abrir las cortinas, apareció la puerta de seguridad plegable. Miró el candado como si nunca lo hubiera visto antes. La puerta estaba allí gracias al antiguo inquilino, pero se trataba de un modelo que no estaba homologado por el cuerpo de bomberos. Además no podía recordar la combinación. Mike la tenía por algún dado.

En su ordenador portátil.

En su inútil e inservible ordenador portátil.

En ese momento, parecía que la sangre que corría por sus venas hubiera ralentizado su ritmo. Avanzó arrastrando los pies hacia la ventana por la que Mike se había caído. No quería mirar, pero lo que ella quisiera o no ya no tenía ninguna importancia. Asomó la cabeza, imitando exactamente la misma postura que Mike había adoptado hacía solo un momento. En el callejón de abajo, Mike yacía desparramado de espaldas, con sus largas y flacas extremidades en una postura casi cómica. Visto desde arriba, su marido parecía una esvástica humana. Sus piernas, flexionadas como si fuera a echar a correr, parecían sacadas de unos dibujos animados. Estaba bocarriba y sus miradas se cruzaron. No estaba muerto. Ellen abría y cerraba la boca, incapaz de decir nada. Quería gritarle unas palabras de consuelo, una última frase que Mike pudiera llevarse a la tumba. «Te he traído el agua» parecía poco adecuada.

Los zombis se aproximaban a su marido, arrastrando los pies. Ellen comenzó a castañetear los dientes, mientras Mike le imploraba con la mirada que dijese algo. Lo que fuera. Con gran esfuerzo, ella logró mover los labios para articular un mudo: «Te quiero». Por favor, que se muera antes de que lo alcancen. Por favor.

Debajo de la cabeza de Mike se estaba formando un charco de sangre, y Ellen cayó en la cuenta de que el cuello dibujaba un ángulo muy extraño. Dado que la caída había sido desde un cuarto piso, se lo había partido. Yacía inmóvil. Por favor, que se le entumezca todo el cuerpo, por favor, al menos que se ahorre el dolor. Los ojos de Mike se humedecían a medida que perdían el foco. Que pierda la conciencia. El primero de los profanadores se encorvó y se puso de rodillas, enseñando los dientes. Al menos, Ellen no podía verle el rostro, pero sabía qué aspecto tenía. Su piel, áspera y cadavérica, estaba tan amarillenta como la de un pollo muerto desplumado y lo suficientemente translúcida como para mostrar unas venas de un apagado color ciruela. Tenía las encías ennegrecidas y deformadas, unos dientes enormes y los ojos vidriosos, si es que le quedaba alguno.

En el callejón resonó un alarido, a medida que atacaban con furia a Mike, arrancándole de los huesos la escasa carne que le quedaba con esos horribles dientes, clavándole las uñas y quitándole la piel a tiras. Ellen no podía moverse, se había quedado paralizada por el profundo dolor, mientras observaba a su marido, desmembrado. Con una habilidad ingénita, uno de ellos clavó sus dientes alrededor del hombro izquierdo de Mike, le arrancó el brazo de cuajo y comenzó a devorarlo, separándole a tiras la piel del hueso. Otro lo destripó, dando pie sin quererlo a que los demás le gorronearan su botín. Unos gruñidos bestiales acompañaban el frenético festín, mientras los monstruos se golpeaban entre sí, escarbaban y se movían en círculo como si fueran hienas. Desde la calle lateral, llegaron a trompicones más zombis al callejón, atraídos por el ruido y el olor a sangre fresca. En un breve espacio de tiempo, lo único que Ellen pudo ver fueron sus espaldas encorvadas sobre el lugar en el que yacía Mike. Ella clavó las uñas en el ladrillo que había debajo del alféizar de la ventana y comenzó a frotarlas contra el duro material, una especie de manicura rudimentaria. Las lágrimas provocaban que viera borroso.

—Te he traído el agua —volvió a decir, con un hilo de voz más delgado que su figura.

—Ellen —gritó una voz desde abajo—. ¡No mires! ¡Métete dentro!

¿Estaba Mike tratando de ahorrarle el sufrimiento? Era tan propio de él que, incluso en un momento así, tratara de proteger sus sentimientos. Sin embargo, sintió no poder darle el gusto, porque estaba paralizada. Lo siento, Mike. Te pido perdón por todo.

Para cuando consiguió librarse de su inmovilización temporal, lo único que quedaba de su querido y dulce Mike era una oscura mancha carmesí en la acera y algunos huesos pelados. Ellen arrancó los dedos de la argamasa y pensó en tirarse por la ventana, pero se lo pensó dos veces y se dejó caer al suelo. Entonces, se abrazó a sí misma, sin lograr consuelo alguno de sus huesudos dedos y extremidades.

Exmadre.

Y ahora exesposa.

En la casa de al lado, oyó cómo Eddie gritaba algo ininteligible, y su tono, como

de costumbre, era desagradable y no auguraba nada bueno.
Se había quedado sola.

—¡Abre la puerta, Ellen! —le imploró Alan.

Había subido las escaleras a toda prisa y en ese momento se encontraba aporreando la puerta del 4A. Era un nerviosismo que ni necesitaba ni deseaba, y él menos que nadie, pero no podía quedarse sentado en su apartamento y hacer como si nada hubiera sucedido. Había oído los alaridos del callejón y se había asomado justo a tiempo de ver cómo le arrancaban la cabeza a Mike, un espectáculo que esperaba que Ellen se hubiera ahorrado, aunque cabía la posibilidad de que lo hubiera presenciado todo. Él había levantado su mirada desde el suelo del callejón y había visto a Ellen apoyada en el alféizar, con unos ojos abiertos como platos dentro de sus holgadas cuencas. Aparentemente, Ellen no lo había oído. Él le había rogado que dejara de mirar, sin embargo, ella había sido testigo de cómo su marido pasaba de ser su media naranja a un bufé al aire libre, y ni siquiera eran las ocho de la mañana.

—¡Ellen, venga! —gritó Alan—. ¡Abre la puerta! ¡Por favor, Ellen!

Al otro lado del estrecho pasillo, se abrió la puerta del 4B y apareció Eddie, quien estaba de pie en la entrada con unos calzoncillos que le colgaban demasiado por debajo de su reducida cintura.

—¿A qué viene este puto escándalo? —preguntó, derrochando compasión, como de costumbre.

—Mike... —comenzó a decir Alan, antes de quedarse callado. Eddie se enteraría pronto, pero ¿por qué soplárselo? Si él y Dave no se habían enterado de la muerte de Mike, ¿qué motivo había para contárselo? Lo único que conseguiría con ello sería aumentar el acoso inicial dirigido hacia Ellen.

—¿Qué pasa con Mike? —preguntó Eddie, levantando una ceja.

—Nada, es que tengo que hablar con Ellen.

—¿Para qué?

—Dios mío, Eddie, ¿por qué no te metes en tus asuntos? Eres como una portera loca por cotillear. Me atrevería a jurar que, si todavía tuviéramos electricidad, estarías sentado en el sofá viendo telenovelas.

—No tengo ningún problema en partirte la boca, listillo —dijo Eddie gruñendo y moviendo un amenazante dedo—. Que no se te olvide, hablo en serio.

—Ajá, eso es fantástico —dijo Alan, con tono de aburrimiento e indiferencia.

—Te recomiendo que le pidas a Dios que no vuelva a ponerme cachas, maricón.

Alan esbozó una irónica sonrisa.

—Lo tendré en cuenta.

Y tras decir eso, Eddie cerró la puerta de un portazo. Hubo un tiempo en el que Eddie aterrizzaba a Alan, pero eso fue cuando pesaba unos veinte kilos más. En ese momento ambos estaban igualados. Bueno, la verdad es que Alan tenía algo más de

chicha que Eddie, ya que era más organizado a la hora de hacer acopio de provisiones; mucho más, aunque tampoco había necesidad de que Eddie estuviera al tanto de ese dato. Alan trató de girar el pomo una vez más, antes de comenzar a traquetearlo, pero obviamente la puerta estaba cerrada con llave. ¿Quién iba a dejarla abierta con esos idiotas como vecinos? Transcurridos varios minutos, desde el otro lado de la puerta, se oyó cómo se abrían múltiples cerrojos, antes de que Ellen abriera una pequeña ranura, mostrando un rostro demacrado y aterrorizado.

—No sé qué decir —lamentó Alan, sintiéndose estúpido por haberlo dicho.

—Pasa, Al. —Ellen abrió la puerta del todo y se hizo a un lado para dejarlo pasar, lo que pareció una formalidad, teniendo en cuenta que estaba demasiado delgada como para bloquearle la entrada. Ella llevaba puesta una camiseta ceñida sin mangas que acentuaban su delgadez, y sus venas del cuello eran tan pronunciadas que Alan tuvo que reprimir la insensata tentación de rasgarlas.

—He sido testigo de lo que ha ocurrido, pero al ver que no abrías la puerta he temido que hubieras cometido alguna locura.

Ellen se limitaba a mirar a Alan, con los ojos vidriosos debido a su profundo dolor. Entonces se dejó caer en una silla de madera del comedor y Alan pudo oír cómo su cadera golpeaba contra la dura superficie, un ruido que provocó que Alan hiciera un gesto de dolor, aunque ella no lo advirtió. Tras algunos segundos de silencio sepulcral, Alan apartó una silla de la mesa y se unió a ella, sentándose lenta y cuidadosamente, teniendo en cuenta la demostrada dureza de ambas superficies. Ya nadie tenía con qué rellenar su pellejo. Los tiempos de «cuanto mayor sea el colchón, mejor se empuja» habían quedado atrás.

Los brazos de Ellen colgaban lacios a los lados y sus muñecas rozaban sensualmente el borde del asiento de la silla. Demasiados y complicados ángulos. Alan había deseado a Ellen cuando ella y Mike se trasladaron a vivir allí hacía seis años. Eso fue antes de que ella fuera madre, lo que no quiere decir que las mujeres que han tenido hijos ya no sean atractivas, sino que la maternidad era una institución sagrada, ¿no? Sin embargo, ¿acaso se seguía respetando algo? En cualquier caso, no estaba ahí para echar un polvo. Ellen ya no tenía trasero, pero había sido tan perfecto como una acampanada pera madura. ¿En qué estaba pensando Alan?

Era una locura.

En ese momento más que nunca, la vida de cada uno era un tesoro. Mike había sido importantísimo para Ellen, a pesar de las discusiones que Alan solía oír. Estaba hecho un lío. A Alan le caía bastante bien Mike y le parecía un buen vecino. En los viejos tiempos, incluso habían salido juntos por ahí. Los ratos que compartieron después no contaban, pues la capacidad de elección había desaparecido. Alan se dio un bofetón en la cara para apartar de su mente unos pensamientos que no conducían a nada, y el sonido hizo despertar a Ellen de su letargo.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó ella, un tanto horrorizada.

—Lo siento, mi mente no estaba funcionando de la forma adecuada, pero no es

nada de lo que debas preocuparte. Estoy aquí para ayudarte, Ellen. Lo siento, no volverá a ocurrir.

—No pasa nada, es que me ha parecido un poco extraño, aunque de alguna forma me ha servido de ayuda. Ver cómo te abofeteabas ha sido lo suficientemente chocante como para hacerme espabilar. —Ella se detuvo durante unos segundos, antes de añadir—. Mike ha muerto, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé, lo he visto. Te he estado llamando a gritos, intentando que dejaras de mirar, pero no sé si me has oído.

—Ah —dijo Ellen, mientras sus resacos labios esbozaban una leve sonrisa—. Eras tú. Pensaba que había sido Mike. La verdad es que estaba algo aturdida, pero ha sido muy considerado por tu parte, gracias.

Ellen parecía estar en la distancia, lo que podría haber sido más recomendable. Aunque Alan sabía que sus seres más queridos estaban muertos, se le había ahorrado gentilmente tener que presenciar cómo eran devorados. Sin duda, había visto morir a docenas de desconocidos a manos de esos desalmados, pero, gracias a Dios, a ningún miembro de su familia. Cuando Ellen, con la mirada perdida, demostró estar ensimismada en sus pensamientos, los ojos de Alan recorrieron la cocina, la cual, al igual que las de todos los demás, estaba bastante vacía. Sus ojos vagaron sin rumbo por cada encimera, hasta que por fin volvieron a su anfitriona, súbitamente soltera. Alan trató de imaginársela cómo era antes, rolliza. Le había hecho algunos retratos a pastel, lápiz e incluso a tinta, por lo que tenía bien grabadas sus facciones en la cabeza, aunque resultaba difícil recordarlas y superponerlas a ese rostro acartonado y sin vida. Él había querido que posara desnuda, pero Ellen pensaba que, aunque se tratara estrictamente de un asunto profesional, Mike podría ponerse celoso, así que nada de flirteos con otros. ¿De qué coño servía ser un artista si no podías lograr que las chicas posaran en pelotas?, se había preguntado Alan, pues dicha carrera no contaba con muchas más ventajas. Alan le había propuesto documentar su embarazo con algunos desnudos de buen gusto, pero la respuesta volvió a ser negativa, a pesar de que al principio le pareciera buena idea, lo que fue una verdadera pena. Sus pechos habían pasado de ser admirables a increíbles, en sus meses de embarazo, y después siguieron así durante bastante tiempo. Por entonces, él ni siquiera había visto su espalda desnuda, lo que hubiera sido una experiencia emocionante. Sin embargo, en los tiempos que corrían, la veía a menudo en diferentes estados de semidesnudez, y el espectáculo era penoso.

Aparte de la excepción de los Fogelhut, que era de agradecer, la mayoría de los residentes habían adoptado una versión algo más «progresista» de la idea de vestir de forma informal. El número 1620 de la avenida York era una residencia en la que vestirse o no era opcional. Sin embargo, ya fuera por hipocresía o por pudor, algo que parecía estar pasado de moda, Alan siempre iba vestido cuando visitaba a sus vecinos. No quiere decir esto que fuera por ahí pavoneándose como un dandi, con traje y corbata, pero al menos se dejaba los pantalones cortos y la camiseta puesta.

Dejaba lo del naturismo para los demás.

—¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó él, en un intento por permanecer anclado en el presente.

—¿Cómo? Ah, no, no. Solo quiero que te quedes conmigo.

—De acuerdo, me quedaré todo el tiempo que necesites.

—No, me refiero a que vivas conmigo, a que te quedes en mi apartamento. Vente a vivir conmigo.

Alan dirigió su mirada al rostro de Ellen, tratando de averiguar si lo decía de verdad. Tan verdad como que se llamaba Alan, como decía el refrán solía decir. Hubo un tiempo en el que esa proposición habría supuesto una respuesta a sus plegarias, pero ¿y en ese momento?

—¿Que me venga a vivir contigo?

—Sí, no quiero estar sola, sobre todo con esos neandertales como vecinos. Mira, yo amaba a Mike y Mike me amaba a mí, pero esta... no sé, esta es una época caótica. No puedo discernir lo que es lo correcto y lo formal, ni me quiero imaginar lo que dirán los vecinos: «Mira esa puta, ya está arrejuntada con otro». ¿Quién pensaría algo así, exceptuando a esos asquerosos de enfrente? ¿Te puedes imaginar cómo será mi vida si piensan que estoy...? Dios mío no puedo ni decirlo, ¿disponible? Ay, Señor. A la mierda. En cualquier caso, lo único que hacemos la mayoría de nosotros es lamentarnos y morirnos de hambre. No es que te esté pidiendo que te traigas aquí tus cosas, es solo que te quedes conmigo, que duermas en mi misma habitación. Ni siquiera tenemos que dormir en la misma cama, si eso te hace sentir incómodo. Hay un sofá cama en el salón, pero...

Ellen siguió divagando, mientras sus palabras parecían cada vez más confusas. Entonces, Alan notó que ella lo estaba agarrando de la muñeca con fuerza, apretando los dedos como si fueran pinzas, hasta rodeársela por completo, lo que lo hizo sentir incómodo. Alan Zotz y Ellen Swenson, pensó él. Hubo un tiempo en el que habría querido grabar esos nombres en un árbol con un gran «para siempre» debajo, pero ¿qué podía decir? Se trataba de un cóctel de adrenalina, pánico y un profundo y absoluto dolor. Cuando ella se calmara, sería probable que le pidiera que se volviera a su casa. Se trataba de algo temporal. La vida era temporal, de todas formas, todos morirían de hambre en breve.

¿Por qué no hacerlo con uno de los chicos buenos?

Karl llamó con los nudillos a la puerta que daba a la azotea, pues no quería molestar a Dabney, al menos no sin su aprobación expresa. Tras algunos tímidos golpes, Dabney gritó con brusquedad:

—¿Qué quieres?

—Soy yo, Karl. ¿Tengo permiso para entrar ahí arriba?

Dabney frunció un poco el ceño y comenzó a reírse entre dientes ante la gilipollez sin límites de Karl. Agradecía el respeto que este le tenía a su espacio personal, pero, por favor, era la azotea, no era de su propiedad. Si Karl quería subir, o cualquier otra persona, ¿quién era él para negarse? Aunque rara vez lo usara como refugio, Dabney había construido un destartado cobertizo con una chapa de aluminio y ladrillos y, cuando llovía, dormía debajo de él, dejando que el intermitente ruido metálico de las gotas al chocar lo arrullara para dormir, aunque hacía semanas que no llovía. En cualquier caso, por la azotea había varios recipientes esparcidos para recoger agua: cubos de basura, cubos de fregona, cajas de plástico y archivadores. Había también algunos tiestos con intentos hortícolas fallidos, ya que todos ellos habían muerto antes de dar nada que fuera comestible.

Karl salió a la deslumbrante tela asfáltica, mientras el sol resplandecía en el este. Hubiera preferido llevar gafas de sol y sandalias, pero no le apetecía bajar para tener que volver a subir, así que, en lugar de eso, entrecerró los ojos e hizo un gesto de dolor, al abrasarse los ojos y chamuscarse los pies. Karl saludó a Dabney con la cabeza y este le devolvió el gesto, antes de volver a su puesto, situado en el borde de la azotea. Entonces se tumbó bocabajo encima de una lona sucia, con la cabeza colgando por encima del filo. Junto a él había un montón de pedazos de ladrillos sueltos. Los había cogido de los edificios vecinos, cuyas azoteas estaban todas conectadas y separadas por unos muros de escasa altura que Dabney destruía para coger los ladrillos con cierta periodicidad, con la mera intención de recrearse practicando el tiro al blanco. La única utilidad que los residentes del número 1620 le habían encontrado a los materiales de albañilería, los cuales formaban parte de un proyecto de renovación que nunca pasó de la fase de acopio de materiales, fue la de tapiar la entrada principal interior con bloques de hormigón, a fin de fortificar la chapuza que el apresurado contingente de la Guardia Nacional había construido para bloquear la entrada al edificio. A lo largo de toda la manzana, todas las entradas, tanto las residenciales como las comerciales, habían sido tapiadas con bloques de chapas metálicas oxidadas. La Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA) había sellado el edificio para encerrarlos a todos, abandonándolos a su suerte, pero en ese momento, numerosas fortificaciones se estaban viniendo abajo, pues los elementos atmosféricos habían corroído los tornillos no homologados y de

mala calidad.

Karl se dirigió al lugar en el que Dabney se encontraba tumbado, se colocó en cuclillas junto a él y se asomó por encima del borde, guardando una distancia de seguridad. Las alturas y Karl no se llevaban demasiado bien, además, el panorama era grotesco. Justo al otro lado de la avenida, se encontraba el eje principal de su tragedia colectiva, una tentadora sirena que les hacía señas para atraerlos, pero a la que nadie podía acercarse: el supermercado Food City. Tras su fachada vallada con tablas, imaginaban que habría una cornucopia de agua embotellada y alimentos enlatados desaprovechados, pilas sin estrenar y todo lo habido y por haber. Estaba claro que los alimentos frescos y la carne se habrían echado a perder, aunque era probable que allí quedara una enorme variedad de provisiones, todas ellas totalmente fuera del alcance. Encajonada entre la zona este y oeste de la avenida York, hasta donde la vista alcanzaba en ambas direcciones, norte y sur, había una multitud de cuerpos tambaleantes, todos ellos con un único propósito: comerse a toda persona lo suficientemente estúpida como para atreverse a abandonar la seguridad de su hogar, algo que Karl había presenciado en numerosas ocasiones.

El supermercado Food City se encontraba situado en un gran bloque de apartamentos de acero y cristal, el único edificio verdaderamente moderno y alto en manzanas a la redonda. Al lado del supermercado, cuya entrada estaba elevada y rodeada por un pequeño enclave de bancos y arbustos, se encontraba una sucursal bancaria. Por encima del supermercado había un recuadro, posiblemente de un metro y medio de profundidad, dos metros y medio de altura e igual de ancho que el supermercado, que hacía las veces de conducto de ventilación para los aparatos de aire acondicionado y, justo encima de este, se encontraban las ventanas del primer piso de viviendas, las cuales estaban permanentemente cerradas, al igual que las de los modernos hoteles y bloques de oficinas.

A lo largo de toda la avenida, y a medida que el *statu quo* iba empeorando, la gente se deprimía, se volvía loca y cosas por el estilo, y empezaban a llevar a cabo innumerables intentos de entrar en el Food City desde los edificios vecinos. Karl había observado lo que en otras circunstancias podrían haber parecido graciosos, estúpidos y vanos intentos, similares a los del Coyote de los dibujos animados, solo que en la vida real. Varios tipos, enloquecidos por la desesperación, lo intentaban al estilo de Tarzán, tiraban una cuerda desde una ventana alta, la ataban a una farola, se balanceaban y caían, aunque, a diferencia del popular personaje, todos acababan hechos trizas, siendo su última morada las tripas de esos monstruosos zombis que se encontraban por allí abajo.

Otros lo habían intentado de otra forma. También desde arriba, arrojaban una soga desde sus ventanas o azoteas hacia la farola situada enfrente del supermercado y la ataban como si fuera la cuerda de un tendedero de ropa, luego avanzaban por ella a lo largo de la calle, para acabar atrapados por encima de la acera a una distancia de tres metros del hueco del aire acondicionado. Incluso aunque llegaran hasta ahí, ¿qué

podían hacer? No había forma de acceder desde el tejado, a no ser que supieran dismantelar un aparato de aire acondicionado industrial. Eran ciudadanos de a pie, no miembros de Operaciones Especiales entrenados para abrir brechas en fortalezas, por lo que, o bien volvían a sus refugios o caían a la acera para acabar siendo devorados.

Algunos aspirantes a héroe construían armaduras caseras. Incitados por sus hambrientos vecinos, descendían a la acera desde las ventanas o las escaleras de incendios, o incluso con una mayor imprudencia, abrían una salida en sus puertas principales, tapiadas, lo que de forma inevitable tenía como resultado una marea imparable de zombis que entraban en tropel en sus viviendas, acabando con la vida de todos los que había en el interior. Los que tenían la suficiente previsión como para volver a cerrar la puerta de entrada, por lo general, no se habían alejado ni tres metros de su casa, cuando la horda los devoraba hasta dejarles los huesos pelados. Uno consiguió llegar a la entrada del supermercado, e incluso se las arregló para desprender la corroída chapa metálica, pero las puertas eran automáticas y sin electricidad no había forma de entrar, así que comenzó a aporrearlas, con una furia e incredulidad exasperadas, en un intento por infiltrarse en el emporio. Su improvisada armadura solo consiguió dar algo más de trabajo a los zombis que trataban de llegar a su alimento, pero como si fuera una langosta hervida, la armadura fue finalmente retirada y disfrutaron de la tierna recompensa que había en su interior.

Ahora, gracias a los ladrillazos de Dabney, había un orificio en las puertas del supermercado, y la acera brillara con los fragmentos del cristal de seguridad, algo muy tentador para todo el mundo.

Sin embargo, la avenida parecía medir más de mil kilómetros de anchura, una distancia insuperable.

—Mira eso —dijo Dabney, al tiempo que elegía un ladrillo del montón. Calculó su peso en la palma de su mano, lo palpó y se lo lanzó a la multitud, pero se perdió entre la apretujada muchedumbre de cadáveres vivientes que arrastraban los pies.

—Mierda —dijo Dabney mosqueado, antes de coger otro proyectil del montón para, en esa ocasión, apuntarle a alguien—. Ese —dijo, sin especificar quién, lo que de todas formas le habría resultado algo difícil. ¿Cuál? ¿El putrefacto? ¿El feo? ¿El que tiene la piel hecha polvo? ¿Al que se le cae la piel a tiras? Exceptuando su ropa y cabello, a Karl todos le parecían iguales. No estaba mal que no existiera el concepto de lo políticamente correcto con respecto a esos cadáveres vivientes. «Así que todos parecen iguales, ¿eh?», imaginó Karl que alguien decía, en ese típico tono chillón, estridente y carca de los políticamente correctos. Justo lo que el mundo necesitaba: grupos de presión especiales para la defensa de los zombis: Organización para el Tratamiento Ético de los Zombis, OTEZ.

Karl esbozó una sonrisita ante la idea.

Dabney lanzó el misil y, en esta ocasión, fue a darle en el cráneo a un zombi calvo. Incluso desde la azotea, pudieron oír el crujido al atravesar el hueso y perforar lo que había debajo. ¿Cerebro? Solo por su nombre. La criatura se desplomó en

medio de sus compañeros. Una cabeza menos en movimiento entre la multitud de cuerpos. Dabney y Karl chocaron los cinco, se trataba de uno de esos extraños y agradables momentos en los que los hombres crean lazos afectivos.

—¿Quieres probar? —preguntó Dabney, al tiempo que indicaba con el pulgar el montón de ladrillos.

—¿En serio? Claro, ¿por qué no? —dijo Karl, mientras elegía una laja de pizarra con picos y se levantaba, al tiempo que Dabney mantenía su posición horizontal sobre la lona impermeable.

—Las que son planas no se pueden lanzar con tanto efecto —dijo Dabney, pero Karl no tenía la intención de lanzarla como una pelota. Por el contrario, levantó la laja, la apretó contra su pecho, extendió el brazo y, con un ligero giro de muñeca, lanzó el pedazo, haciendo que cayera en espiral como un *Frisbee* en medio de la multitud y le cercenara a una zombi un lado del rostro con un húmedo golpe. Ella no cayó al suelo, como le pasó al que Dabney había alcanzado, pero soltó un satisfactorio aullido y se llevó las manos a la herida abierta.

—Joder —dijo Dabney, con un tono reverencial—. Nunca había imaginado que se pudiera tirar así. Siempre elijo los proyectiles más contundentes, pero eso ha sido precioso. Bien hecho, muchacho.

Karl se sintió henchido de orgullo. Siendo el estúpido del edificio, siempre había tenido la impresión de que lo único que se esperaba de él era el fracaso. Se trataba de un momento glorioso, había logrado la aprobación de John Dabney, el residente solitario. En una ciudad plagada de apartamentos disponibles, Dabney había optado por vivir en la azotea y, aunque el resto de inquilinos apenas advirtieran su presencia, Karl lo encontraba fascinante. Dabney se había aferrado a su papel de iconoclasta. Dabney era... guay.

—Es solo una cuestión de tiempo, ya sabes —dijo Dabney, entrecerrando los ojos.

—¿Qué?

—Esto, lo que está pasando, solo es cuestión de esperar. Échales un vistazo a esos monstruosos hijos de puta. —Y señaló a los moradores de las calles—. Son iguales que nosotros, aunque diferentes al mismo tiempo. Puede que sean carne reanimada, no lo sé, pero sean lo que sean no son marcianos ni están hechos de plástico. Míralos, obsérvalos con atención.

—Resulta difícil desde aquí arriba.

Dabney miró a Karl con el ceño fruncido.

—Maldita sea, no seas tan literal. Me refiero a que se van arrastrando, igual que nosotros. No se comen entre ellos. ¿Cuánto tiempo podrán seguir correteando con el estómago vacío? Sabemos que, si no comemos, nos vamos a morir, pero supongo que ellos lo harán también. Ojalá pudiera vivir para verlo. Me gustaría volver a poner un pie en la calle, aunque no vaya a ser precisamente un camino de rosas.

—A mí también.

—Se trata de un juego de espera que nadie sabe cómo va a terminar, pero lo hará, tiene que hacerlo. Todo se pudre, y ellos están podridos de verdad. Sus pieles están curtidas como el cuero de unos zapatos viejos, pero recuerda mis palabras, caerán, es lo natural.

—Supongo que tienes razón.

Dabney frunció el ceño.

—Esta conversación me ha abierto el apetito. ¿Te apetece comer algo? —preguntó Dabney. A Karl le rugieron las tripas al pensar en comida. Tenía cosas bien guardaditas en su casa, pero una oferta de alimento por parte de Dabney presagiaba algo misterioso y tentador. ¿Qué tendría Dabney guardado en su escondite?—. Sí, claro que te apetece —respondió Dabney por él, al tiempo que se levantaba de su lona. Más tarde, cruzó la azotea en dirección a un artilugio metálico, cubierto de hollín y tapado, que había construido con conductos de ventilación industrial que había cogido aquí y allí. Se agachó y abrió una puerta de rudimentarias bisagras que había arrancado de un aparato cilíndrico—. Es una caja para ahumar que he fabricado —dijo, como aclaración.

—¿Una caja para ahumar? —repitió Karl.

—Como un ahumador. Para ahumar carne. Que yo sepa, los sistemas de refrigeración ya no sirven para nada, ¿no?, pues carne ahumada.

—¿Carne? —preguntó Karl entre jadeos, al tiempo que salivaba.

—Carne, cecina. ¿Tienes alguna objeción con respecto a la cecina de bichos? Tengo cecina de roedores y de palomas. No suena demasiado apetecible cuando se sabe lo que es, pero no está tan mal. ¿Quieres probarla?

Dabney introdujo la mano en la caja, sacó una fina tira estriada de una sustancia oscura y se la ofreció a Karl, quien esbozó una sonrisa. Cecina. ¿Estaría hablando en serio? No parecía que Dabney fuera dado a las bromas. Karl aceptó la tajada, similar a la corteza de un árbol, se la llevó con cuidado a la nariz y la olfateó. De manera instantánea, empezó a hacérsele la boca agua y, sin dudarle ni un momento, dio un mordisco. Era maná celestial. Karl casi se pone a llorar, pero se reprimió, ya que sería impropio de un hombre y no quería mostrar su falta de hombría en presencia de Dabney. Al menos no ese día, después de haberlo impresionado. La carne estaba salada, chiclosa y dura, pero su sabor le trajo a la memoria sus días de universidad, cuando subsistía a base de macarrones y bolsas de cecina *teriyaki* del 7-Eleven.

—Que aproveche —dijo Dabney—. No creo que vaya a haber mucho más.

A Karl casi se le parte el corazón ante la idea.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por qué no?

—Llevo una semana o así sin ver ningún bicho. No hay ninguno en el aire ni merodeando por el suelo. Tampoco he visto ardillas ni ratas ni ratones y, con total seguridad, a ningún gato. Así que creo que lo que tengo ahí dentro es lo último. El vacío sin fondo es inminente y, cuando llegue, estaremos realmente jodidos.

Una declaración cojonuda. Karl analizó la jeta curtida, despellejada, morena y en

carne viva del hombre, y no era muy diferente a la cecina que se estaba comiendo. Si empezaban a morir en el edificio, ¿imitarían a esas bestias de la calle? ¿Se convertiría el edificio en una especie de versión de la expedición Donner en Manhattan o del incidente del equipo de fútbol andino? A Karl le vino a la cabeza la película *Cannibal! The Musical*, la comedia sobre Alferd Packer, que ya no le parecía tan divertida. Se acordó de Jeffrey Dahmer, Andrei Chikatilo y Ed Gein. ¿No era Idi Amin un caníbal? Ah, a la mierda, pensó Karl. *Prefiero morir o que me devoren esos monstruos a comerme a un ser humano. Uno tiene que aferrarse a lo que es. La vida no tiene tanto valor, al menos ya no. Es posible que esos hijos de puta se comieran entre sí porque aún tenían motivos por los que seguir viviendo, sus circunstancias eran diferentes. Packer y los de la expedición Donner y esos futbolistas tenían toda una vida por delante.*

Dabney miró de arriba abajo el tembloroso rostro de Karl, percibiendo lo que estaba pensando.

—¿Sabes lo que contó uno de esos futbolistas uruguayos cuando lo rescataron? —le preguntó Dabney, con un tono de voz neutro—. Es una cita que recuerdo porque, en ese momento, parecía una puta locura, pero ahora ya no sé qué pensar. El chico habló de cómo habían cocinado a sus compañeros de equipo y describió la carne como «más tierna que la ternera pero con un sabor muy parecido». Los animales luchan por su supervivencia, es algo natural. El hombre es un animal y para poder sobrevivir todos tenemos que adaptamos. ¿Qué piensas tú al respecto?

Karl tuvo una violenta arcada y vomitó la cecina. Cuando dejó de tener espasmos, continuó doblado, agarrándose las rodillas con las manos para no caerse, mientras unos gruesos hilos de saliva biliosa colgaban de su tembloroso labio inferior.

—Es la última vez que te ofrezco comida —le dijo Dabney.

Con escozor en los ojos, Karl miró arrepentido el charco grumoso que tenía entre las piernas, con un rostro encendido por la vergüenza. Después de la reputación que se había ganado, la acababa de cagar. Había vuelto a convertirse ni más ni menos (aunque menos suena imposible) que en Karl, la nenaza. Sintió cómo la rabia invadía su maltrecho cuerpo. Rabia hacia él, rabia hacia Dabney, rabia hacia todo.

—Si has tenido comida todo este tiempo —dijo en un tono de queja, del que enseguida se arrepintió—, ¿por qué no la has compartido con nosotros?

Dabney suspiró, pero sin mostrarse enfadado, sino más bien cansado de la pregunta.

—Porque me lo curro mucho para comer. Nadie prohíbe a nadie que cace ni recolecte. Yo no soy propietario de la azotea. Si queréis comida, ¡coño! tened algo de iniciativa. No vengáis a mí lloriqueando porque sois un puñado de inútiles del Upper East Side. Hacedos cargo de vosotros mismos.

Karl se enderezó con la intención de marcharse.

—Limpia esa mierda antes de irte, muchacho. Puede que no sea el propietario de la azotea, pero sigue siendo mi territorio. No te vas a ir dejando eso ahí.

Karl abrió y cerró la boca un par de veces, pero era incapaz de pronunciar ninguna palabra que pudiera arreglar la situación. Dabney inclinó la cabeza, como un perro receloso, y cerró un ojo en señal de advertencia, al tiempo que negaba con la cabeza, reprendiéndolo en silencio. El gesto decía: «No digas ni una sola palabra». Karl miró a su alrededor en busca de un trapo, pero no vio ninguno, entonces volvió a mirar a Dabney, quien lo único que le dirigía era la mirada fulminante, severa y autoritaria de alguien a punto de perder los estribos.

—¿Con qué lo limpio?

Dabney se sacó un trapo del bolsillo trasero y se lo lanzó a Karl, un movimiento que le recordó al viejo anuncio de cola con Mean Joe Green, en el que este le lanzaba a un niño su camiseta sudada. Karl pensó que una broma podría relajar tensiones y, cuando lo cogió, dijo:

—Gracias, Mean Joe —arrepintiéndose de inmediato.

Dabney se dio la vuelta y reanudó su vigilia en el filo de la azotea.

—Estúpido, estúpido, estúpido —se repetía Karl, mientras limpiaba su vómito.

—Lo único que digo es que será mejor que ese Zotz mantenga la boquita bien cerrada —dijo Eddie, mientras iba de un lado para el otro en la cocina con fuertes pisadas.

—Olvídalo, tío —le dijo Dave—. No tiene importancia.

—Sí que la tiene, y muchísima. Primero se pone todo borde como si... ¿qué?, ¿estaba buscando pelea? ¿Cree que puede manejar al Cometa así por las buenas, como si de la noche a la mañana se hubiera convertido en un tío duro? Es una nenaza, un putón. Le metería por el culo sus putos lápices de colores y sus pinceles, si no pensara que al mamón le iba a encantar.

—Relájate, Eddie. Venga en serio, te va a dar algo, una embolia o algo así. Olvídalo y tranquilízate.

Eddie se dio un par de paseos más, antes de aceptar a regañadientes el consejo de Dave y sentarse en una otomana. Apretaba y soltaba los puños y se masajeaba los muslos, al tiempo que se mordía el labio inferior. Cuando echó la cabeza hacia atrás, tenía las venas del cuello abultadas y la nuez le sobresalía como si fuera un huevo. Sus orificios nasales resoplaban como los de un caballo, mientras sudaba la gota gorda. Dave observaba cómo Eddie trataba de relajarse, de calmarse. Desde que se conocieron en el instituto, se habían convertido en amigos inseparables. Dave era el calmado y Eddie el exaltado.

«El Cometa» era el mote de hockey de Eddie, cursi, pero apropiado. Había sido un jugador central fantástico, su velocidad y ferocidad le granjearon una beca deportiva en Rutgers. Dave había sido el portero del equipo, pero a menudo tenía su mirada más puesta en Eddie que en el disco. Eddie lanzaba los cuerpos de sus adversarios por el aire como si nada, y es que para él eran eso, nada. Resultaba increíble verlo. Por desgracia, se pasaba el mismo tiempo en el banquillo que sobre la pista de hielo. Demasiadas faltas, demasiados ganchos, demasiadas peleas en general. En definitiva, demasiada sangre.

Dave se acercó y le acarició a Eddie el cabello, con la intención de calmarlo.

—No vuelvas a hacer eso —dijo Eddie con brusquedad—. ¿Qué haces? Tío, movidas así no me gustan ni un pelo. —Entonces se levantó, temblando con una rabia apenas contenida—. ¡No me puedes hacer una mariconada así!

Dave miró a su compañero de piso con incredulidad.

—Me siento algo confuso, Ed —dijo Dave.

—¿Qué?, ¿qué?, ¿qué te hace sentir confuso? Coño, no quiero que me toques como una chica.

—Pero nosotros...

—Eso no tiene nada que ver... joder, ¿cuál es la palabra?

—¿Ternura?

—¡Eso! —dijo Eddie, con una expresión en el rostro que se debatía entre el triunfo y el enfado—. ¡Es eso exactamente! Ternura. La ternura es para las mujeres y los maricones, pero nosotros no lo somos, Dave. Tenemos que relajarnos de vez en cuando, pero eso no tiene nada de malo. El sexo y la ternura son dos cosas bien distintas. ¿Crees que todos los tipos que están en prisión son maricones? Coño, tío, no. Solo hacen lo que tienen que hacer. Adaptación no significa conversión, ¿vale? ¿Crees que van a ir en busca de pollas después de que los suelten? ¡Eso es una gilipollez! ¡Van a ir directos a por un coño! No lo olvides, colega.

Sí, pero a nosotros no nos van a soltar, pensó Dave. Esto es lo que hay.

—Como quieras —dijo Dave, antes de salir de la habitación.

—¿Qué te pasa?, ¿tienes la regla? —preguntó Eddie, antes de empezar a reírse a carcajadas.

Dave entró en el recibidor y comenzó a caminar de un lado para el otro, antes de abrir la puerta principal y salir al pasillo común. Ese era su mundo en ese momento: una escalera que subía desde la entrada tapiada del portal, el descansillo cuadrado de mayor tamaño de la segunda planta, los tramos de escaleras que conectaban cada piso, los estrechos rellanos, las azoteas, y punto. El resto del planeta estaba prohibido por completo. *¿Por qué Eddie tenía que ser tan desagradable?*, se preguntó Dave. *Todos estamos bajo presión. Todos los aquí presentes estamos en el mismo barco, él no es el único que sufre, que tiene hambre y que tiene miedo.*

Dave bajó con dificultad al vestíbulo tapiado. En medio de una oscuridad absoluta, se apoyó de espaldas en los casi frescos bloques de hormigón y se preparó para un castigo físico. Era preferible dejar de preocuparse por Eddie, por su asqueroso talante y por un sentido del humor todavía más asqueroso. Movidas así habían sido divertidas en el vestuario, antes y después de cada partido, pero en ese momento se sentía profundamente herido, lo que parecía más alarmante. En la oscuridad, se tranquilizó y se serenó.

—Desahógate —dijo, antes de respirar profundamente varias veces. A mitad de camino de un torpe estiramiento, tocó con el codo algo húmedo y carnoso y soltó un chillido muy femenino.

—¿Desahógate? —Fue la respuesta, en un tono de voz ronco e insulso.

—Dios mío —gritó Dave—, no hagas eso. Oye, ¿quién eres? ¿Quién coño anda por ahí a oscuras? ¿Estás intentando darle a alguien un susto de infarto?

—¿De qué tienes que desahogarte? —La voz ronca no era ni masculina ni femenina y a Dave le recordó a la de la niña poseída de la película *El exorcista*. La pregunta fue planteada sin ninguna urgencia ni curiosidad, más bien parecía mecánica, pero eso era lo que la hacía tan molesta.

—Dios mío. Gerri.

Con el corazón a mil revoluciones, Dave comenzó a subir las escaleras a toda prisa y recorrió cada rellano en dirección a la siguiente planta, hasta llegar a la puerta de la azotea. Una vez allí, lo dudó por un momento, antes de darle un fuerte golpe

con los nudillos y abrirla. Dabney se encontraba allí, sentado a la sombra del hueco de las escaleras, mientras leía un libro estropeado.

—Hola, John, ¿te importa que dé unas vueltas?

—Corre hasta agotarte —dijo Dabney, antes de volver a concentrarse en el libro que Alan le había prestado. Cuando Dave comenzó a correr en dirección norte, Dabney añadió:

—Pero no demasiado, no me gustaría tener que cargar contigo escaleras abajo. — Entonces empezó a reírse. Era la misma broma en un día diferente, aunque, a todos los efectos, daba igual que se tratara de otro día.

Maldita Gerri Leibowitz, pensó Dave. Eddie había apodado a su antigua vecina la Judía Errante. Era una mujer brujesca con una maraña de cabello moreno, canoso y estropeado, sobre una aparente cabeza hueca. En ocasiones, iba en cueros y, en otras, con una fina bata, pero siempre llevaba el mustio cadáver de su Yorkshire Terrier, al que acunaba como si fuera un bebé. No tenía domicilio fijo, algunas veces dormía en el edificio vecino del que era originaria, otras en los pasillos y, en ocasiones, en las azoteas, aunque no en la de Dabney, quien no simpatizaba con ella en absoluto. A veces, Gerri pasaba una noche o dos en uno de los apartamentos que habían quedado disponibles en el número 1620.

Aunque estaba compuesta de carne y huesos, en esencia, era una fantasma.

Dave y Eddie habían llegado allí desde una distancia de tres manzanas en dirección norte, cuando su edificio se había vuelto un peligro. Los zombis habían entrado en masa y acabado sin problemas con los residentes de las plantas bajas. La pareja de deportistas logró escapar de chiripa. Desde entonces, la puerta del tejado al hueco de las escaleras del edificio estaba férreamente cerrada. Nadie podía prever en qué edificio se iba a materializar Gerri de un día para el otro y, aunque eso tampoco les importaba demasiado, su presencia siempre resultaba inquietante.

En la azotea de Dabney, Dave ya había alcanzado la velocidad suficiente para poder saltar los pequeños muros que separaban las azoteas, como si corriera los cuatrocientos metros vallas. El sol fustigaba su espalda desnuda, mientras sudaba a mares. Se trataba de una estupidez, y él lo sabía. ¿Para quién trataba de mantenerse en forma? ¿Para sí mismo? El final estaba cerca, como anunciaban los oradores de la Biblia. ¿Qué sentido tenía tratar de estar en forma? No era más que piel y huesos, y cada uno de sus músculos, tendones, ligamentos, venas y arterias se marcaban claramente. Era como una lámina anatómica andante, bueno, más bien, que hacía *footing*, para ser más exactos. No se trataba de definición, sino de disminución. Todos los del edificio tenían los abdominales como una tableta de chocolate.

Una tableta de chocolate.

Solo la frase hizo que Dave tuviera ganas de gritar. *¡Qué agradable sería tener una en ese momento! ¡Dulce y sabrosa!* También tenía sed y, a medida que el sudor recorría su pecho sin vello, Dave se imaginó a sí mismo como un tercio ámbar de Bud y a su sudor como la condensación en una botella de su bebida favorita, como en

esos anuncios tan sexis. Y entonces se puso a llorar.

Febrero, hace unos meses

—Esto pasará, ya lo verás.

—No lo sé —dijo Dave, antes de darle un trago a su Stella Artois. Eddie y él estaban sentados juntos en la barra, viendo las televisiones sin volumen que se encontraban suspendidas por encima de la repisa de los licores, una de cada lado. Dado que ambos aparatos estaban sintonizados en la cadena FOX, no había necesidad de oír, pues los teletextos garabateaban la pantalla exponiendo los titulares del día. Dave tenía un nudo en el estómago y la cerveza no le estaba sentando demasiado bien. Aun así, continuaba bebiendo.

—Que no lo sabes —dijo Eddie en tono despectivo—. Ten un poco de fe, el gobierno se encargará de solucionarlo.

—Resulta extraño viniendo de ti, Don Libertario.

—Oye. Soy lo que se conoce como libertario social. Sencillamente, no quiero que nadie me diga a quién puedo follarme o qué debo beber, ni tener que ir a la cárcel si me apetece fumarme un porro o hacerme una raya. El gobierno debería sacar las narices de mis asuntos privados, ¿sabes lo que quiero decir?

—Pero pueden sacarnos las castañas del fuego cuando algo va mal, ¿no?

—¿En un jodido y catastrófico desastre? Así es, esa es su puta misión, colega. En eso se gastan nuestros impuestos, en enviar a los jodidos Marines.

Dave estuvo a punto de puntualizar que ya no les quedaban Marines que poder enviar, pero se mordió la lengua y le dio otro trago la cerveza. La mayoría de las tropas continuaban en el extranjero, la Guardia Nacional tenía menos chicha que esas anoréxicas de las gemelas Olsen y el caos reinaba por doquier. Las imágenes eran de lugares en llamas. Todas las ciudades americanas llenaban los monitores de las pantallas panorámicas. Dave ya estaba acostumbrado, incluso le traía al fresco el hecho de ver ciudades extranjeras ardiendo, pero ¿americanas? Ya fue una tragedia lo de las torres gemelas, pero eso se trataba de algo épico. En ese momento, la pantalla mostró una imagen de San Luis en llamas. La visiblemente temblorosa presentadora, una «cabeza lacada» según la jerga de la televisión, articulaba en silencio, aunque pudo leerle los labios para captar lo principal, mientras las líneas de preocupación de su rostro cuarteaban su abundante maquillaje. Todo el día había sido igual: una epidemia de violencia y canibalismo. Aunque suene ridículo, así era.

—Ahí están las armas de destrucción masiva —dijo Eddie—. Justo ahí, en alta definición. Se trata de algún tipo de producto químico de mierda que los putos negros del desierto han inventado en alguna jodida cueva, pero nuestros hombres darán con

el antídoto, y entonces nos vengaremos.

—¿De dónde te has sacado eso? —le preguntó Dave.

Eddie señaló al recuadro de la pantalla. Dave no confiaba tanto en el origen de ese caos ni era tan optimista con respecto a la posible venganza. De acuerdo con las noticias, y con respecto a ese tema no parecía haber opiniones discrepantes, la crisis era mundial. Lo que estaba ocurriendo en Nueva York era lo mismo que sucedía en París, Teherán, Madrid, Hong Kong y así sucesivamente. Sin embargo, aunque la causa se prestara a conjeturas y al debate, existía la necesidad de echarle la culpa a alguien. ¿Qué sentido tenía una crisis si no se podía decir: «la situación es la siguiente y estos son los culpables»?

Fuera del bar, los distintos e inquietantes ruidos iban cobrando intensidad. Una explosión sacudió el edificio, haciendo que la cerveza de Eddie se le derramara en las rodillas.

—A la mierda.

—Creo que deberíamos irnos a casa —sugirió Dave, no queriendo que su creciente terror se notara demasiado. Eddie dirigió su mirada a la jarra vacía y sus rodillas mojadas y se levantó del taburete sin decir ni pío.

Los dos permanecieron dubitativos en la puerta. Un vehículo deportivo utilitario se abrió paso entre algunos peatones, en un descabellado intento por seguir avanzando antes de que el semáforo se pusiera en rojo, lo que provocó que los cuerpos volaran por los aires. Uno de ellos chocó contra la ventana del bar, manchando de rojo el resplandeciente neón rosa.

—¡Dios mío! —gritó Dave.

El camarero, un tipo de la vieja escuela con cara de pocos amigos, agarró sus llaves y una escopeta recortada de debajo de la barra.

—Si salís por esa puerta, no se os ocurra volver —dijo—. No pienso dejaros entrar de nuevo, vea lo que vea ahí fuera. Os quedáis solos.

—Ajá —dijo Eddie.

—Lo digo en serio. —Y se dio la vuelta para colocarse de frente al resto de los allí presentes—. Si alguien más quiere salir, esta es su oportunidad. Después de que se vayan estos dos, os quedaréis aquí hasta que nos digan lo contrario, y punto. Hora de cierre en Casey's.

Otros dos clientes se terminaron sus bebidas y se dirigieron lentamente hacia la puerta, reacios a poner a prueba la orden del camarero. El resto permaneció allí, viendo las televisiones y engullendo alitas de pollo. Eddie y Dave cerraron los ojos y, como hacían antes de cada partido, se dieron un puñetazo en el hombro.

—¿Estás preparado para esta mierda? —preguntó Eddie, con un tono de incertidumbre en su voz.

—No —dijo Dave, optando por la sinceridad.

—No te ocurrirá nada —dijo Eddie, esbozando una sonrisa—. Estás conmigo.

—De acuerdo —dijo el barman. Entonces abrió el cerrojo, antes de abrir la puerta

lo justo para que pasaran—. Salid, rápido. —Y, como si acabara de pensar en ello, añadió:

—Y buena suerte. —Después de que salieran, volvió a cerrar la puerta con llave. Eddie y Dave vivían al otro lado de la avenida y a mitad de camino de la manzana, pero esa escasa distancia se les hacía muy cuesta arriba, a pesar de estar cuesta abajo. Dave miró en dirección sur y vio que el humo se elevaba desde varios incendios de procedencia indeterminada. El tipo que había golpeado contra la ventana yacía muerto a unos metros de distancia, con la cabeza partida a consecuencia del fuerte impacto. Un convoy de tropas militares recorría la avenida York con un gran estruendo, sin prestar demasiada atención a los peatones que deambulaban por allí completamente aterrorizados.

—¿Ves? —dijo Eddie sonriendo—. ¡Aquí llega la puta caballería!

El vehículo pasó rugiendo y Dave y Eddie vieron cuerpos ensangrentados enganchados a los laterales y arañando la chapa blindada. Los cuerpos parecían estar destrozados, pero se agitaban. Un hombre, que iba agarrado a uno de los lados, tenía la cabeza mirando en dirección contraria al vehículo, completamente del revés, y de su desencajada mandíbula colgaban babas y sangre en largos y balanceantes hilos. A medida que el camión pasaba, Dave y Eddie se quedaron boquiabiertos, al ver que las tropas que iban en su interior eran asaltadas y devoradas por atacantes de aspecto similar. Después de otro «a la mierda», Eddie siguió a toda prisa los pasos del camión, el cual había despejado el camino momentáneamente, antes de que Dave lo imitara y resbalara con la sangre fresca que chorreaba del vehículo. Parecían la caballería del oficial Custer, como si la avenida York se hubiera convertido en Little Bighorn y los infectados fueran los sioux y los cheyene.

Mientras Eddie sacaba las llaves en la puerta de entrada de su edificio, una niña reanimada, no mayor de cinco o seis años, dio un salto e intentó morderle el antebrazo a través de su grueso abrigo de cuero. Eddie conocía a esa niña, no por su nombre, pero la había visto con su madre en el parque Carl Schurz. Su madre tenía un polvazo y él siempre había aminorado el paso para verle bien el escote. La niña también era muy dulce, aunque en más de una ocasión la había visto cogerse una rabieta para conseguir helado o galletas. En ese momento, el rostro ensangrentado de la niña estaba desencajado. Se trataba de una parodia de la avaricia infantil, solo que lo único que ansiaba la pequeña era carne humana. Con un ojo salido de la órbita, se le veía el globo ocular al completo.

Sin dudarlo ni un segundo, Eddie le dio un puñetazo en toda la cara, haciendo añicos su cráneo, lo que provocó que la niña cayera al suelo, desorientada pero no noqueada. Retorciéndose, se balanceaba de lado a lado, como si fuera una tortuga bocarriba.

—¡Maldita zorra! —gritó Eddie, mientras examinaba las marcas del mordisco. Una vez seguro de no haber sido herido, levantó el pie y le pisó la cabeza, salpicando la acera de hueso y cerebro. Dave permanecía perplejo a unos metros de distancia,

aterrorizado ante la escena, mientras se llevaba las manos a la boca. Eddie abrió con llave la puerta del vestíbulo y con un tono apremiante, gritó:

—¿Entras o te quedas, Dave?

Dave esquivó la mancha en la que se había convertido la niña y, una vez seguro en el interior, vomitó, antes de mirar impotente a Eddie, quien estaba examinando su antebrazo desnudo. El mordisco le había provocado una marca, pero eso era todo.

—Si esa pequeña hija de puta no hubiera tenido todavía los dientes de leche, es probable que me hubiera causado problemas —dijo Eddie, con el ceño fruncido, mientras pensaba en ello—. En serio, ha estado muy cerca.

—Sí —dijo Dave, mientras se limpiaba la boca.

Su vecina, Gerri, estaba de pie al final de las escaleras, observando con perplejidad. Cuando pasaron a su lado en dirección al rellano de la segunda planta, ella señaló hacia el vómito.

—No podéis dejar eso ahí, es antihigiénico.

—Sí, sí —refunfuñó Eddie.

El Yorkshire terrier de Gerri, Cuppy, bajó las escaleras y comenzó a lamer el vómito de Dave.

—Lo siento —murmuró Dave—. Luego lo limpio.

Julio, en la actualidad

—Haced algo de una vez, montones de pus.

Antes incluso de que las cosas se pusieran tan feas, Abe Fogelhut ya tenía claro lo que hacer. Tenía ochenta y tres años, la televisión y la radio no funcionaban y nunca había sido un gran aficionado a la lectura (exceptuando algún que otro periódico, aunque solo leía *The Post* o *The News*, nunca el relamido y sensiblero *Times*), así que hacía lo que hacen las personas mayores: sentarse junto a la ventana a observar cómo el mundo se pudría, al tiempo que contaba los días que restaban hasta el colapso final. Si hubiera tenido huevos, habría acelerado el proceso. ¿Por qué retrasar lo inevitable?

Porque, por asquerosa que fuera vida, era lo único que se tenía.

La recompensa final era la muerte irreversible, y punto. El problema era que en los días que corrían no era así, por lo que morir había perdido parte de su atractivo.

Abe hacía lo mismo todos los días. Había apoltronado su débil y escuálido cuerpo, con discutible comodidad, en el raído sillón tapizado, había abierto las lúgubres cortinas de flores y las polvorientas persianas venecianas y había tomado posición como testigo ocular de nada. La multitud se arremolinaba, como de costumbre. Era lo mismo de siempre, nunca cambiaba nada. Incluso el dolor del estómago vacío de Abe se había aliviado para convertirse en un aburrido adormecimiento. En realidad, deseaba volver a sentir los agudos retortijones que provoca el hambre, pero las personas se adaptan a todo, y ese era el problema, que se había acostumbrado a las nuevas circunstancias.

Con cierto esfuerzo, Abe abrió la ventana, asomó un poco la cabeza, produjo un poco de saliva pegajosa y escupió a la estúpida muchedumbre que se encontraba justo debajo de su casa, situada en la cuarta planta. El espeso y pastoso escupitajo cayó haciendo *plaf* en la cabeza de uno de esos monstruos, pero el muy gilipollas ni siquiera tuvo la decencia de notarlo, de indignarse, ni de tan siquiera molestarse. Nunca reaccionaban. Abe suspiró con resignación y se retiró de la ventana para volver a tomar asiento en su sillón.

—A esto se reduce todo —masculló—. Esto es lo que se entiende por entretenimiento en esta falsa apariencia de mundo. Bah. —Volvió a hundir la cabeza en el cojín, cerró los ojos y rechinó sus ya desgastados dientes, al tiempo que jadeaba—. ¿De qué sirve? —dijo entre gemidos—. ¿Qué maldito sentido tiene?

—¿De qué sirve qué?

—Exactamente.

Ruth entró en la habitación arrastrando los pies, mientras sus zapatillas

provocaban un ruido sordo contra la desgastada moqueta. Él mantenía los ojos cerrados, pues le resultaba insoportable mirarla. La piel de debajo de su afilada mandíbula era una cortina en movimiento. Fuera cual fuera el turbio asunto que escondía apenas estaba oculto por su translúcida epidermis. Abe evitaba ver su propia imagen. Ya ni siquiera se molestaba en mirarse en el espejo, no desde que había dejado de afeitarse. Al principio, le picaban los pelos de la barba, pero como ocultaban las imperfecciones de su lánguida piel se ganaron su permanencia. Además, ¿qué sentido tenía derrochar agua en los tiempos que corrían? ¿Por vanidad? La vanidad era un concepto en desuso, incluso en el caso del vello facial. Abe olía como el viejo pergamino al que recordaba y su piel parecía cuero barato y arrugado. Hacía semanas que había dejado de cambiarse de ropa a diario, ¿para qué molestarse?, aunque antes de eso también había dejado de bañarse. Solo se lavaba con una esponja húmeda los sobacos, los huevos y el culo, y sin demasiado entusiasmo.

Sin embargo, ver a Ruth en la misma situación le resultaba insoportable. Ella se había sentido siempre tan orgullosa de su aspecto. Había sido vanidosa, en los tiempos en los que la vanidad aún tenía sentido, pero en ese momento parecía una arrugada momia, flotando en su pardusco vestido de Kmart. Si Abe hubiera tenido algo en el estómago para poder vomitarlo al verla, lo habría hecho, en honor a su antigua belleza.

—¿De qué sirve qué? —repitió Ruth.

—Nada, todo, contestar a esa pregunta.

—Entonces, ¿qué sentido tiene que te lo preguntes todos los días?

—Eso es, exactamente eso.

—Odio hablar contigo cuando tienes los ojos cerrados —dijo Ruth quejándose.

—Y yo odio hablar contigo cuando los tengo abiertos.

Unas semanas antes, esa réplica podría haberla hecho llorar, sin embargo, sabía a qué se refería Abe y, si le hubieran quedado lágrimas, es probable que hubiese derramado algunas, pero estaba tan reseca como el Sahara. Abe oyó cómo Ruth volvía a salir renqueando del salón y, poco a poco, fue abriendo los ojos para mirar por la ventana. Aunque tenía un nombre judío, él siempre había sido ateo, y nada de lo que había visto ni vivido le había quitado eso de la cabeza. Así era y eso es lo que había. Así que viviría todo el tiempo que pudiera y, cuando le llegara el momento de caer redondo en su sillón por el hambre y la deshidratación, al menos podría decirse a sí mismo que lo había sabido sobrellevar.

Aunque puede que eso careciera de la más mínima importancia.

Eso no significaba que no envidiara a los estúpidos gilipollas que tenían fe, lo cierto es que los consideraba afortunados. Sencillamente creían, a pesar del constante *reality show* que tenían afuera, que cuando uno moría su alma se marchaba a un lugar mejor. Esos montones de podredumbre que deambulaban por allí no eran más que sacos vacíos.

En la cocina, Ruth hurgaba en el armario. Aún tenían algunas provisiones, la mayoría gracias a la generosidad de sus vecinos, pero pronto se terminarían. Solo quedaba una caja de biscotes, un poco de mantequilla de cacahuete, una lata de alubias, una lata de espaguetis con tomate y un único palito de carne de res Slim Jim, fuera lo que fuera eso. Había además tres garrafas de agua de cuatro litros. Las tuberías estaban tan áridas como ella, por lo que ya ni se molestaba en abrir el grifo, pues lo único que hacía era gruñir, y para oír gruñidos se habría quedado en el salón escuchando a Abe.

A diferencia de su marido, Ruth había recuperado la fe, pero eso ocurrió antes de que todo se fuera a la mierda. Aproximadamente en la época en la que su madre murió, Ruth había renovado su vínculo con el judaísmo, lo que provocó una enorme consternación a su marido, quien pensaba que su mujer ya se había curado de esas locuras.

Cuando Ruth cumplió setenta y seis, su madre, Ida, por entonces de noventa y dos años y más vegetal que animal, falleció por fin. En el momento de su muerte, pesaba lo mismo que años tenía. Llevaba un tiempo postrada en la cama, apenas tenía actividad cerebral y casi tenía peor aspecto que Ruth en ese momento, si es que eso fuera posible. Antes de su fallecimiento, fragmentos de Ida ya habían muerto, como los miembros amputados que se habían gangrenado a consecuencia de su mala circulación.

En aquel entonces, aquello provocó que a Abe le viniera a la cabeza un viejo chiste de la Segunda Guerra Mundial acerca de un prisionero americano de un campo de prisioneros de guerra alemán que realiza trabajos forzados, reparando un tejado bajo la lluvia. Se resbala, mientras tapa un agujero, y se perfora la pierna un clavo oxidado. El tipo acaba perdiendo la extremidad y solicita que el guardia la envíe a Estados Unidos para que sea enterrada allí. El guardia siente compasión y satisface su petición. El mismo prisionero vuelve al departamento de trabajo y, mientras repara otro tejado, corre la misma suerte. El hombre pierde la otra pierna y realiza la misma petición, la cual vuelve a ser satisfecha. El prisionero, ahora sin piernas, está en el departamento de trabajo del aserradero y, mientras introduce los tablones, a través de una sierra de banco, pierde un brazo, entonces vuelve a pedir que su miembro sea enviado a Estados Unidos para ser enterrado, pero esta vez el guardia se niega a hacerlo.

—Pero ¿por qué? —pregunta el prisionero—. Porque —dice el guardia— el comandante piensa que tratas de escapar por partes.

Ese chiste perdió toda su gracia cuando la anciana Ida escapó por partes de la unidad de cuidados intensivos del Golden Acres de Maspeth en cuatro ocasiones, aparte de haberse quedado ciega por la diabetes, ser incontinente, haber perdido la capacidad del habla y no saber ni quién diablos era ni dónde estaba, si es que estaba. A medida que a Ida le fueron llegando todas las desgracias juntas, Ruth comenzó a visitar el templo local para reconciliarse con Dios. Por esa época, Ida estiró la pata,

gracias a Dios, pero que no se interprete como una proeza, considerando que ya no le quedaba ninguna. Ruth era muy activa en el templo y Abe se distanció mucho de su esposa. Vivían juntos, pero no revueltos, algo que a él le habría molestado todavía más, si hubiera seguido sintiendo una atracción sexual hacia ella, pero esa parte de la relación se había «esfumado» hacía ya mucho tiempo. Él había sido testigo de la horrible putrefacción en vida de Ida. *Dios no existe*, pensó en numerosas ocasiones. Ida nunca había sido santa de su devoción, pero nadie merecía el sufrimiento que tuvo que soportar antes de diñarla. No le desearía nada así ni a Hitler.

Bueno, puede que a Hitler.

Y a Stalin.

Pero a nadie más.

Desde el exterior, un alarido gutural rompió el sepulcral silencio y Abe se dirigió a la ventana, justo a tiempo de ver cómo se desarrollaba la escena de abajo. Se trataba de algo novedoso: uno de los sacos de pus había clavado sus dientes en otro, provocando una enorme consternación en su víctima. Cuando el agresor le arrancó al otro un pedazo de carne putrefacta, ambos profirieron unos ruidos indescriptiblemente repugnantes, lo que desencadenó un enorme revuelo entre la multitud, por lo general, aletargada. El contrincante se tragó el pedazo de carne fétida, comenzó a temblar ligeramente y la vomitó, antes de que prosiguiera una refriega espástica.

—¡Tienes que ver esto! —gritó Abe—. Oye, cariño... —Resultaba difícil desprenderse de los viejos hábitos—. ¡Por fin esos hijos de puta han empezado a pelearse entre ellos! —Aplaudía de emoción—. ¡Han comenzado a evolucionar! ¡Muy pronto esos miserables cabrones se estrangularán entre sí como las personas normales! —Reía y tosía al mismo tiempo.

—¿Y qué tiene eso de fantástico? —preguntó Ruth.

A Abe se le cortó la respiración, suspiró y miró a Ruth, entrecerrando los ojos.

—De verdad, eres única a la hora de aguarle la fiesta a alguien.

—¿Qué tiene eso de especial? ¿Qué tiene de emocionante que esos monstruos se ataquen entre sí? Es algo terrorífico, son horribles.

—No sabes apreciar la ironía, Ruth, nunca ha sido tu fuerte. A mí me parece divertido, ¿sabes? A pesar de todas las cosas terribles que se podrían decir de esos sacos de desechos de ahí fuera, siempre han parecido llevarse bien, aunque tengan la cabeza completamente hueca. Sin embargo, ahora se están enfrentando. Aunque muramos y revivamos, estamos hechos para odiar. Hasta esos descerebrados pedazos de carne por fin se han mostrado hostiles entre ellos. Es la manera humana de ser inhumano.

—¿Y te parece algo bueno?

—Anda, vete de aquí, Ruth. Déjame disfrutar de esto y olvídate de lo que te acabo de decir, por favor.

Abe volvió a asomar la cabeza por la ventana.

Todo había vuelto a la normalidad, ya no había empujones ni escándalo, solo el habitual desfile de vegetales. Hundió la cabeza en la parte acolchada de la butaca y, con los ojos cerrados, comenzó a reflexionar acerca del silencio. Hubo un tiempo en el que había apreciado esa paz, pero no en esos momentos. Echaba de menos el ruido del tráfico y los autobuses que solían recorrer la avenida York. Añoraba incluso sus chirriantes sistemas hidráulicos.

Mientras permanecía allí sentado, con los ojos cerrados, a Abe le llegó a los oídos, a través de la descolorida cortina, un leve ruido unido a los estúpidos berridos de las monstruosas criaturas. Se trataba de un sonido que no podía reconocer, apagado y con eco. Con gran esfuerzo, Abe se levantó del sillón, asomó la cabeza por la ventana, dirigió su mirada hacia el norte, *nada*, luego hacia el sur, ¡bingo! Algo se abría paso entre la multitud en dirección norte y avanzaba en zigzag por entre los coches abandonados que habían quedado atravesados. A medida que se iba aproximando, el sonido se amplificaba. El corazón le latía con fuerza.

¿*Qué demonios es eso?*, se dijo Abe a sí mismo. Avanzaba a buen ritmo. Era un coche. No, algo más grande. Se trataba de uno de esos minitodoterrenos, lo que pasaba es que no alcanzaba a oír el rugido del motor, debido al ruido sordo de los destartados cuerpos que rebotaban contra su sólida superficie. Es probable que se tratara de un vehículo híbrido, pues avanzaba en silencio.

Abe quería gritarle al conductor, pero no tenía sentido. Esa máquina no iba a parar bajo ningún concepto. Sin embargo, a no ser que esas criaturas hubieran aprendido a conducir, al menos existía una prueba de que había vida más allá de su maltrecho grupo. A medida que se acercaba al edificio, Abe pudo ver con claridad el vehículo, aunque por poco tiempo. La parte delantera era una oscura masa de concavidades empapadas de sangre. A pesar de que estaba bastante seguro de que esas criaturas no sentían miedo, era evidente que no les hacía demasiada ilusión la idea de convertirse en adornos provisionales del capó, a medida que rebotaban contra el suelo o quedaban aplastados por debajo.

Cuando el pequeño utilitario deportivo se abrió paso con dificultad en dirección norte, chocó con el armazón de un coche averiado que estaba oculto por la multitud. El violento impacto retumbó a través del cañón de edificios y, una vez más, Abe fue testigo de cómo un conductor salía despedido a través del parabrisas.

—Pobre cabrón —dijo Abe entre suspiros, imaginando que la multitud se iba a arremolinar alrededor del desgraciado, a fin de hacerlo trizas para comérselo de entremés. Sin embargo, no lo hicieron; por el contrario, se retiraron del ya humeante montón de chatarra.

—¿*Qué demonios pasa?* —dijo Abe, completamente perplejo.

Los zombis se estaban dispersando y alejando del lugar en el que yacía el cuerpo. Abe no podía verlo, por encontrarse fuera de su ángulo de visión y oculto entre la multitud, pero sin duda no estaban arremolinándose a su alrededor. Se oyó un gemido bestial que provenía de esa dirección, lo que provocó que a Abe se le erizaran los

pelos de la nuca.

—Esto no había pasado nunca —dijo entre jadeos.

A regañadientes, dejó de mirar por la ventana, cuando Ruth entró en la habitación.

—¿Qué ha sido eso? —gritó ella.

—Un accidente —dijo él—. Un vehículo ha chocado. Tengo que comprobar si alguien más lo ha visto.

Cuando salió del apartamento, Ruth se aproximó arrastrando los pies al lugar que su marido había dejado libre, con objeto de verlo con sus propios ojos. En el vestíbulo se oía un jaleo de voces. Desde arriba, Abe oyó cómo Karl daba gritos en la azotea y, a pesar de sus doloridas piernas, decidió subir. Cuando se aproximaba a los últimos escalones, una explosión sacudió el edificio y tuvo que agarrarse con fuerza a la barandilla para no caerse.

—Madre mía —farfulló él.

Salió a la tela asfáltica y vio que un humo negro ascendía desde la calle. Falto de energía, recorrió renqueando el resto del camino, todo lo deprisa que le fue posible, a fin de unirse a los demás hombres que se encontraban en el filo de la azotea.

—No creía que un híbrido pudiera explotar así —dijo entre jadeos.

—Lo ha hecho el coche con el que ha chocado —aclaró Karl—. De todas formas, ¿por qué creías que era un híbrido?

—Porque no se oía el motor.

—El motor estaba haciendo un ruido que no veas —le dijo Dabney—. Lo que pasa es que estás un poco sordo, abuelo.

Abe se disponía a protestar, cuando Alan gritó:

—¿Es que estáis chalados? ¿Qué más dará el tipo de coche que haya sido? ¡Ha muerto una persona!

—Sí, y no han tratado de devorarla —añadió Karl.

—Es probable —dijo Dabney.

—Yo también lo he visto —confirmó Abe—. Se estaban dispersando. Ha sido algo muy extraño.

—Es probable que hubieran olido una fuga de gasolina —replicó Dabney— y que retrocedieran porque supieran que iba a explotar.

—Eso es darles demasiado crédito —dijo Karl.

—Los animales presienten los problemas —dijo Dabney—. Las tormentas y los terremotos. No sabemos una mierda de esas criaturas, aparte de que les gusta devorarnos. Podrían disponer de todo tipo de habilidades animales y de algunos sentidos más desarrollados. Quizá huelan la sangre.

Al oír eso, Alan se acordó de Mike y bajó para ver qué tal se encontraba Ellen, quien, después de tomarse un par de somníferos, dormía profundamente. Había hecho bien, dos muertes seguidas serían demasiado para ella. Mientras regresaba al edificio, los demás continuaban discutiendo acerca de lo que acababan de presenciar.

Demasiadas emociones en un solo día, pensó Alan. Cuando volvió al

apartamento de Ellen, Eddie y Dave salían del suyo, y el pintor agradeció no haberse cruzado con ellos.

Desde el otro lado del colchón, Alan dirigió su mirada a Ellen, quien dormía a pierna suelta. No sabía cómo debía sentirse. Cuando había vuelto a su apartamento, debido al estado de confusión provocado por las pastillas para dormir, ella parloteó entre sueños, pero antes de poder entender lo que decía, sus cuerpos desnudos ya se habían enredado. Mike había muerto hacía escasas horas. Bueno, morir era lo menos, porque dicho así parecía que se hubiera tratado de una muerte al uso, lo que, teniendo en cuenta el aprieto en el que se encontraban, habría sido algo envidiable. Sin embargo, Mike había sido devorado, y allí estaba Alan tumbado en la cama de Mike, puede incluso que en su parte del colchón, ya que lo más probable era que Ellen echara una cabezadita en la suya, por lo que Alan estaba ocupando una propiedad muy personal de un hombre que acababa de fallecer. Digamos que el destino le había jugado una mala pasada.

El cuerpo de Ellen, incluso consumido, continuaba pareciéndole atractivo a Alan. Bueno, se trataba de la clase de erotismo que pueda suscitar una supermodelo del campo de concentración de Buchenwald, aunque continuaba conservando ese algo indefinible que despertaba su instinto sexual. Alan cogió un lápiz y un bloc y comenzó a bosquejarla.

Sus agradables y suaves curvas habían desaparecido, pero, si lograba fundir su pincel con la mente de Egon Schiele, era posible que hiciera un buen trabajo. Había gente que encontraba erótica la obra de Schiele y, aunque no fuera el caso de Alan, uno debía adaptarse al lugar y al momento. Las areolas y los pezones de Ellen eran de color oscuro, prácticamente burdeos, lo que creaba un enorme contraste con su pálida piel. Sus maltrechas tetas se desparramaban como sacos vacíos y aplastados, aunque él se las había chupado como si de ellas manara algún tipo de antídoto. A diferencia del resto, Ellen evitaba subir a la azotea, por lo que no había dejado de palidecer durante las últimas semanas. El parche triangular de oscuro vello púbico, enmarañado y empapado por el sudor y la mezcla de fluidos del acto sexual, contrastaba en gran medida con su cerúlea piel.

La relación sexual no había parecido amorosa, sino más bien desesperada, voraz, aterrorizada y violenta. No obstante, para Alan había supuesto el primer consumo placentero de energía que recordaba desde que todo se hubiera podrido. A pesar de que se habían molido los huesos a golpes, su antiguo sueño erótico se acababa de hacer realidad. Alan se acordó de la letra de una canción infantil de su niñez: «¡Fi! ¡Fi! ¡Fo! ¡Fum! Huelo la sangre de un inglés. Esté vivo o muerto, molere sus huesos para hacer pan». *¿Qué clase de canción de mierda era esa para enseñársela a un niño? ¿Moler sus huesos para hacer pan? ¿Qué tipo de pan era ese?* Sin embargo, en ese momento, esos monstruos de ahí fuera deseaban hacer prácticamente lo

mismo, pero pasando del tema de los carbohidratos. *Nos limitaremos a comerte vivo, pero gracias de todos modos.*

El dibujo de Alan no estaba saliendo como él esperaba. Ellen parecía retorcida y enredada, sus contornos eran convexos donde no debían serlo, y lo mismo ocurría con los cóncavos. Su maraña de rizos morenos era como una mancha grasienta y amorfa, lo que impedía ver con claridad un párpado cerrado, tan oscuro que parecía que tuviera el ojo morado. Era como si la hubieran estirado en un potro de tortura, como hacían con algunos de los acusados de herejía durante la Inquisición. En su lápiz se podía leer «Ticonderoga», pero por el modo de plasmar a su nueva novia, por un capricho del destino, bien podría leerse «Torquemada». El gran inquisidor se habría sentido orgulloso de haber reducido a un ser humano al lamentable estado en el que Ellen se encontraba, y todo en un solo día y en el nombre de Dios. El problema del dibujo era su perfección, pues la calcaba.

No era necesario que Ellen lo viera, así que Alan hizo una bola con él, lo lanzó por la ventana y este fue a caer justo en el lugar manchado de sangre en el que Mike se había topado con la muerte. *¿Qué haría Goya?*, se preguntó Alan. La frase le trajo a la memoria esas pegatinas para coches, camisetas, pulseras de la amistad y demás artículos, en los que aparecía estampada la frase de moda: «¿Qué haría Jesús?». Bueno, a juzgar por lo que estaba sucediendo, abandonaría a sus apreciados feligreses para que se pudrieran. Por suerte, Alan no creía en esa estupidez, de no ser así, se habría sentido muy decepcionado con el Todopoderoso.

Volvió a pensar en Goya y en el deber de un artista. Aunque había pintado numerosos y hermosos lienzos, el viejo Francisco no rehuía de plasmar la fealdad. Alan recordó un cuadro de Goya, *Saturno devorando a un hijo*, en el que el gigante mitológico agarra con fuerza el cuerpo desnudo y parcialmente desmembrado de uno de sus hijos, con ojos de paranoico y quizá un toque de profundo dolor, al tiempo que le arranca la cabeza con la boca. Alan contaba con una enorme experiencia de primera mano, con respecto al hecho de ver cuerpos desmembrados, así como con el de documentarlos. En su apartamento, había varias paredes cubiertas de arriba a abajo de dibujos y cuadros que había realizado de la banda que deambulaba por las calles, tanto trabajos individuales como colectivos. Era como el Audubon de los zombis, el conservador del registro visual de la extinción de la humanidad.

Pero ¿para quién?

¿Quién vería esas interpretaciones? Las probabilidades de que existiesen futuras generaciones eran bastante escasas. ¿Los que viajan en el tiempo? ¿Los extraterrestres? No, se trataba de arte por el arte. Al igual que ocurre con la necesidad de respirar y comer, Alan había descubierto que tenía una predisposición para la creación artística, pero siempre se había preguntado la pureza de su instinto. ¿Creaba solamente a fin de impresionar a los demás? Fundamentalmente, había realizado trabajos para que fueran publicados, pero en ese momento ya no quedaba público. Durante un tiempo, pensó que solo crearía arte si existía una remuneración por sus

obras. Menudo precio había que pagar para ratificar su talento. Su apartamento era una galería dedicada a un único tema: El final. Dibujos a lápiz, a pastel, a pluma, a tinta, algunas acuarelas, las cuales, estrictamente hablando, no habían sido realizadas con agua, es decir, no con sus reservas, sino con orina, que iba de maravilla. El pigmento amarillento confería autenticidad al tema. Al menos, podía pintar al óleo y colocarse un poco con el disolvente.

Así pues, el arte continuaba ofreciendo sus pequeños dividendos.

Además, había conseguido a la modelo de sus sueños.

Quien en ese momento se movía.

—Mmmmm —susurró ella—. Hola.

Hablando de colocones, Ellen parecía algo cocida. Él se preguntó cuántas pastillas para dormir se habría tomado y trató de apartar de su mente la idea de que pudiera haber intentado seguir los pasos de Mike. Los desenfocados ojos de Ellen bailaban en sus cuencas. Cuando, parpadeando, trataba de volver a la realidad, parecía confusa, insegura.

—Tú no eres Mike, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó en un tono acusador. Ella movió la cabeza, en un intento por reactivar su cerebro—. Lo siento, lo siento. Mike ha muerto, está muerto. Alan, lo siento. —Ella trató de esbozar una sonrisa, pero sin éxito—. ¡Vaya día!, ¿eh? —dijo en un intento fallido por mostrarse feliz, haciendo uso de la típica y desagradable cadencia de una secretaria en el dispensador de agua de su oficina.

—Sí —dijo Alan entre dientes.

—¿De qué es ese olor? —preguntó arrugando la nariz.

—Ah, hay un incendio en la calle, luego te lo cuento.

—¿Un incendio? —repitió ella con los ojos aún vidriosos.

—Sí, pero no es momento de hablar de eso.

Ellen se arrastró por encima de la arrugada ropa de cama para aproximarse a Alan y apoyó la cabeza en su pecho desnudo, antes de rodearlo entre sus brazos. Él comenzó a echar de menos su monástico apartamento.

—Entonces —susurró ella— ¿te mudas a vivir conmigo o no?

Se trataba de un ruego.

Una invitación.

Una trampa.

Con el pretexto de que necesitaba algo de su bloc, Alan se soltó de Ellen y huyó de su opresiva guarida. Con grácil aplomo, salió al pasillo común y la dejó plantada en la cocina. Cuando cesaron los múltiples clics del engranaje de las cerraduras de Ellen, la puerta de enfrente se abrió y apareció Eddie, con una mirada irónica y malévola, y una caña de pescar en la mano.

—No pierdes el tiempo, ¿eh? —dijo lanzando una mirada lasciva—. Sabes, siempre te he tenido por maricón, pero me descubro ante ti, Zotz. Has entrado ahí como un campeón y te has llevado el botín. Me quito el sombrero, colega.

—¿Qué estás...?

—No te hagas el tonto, campeón —dijo moviendo la caña de pescar para hacerse entender. Entonces, Eddie levantó el dibujo alisado de Ellen con el que Alan había hecho una bola—. He practicado un poco de pesca en el lago Swenson. —Dio la vuelta al dibujo, y la parte de atrás estaba manchada de sangre.

Alan miraba su obra con incredulidad.

—¿Con la que está cayendo y tú te dedicas a rescatar ese dibujo del callejón? Joder, pero ¿es que estás loco?

—Accidentes de coches los hay a patadas —dijo Eddie sonriendo—, pero el arte es para siempre.

—¿Que accidentes de coches los hay...? —Alan movió la cabeza como un perro mojado que intentara encontrarle sentido a tal afirmación—. ¿Qué dices? ¿Cuál ha sido la última vez que has visto algún coche pasar por aquí?

—Hace siglos, pero no nos sirvió de nada, ¿no es cierto? En cualquier caso, había otros ruidos que despertaban un mayor interés. Chico, Ellen jamás había gemido así con Mikey, te lo aseguro, ni en los viejos tiempos.

Alan metió a Eddie en su apartamento de un empujón, entró tras él y cerró la puerta.

—Por Dios, Eddie, Ellen podría oírnos —dijo Alan, mientras le clavaba el dedo a Eddie en su hundido esternón.

—Todo el mundo oye lo que dicen los demás, casanova, las paredes tienen oídos, sobre todo si te estás tirando a una vocinglera. Gemía de tal forma que pensaba que se la estaban comiendo viva, aunque supongo que era lo que en realidad estaba ocurriendo. —Eddie sonrió con ironía, antes de sujetar el dibujo en la puerta de su frigorífico con un imán de plástico con forma de plátano y comenzar a admirarlo—. Aunque Ellen ya no está tan buena como en los viejos tiempos, ¿eh? Antes tenía unas peras de las que poder presumir. Bueno, uno se conforma con lo que tiene, ¿no es cierto? No permitas que la búsqueda de la perfección te impida disfrutar de algo medianamente aceptable.

—Mira, no le des tanta importancia, ¿de acuerdo? —dijo Alan, odiando tener que emplear un tono de voz algo engatusador—. Ellen ya tiene bastantes problemas y se los tiene que comer con patatas...

—Ninguno de nosotros tiene patatas que comer —dijo Eddie, interrumpiéndolo.

—Lo digo de manera metafórica. Dios, en cualquier caso, se trata de algo provisional, solo intento...

—Meterla en caliente. Es comprensible. Colega, si hay alguien en el edificio que piense como tú, ese es mi menda. Ese cuento del artista sensible ha obrado el milagro, ya lo pillo. A algunas chicas les gustan los deportistas y a otras los intelectuales. Debería haber sabido que a la puta de Ellen le ponían como una moto los listillos, solo tienes que echarle un vistazo a su última pareja, Mikey Swenson. ¿A qué se dedicaba? ¿A la informática?

Mike había trabajado en el departamento informático de una empresa de transacciones bursátiles en Wall Street, así que un punto para el agudo deportista.

—Mira, mantenlo en secreto, ¿vale? Deja que la mujer pasa su duelo en paz.

Eddie comenzó a reírse socarronamente.

—De acuerdo, con una condición.

Alan comenzó a flaquear.

—Dime cuál.

—Que continúes trayéndome dibujos de mujeres desnudas. Quiero que me sigas proporcionando material fresco y colosal. No sé por qué no he pensado antes en explotarte, teniendo en cuenta la absoluta falta de recursos. Obviamente, hace tiempo que se me acabó lo de ver porno en internet.

—¿Quieres que haga dibujos pornográficos de Ellen para ti? —preguntó Alan boquiabierto.

—No solo de Ellen, y desde luego no con el aspecto que tiene ahora. Ya se me ocurrirán algunas ideas con las que puedas trabajar. ¿Está claro? Vale, pues ahora sal de mi puto apartamento.

Alan bajó a su casa y se dejó caer en la cama, completamente aturdido. Así debía ser la cárcel. Siempre se había preguntado si podría soportar la falta de libertad, sobre todo durante mucho tiempo. Imaginaba que su única arma para sobrevivir sería la de dibujar perversas fantasías para el resto de los presos. Los violadores querrían violar a sus fantasías eróticas, los asesinos querrían asesinar a las suyas, los polifacéticos querrían un híbrido, una de la columna A, tres de la columna B, y así sucesivamente. Sin embargo, en ese momento, un exdeportista estaba chantajeando a Alan para que realizara dibujos posapocalípticos de mujeres.

¿Qué haría Vargas en su lugar?



Abril, hace unos meses

—Se está poniendo azul, Mike. ¡Coño Mike, se está poniendo azul! ¡Tienes que hacer algo!

—¿Y qué se supone que debo hacer, Ellie? ¿Qué? ¿Ir a la farmacia? ¿Llamar a un médico?

Ellen tenía en brazos a Emily, quien apenas tenía un año, y observaba cómo la niña no paraba de abrir y cerrar la boca como si fuera un pez fuera del agua. Le había exprimido hasta la última gota de leche a su madre y las reservas eran prácticamente nulas. Ellen odiaba tener que racionar, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Mike tenía razón, ¿qué iba a hacer?, ¿salir ahí fuera? Estaba claro que no volvería. Con el bebé a cuestas, se dirigió, con fuertes pisadas, hacia las ventanas que daban a la calle, rebosante de odio hacia los zombis de la avenida que deambulaban como de costumbre, a pesar de la gélida lluvia. Abrió la ventana y se asomó, mientras el aguanieve le azotaba en el rostro. Ella protegía a Emily, presionando su pequeña cabeza contra su desinflado pecho.

—¡Que os den por culo a todos! —gritó Ellen—. ¡Qué os follen a todos y cada uno de vosotros, malditos parásitos hijos de puta!

Emily comenzó a llorar.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Mike, antes de dirigirse corriendo a la ventana y agarrar a su mujer del brazo—. Se te podría caer.

—¿Y qué, Mike? ¿Qué? ¿Alargamos su agonía? Quizá le hiciera un favor. Observa el puto mundo que tenemos delante, mira qué familia: un padre sin cojones y una madre despreciable con arena en las tetas. Joder, se va a morir de hambre, Mike, de inanición, lo mismo que nos ocurrirá a todos a la larga, pero a Emily no le quedan reservas, se está consumiendo, y encima está azul.

—¿Que no tengo cojones? —le preguntó su marido.

—¿Eso es lo único con lo que te has quedado de todo lo que te acabo de decir? Genial.

Por encima del húmedo ruido del aguanieve, los zombis oyeron el jaleo y levantaron su mirada hacia la niña doméstica, siendo el hambre lo único que animaba el movimiento de esos ojos carentes de vida. Ellen dejó de mirar a Mike para observar a la multitud. Si se lanzaba al vacío junto con el pequeño aperitivo envuelto en una mochila porta bebés de algodón orgánico, podría ganarse a ese grupo en un periquete. La multitud enloquecería con el festín, y luego seguirían a lo suyo. Ella recordó cómo el mundo se había quedado boquiabierto, completamente estupefacto y

asqueado, cuando Michael Jackson enseñó a su bebé, colgándolo desde la ventana de un hotel. La muchedumbre de abajo, con sus rostros hundidos y piel blanquecina, le recordó a Jacko, aunque en este caso fuera ella la que pensaba en balancear al bebé por la ventana.

Se dejó caer, apoyándose en la pared de debajo de la ventana, y comenzó a llorar, abrazada a Emily. Mike cerró el postigo y se puso en cuclillas para consolar a sus chicas, pero sus caricias y palabras de aliento fueron completamente en vano. Estaban desconsoladas, al igual que él. Era cierto, no tenía cojones, pero ¿quién iba a tenerlos? ¿La firme decisión de no salir del edificio era por falta de cojones o por sentido común? ¿Cómo iba a hacerlo? Los gemidos de Ellen y Emily eran cada vez más intensos, amplificados por la falta de valor de Mike. Él se levantó y salió de la habitación en busca de un poco de agua para Ellen, pero al llegar a la cocina se olvidó del motivo por el que había ido allí, abrió la puerta principal y salió al pasillo común, con una expresión tan ausente como la que tenían los zombis habitualmente.

—Menudo jaleo están formando —dijo Abe, señalando la puerta que estaba entreabierta.

—¿Cómo? —preguntó Mike, sintiéndose confuso. Pestañeó y se concentró en sus vecinos, Abe y Paolo, el atractivo sudamericano del 2B—. Ah, sí. Ha sido un día duro.

—¿Acaso no lo son todos? —dijo Abe, antes de que ambos jóvenes asintieran con seriedad.

—Y que lo digas —añadió Paolo—. Son días muy aciagos.

Sintiendo la necesidad de hablar con gente que, en teoría, no le iba a gritar, Mike se unió a ellos, aunque no tenía demasiadas ganas de conversar.

—Tienen hambre, Ellen y la niña. Hambre, cansancio y frustración. Ellen quería que saliera a por provisiones, pero no lo pienso hacer.

—Pues esa, amigo mío, es la diferencia entre tu generación y la mía —dijo Abe con mofa—. Si yo tuviera a una niña muriéndose de hambre, te podrías apostar hasta al último maldito céntimo a que saldría por la puerta en busca de algo, sin pensar en las consecuencias.

—Eso es muy fácil de decir... —comenzó a decir Mike, antes de que Abe lo interrumpiera.

—Ya lo creo que es fácil de decir. Que yo recuerde, estabas en casa cuando todo esto empezó, en cambio yo, yo tuve que pegarme una caminata desde el distrito Garment hasta llegar aquí. Me vi obligado a afrontar toda clase de horrores para llegar a mi casa junto con mi aterrorizada mujercita. Te lo aseguro, si hubiera sido un poco más previsor, me habría pasado por la tienda de alimentación antes de venir, pero en retrospectiva todos somos unos linceos.

—Pero entonces era distinto —dijo Mike tartamudeando. Había creído firmemente que otros hombres se compadecerían de él en lo relativo a los problemas con las mujeres, pero la cosa iba de mal en peor.

—¡Distinto! Ya. Entonces ya estaban por todas partes esos asquerosos zombis, como lo están ahora. ¿Qué pasa?, ¿acaso te crees que ese día no devoraban a todo el que se les ponía por delante? Con ochenta y tres años, logré llegar a casa intacto. Si alguno de vosotros, los jóvenes... —a Abe no le salían las palabras— tuviera cojones, saldríais ahí fuera y haríais lo que hice yo. Demostraríais tener los mismos recursos y...

Mike estaba empezando a cansarse de que pusieran sus gónadas en entredicho, pero cuando se disponía a protestar, aunque sin mucho entusiasmo, Paolo metió baza, al sentir que su hombría quedaba también en entredicho.

—Yo tengo cojones, Abraham —dijo Paolo con brusquedad, mientras su resentimiento se reflejaba en sus duras facciones.

—Sí, claro.

—¿Me estás poniendo en duda? ¿Estás insinuando que no tengo los cojones de un viejo?

Abe comenzó a reírse.

—Me apuesto lo que quieras a que no tienes un par como los míos.

La expresión de Paolo se suavizó, cuando Abe le guiñó un ojo.

—Son días aciagos —repitió Paolo, al tiempo que una amarga sonrisa en los labios ocultó furtivamente su rabia.

—Tienes razón —dijo Abe. Al oír el llanto, que no había perdido intensidad, los tres hombres volvieron al asunto que tenían entre manos—. Independientemente de eso, y no quiero entablar una discusión, el hecho es que hay una mujer y una niña que necesitan alimento, y proporcionárselo es el deber de un hombre.

Mike se puso colorado. Se puede decir que el hecho de haberse pasado la última década sentado delante de un ordenador no lo había endurecido ni preparado precisamente para ser el típico cazador-recolector. Los hombres de la generación de Abe estaban hechos de otra pasta, además, la guerra los había convertido en tipos duros. Abe era un veterano de la segunda guerra mundial, por el contrario, la única experiencia en combate de Mike había consistido en apretar los botones del mando de la consola. Las innumerables horas que había pasado con el *World of Warcraft* y el *Call of Duty* no contaban. Le dio un empujoncito a la puerta con el codo, para echarles un vistazo a Ellie y Em y, aunque el volumen de su llanto había disminuido, ambas se encontraban en un estado lamentable. Además, Ellie decía que Em estaba azul, y no era coña. Puede que en el apartamento hiciera algo más de calor, pero aunque todos llevaban varias capas de ropa, estaban helados debido a la fría humedad del edificio.

—Ese bebé necesita comer —dijo Paolo, con un enérgico tono de voz.

—Lo sé, lo sé —respondió Mike, mirándose los zapatos.

—Si no tienes la suficiente hombría para ir, lo haré yo.

—Espera un momento...

—Abraham tiene razón —dijo Paolo, en su formal y dulce acento—. Él es un

viejo y logró llegar hasta aquí. Nos ha contado muchísimas veces su arriesgado viaje. Nosotros tuvimos suerte, me refiero a ti, a mí y a algunos de los demás, de encontrarnos a salvo aquí, pero él y John llegaron tarde y tuvieron que sufrir.

Mike estuvo a punto de reivindicar que todos habían sufrido, pero acabó aceptando su opinión. Abe se había arriesgado. Como acostumbran a hacer los ancianos, había contado a menudo su caminata, es probable que adornándola un poco, pero el escuálido viejo de Abe Fogelhut había superado a todos los «jóvenes gallitos».

—Mi equipo está abajo en el armario —dijo Abe, pero Paolo rechazó su oferta, haciendo un gesto con la mano.

—No necesito su ayuda, señor.

Paolo se dio media vuelta y bajó lentamente a su apartamento.

—¿Qué pasa?, ¿es que lo he insultado? —preguntó Abe con mofa.

—Nos has insultado a los dos.

—Avergonzar no es lo mismo que insultar, además, un poco de vergüenza siempre viene bien.

—Si tú lo dices.

Desde sus respectivas ventanas, los residentes del número 1620 observaban cómo Paolo llegaba hasta la mitad de la avenida, solo para ser asaltado y devorado, vestido con su precaria versión personal del equipo de supervivencia de Abe.

Abe dejó de hablar de su proeza.

Una semana después, Emily murió.

Mike consiguió la hombría necesaria para deshacerse del pequeño cadáver, evitándole a Ellen los detalles. Tenía la esperanza de que unas mantas bastarían para evitar que las criaturas se la comieran, pero una vez más se demostró que solo querían carne con vida.

¿Se podía considerar eso como una bendición?

Julio, en la actualidad

Karl permanecía de pie junto a la ventana, observando la avenida York. Entre los zombis y los coches abandonados, incluido el último de ese mismo día, la calle estaba tan atestada que no se veía el suelo, aunque Karl imaginaba que estaría tan pegajoso como el de un cine en los días de gloria de Times Square. No obstante, la calle estaba impregnada de cantidades inconmensurables de sangre. Después de que el incendio se hubiera sofocado solo, lo único que se oía era el zumbido de las moscas y algún que otro gruñido o lamento.

A menudo, Karl deseaba haber sido lo suficientemente mayor para disfrutar de la multitud de locales de ocio para adultos que abrían sus puertas con libertad, antes de que «el alcalde de América», Rudy Giuliani, limpiara la ciudad. Cada vez resultaba más difícil recordar a los personajes «importantes» de los tiempos anteriores a la pandemia. La misión de Giuliani había sido lograr que la ciudad fuera un lugar más seguro y aséptico para sus ciudadanos, pero sobre todo para los turistas. Nueva York llevaba décadas soportando una mala imagen, algo motivado tanto por los acontecimientos reales como por las verdades a medias de los medios de comunicación. En toda América se tenía una idea distorsionada de La Gran Manzana: plagada de *graffiti*, sembrada de basura, rebosante de degenerados de todo tipo, dispuestos a poner en marcha sus más viles proezas con los bondadosos y confiados visitantes.

Karl se había mudado a Nueva York desde Ohio con el firme propósito de ser acosado vilmente, pero eso nunca ocurrió. Al igual que un nómada del desierto, había seguido un fuego fatuo de imaginarios y turgentes pechos que se meneaban al ritmo de la vibrante música disco. Sin embargo, cuando llegó a la ciudad de la diversión, Times Square ya no era el lugar plasmado por cineastas como Martin Scorsese, Paul Morrissey e incluso Frank Henenlotter. Ese chico de Ohio venía en busca del ambiente de *Taxi Driver*, *Forty Deuce* y *Basket Case*.

Pero lo único que pudo encontrar fue el de *El rey león*.

Fue un hecho, y no una ilusión, que Karl consiguiera un trabajo, un apartamento y una formación académica, aunque poco después todo se fue al traste. Las personas comenzaron a morir, a revivir y a comerse las unas a las otras, y el resto es historia. ¿A quién se le debía echar la culpa? Nadie lo sabía, o al menos nadie lo decía.

—Gracias, Mean Joe —dijo Karl con un bufido, como si fuera un loro despiadado que quisiera atormentarse a sí mismo—. Gracias, Mean Joe. *Gracias, Mean Joe. Sí claro, seguro que Dabney me volverá a recibir con los brazos abiertos cuando suba a*

la azotea. Aparte de pensar que soy el mayor gilipollas del mundo, ahora encima se cree que soy un racista. Gracias, Mean Joe. ¿Qué va a pensar? ¡Memo, tonto! Claro, un paleta del interior tiene que ser un negrero racista y palurdo. Solo estoy cumpliendo con mis obligaciones genéticas y socioeconómicas.

Karl continuó observando a las desgarbadas marionetas de carne que deambulaban a trompicones debajo de su ventana, quienes parecían más vegetales que animales. Animal. Vegetal. A Karl le rugían las tripas. Ojalá tuviera un poco de la cecina de bichos de Dabney. Rata, paloma, ardilla, fuera lo que fuera, estaba buena. Las criaturas merodeaban por allí debajo de tal forma que las figuras individuales parecían ser tragadas por la enorme muchedumbre. Karl bizqueó los ojos ligeramente y desdibujó las dos imágenes superpuestas. Carne. Verduras. La superficie burbujeaba como un guiso hirviendo en una infinita olla de cocción lenta. Carne. Verduras. Su vida se había reducido a un triste homenaje a esos dibujos animados en los que los náufragos, muertos de hambre en una isla desierta, se imaginan los unos a los otros como hamburguesas, perritos calientes y filetes antropomorfizados. El estómago de Karl sufría espasmos y se maldijo por no haber aprovechado mejor las vituallas de Dabney.

Las sombras iban cobrando intensidad, a medida que el sol se iba poniendo. Muy pronto, la agobiante oscuridad se extendería, tiñéndolo todo de un negro absoluto, y otra noche interminable comenzaría. Otro de los motivos por los que Karl se había sentido atraído por la ciudad era que, al igual que le pasaba con las alturas, no era gran amigo de la oscuridad. Cuando se trasladó a vivir allí, le fascinó el hecho de que las farolas permanecieran encendidas durante toda la noche, sin embargo, en ese momento, todo el país estaba a oscuras.

En su ciudad natal, Rushsylvania, un punto diminuto en el ya pequeño condado de Logan, la luz escaseaba de tal forma por las noches que no se veía ni torta después de una determinada hora. Había farolas en las calles, pero no lo impregnaban todo con esa penetrante fosforescencia del vapor de sodio típica de las luces de la ciudad. Durante la mayor parte de su niñez, Karl había dormido con una lamparilla de noche para disgusto de su padre, quien la consideraba una muleta, y Manfred Stempler no estaba criando a ningún tullido, ni emocional ni de ninguna otra clase. Manfred tuvo la brillante idea de ir de *camping* al parque estatal Hocking Hills. Karl, que por entonces tenía nueve años, se había negado rotundamente, pues prefería quedarse en casa para ver películas hasta altas horas de la noche debajo de su manta en la televisión en blanco y negro de once pulgadas.

—Manfred Stempler no está criando a una nenaza —había sido la respuesta de su padre.

Así que se fueron de *camping*. ¿Estaba su padre dispuesto a alquilar una de las cabañas del parque? De ninguna manera. Eso implicaría no «hacerlo en plan duro», así que montaron una tienda, encendieron una hoguera y, con toda la objetividad que un niño asustado de nueve años podía tener, Karl observaba cómo su hermano mayor,

Gunter, y su padre, disfrutaban del fantástico día al aire libre.

—¿A que no está tan mal? —le preguntaba su padre una y otra vez, pero a pesar de que Karl negara con la cabeza, su mirada decía otra cosa. Cuando los últimos rayos del sol desaparecieron, tragados por la tierra y la vegetación, la luz de la hoguera comenzó a parecer escasa y poco adecuada. En el bosque se oían ruidos. Karl no era un niño miedoso ni creía en monstruos, algo que a juzgar por la situación del momento resultaba algo gracioso, pero había algo que se arrastraba y hacía crujir las hojas y la tierra, provocando que se sintiera inquieto.

Los pequeños oasis de luz de las caravanas cercanas salpicaban la periferia, y venían acompañados del ronroneo de los generadores y de algún que otro chillido de algún borracho, aunque a Karl le parecía estar en Marte. El hecho de que alguien hubiera nacido en el campo no implicaba que no pudiera ser un chico de ciudad por naturaleza. En casa, había guardado en secreto un preciado *single* para que no lo encontraran ni el animal de su hermano Gunter ni el beato de su padre, Manfred, quien solía decir: «toda la música contemporánea es diabólica». Se trataba del tema *Yankee Rose* de David Lee Roth. Roth era la peor pesadilla de Manfred: un judío hedonista, metropolitano y salido del mundo de la farándula que había llegado a la tierra para guiar a jóvenes impresionables, como su hijito, a través del seductor camino hacia el infierno. Karl escuchaba en secreto la rapsodia de Diamond Dave: «¡Muéstrame las intensas luces y las luces de tu ciudad, sí señor!».

Eso fue allá por 1986.

Y desde entonces, Karl comenzó a planear su escapada de Logan.

La ciudad de Nueva York sería su *Yankee Rose*, deslumbrante con sus intensas luces, las luces de la ciudad.

Incluso con ese nombre macabro al estilo de Lugosi, Rushsylvania, cuya población rozaba los seiscientos habitantes, se jactaba de que casi el cien por cien de ellos fuera de raza blanca, además de buenos cristianos de tez rosácea y cabello pelirrojo. Su padre, el Gran Manfred, era una persona muy participativa en la Iglesia de Cristo de Rushsylvania en East Mill, el culo del mundo. Todos los domingos, Manfred acompañaba a Karl, Gunter y la madre de ambos, Josephine, a un anodino templo en el que rostros alzados de tez nívea alababan a una versión, blanca como la azucena, de Jesucristo. Todos ellos con el cabello ligeramente parduzco y los ojos azules, muy europeos, pero muy poco de Oriente Medio y para nada semitas.

Si Jesucristo hubiera sido representado artísticamente de una forma fiel a la realidad, el cristianismo nunca habría logrado popularidad. Todas aquellas generaciones de artistas europeos occidentalizaron la figura de Cristo, a fin de adaptarla a unos estándares que se ajustaran a las predilecciones de sus feligreses, un precoz estudio de mercado. Un representante con aspecto de Yasser Arafat no habría logrado sentarlos en los bancos de las iglesias. El hecho de promocionar el cristianismo solo perseguía intereses económicos y demográficos, pero dile eso al Gran Manny.

Que te llevarás la paliza de tu vida.

De todas las veces que su padre sacaba de repente la Biblia, y en las que ocasionalmente lo azotaba con ella, Karl no podía recordar ni una sola vez en la que el Gran Manfred la hubiera abierto, ni siquiera estaba seguro de que su padre supiera leer, pero constituía un persuasivo puntal de gran volumen, encuadernado en un raído cuero de color granate.

Karl se acordó del oficio religioso de la última cena de los domingos por la mañana, una hora poco adecuada para cenar, pero ¿por qué cuestionar los detalles cuando la falta de lógica era imperante? El pan, que representaba al cuerpo de Cristo, y el cáliz, que representaba su sangre, se repartían entre todos. A aquellos que consideraban a Cristo su salvador personal se les invitaba a comer del pan y a beber del vino que se dispensaba. ¡Qué práctica tan macabra! A pesar de que Karl no echaba en falta esa religiosidad de otros tiempos, le apetecía un poco de ese cuerpo y de esa sangre en ese preciso momento. *Una buena ración del cuerpo de Cristo en forma de galleta. Delicioso. Bocados benditamente insípidos en cada caja.* Karl dirigió su mirada a los zombis de la avenida York, estúpidos, conformistas y dispuestos a comer cuerpos y a beber sangre.

Era prácticamente de noche y, cinco plantas más abajo, el hirviente estofado se había convertido en una sombra muy oscura. Con la compañía de un coro de rugidos en su abdomen, Karl se marchó a la cama con el deseo de dormir y comenzó a entonar su himno sagrado, *Yankee Rose*.

«Es una visión de costa a costa, un mar para el resplandeciente mar...».

Cuanto más profundo era el sueño de Ellen, más se apretaba contra las concavidades de Alan, encorvando su espina dorsal contra el hundido abdomen de este y apoyando la parte superior de la cabeza en su esternón. Eran como raquíuticos muñecos anatómicos colocados como cucharas para poder ser guardados, o enterrados, con facilidad. Los dos estaban tan esqueléticos que podrían caber juntos en un ataúd de tamaño estándar y aún sobraría espacio, pero a pesar de ello la presencia de Ellen resultaba consoladora, algo con lo que Alan no había contado. Después de volver al apartamento de Ellen, había descubierto que el sonido de su respiración, aunque un tanto rasposo, le resultaba tranquilizador. Las noches, aparte de ser completamente oscuras, eran escalofriantemente silenciosas, hasta el zumbido de las moscas desaparecía. Ese era el tipo de cosas con las que se entretenía Alan por las noches, y se preguntó si las moscas dormirían.

En algún lugar del exterior, se oía de vez en cuando el casi imperceptible tintineo de un móvil de viento, como si se tratara del fúnebre tañido de campanas de la nueva era, lo que implicaba que en algún lugar corría algo de brisa, aunque dicho lugar no fuera el apartamento en el que habitaba. El insomnio, algo que sufría Alan con bastante frecuencia, era como estar en coma pero en estado de alerta. Se trataba de una privación sensorial sin efectos reconstituyentes. Al menos, las noches estivales eran relativamente cortas. Si cuando llegara el invierno quedaba alguien con vida, una posibilidad bastante improbable, las noches serían insoportables.

Alan recorrió con las puntas de los dedos el pecho de Ellen, resbaladizo por el sudor, luego la parte baja del abdomen, hasta llegar al matorral de vello púbico, donde apoyó su mano y la ahuecó sobre su huesudo monte de Venus. Donde debía haber algo de chicha, solo había piel tirante pegada al hueso. A Alan le había gustado con que sus amantes tuvieran la cera hecha o estuvieran totalmente rasuradas, sin embargo, en ese momento, el vello púbico era un atributo deseable. A falta de relleno, todo lo que pudiera amortiguar una fricción potencialmente peligrosa venía de perlas. Hacer el amor implicaba golpearse con los huesos. Él se acordó de esos pósteres psicodélicos de esqueletos con las distintas posiciones sexuales del *Kama sutra*, la decoración de los hogares de los porretas cursis.

En Forest Hills, donde Alan había crecido, tenía un vecino en la planta de abajo que era el más fiel seguidor del grupo The Grateful Dead, los muertos agradecidos. Ese chico, Lazlo, viajaba por todo el mundo para oír cómo la banda gorjeaba los mismos temas una y otra vez. Tenía lo que parecían miles de cintas piratas de conciertos que guardaba por orden cronológico en archivadores. Cultivaba su propia hierba y, tenía ese corte de pelo a caballo entre el rizo de los judíos y el afro, además de un bigotillo adolescente. Se hacía sus propias camisetas de batik. Alan se preguntó

si Lazlo seguiría vivo y, de ser así, cuáles serían sus impresiones con respecto a la situación. ¿Serían agradecidos los muertos de ahí fuera?

Parecían las meditaciones de un porreta.

Lazlo tenía el póster de los esqueletos del zodíaco follando y el de Robert Crumb de *Stoned Agin!*; los demás eran de The Grateful Dead y de varios artistas de desigual calidad.

Le resultaba extraño no dormir en su cama, en la que estaba acostumbrado a quedarse despierto toda la noche en su apartamento de la planta de abajo. En su casa, cuando salía de la cama, podía manejarse en la oscuridad. Aunque la distribución del apartamento de Ellen era idéntica a la del suyo, la colocación de los muebles era diferente, por lo que era incapaz de levantarse y solo por instinto trasladarse del lugar A al B sin encender una vela, aunque tampoco es que hubiera ningún sitio al que ir.

Pero ¿y si tenía ganas de mear?

Y ocurrió. El mero hecho de pensarlo provocó un cosquilleo en su uretra. Mear equivalía a malgastar fluidos, pero seguía siendo algo necesario. Cuanto más pensaba en ello, más le ardía el huesudo trasero de Ellen en su entrepierna, el cual atrapaba el calor y evitaba un alivio, aunque este fuese solo pasajero. Cuanto menos bebía, más le escocía orinar, pero tenía que hacerlo, aunque su meada pareciera ácido. Le sonaban las tripas por la molestia y la sensación de hormigueo en el pene iba aumentando por segundos. Tenía que desengancharse de Ellen y mear, eso o hacerlo en su culo, algo impensable. No habían llegado a ese grado de confianza.

Mientras se soltaba lenta y cuidadosamente, la entrepierna de Alan se liberó del trasero de Ellen con un ruido de succión. Ella hizo unos leves ruidos con la boca, antes de relamerse los labios y colocarse boca abajo. Libre de contacto, Alan salió con gran esfuerzo de la cama y tropezó ligeramente, como si el colchón estuviera más lejos del suelo de lo que estaba en realidad, luego dio palos de ciego al aire y se dirigió a tientas a la ventana que tenía más cerca, arrastrando los pies sin levantarlos del suelo.

Tras varios y apagados golpecitos con los dedos de los pies, llegó a la pared y comenzó a guiarse por ella. En el cielo había luna y su tenue luz azulada perfilaba el marco de la ventana. Cuando se dirigía hacia la derecha, recordó que esa era la ventana por la que había caído Mike. *¿Por qué tentar a la suerte?*, pensó, mientras se dirigía a la ventana que tenía la escalera de incendios, la cual, como en la mayoría de los apartamentos neoyorquinos, se encontraba cubierta por unas robustas rejas, aunque estaba abierta, así que Alan colocó el pene entre los barrotes y disparó. La salpicadura rebotó contra las escaleras de hierro fundido, cuyo ruido fue amplificado debido al sepulcral silencio.

Ellen se despertó ilusionada.

—¿Está lloviendo? ¿Mike? Quiero decir, ¿Alan?

—No, no. Lo siento, te he despertado. Es solo... que estaba meando. Lo siento.

—Ah, vale, no pasa nada. Solo pensaba... Aunque sería maravilloso que lloviera, ¿verdad? Ha pasado tanto tiempo desde la última vez. ¿Cuánto? ¿Quizá un mes o así?

—Casi. No ha llovido nada, eso está claro. —La típica y mundana charla acerca del clima, cuanto más cambian las cosas...

—Sí, ¿te acuerdas cuando había sequías —continuó Ellen— y te decían que no te ducharas durante más de cinco minutos ni regaras los céspedes de las casas? «No laven sus coches», decían, o «¡niños, no juguéis con las bocas de incendio!». Esos gilipollas no tenían ni idea de lo que era una sequía de verdad. —A pesar de las duras palabras de Ellen, no había resentimiento en su tono de voz, sino más bien nostalgia —. ¿Vuelves a la cama?

—No puedo dormir.

—Vuelve a la cama que te voy a chupar la polla.

¿Cómo podían esas palabras, sacadas de las películas porno más trilladas que se hubieran hecho nunca, parecer tan melancólicas y tan poco atractivas? El pene de Alan, cuyo interior seguía chamuscado debido a la cáustica orina, se agitó ante la idea; incluso en esas circunstancias se lo estaba pensando. Por más que su cerebro le dictara que no era lo correcto, no logró disuadir a su capullo de querer ser atendido. El cuerpo cavernoso comenzó a llenarse de sangre. *Quizá te ayude a dormir*, pensó su pene. *Vamos, estamos todos en el mismo barco. A mí no me engañas con esa santurronería de decir: «Hay que hacer lo correcto». Méteme en esa boca y por fin lograremos ese descanso que tanto necesitamos. Hazlo.*

Vuelve a la cama, Alan. Y así lo hizo.

Ellen estaba tumbada junto a Alan, sintiendo aún en su reseca boca el amargo sabor del semen de este. Había pasado algún tiempo desde la última vez que le hiciera una felación a Mike, por lo que no podía comparar, aunque dicha práctica nunca había tenido nada que ver con el sabor, la textura, ni con cualquier otro criterio que aplicara a los alimentos. Sin embargo, cabía la posibilidad de que eso cambiara con Alan. Aun estando en los huesos, la polla de Alan era más gorda y dura que la de Mike. Además, ¿no era el semen una fuente de proteínas? Las proteínas resultaban difíciles de conseguir.

Estos son los pensamientos de una lunática, pensó Ellen censurándose. *Mi esposo está muerto, el padre de mi difunta hija. Mike, con su mala postura y su pequeño y delgado pene, está muerto. Sus restos reposan en los canales alimentarios de esos cadáveres andantes que continúan debajo de mi ventana. Sus huesos se pueden ver perfectamente desde aquí. No hice nada. Podía haber subido a la azotea para coger algunos ladrillos de John y habérselos lanzado a la cabeza a los culpables, pero no lo hice. Mi bebé murió, pero yo no hice nada. No soy esposa ni madre. No he hecho carrera alguna que pueda definirme.*

—No soy nada —dijo en voz alta.

Alan dormía profundamente. Bueno, al menos había hecho algo bueno por alguien. En ese momento, era Ellen quien deseaba levantarse de la cama. Dado que

conocía bien el territorio, se fue directa a la puerta de la calle, la abrió con llave, salió al descansillo y pudo oír cómo Eddie amonestaba a Dave detrás de su puerta. Solo se oía su tono voz, pero no lo que decía. Se trataba del aburrido bramido de una mente retrasada que se estaba purgando. En medio de una oscuridad absoluta, logró subir a la azotea sin incidentes, pero al pisar la tela asfáltica y sentir una ligera y maravillosa brisa en su pegajosa piel, cayó en la cuenta de que estaba completamente desnuda. Daba igual, cerró los ojos y comenzó a disfrutar de la suave caricia del leve flujo de aire.

Aunque el cielo estaba nublado, la luz de la luna permitía ver su azotea, en la que la pintura plateada reflectante y la falta de lustre creaba una red fantasmagórica de contornos geométricos. El resto de las azoteas, cubiertas con la tradicional tela asfáltica de color negro, permanecían invisibles. Era como si estuviera abandonada en una isla trapezoidal que flotara a una distancia de seis plantas del suelo.

Ellen atravesó lentamente la azotea y se plantó en el filo de la ligera rampa que conducía al extremo orientado hacia el oeste. El nivel de la pendiente era de unos treinta grados, incluso menos, lo que la hacía accesible a sillas de ruedas, por si alguien postrado en una de ellas deseaba rodar desde la azotea para toparse con la muerte. Sin embargo, luego cayó en la cuenta de que ese no podía ser el objetivo de la rampa, pues la única forma de subir a la azotea era a través de las escaleras. En la azotea, no había ningún muro en el lado que daba a la avenida York, solo la leve elevación de una cornisa decorativa, seguida de una caída directa. Tirarse desde allí podría resolver el problema.

No, no quería unirse a Mike.

Ellen se tumbó de espaldas, al tiempo que observaba la cara plagada de hoyos de la luna, la cual estaba prácticamente llena, aunque no del todo. El movimiento del aire era vigorizante y tranquilizador al mismo tiempo. Estaban a mediados de julio y se preguntaba si alguno de ellos viviría hasta la llegada del otoño. Y con respecto a esas criaturas de la calle, ¿cuánto tiempo continuarían tambaleándose? ¿Cuántos supervivientes quedarían en Manhattan o en el resto de los distritos? ¿Habría más mujeres desnudas tumbadas en los tejados del vecindario mirando a la luna?, ¿o vestidas?, ¿o hombres?, ¿o niños?, y de ser así, ¿se podía considerar un consuelo? ¿Qué le ofrecía consuelo?, ¿que Alan estuviera durmiendo en su cama? Ella deseaba que Alan se quedara con ella para no tener que estar sola, pero en ese momento lo estaba en la azotea. Dabney no contaba.

Se solía describir a sí misma, al igual que tropecientos mil personas, por su profesión, su carrera, la cual en este momento se había reducido a seguir viviendo con el único propósito de despertar al día siguiente. Ahora mismo, lo único que la definía era su sexo. Ella y la anciana de Ruth eran las únicas mujeres del edificio, probablemente del mundo. Gerri, el comodín flotante, no contaba. Iba y venía, pasando prácticamente inadvertida.

—¿Bronceándote a la luz de la luna? —dijo una voz profunda desde la oscuridad.

Era la de Dabney.

Fuera o no el pudor un sentimiento de antaño, Ellen se puso colorada de vergüenza. Tampoco era que Dabney pudiera ver demasiado, pero su desnudez la hizo sentirse vulnerable. Ellen negó con la cabeza, como si no fuera nada que valiera la pena observar. Era un endeble perchero de huesos, unidos por una pálida capa de piel, y el flácido pellejo que tenía por abdomen estaba ligeramente fruncido, debido a la pequeña cicatriz de una cesárea. Menudo bombonazo. Ella no veía mucho a John, al no ser una asidua a la azotea, pero parecía seguir estando imponente o, al menos, esa era su imagen mental.

—No pasa nada —dijo Dabney, con una voz que parecía el susurro de un barítono—. Los rayos de la luna no hacen ningún daño. Y el sol tan solo provoca cáncer, lo cual no importa demasiado ahora mismo. ¿Qué va a hacerte un cáncer?, ¿robarte algunos y preciados días, puede que horas, de vida?

—Creo que debería marcharme —dijo Ellen.

—Espero que no sea por mi culpa. Los únicos visitantes que vienen por aquí arriba son mis colegas, pero resulta agradable oír una voz dulce y sin testosterona.

—Ah. —Ellen no sabía qué otra cosa podía decir.

—¿Cómo está tu medio limón? —le preguntó Dabney.

—¿Cómo?

—Tu medio limón. Solo estoy de broma, me refiero a Mike. ¿Cómo está Mike? Hace tiempo que no viene a visitarme.

—Mike ha muerto.

Una leve brisa inundó el incómodo silencio, al tiempo que las hojas secas crujían en las esquinas de la azotea.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Esta mañana.

—No lo sabía, lo siento. Con todo lo que está ocurriendo en la avenida, nadie cuenta nada. ¿Cómo ha...? Lo siento, no era mi intención entrometerme.

—No pasa nada. Mike se cayó por la ventana. Creo que se partió el cuello, y estuvo allí tumbado mientras lo devoraban. Todavía seguía con vida, pero ahora está muerto, al igual que mi bebé.

Dabney se apoyó en la cubierta del hueco de las escaleras, donde había estado durante todo el tiempo, preguntándose si era posible succionar todo el aire de una estancia al aire libre.

La respuesta es sí.

—Estás malgastando las velas —refunfuñó Ruth.

—Quiero leer.

—¿Con esta luz? Te vas a estropear la vista. Además, ¿desde cuando eres tú un lector empedernido?

—Desde que no hay nada en la televisión, que yo sepa, desde que no puedo dormir y desde que me he cansado de verme la parte interior de los párpados. Nunca es tarde para mejorar, ¿no? Así que considérame como una persona que está mejorando por segundos.

—Pff. Muy bien, pero ¿de verdad necesitas encender cuatro velas?

—¿Quieres que se me cansen los ojos? Eres la responsable de que hable como un paleta.

—¿Y eso es culpa mía?

—Solías decir que no leía lo suficiente, que la lectura me haría mejorar, pues aquí estoy, leyendo, y ahora vas y me dices: «no leas, te vas a estropear la vista». Primero me dices una cosa y luego me dices otra, y viniendo de esa boca seca y dentada me resulta particularmente repugnante.

—¿Por qué eres tan cruel?

—Es lo único que me queda. Bah. Necesitas un sueño reparador, muy bien, me voy al salón, su majestad.

Cuando Abe cogía la bandeja en la que había colocado las velas y salía de la habitación, un trueno de tormenta seca se burló de ellos. No quería problemas. El chaval del 3A le había prestado un par de libros, de los cuales uno era una fantásica novela de ciencia ficción, aunque bastante entretenida. El escritor, un tipo llamado Philip K. Dick, parecía empeñado en infligir a sus personajes la mayor tortura posible. Abe disfrutaba indirectamente de que el sufrimiento de los demás fuera incluso peor que el suyo propio. Al menos, él sabía dónde demonios se encontraba y era consciente de su miseria, sin embargo, el pobre desgraciado del libro de Dick no sabía ni adónde iba; su realidad era cambiante. Menudo marrón, era un desmadre.

El ruido de otro trueno lo escoltó hasta el vestíbulo.

—A ver si llueve de una vez —refunfuñó él—. Ya está bien de pitorreo.

Mezclados los truenos, se oyeron ruidos de otra procedencia. Un estrépito, seguido de los impactos de los fragmentos del cristal de seguridad al caer contra el suelo, así como los lamentos de los innumerables zombis.

—Los indígenas nunca se cansan —dijo Abe con una sonrisa—. Ahí fuera, están siempre de celebración.

En el dormitorio, Ruth miraba al infinito. Abe no era siempre una persona fácil de llevar, pero al menos tampoco era siempre tan hijo de puta. Ella cayó en la cuenta de

que su vida había sido un camino de rosas, porque durante años Abe tuvo que ausentarse para ir al trabajo. Durante su juventud, Ruth había tenido algunos empleos por aquí y por allá, pero por lo general de media jornada y para miembros de la familia. Estaba claro que se trataba de nepotismo, pero por esos cochinos dólares ¿quién iba a poner el grito en el cielo? Había trabajado un tiempo en una agencia de viajes (tío Judah), en un taller gráfico (primo Sol), en una sala de *catering* (primo Moshe) y en una agencia de talentos de poca monta (primo Tobias), pero cuando Abe llegó a su vida, se convirtió en ama de casa a tiempo completo y, con el paso del tiempo, en madre. Crio a tres hijos prácticamente sin ayuda.

¿Acaso eso no era trabajar?

Abe quería hacerle creer que vivía entre algodones y como una reina, por el hecho de no tener que darse una caminata hasta un lugar de trabajo oficial. Era cierto que el que llevaba el beicon a casa era Abe. Bueno, en realidad no era beicon, dado que, más o menos, seguían comiendo de acuerdo con las leyes judías. No obstante, Ruth también trabajaba como una burra, aunque considerando la exigua paga que le daba Abe, se trataba de una especie de esclavitud remunerada. Hasta cuando les iba bien, ella rezaba por ser liberada. ¿Dónde estaba su Moisés personal que la llevaría a la Tierra Prometida? Tres niños, pero solo Dios sabía dónde se encontraban o cuáles habían sido sus destinos. ¿Era demasiado pedirle a Dios saberlo al menos? ¿Permanecían Miriam, Hannah y David entre los vivos? En su cabeza cabía esa posibilidad, pero en su corazón y, de una forma más insistente, en lo más profundo de su ser, lo dudaba, lo que quería decir que sus nietos también habrían muerto.

Cuando Dios imponía un castigo, cargaba demasiado las tintas, aunque a pesar de eso seguía siendo creyente.

Ruth creía debido a la absolutidad del destino de la humanidad. Durante las primeras semanas del desastre, antes de que la televisión y la radio dejaran de funcionar, los científicos tenían sus propias teorías, pero estas no tenían respaldo alguno. Biotoxinas, guerra bacteriológica, terrorismo, la enfermedad degenerativa de Creutzfeldt-Jakob, provocada por una mutación genética, la encefalopatía espongiiforme antropoide.

No.

Eso era obra de un dios vengativo, de un dios que ya se había hartado, pero ¿quién podía culparlo? Desde que los seres humanos aparecieran en escena, no habían dejado de hacer fechorías y, durante sus años de vida, la cosa había ido de mal en peor, hasta llegar a unos límites inimaginables. Los políticos eran cada vez más falsos, más avariciosos y menos dignos de confianza. Las guerras no estallaban por una noble causa, sino meramente por intereses económicos. Las generaciones más jóvenes eran cada vez más estúpidas, más egoístas y deshumanizadas. La cultura popular se había ido por la taza del váter, los tacos eran de uso común, las escenas de pornografía manifiesta se habían infiltrado en los canales de televisión a los que todos tenían acceso y, con respecto a la televisión por cable, no disponía de información de

primera mano, pero había oído que era como la versión televisada de Sodoma y Gomorra.

Una locura.

Todos los valores fundamentales se habían perdido. Las personas de su generación eran rechazadas por la sociedad. Los únicos que se preocupaban por ellos eran los políticos, pero solo porque los más mayores continuaban yendo a votar, y lo mismo pasaba con las compañías farmacéuticas. El resto de las personas esperaban el momento en el que todos los de la tercera edad cayeran muertos y dejaran libres un apartamento como el suyo. La geriatría y el aburguesamiento no siempre se llevaban bien, pero eso era una queja a nivel personal. Donald Trump y los de su calaña no habían erigido los bienes raíces que realmente importaban. La Torre de Babel se había construido de nuevo, al menos metafóricamente, pero en esta ocasión Dios se lo había tomado en serio.

El Todopoderoso se había hartado de sus descarriados hijos.

Ruth sentía que la muerte estaba cerca. Abe iba a estar aviado ante la desagradable sorpresa, cuando descubriera que su alma seguía existiendo, después de que su cuerpo dejara de hacerlo. En el otro mundo, *Olam HaEmet*: «el mundo de la verdad», tendría que rendir cuentas por todas sus salidas de tono, cuando volvieran a proyectarle todas las escenas de su vida. Abe no era mala persona, puede que algo mezquino, pero no era malo, aunque estaba claro que su falta de fe no sería vista con buenos ojos. El Gehenom aguardaba a Abe. No era una condena al infierno eterno, podría acabar en otro lugar, aunque tendría que llevar a cabo un profundo examen de conciencia a fin de purificar su alma.

En la Tora, no se representaba de manera explícita la vida después de la muerte. En ese aspecto, los gentiles lo tenían más fácil, dado que no había vuelta de hoja: si se portaban mal, se las verían con el fuego del infierno y el azufre y, si se portaban bien, con las puertas del cielo y el paraíso. Sin embargo, la Tora era más enigmática. Como buen judío, se suponía que uno tenía que centrarse en el mundo material, y la recompensa eterna constituía un aliciente vago, aunque eficaz, para seguir por el buen camino. De lo único que Ruth estaba segura era de que el alma existía eternamente, y con eso le bastaba. Solo albergaba la esperanza de que Abe se pusiera las pilas e hiciera las paces con Dios, para poder reunirse con él en esa nebulosa vida eterna.

Y con sus hijos y nietos.

Y quizá con Cary Grant.

Estaba claro que no era de ascendencia judía, pero ¡madre mía!

Abe sujetaba el libro cerca de la vela, mientras forzaba la vista para poder leer esa letra tan pequeña. A pesar de que disfrutaba del hecho de que Dick hiciera sufrir de lo lindo a los pobres desgraciados de sus cuchitriles subterráneos de Marte, que iban drogados hasta las cejas y se entretenían con los accesorios de las muñecas Perky Pat, el dolor de sus globos oculares anulaba el placer. Además, en realidad sentía envidia de esos personajes de ficción. Estaba claro que habían sido obligados a vivir en

Marte, que era un agujero asqueroso, pero al menos podían colocarse hasta la trancas y tener esos fantásticos viajes colectivos, por cortesía de una extraña droga alucinógena llamada Can-D, ¿o era Chew-Z? Eran las dos. En cualquier caso, se trataba de una locura de libro, pero Abe se había enganchado a esa laberíntica trama. Dick era un chiflado, pero un chiflado con mucha imaginación.

Bajó el libro, cerró los ojos y se los restregó con fuerza. Con motas y diminutos diseños de jeroglíficos orgánicos danzando en sus órbitas, Abe se reclinó en su asiento junto a la ventana para disfrutar de sus particulares fuegos artificiales. Continuó restregándose un poco más, a pesar de que se suponía que era perjudicial hacerlo. Cuando retiró las manos y volvió a abrir los ojos, unos destellos de luz se unieron a sus motas e indescifrables y microscópicas pictografías. El distante estruendo de un trueno retumbó en toda la aletargada ciudad, seguido de un coro de estúpidos gemidos por parte de los zombis. Abe comenzó a parpadear e imaginó que estaba colocado con las milagrosas drogas de Dick.

—Estoy en Marte —susurró—. En mi cuchitril. ¿Dónde está mi muñequita?

Cuando las motas y las runas desaparecieron, Abe cayó en la cuenta de que la luz no había sido autoinducida. ¿Habría sido un relámpago? No, ese destello de luz había cruzado su techo de lado a lado desde la calle. ¿Qué demonios era? Abe se descruzó con las manos sus dormidas piernas, se levantó de su sillón y se dirigió renqueando a la ventana, al tiempo que sentía un hormigueo en sus entumecidos miembros. Justo al asomar la cabeza, una franja de luz cruzó por encima de todas las cabezas de chorlito en dirección sur. ¡Se trataba del haz de luz de una linterna!

—¡Por Dios santo! ¡Por Dios santo! —dijo Abe jadeando, antes de volver a meter la cabeza y gritar:

—¡Ruth! ¡Oye! ¡Ruth! —Otro pequeño trueno amortiguó su hilo de voz—. ¡Maldita sea! ¡Ruuuuuth!

—¿Qué? ¿Qué te pasa ahora? —chilló Ruth desde el dormitorio—. ¡Vas a despertar a todo el mundo!

—¡Pues mejor! ¡Ven aquí! ¡Date prisa!

—¿Qué pasa?

—¡Ven aquí!

A Abe le temblaba todo el cuerpo. Volvió a asomarse por la ventana y gritó al haz de luz que se alejaba. A medida que avanzaba por la avenida York, la horda parecía dispersarse a su paso para abrirle camino.

—¡Oye, espera! —gritó él, pero el estruendo de otro trueno amortiguó su frágil tono de voz. Debido a la conmoción que sentía, sufrió un convulsivo ataque de tos, al tiempo que sus húmedos ojos siguieron la luz hasta que desapareció de su vista. En ese momento, las lágrimas provocadas por las toses se mezclaron con las producidas por la desesperación.

—¿A qué viene este jaleo? —preguntó Ruth en tono de queja. A pesar de la oscuridad que la envolvía, Abe pudo imaginar su expresión de amargura e

incredulidad—. ¿Para qué me has sacado de la cama? —Su imagen mental de Cary Grant se había desvanecido.

—¡Había una luz ahí fuera! —dijo Abe, al tiempo que señalaba hacia la calle de abajo y se limpiaba los ojos.

—Una luz.

—Una luz, por el amor de Dios. ¡Una luz! ¡Una luz!

—Abe, ahí fuera está tronando. ¿Has oído hablar alguna vez de una cosita que se llama relámpago?

—No ha sido un relámpago. ¡Venía de ahí abajo! ¡De ahí abajo! ¡No de ahí arriba! ¡De abajo!

Ruth suspiró como lo hubiera hecho un mártir con un prolongado sufrimiento a cuestas y volvió como un pato mareado al dormitorio, dejando a Abe con la duda de si lo habría soñado todo, dado que era posible que su mente se hubiera visto influenciada por los efectos literarios y transcendentales del Can-D.

O del Chew-Z.

—Son hermosos y horripilantes al mismo tiempo —dijo Ellen, mientras admiraba los trabajos de los zombis de Alan. Llevaban una semana juntos y Alan la había invitado a su estudio para que contemplara su obra. Era la única persona del edificio a la que le había permitido entrar a su sanctasanctórum—. Dios mío, hay tantos.

—Y son todos diferentes —dijo Alan—. Como ocurre con los copos de nieve.

—Bueno, no precisamente —dijo Ellen con el ceño fruncido.

—¿Como las huellas?

—Eso se acerca más. Es como si los estuvieras catalogando.

—Supongo que es lo que estoy haciendo, me ayuda a pasar el rato. Son como las pinturas rupestres del futuro.

Ellen recorrió con la vista la mareante cabalgata de dibujos. Aparte de su calidad técnica, Alan había plasmado algo acerca de las criaturas del exterior que nunca había dejado de tener en cuenta: su humanidad. Esos monstruos no siempre habían sido así, antes fueron Homo sapiens. Las meticulosas ilustraciones de Alan, al tiempo que carecían de sentimiento, revelaban una cierta humanidad latente en su contenido. La inclinación de una cabeza, la suavidad de una ceja, la curvatura de una boca. Todos esos rasgos le recordaron a Ellen que esas vasijas vacías un día tuvieron una vida interior. Habían sido amigos y vecinos.

—Me sorprende lo imparciales que son —dijo Ellen maravillada.

—No nos odian, ni tampoco han elegido ser lo que son.

Ellen recorrió con el dedo el contorno de un dibujo a pastel de un zombi al que le faltaban los brazos y la mitad del rostro. No llevaba pantalones y había perdido el pene, aunque conservaba el escroto. Ella analizó el resto de las imágenes. Hombres, mujeres, a todos les faltaban distintos miembros. No había ni uno solo que hubiera permanecido intacto. ¿Cómo era posible que no se hubiera fijado en eso antes? Se dirigió a la ventana apresuradamente y, apoyados en el alféizar, había unos prismáticos, así que decidió usarlos. Aunque los zombis de la calle de abajo estaban hacinados, pudo confirmar lo que reflejaban los dibujos de Alan. No había ni tan siquiera uno que estuviera entero. En algunos, el daño era más evidente que en otros. Resultaba fácil distinguir a los que les faltaban todos los miembros, aunque todos estaban mutilados, aparte de sufrir una putrefacción generalizada. Tenía sentido, ya que la mayoría habían sido atacados salvajemente cuando todavía eran personas, antes de morir y revivir.

A algunos les faltaban las orejas, la nariz, la mandíbula y fragmentos de hombro; tenían cortes profundos, y las cavidades en las que debían encontrarse los vientres estaban vacías. Ella cayó en la cuenta de que muchos de ellos iban desnudos, bien porque se les había caído la ropa o porque se la habían arrancado a la fuerza. Algunos

llevaban arrastrando fragmentos resecos de intestino que los demás pisaban. Varios tenían cortes a través de los cuales se podían apreciar sus atrofiados órganos internos, algo parecido a los modelos anatómicos de juguete que su hermano pequeño montaba, solo que menos asépticos. Los que no tenían piernas se arrastraban con los brazos, prácticamente perdidos entre la multitud, al tiempo que los demás les pasaban por encima. Sin embargo, seguían adelante. Ellen volvió a dirigir su mirada a la pared en la que se encontraban los retratos de Alan y trató de reconocerlos entre la multitud que tenían debajo.

—Lo que se ve ahí fuera es como un cuadro del Bosco —dijo ella, aparentemente aturdida.

—El Bosco era un puto *amateur*. La peste Negra fue pan comido. Esos maricones lo tuvieron fácil —le dijo Alan a Ellen con una sonrisa.

—No hables así.

—¿Te parece demasiado siniestro?

—No, demasiado vulgar. Pareces una versión algo más cultivada de Eddie.

—Ya lo he pillado. Puaj. De acuerdo, me abstendré de decir palabrotas. Ya en serio. Esos tontainas. ¿Está mejor así? —Ellen asintió con la cabeza—. Comparados con nosotros, los tontainas del siglo catorce lo tenían más fácil, aunque lo que está ocurriendo ahora es una evolución lógica. Las ratas y las pulgas propagaron la peste bubónica. Verás, las ratas que transmitieron la enfermedad fueron traídas a Europa a través del comercio con el este. Al menos, esa es la teoría que yo recuerdo. Las pulgas que tenían las ratas contagiaron la enfermedad a los humanos. Supongo que ya sabes que no se trataba precisamente de una época muy higiénica. Las alcantarillas estaban abiertas, la gente cagaba por las ventanas, perdona, defecaba. Igual que nosotros, ¿vale? La peste se propagó como un incendio fuera de control. Los síntomas resultaban evidentes para todo aquel que tuviera ojos. Les salían esos típicos bubones, que eran ganglios linfáticos inflamados, lo que unido a una fiebre muy alta los hacía delirar. Sus pulmones también quedaron infectados y una versión aerotransportada se propagó entre las personas a través de las toses, los estornudos o por el propio aliento al hablar. Es probable que todo este lío comenzara con las pulgas o las ratas, ¿quién sabe? Lo siento, no estamos en una clase de historia.

—No, continúa, es interesante.

En realidad no lo era, pero hacía pasar el rato. Ellen nunca había sido una gran aficionada a la historia, pero Alan era inteligente y a los hombres les gustaba oírse a sí mismos, así que ¿por qué no mimarlo un poco? Alan sacó un grueso volumen de su librería y empezó a gesticular con el volumen en la mano, pues el libro era lo que avalaba su tesis. De manera inconsciente, daba un golpecito al libro después de cada frase y puntualizaba sus teorías a fuerza de repetirlas. *Podría haber sido un excelente profesor*, pensó Ellen, pero la escuela nunca había sido su lugar favorito.

—¿El examen va a ser de preguntas largas o tipo test? —preguntó ella, esbozando una sonrisa.

—Lo siento, ¿quieres que lo deje?

—No, solo estaba de broma. —No lo estaba.

—La naturaleza lleva siglos tratando de hacer desaparecer a los seres humanos de la faz de la tierra —continuó Alan—. ¿Sabías que al final de la primera guerra mundial hubo una gripe pandémica? Una vez que se propagó, acabó con la vida de unos veinticinco o treinta millones de personas en todo el mundo, puede incluso que más, y además de una forma vertiginosa. Llegó y se fue en un solo año. ¿Te acuerdas de la gilipollez del SRAS y de todas esas mascarillas de gasa que llevaba la gente? ¿Recuerdas que todo el mundo tuvo el aspecto de Michael Jackson durante un par de meses? Pues lo mismo ocurrió durante la gripe pandémica, y podían multarte si no cumplías las ordenanzas relativas a dicha enfermedad. Eran tantos los que estaban estirando la pata que había escasez de ataúdes, de personal en las funerarias y de enterradores. Con el paso del tiempo, creo que el sida habría superado a la gripe en número de muertos, pero todas esas enfermedades fueron los preliminares de lo que está sucediendo ahora. La enfermedad actual es aquella de la que la humanidad no va a salir victoriosa.

Ellen se limitaba a mirar por la ventana.

—No, supongo que no, aunque puede ser.

Alan esbozó una sonrisa y negó con la cabeza. El hecho de que hubiera cabida para una mínima dosis de optimismo lo dejó helado. Sintió una punzada de envidia, y luego una más intensa provocada por el hambre. Salió de la habitación y se marchó para la cocina, algo que Ellen ni siquiera advirtió; parecía estar en una especie de trance. Era probable que su breve diatriba acerca de la muerte no hubiera sido una buena idea. Ellen no había ido allí para escuchar una disertación. En fin, a lo hecho pecho, de todas formas Alan ya no podía enmendarlo. Abrió un armario, cogió una lata de carne de cerdo con alubias y sacó el abrelatas del cajón de los cubiertos. Después de lamer hasta el último ápice de la tapa, sirvió con una cuchara dos raciones iguales en dos platos, antes de emplear el abrelatas para quitar la tapa del fondo y chuparla hasta dejarla reluciente. Más tarde, sacó unas tijeras de podar metálicas, cortó la lata de arriba abajo y, meticulosamente, abrió el cilindro, con cuidado de no cortarse, antes de pasarle la lengua al interior y dejarlo como una patena.

—Aquí no se tira ni lo que se cae —como solía decirse.

Al volver al salón, que hacía las veces de estudio, vio que Ellen estaba tumbada en el suelo con los ojos cerrados. Al principio, Alan pensó que la charla sobre la muerte había acabado con ella, pero comprobó que su caja torácica se elevaba con cada leve respiración. ¿Se habría desmayado?

—¿Ellen?

—¿Mmmm?

—¿Te apetece comer algo?

Ellen se irguió y asintió con la cabeza con aspecto de adormilada. Parecía estar

colocada. Permaneció sentada en el suelo, aceptó el plato de alubias, y ambos comenzaron a comer lenta y silenciosamente. A excepción de los zombis, ya nadie devoraba la comida. Cuando dejaron los platos limpios, Alan los volvió a llevar a la cocina. Lavar los platos era cosa del pasado, así que los limpió con el dobladillo de sus pantalones cortos. En lo que a limpieza se refería, no podía hacerse mejor. *Chúpate esa, Departamento de Sanidad.*

Cuando volvió, Ellen estaba desnuda en el sofá de espaldas a él. La postura de su cuerpo era un desnutrido homenaje al clásico lienzo de Ingres, *La gran odalisca*. Incluso se había envuelto la cabeza con una toalla, pero en lugar de tener en la mano el abanico con plumas de la modelo de Ingres, sujetaba un matamoscas.

—¿Quieres immortalizar algo con vida? —le preguntó ella—. No me queda mucha, pero algo tengo todavía.

Alan recordó el dibujo de Ellen del que se había deshecho de una forma poco afortunada y el insano trato que había hecho con Eddie. ¿Por qué no lo habría quemado? En cualquier caso, no se trataba del dibujo, sino de proteger a Ellen de los malvados cotilleos de Eddie. No obstante, ¿estaba Ellen preparada para ver una representación fiel de ella misma? Ese era el mayor problema. Alan había tirado ese dibujo, porque pensaba que podría herir su sensibilidad. ¿Cómo debería proceder? Cuando había hecho retratos de, cómo decirlo, las personas estéticamente difíciles que había conocido, siempre las embellecía un poco, es decir, las favorecía en la medida de lo posible, pero manteniéndose bastante fiel al modelo y, cuando entregaba la obra, el interesado siempre parecía quedar complacido. Sin embargo, Ellen, con el grado de deterioro que sufría, probablemente se daría cuenta de un ardid tan caballeroso, por lo que era más recomendable retratarla con realismo.

—De acuerdo —dijo Alan, mientras recogía del suelo un bloc y un lápiz de terracota de la marca Conté.

—¿No prefieres hacerme un cuadro? —le preguntó Ellen.

—Bueno, un dibujo sería más rápido.

—¿Acaso tienes que irte a algún otro sitio?

—Buena observación.

Alan abrió una caja de madera maciza con pinturas que había pertenecido a su abuelo. A continuación, colocó sus pinceles, con las cerdas hacia arriba, en un frasco que tenía a mano y seleccionó un pincel de pelo de cerdo y otro redondo de la misma clase para representar la estructura básica en un diluido color siena oscuro. Ya tenía un lienzo preparado y grapado a un tablero de los que se ponen en el regazo, ya que los bastidores para caballete se habían convertido en un dulce recuerdo. El lienzo, con su capa de aguada seca de color gris azulado, estaba apoyado sobre una base bastante pequeña, pero tendría que apañárselas, como ocurría con todo, dada la escasez de suministros. Alan nunca quiso ser un miniaturista, pero no le quedaba más remedio.

A medida que Alan bosquejaba la estructura del retrato de Ellen, mediante pequeñas pero firmes pinceladas, estudiaba su cuerpo en profundidad. Eran más o

menos las diez y media de la mañana y la luz en ese rincón del apartamento era algo difusa, ya que el sol estaba entrando por el este. Para cuando los rayos del sol incidieron sobre la avenida York y comenzaron a proyectar una luz directa en el interior de la habitación, ya había sombreado la estructura. Todavía habría buena luz durante un par de horas. A medida que la iluminación cobraba intensidad, lo mismo ocurría con los relieves del cuerpo de Ellen, mientras el sudor brillaba en cada una de sus marcadas vértebras y costillas dorsales, así como en sus abultadas caderas. Aunque estaba escuálida, la esencia de su antigua belleza continuaba siendo evidente, por lo que cabía la posibilidad de que ese cuadro fuera halagador y fiel al mismo tiempo.

—¿Me das un vaso de agua? —le preguntó Ellen, rompiendo lo que Alan supo que habían sido varias horas de un completo silencio.

—¡Uy! ¡Uy! Allí, al otro lado de la calle. ¡Está pasando algo en el Food City! He visto a alguien entrar en el supermercado. ¡Alguien nos está robando la comida! Bueno, no es nuestra, ¡pero tú ya me entiendes!

—Tenía que pasar —dijo Ruth.

—¿Qué? ¿Lo del ladrón de comida? ¡Te puedes apostar un ojo de la cara! ¡No dejo de vigilar y a mí no se me escapa ni una!

—No, no, no, no me refiero al presunto ladrón de comida.

—¿Presunto? ¿Entonces a qué? ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que tenía que pasar? —Abe se retiró de su puesto de vigilancia en la ventana y miró a su mujer.

—Estás perdiendo la cabeza. Senilidad, demencia, llámalo como quieras. Te pasas el día mirando por la ventana y tenía que pasar que empezaras a ver cosas.

—No estoy viendo cosas —dijo Abe indignado.

—Exactamente, no estás viendo cosas porque no hay nada que ver. Como las luces del cielo de anoche.

—No venían del cielo, sino de la calle.

—Ajá.

—Ha habido un altercado.

—Altercado —repitió Ruth.

—Un alboroto.

Ruth se limitaba a mirarlo con la boca fruncida. Abe se frotó el sudor de la frente y se limpió la molesta salinidad del rabillo del ojo antes de parpadear unas cuantas veces y volver a mirar por la ventana. Todo estaba como de costumbre. La multitud formada por los vegetales putrefactos se encontraba avanzando en masa y desordenadamente, con una perfecta e ininterrumpida armonía.

—Creí que lo había visto... Bueno, habrá sido una chaladura.

Abe volvió a asomarse y dirigió la vista a Food City.

—¡Míralo! —gritó él—. ¡Míralo! ¡Allí! —Señaló hacia las puertas, el cristal de una de ellas estaba roto—. ¡Allí! La puerta está destrozada. Con razón había oído un estruendo. ¡Así que es allí!

—¿Y? —dijo Ruth, sin inmutarse—. Han roto un cristal. Genial, aparte de comernos, ahora también son vándalos. Estoy fascinada. Y ahora el supermercado está atestado de ellos. Entiendo por qué te alegras.

—Ellos solo deambulan por las calles —dijo Abe—. No rompen cristales.

—Pues lo han hecho —dijo Ruth.

—No lo creo —dijo Abe.

Pero no estaba completamente seguro.

—Me gustaría tener un arma —dijo Dabney, mientras lanzaba medio ladrillo

desde su posición privilegiada—. Y balas —añadió—. Montones de balas. No quiero que esto sea como uno de esos complicados deseos del cuento *La pata de mono*, en los que consigues las cosas a medias y al final todo sale mal. Un arma, muchas balas y quizá una mira telescópica con la que poder apuntar. Esta mierda de lanzar ladrillos está muy bien, si eres un puto cavernícola, pero coño.

Karl, quien se había arriesgado a subir a la azotea, a pesar del desprecio de Dabney, estaba sentado a su lado, pasándole los trozos de ladrillo, al estilo de los antiguos ayudantes de los artilleros. En esta ocasión se andaría con mucho ojo. No se podía repetir «el incidente Mean Joe Green», como lo había bautizado.

—Otro de los aspectos positivos de tener una mira sería que podría ver realmente el daño infligido —continuó Dabney—. Desde aquí arriba, lo veo todo muy pequeño. Quiero ver cómo revientan sus cabezas y cómo se desperdigan los fragmentos de hueso y cerebro. Quiero estar seguro de haberlos abatido para siempre. A veces, creo verlos levantándose de nuevo, pero no hay forma de darle al mismo dos veces, no tengo tanta puntería, y menos todavía a pedradas. Sin embargo, si tuviera un buen rifle, ¡joder!, estarían volando cabezas, muchacho.

—Sí, eso sería guay.

—¿Me estás siguiendo la corriente como a los locos?

—No. Creo que sería muy guay.

En realidad, Karl no pensaba que fuera tan guay, pero ¿para qué echar más leña al fuego? Los rifles y las miras le recordaban mucho al Gran Manfred, quien había sido igual de devoto como cristiano que como cazador. «Eh, Bambi, chúpate esa» había sido su repetida y chistosa frase, cuando «reducía el número de los miembros de una manada». «A la caza de los de cola blanca» a Karl le sonaba a uno de esos títulos de películas triple X que había ansiado ver en la marquesina de los cines de Times Square, pero se lo había guardado para él. El Gran Manfred no le habría encontrado la más mínima gracia, al igual que ocurría con «La fiebre del venado», que sonaba a porno gay. Definitivamente, al Gran Manfred no le habría parecido gracioso en absoluto. Armas, balas y una mira telescópica. Aunque lo que Karl pensaba en realidad era que, puestos a pedir deseos, ¿por qué no empezaban por pedir que nada de eso hubiera ocurrido?

Dabney arrojó otro proyectil a la multitud, pero no consiguió alcanzar a nadie, así que chasqueó la lengua del mosqueo, antes de alejarse de la cornisa, al tiempo que, empapado de sudor, se masajeaba los bíceps. El cielo estaba despejado y brillante, un panorama que, en otras circunstancias, hubiera sido agradable de contemplar. Dabney se tumbó boca arriba en la lona, cerró los ojos y se los tapó con su enorme mano. Deseaba que lloviera. Las nubes que vagaban por el cielo de vez en cuando eran una sádica provocación. Karl analizó a su compañero, mayor que él, pero no viejo, y este seguía estando relativamente cachas. Cuando vio a Dabney por primera vez, pesaba cerca de ciento cuarenta kilos, pero incluso ahora, pese a la desnutrición, seguía siendo imponente.

Karl dirigió su atención a la ahumadora de Dabney. ¿Seguiría habiendo carne en su interior? Pensó en si debía preguntárselo. ¿Acaso no se merecía una segunda oportunidad? ¿Debería arriesgarse a acercarse a hurtadillas cuando Dabney estuviera dormido? No, no sería una buena idea. Alineadas junto al muro de escasa altura situado en el lado sur de la azotea estaban las macetas de Ruth, quien, con las semillas que había recolectado de las últimas verduras frescas (pepinos, pimientos verdes, guisantes y tomates), había intentado cultivar hortalizas para el edificio; un noble esfuerzo que nunca dio sus frutos. De la tierra habían asomado unos pequeños zarcillos alargados y delgados, pero la escasez de lluvia y el sofocante calor los había chamuscado antes de que pudieran alcanzar su plenitud.

Dabney se colocó bocabajo, antes de ponerse de rodillas, ir a gatas hasta el filo de la azotea y mirar hacia abajo.

—¿Sabes lo frustrante que es mirar ahí abajo todos los días y ver el techo de mi furgoneta?, ¿la impotencia que eso me provoca? —dijo Dabney—. Todos los días. Lo menos que esos hijos de puta podían hacer sería volcarla, pero al parecer no tienen fuerza, solo son numerosos. Darle la vuelta entera y ponerla bocarriba, como a una tortuga, así no tendría que seguir viéndola.

Atravesada en la calle, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, languidecía la furgoneta que Dabney había estrellado contra el edificio hacía siete meses. En el techo pintado de azul claro se podía leer su anuncio en letras negras: «Dabney, cerrajería y alarmas», y en letras más pequeñas: «Atendiendo a los cinco distritos desde 1979», seguido de su número de teléfono en unas cifras de color morado verdaderamente grandes. La parte de delante estaba abollada y el pequeño capó abierto por el impacto, lo que permitía ver el ennegrecido bloque del motor. Las puertas traseras estaban también abiertas, y eran zarandeadas a cada rato por los que pasaban al lado. Algunos incluso trataban de atravesarlas. Sin duda, los zombis poco amigos del sol ocuparían su interior.

—Resulta frustrante, no deja de recordarme que no pude llegar a casa.

—Tu casa está donde está tu corazón —se atrevió Karl a decir.

—Estás diciendo una gilipollez absurda, muchacho —dijo Dabney, aunque sonriendo.

—Ya lo sé.

—Mi furgoneta y ese maldito supermercado. ¿No es una putada?

—Sí.

Eddie y Dave, en el tiempo en el que aún tenían músculos, habían subido a Dabney desde el techo de su furgoneta, cuando los zombis avanzaban a tientas en su dirección. Fue el primer y último acto altruista que ninguno de los dos hubiera cometido nunca, pero incluso entonces resultó muy difícil convencer a Eddie.

—Ese negro se comerá toda nuestra comida —había dicho en tono de queja—. Pero míralo, si es un puto armario. Probablemente viole a todas las mujeres, hasta a la maldita vieja. A los putos negros les da igual, tío, un coño es un coño. El típico

discurso «proyecta tu mierda a los demás y menosprécialos por ello». Hablando de hipocresía, desde su rescate, para Eddie, Dabney no había sido más que «el puto negro de la azotea», aunque nunca había tenido la osadía de pronunciar esas palabras cuando Dabney se encontraba cerca, no fuera a ser que acabara arrojado a la congregación a modo de sabroso bocado. Tampoco es que Karl fuera a objetar nada, ya que para él Eddie era la encarnación de todos los deportistas gilipollas que lo habían aterrorizado a lo largo de los años.

Le recordaba a su querido papá.

El Gran Manfred era deportista.

El Gran Manfred era un intolerante.

El Gran Manfred odiaba casi todo lo que Karl amaba.

—Echo de menos mi música —chilló Karl.

—¿A qué viene eso? —Dabney se dio la vuelta y dirigió su mirada al flaco joven. Este chico blanco, por lo general apacible, estaba sintiendo escalofríos por el nerviosismo. Estaba desesperado, con los ojos abiertos como platos y un temblor en la comisura derecha de sus labios.

—¿Qué clase de vida es esta? ¿Qué estamos haciendo con nuestras vidas? ¡Solo estamos esperando a morir de inanición! —El hilo de voz de Karl era tan frágil como su raquítico cuerpo, aunque había cierta vitalidad en su angustia. Dio un salto y, apretando los puños a los lados, dirigió su mirada al cielo—. ¿Qué es esto? ¿Qué coño es esto? —dijo agitando los brazos y gesticulando descontroladamente—. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Qué sentido tiene? ¿Qué puto sentido tiene?

Karl comenzó a hiperventilar.

Dabney se levantó y comenzó a caminar en su dirección, sin saber qué hacer. ¿Hablar con él?, ¿enfrentarse a él?, ¿darle un abrazo? Karl tenía el rostro tirante, como si su cráneo tratara de escapar de su frágil prisión de piel y músculos. Dabney alargó la mano, pero el chico la apartó de un golpe, antes de propinarle un puñetazo en la boca.

La fuerza del golpe sorprendió a ambos.

Karl se alejó de Dabney y subió con pasos medidos y pausados por la pendiente que conducía a la cornisa de la azotea. Se masajeaba la mandíbula y lo observaba. No estaba enfadado con Karl, si acaso algo asustado por el repentino cambio de su visitante. Karl permaneció en la cornisa y miró hacia delante.

—¿Eres feliz? —preguntó al aire que tenía enfrente. Si la pregunta iba dirigida a Dabney, no lo pareció—. Yo no.

—Nadie es feliz, muchacho. Escúchame, Karl, aléjate de ahí. Anda vente conmigo. Retírate de ese lugar, no sigas adelante. No saltes.

—Que no salte.

—Sí, que no saltes.

—¿Has visto alguna vez esa antigua serie policíaca que se llamaba *Dragnet*? ¿O cualquier otra antigua serie similar? Siempre había un capítulo en el que algún chico

probaba LSD, o a veces un simple porro de marihuana, y se subía al tejado del instituto o de la iglesia o de donde fuera. El chico solía ser un carroza que la compañía de reparto había considerado como la persona idónea para hacer el papel de *hippie* o *beatnik*. En ocasiones, se trataba de «un buen chico que se había mezclado por casualidad con los chicos malos». Y entonces, ese chico de instituto de veinticinco años decía cosas como: «tío, puedo volar. Puedo volar. Solo sé que puedo hacerlo», y Joe Friday o algún otro tipo aburrido con un sombrero fedora y una corbata fina trataba de hacerle cambiar de opinión para que bajara. «No lo hagas, muchacho, solo has tenido un mal viaje». Eso es.

»No quiero saltar ni caerme. Tengo mucho equilibrio. De niño, solía jugar a esto. Fingía que estaba en las alturas, solo que estaba en la acera, y entonces me ponía a caminar por el bordillo. Luego venía una ráfaga de viento que me hacía perder el equilibrio y, si me caía del bordillo al asfalto, me imaginaba que había caído a un abismo insondable. No hay viento. Estoy desafiando a Dios para que me tire de esta azotea, para que envíe una ráfaga. Que me arroje al vacío. No estoy preocupado. Mi padre decía siempre: «Dios está en los pequeños detalles», y lo creo, porque si observas este mundo, parece que a Dios se le esté pasando por alto el panorama general, ¿no crees?

—Creía que era «El diablo está en los pequeños detalles».

—No. No es así, esa es otra versión. Lo gracioso es que no se sabe muy bien a quién atribuir la cita. La opinión general se decanta por Flaubert, aunque algunos afirman que fue Miguel Ángel, hay incluso personas que se la atribuyen al arquitecto Ludwig Mies van der Rohe o a Aby Warburg.

—¿Y cómo sabes tú toda esa movida?

—Se denomina retención de trivialidades. Puede que alguien considerado lo denomine conocimiento, pero no lo es, son solo banalidades. Habría sido un gran concursante de *¿Quién quiere ser millonario?* No veas las palizas que doy al Trivial Pursuit. Pudo soltarte por esta boca hechos, citas y toda clase de gilipolleces, pero nada tiene sentido.

—Sí tienen sentido.

—Ya claro, tú mismo. Todos los domingos, mi padre nos llevaba a rastras a la iglesia, pero ¿sabes una cosa? A pesar de eso, sigo creyendo en Dios. Nos han enseñado que estamos hechos a su imagen y semejanza, y tiene mucho sentido. El hombre es una criatura lamentable y horrible, de lo que deduzco que Dios es la criatura más lamentable y horrible del universo. Nosotros somos sucedáneos. ¿Estamos recibiendo un castigo o sencillamente Dios se ha hartado de nosotros y ha ideado la forma de borrarlos de la faz de la tierra para, por añadidura, disfrutar contemplando la carnicería? ¿Quién ve la NASCAR por las carreras? La gente lo sigue para tener la oportunidad de ver a alguien saltando por los aires hasta hacerse trizas, o a varios, si está de suerte. Sé que no se trata de una observación original, pero es la pura verdad. Dios está observando este asqueroso espectáculo y se está

partiendo el culo de risa.

»Me estoy yendo por las ramas.

Karl se apartó del filo y se dirigió al hueco de las escaleras y, al abrir la puerta, se giró hacia Dabney.

—Siento lo del puñetazo.

Cerró la puerta y Dabney permaneció inmóvil, mirando el espacio vacío que Karl acababa de ocupar. Estaba muy cansado. A dos azoteas de distancia, vio a Gerri mirando fijamente al infinito, como si fuera una de esas criaturas.

Puede que al final nada tuviera sentido.

—¿Es esa la imagen que tienes de mí o es mi verdadero aspecto?

Ellen permanecía de pie junto al caballete, mientras contemplaba su inmortalización al óleo de Alan. Con los diminutos reflejos anaranjados de la luz de las velas de la habitación y con el contorno de sus extremidades iluminadas por las salpicaduras de luz del exterior, tenía un aspecto verdaderamente radiante. Todo salvo ella quedaba en un segundo plano, al estar envuelto en una intensa sombra. La pose era de Ingres, pero el cuadro era un auténtico Rembrandt, con una interpretación del claroscuro muy lograda.

—Alan, es extraordinario.

Ellen recordó los anuncios que aparecían en las revistas femeninas de los supermercados acerca de un almibarado pintor de poca monta llamado Thomas Kinkade, cuyo apodo era «Pintor de la luz». Ese apelativo, acuñado por él mismo, se traducían en exageradas florituras. Con sus pequeños ojos entrecerrados y su extraño bigote, Kinkade plasmaba lo peor del *kitsch* americano: empalagoso, banal y hortera. Por el contrario, Alan sí que era un auténtico pintor de la luz, y de la oscuridad y, a pesar de que la figura del pequeño lienzo estuviera demacrada, irradiaba erotismo. Los diminutos reflejos de sudor realzaban sus angulosos contornos, aunque en cierta forma no desmerecían la feminidad innata de la protagonista. La protagonista. Ellen. Solo Ellen.

Durante toda su vida, jamás la habían plasmado con tal viveza. Quizá hubiese miles de fotografías suyas, puede incluso que algunas buenas, pero todas se quedaban cortas, al ser extremadamente bidimensionales. Sin embargo, esta no era una mera representación y, a pesar de que se trataba de un retrato de su condición actual, tenía vida.

—¿Puedo quedármelo?

Alan no había tenido en cuenta su apego hacia el cuadro. Mientras lo pintaba, había permanecido absorto, concentrado en la técnica y en la ejecución, pero ahora que lo había terminado, podía abstraerse y juzgar su obra. Era buena. La mejor que hubiera hecho en...

En toda su vida.

Sabía que era buena porque, a pesar de cómo iban las cosas, era reticente a desprenderse de ella. En su galería de muerte, se las había arreglado para plasmar una única imagen que era, ante todo, trágica y optimista al mismo tiempo. Ellen podía notar cómo Alan se debatía por dentro. Por primera vez en meses, sentía que deseaba algo que no era un producto de primera necesidad, aunque quizá lo fuera; una necesidad que ella misma se había olvidado que tenía. El cuadro alimentaba su sentido de identidad, su vanidad. ¿Cuánto tiempo llevaba sin maquillarse o pensando

que su cuerpo no era más que un conjunto atrofiado y destartado de maltrechos tejidos? Alan había pintado a una mujer delgada como un palo, pero evidentemente follable, y esa mujer era ella. Como un palo. La mente de Ellen se remontó a la imagen de esa modelo inglesa de los años sesenta con pinta de niña abandonada, unas tetas pequeñas colocadas sobre una rejilla de huesos, unos ojos como los de las pinturas de Keane y con un polvazo.

—Sí, claro —dijo Alan. Lo que había parecido una eternidad deliberando no había sido más que un momento.

—Lo guardaré con mucho cariño —dijo Ellen—. Creía que ya no era capaz de apreciar ni de codiciar nada, pero no podría soportar la idea de no quedarme con este cuadro. Además, estarás junto a él todos los días que nos queden. Mi casa es su casa, ¿lo recuerdas?

—Ajá.

Cuando Ellen fue a coger la obra de arte, Alan se interpuso en su camino.

—Espera un momento. Los óleos tardan una eternidad en secarse. No puedo desprenderlo del tablero sin estropearlo.

—Pues me llevo también el tablero.

—Lo necesito para pintar sobre él.

—¿Es que no vas a cumplir tu promesa? —El rostro de Ellen expresaba perplejidad con un ligero toque de cabreo.

—No, en absoluto. Espera solo un rato hasta que se seque. Luego te lo llevo, o mañana.

—¿Seguro que no te estás rajando?, porque... —dijo en tono de crispación.

—Que no, que no, te lo juro —dijo Alan—. No quiero que se ensucie ni que se agriete. Te doy mi palabra.

Cuando Ellen subía las escaleras, palpando la pared para guiarse, sintió una mezcla de sentimientos que hasta entonces habían permanecido aletargados. Se sentía halagada, codiciosa, manipuladora y femenina. Ya había manipulado a Alan para lograr que viviera con ella. ¿Acaso no era eso lo que había hecho? Inmediatamente después del fallecimiento de Mike, se había aprovechado de la compasión de Alan y lo había engatusado para que cayera en su trampa de ternura y desamparo, pero se sentía bien. Al principio pensó que era patética, pero en ese momento, después de contemplar el cuadro de Alan, comenzaba a verlo de otra forma. Había hecho uso de sus armas femeninas. Entonces, sonrió abiertamente. Conservaba sus armas de mujer. Lo había seducido y, aunque era probable que para lograrlo hubiera empleado el estado de *shock*, el profundo sufrimiento y las lágrimas, él había picado el anzuelo.

Seguía teniendo ese «algo» especial.

Y Alan aún tendría que superar muchos obstáculos antes de que todos ellos quedaran reducidos a la nada.

—Toma —dijo Alan, mientras le entregaba a Eddie una apresurada copia a pastel del cuadro, ligeramente alterada, en la que Ellen parecía más robusta, con unas nalgas

más redondeadas y una columna vertebral menos marcada.

—Puf —resopló Eddie, con un desdén tan evidente que fue como una bofetada en la cara.

—¿Qué le pasa? —preguntó Alan suspirando.

—Es demasiado bonito.

—¿Bonito?

—¿Cómo se dice? De buen gusto. ¿Cómo va El Cometa a excitarse con algo así? Quiero que me hagas un dibujo en el que salga follando como una posesa.

—No. Ni de coña, no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque me parece algo totalmente repugnante. Mira, esto me parece de chavales de instituto, ¿vale? Solía librarme de las palizas en el recreo dibujando a chicas desnudas para salvajes como tú, pero olvídale. ¿Qué vas a hacer, robarme el dinero del almuerzo?

—Te voy a dar una somanta de...

Alan arqueó una ceja.

—Correré la voz de que esa puta se te abre de piernas como una loca. ¿Crees que le gustará oír eso a la pobre viudita estando todavía de luto?

Mientras Eddie esbozaba una sonrisita de triunfo, la indignación de Alan tornó en indiferencia.

—¿Sabes qué? —dijo Alan—. Me trae al fresco. Haz lo que te dé la gana. Te he hecho una bonita obra de arte, pero no te gusta. Solía cobrar bastante dinero por una obra así. Un aspecto que encuentro positivo de esta catástrofe es saber que todos esos ingratos directores artísticos están muertos. Cuando les presentaba una hermosa obra, o emitían un ligero gruñido apreciativo o directamente ni la miraban. No me hacen falta críticas negativas de un simio escuálido como tú. Y ¿sabes otra cosa? Le puedes contar a quien te dé la gana que Ellen me chupa la polla por la mañana, a medio día y por la noche. Cuéntales lo que te salga de los cojones. Invéntate toda la mierda que a tu mente trastornada se le ocurra. ¿A quién le importa? Me da igual que seas un cotilla y un hijo de puta. Todo el mundo conoce tu «secreto», así que ¿por qué debería ocultar el de Ellen? Es una gran chica. Se acerca el fin del mundo, Eddie. A nadie le importa quién se la menea a quién, ni siquiera le interesa a nadie que te folles a Dave o que él te folle a ti o lo que sea.

—¡Eso es una puta mentira! —refunfuñó Eddie—. ¡El Cometa no mantiene relaciones sexuales de ese tipo!

Riéndose, Alan cogió el dibujo de la mesa de Eddie y salió por la puerta.

—El Cometa. Menudo tarado.

—Ay, mi ciática —masculló Abe, al tiempo que se frotaba los muslos en la parte superior de las escaleras que conducían a la azotea. Descorrió el pestillo, abrió la puerta de un empujón y entró a la irregular superficie. Las burbujas de la tela asfáltica le recordaron a una *pizza*, con su apetecible e hinchada superficie de color rojo

anaranjado y sus montañas y valles cubiertos de salsa y queso. Más arriba de la manzana en la que se encontraba su oficina, en el edificio Shtemlo, había una pequeña pizzería que preparaba la mejor salsa del mundo, ni demasiado dulce ni demasiado amarga. Sencillamente perfecta. Los polichinelas que trabajaban allí parecían sacados de las páginas de un libro de chistes sobre italianos. Todos ellos cumplían el estereotipo: tipos con cejas y bigotes poblados, brazos tan peludos como los de un mono y con un acento que hacía su inglés prácticamente incomprensible. Durante veintidós años, Abe estuvo comprando *pizza* allí, pero nunca supo cómo se llamaban. Eso era lo que te ofrecía Nueva York, el más absoluto anonimato. Podías encontrarte con la misma persona día sí y día no, pero nunca llegabas a saber nada de su vida.

—¿Sabes que el pestillo estaba echado?

—Sí —dijo Dabney—. No recuerdo quién ha sido el último en subir, pero a veces me quedo aislado, aunque no hay problema, porque de todas formas no bajo para nada. ¿Te duelen las rodillas, Abe?

—Las rodillas, la espalda, todo. Bursitis, artritis, algo de bronquitis, todo lo habido y por haber. Soy un anciano judío. Me duele todo, y lo que no duele está atrofiado.

Dabney comenzó a reírse.

—No hace falta ser judío para eso.

—¿Ah no? Entonces, ¿qué te duele a ti, Don No Judío?

—Mira, no quiero seguir con esta conversación. Preferiría continuar siendo optimista, si no te importa. ¿Por qué no te vienes aquí y sientas tu raquíutico culo?

—Me vendría bien. —Abe, con el libro de Phil Dick de Alan firmemente agarrado, se dirigió al lugar a la sombra en el que se encontraba Dabney, con la espalda apoyada en un murete. Con cierta dificultad, Abe se sentó sobre ese mismo muro, cuya parte superior estaba cubierta de baldosas curvas—. No puedo sentarme en el suelo como tú. No podría volver a levantarme. —Abrió el libro y se puso sus sucias gafas de lectura. Dabney siguió sus pasos y sacó el suyo, pero cuando se disponía a leer, Abe lo cerró de golpe y dijo:

—¿Cómo es posible que no haya llovido aún y que sigamos teniendo esta maldita humedad? Parece que el horizonte esté algo nublado, ¿no? ¿O es que me estoy volviendo loco?

—No, parece que se ve algo grisáceo, pero podría ser solo niebla.

—Niebla. Sí, sí. A pesar de que no hay coches, continúa la niebla tóxica. —Su tono de voz se iba apagando—. ¿Qué estás leyendo?

Dabney levantó una copia de *Tiempo desarticulado* de Philip K. Dick y Abe le enseñó a Dabney una copia del libro que le habían prestado, *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*. Ambos esbozaron una sonrisa.

—Cortesía de ese chico, Zotz, ¿no es así? —le preguntó Abe.

—Has acertado.

—Es posible que solo tenga libros de Dick que son la polla.

—No, los que son la polla son esos idiotas de 4B y 4C. Esos sí que tienen polla para hartarse.

Los dos comenzaron a reírse.

—No sé a quién creen que pueden engañar esos gilipollas manteniendo dos apartamentos. Se puede oír el escándalo que montan siempre que se ponen al lío. Cuando estaba en el ejército, teníamos algunos compañeros como ellos: rígidos y férreos de puertas afuera. Tipos que colgaban fotos de las mujeres fatales del cine, pero que no le vendían la moto a nadie. Una vez que se sentían seguros, lejos del hogar, se olvidaban de todo y se ponían manos a la obra. Sabes que ese es el motivo por el que Nueva York y San Francisco están, bueno, estaban plagadas de maricones, ¿no? Todos esos tipos tenían dos opciones: volver a sus pequeños pueblos natales y meterse de nuevo en el armario o quedarse en la ciudad portuaria y comenzar una nueva vida. Creo que la última opción era la más inteligente.

—Entonces, ¿no tienes nada en contra de los homosexuales?

—Me son completamente indiferentes, siempre que no quieran nada conmigo. Hubo algunos que me lanzaban miradas lascivas; pero no me preocupaba. Yo soy de los del lema de vive y deja vivir. Además, ¿qué más da? La gente va a seguir invirtiendo su energía en la carnalidad, cueste lo que cueste, y va a hacer uso de lo que tenga a mano, independientemente de su sexo. Te diré una cosa, lo mejor de hacerme viejo es que mi libido, la cual ha dominado toda mi vida desde la adolescencia, ha muerto por fin. Por desgracia, ocurrió al mismo tiempo que esta catástrofe. Nunca llegué a disfrutar de mi tardía «edad de la razón». Y a la mierda la Viagra. La Viagra solo sirve si tienes a un bomboncito esperándote en la cama, pero no hay pastilla en el mundo que me haga tener ganas de follarme al coñazo de mujer con la que me he casado. —Dabney se rio por lo bajo—. Sí, tú riéte, pero esa mujer es como un dolor. —Tras reflexionar un momento, Abe levantó la vista y, frotándose las rodillas, dijo:

—Tengo que caminar para desanquilosarme un poco. ¿Te vienes conmigo?

Dabney ayudó a Abe a levantarse del muro y los dos comenzaron a pasearse por la azotea. Después de dar dos vueltas al edificio, Abe sugirió que caminaran hasta el final de la hilera de azoteas adyacentes, asegurando a su acompañante que lograría pasar por encima de los muros. A Dabney no le apetecía llevar a cuestas a Abe a su casa. Le caía bien el viejo, pero prefería ahorrarse tener que llevarlo a caballito. Cuando llegaron al extremo norte de la hilera, Abe tuvo que volver a sentarse. Había una silla plegable oxidada junto a dos bicicletas herrumbradas que estaban permanentemente encadenadas a un antepecho metálico. Con las ruedas hechas polvo y todo lo demás bañado por una pátina de óxido, tenían más pinta de obras de arte moderno que de medios de transporte caducos. Abe resoplaba y jadeaba como si hubiera corrido una maratón. Dos veces.

Dabney dirigió su mirada al viejo, quien estaba allí sentado respirando con

dificultad, mientras se agarraba sus temblorosas rodillas. Aunque la cara del hombre no tenía mal aspecto, en parte porque estaba oculta por la barba, sus manos eran cadavéricas y su piel era transparente como un papel de calco amarillento, moteado con las manchas típicas de la vejez. Las puntas de los dedos eran perturbadoras. Tenían la piel tan pegada al hueso que apenas lo ocultaba. De repente, a Dabney le cayó una gota en la nariz y se la limpió, molesto.

¿Una gota?

¡Una gota!

Su enfado tornó en éxtasis mientras el anciano levantaba a toda prisa su mirada a un cielo plagado de nubes grises. Otra gota fue a darle justo en el ojo y la sonrisa de Dabney fue tan amplia que temió que su rostro pudiera partirse en dos. Más gotas comenzaron a caer con fuerza sobre los dos hombres. Abe dejó de frotarse y levantó su mirada con incredulidad. En cuestión de un minuto, un aguacero los estaba empapando a los dos, mientras se agarraban mutuamente de los bíceps y brincaban. Después de algunas vueltas de vals, Abe se soltó de su compañero de baile y comenzó a desabotonarse la camisa.

—A la mierda el pudor —gritó.

—Pero del todo —dijo Dabney, mostrando su acuerdo.

Los dos hombres se quitaron su pegajosa y andrajosa ropa para disfrutar del refrescante diluvio.

—¡Tenemos que avisar a los demás! —dijo Abe, con los ojos abiertos como platos.

—Yo lo haré. Puedo llegar al edificio antes que tú, veterano.

Dabney recorrió a toda velocidad las azoteas, saltando los obstáculos en un tiempo récord, al tiempo que el agua recorría su cuerpo desnudo. Cuando llegó al hueco de las escaleras, abrió la puerta de golpe, para ser recibido por un grito que lo hizo retroceder. Eran Ellen y Alan con montones de recipientes en las manos para recoger agua.

—Lo siento —dijo Ellen—. No era mi intención gritar, es que me ha sorprendido verte. No estoy acostumbrada a que un hombre desnudo me reciba en la azotea.

—No pasa nada —dijo Dabney, apartándose del camino.

A toda velocidad, colocaron la variedad de cazuelas y latas, las cuales se sumaron a los cubos de basura, cubos de fregona, cajas de plástico y archivadores que ya estaban allí. Entonces se desnudaron para unirse a Dabney en la acuosa bacanal. Alan le entregó a Dabney una pastilla de jabón.

—No se te pasa ni una —dijo aceptándola de muy buen grado.

Dave apareció en la puerta, seguido de Karl, quien había acompañado a Ruth a la azotea. En un instante, todos estaban desnudos, excepto Ruth, quien apartaba la vista avergonzada.

—¿Dónde está Abe? —preguntó en tono de queja.

—Ay, mierda —soltó Dabney, con medio cuerpo cubierto de jabón—. Voy a por

él. —Dejando un rastro de espuma, Dabney cruzó las azoteas a toda prisa y, al llegar a su destino, vio que Abe se encontraba sentado en un concavidad llena de agua, una especie de bañera poco profunda, chapoteando con los pies como un niño pequeño en una piscina hinchable. Dabney le lanzó el jabón a la improvisada bañera y Abe comenzó enseguida a enjabonarse con los ojos cerrados, eufórico.

—Cuando se te ha negado todo, se te olvidan los placeres más simples —dijo Abe—. Bañarse, sentir la humedad. Es maravilloso.

—Ruth se preguntaba dónde estabas. Ha subido a nuestra azotea.

—¿Está desnuda? —preguntó Abe gritando, al tiempo que su alegría se desmoronaba.

—No.

—Ah, menos mal. No es necesario que nadie vea algo así, y mucho menos yo. Me aguaría la fiesta.

A cuatro azoteas de distancia, continuaba la orgía de la tempestad. Por primera vez en meses, las risas eran el sonido reinante, junto con el estruendo de la lluvia torrencial. Karl y Dave tuvieron erecciones, pero ninguno de ellos estaba pensando en sexo, eran solo producto del placer, del absoluto gozo de sentirse mojados. El chaparrón era maravilloso. Karl y Dave se tiraban entre sí cubos llenos de agua, y sus cuerpos, prácticamente sin vello, a excepción del púbico, apelmazado por la lluvia, y los parches de los sobacos, brillaban en la difusa luz. Ellen dirigió su mirada al cuerpo de Alan, cuyo delgado pecho estaba cubierto de húmedo vello negro. Incluso demacrado, el suyo era el cuerpo de un hombre, los de los demás eran de niños, aunque no es que eso fuera malo. Hasta Dave le parecía atractivo, era Eddie el que la ofendía y asustaba de verdad.

Estaba encantada de que no estuviera presente, aunque su ausencia fuera algo extraño. *De todos modos, pensó, ¿a quién le importa? Él se lo pierde.*

Sintiéndose segura al otro lado del hueco de las escaleras, Ruth inclinó la cabeza hacia arriba y dejó que la catarata bañara sus propias cataratas. Tenía una cita para que le practicasen una facoemulsificación para la semana después de que fuera declarada la ley marcial. No le quedaba otra que ver borroso el ya nublado cielo. Se retiró los mechones de cabello enmarañado que tenía en los ojos, subiendo los dedos hacia una frente que parecía terminar en la nuca. Quizá fuera más conveniente que no pudiera ver del todo bien. En su mente, podía seguir viéndose como era antes. También a Abe.

—Oye —dijo Abe, haciendo que Ruth diera un respingo.

—Ay, me has asustado. —A pesar de su visión borrosa, pudo comprobar que estaba en pelotas—. Ay, Abraham. ¿Tú también?

—¿Yo también qué?

—Desnudo. ¿No basta con que lo hagan esos chicos? ¿Y el de color? De ellos me lo esperaba, pero no de ti. Ay, no hay nada peor que un viejo comportándose como un crío.

—Hasta con lluvia tienes que meter cizaña. Increíble. Haz lo que te dé la gana.

Abe se unió a los demás, quienes se daban apretones de manos, al tiempo que retozaban.

—Uno se siente tan... pagano —gritó Karl con alegría.

Los demás mostraron su acuerdo y Karl continuó disfrutando del momento. El Gran Manfred habría vomitado si hubiera visto a su hijo brincando de esa forma, desnudo, turgente y licencioso. Después de un tiempo, la tromba de agua se redujo a una ligera llovizna, lo que provocó en el grupo varios gemidos de decepción. El aire tenía un aroma realmente fresco. Dabney se dirigió trotando a su puesto habitual, se tumbó boca abajo en un profundo charco y dirigió su mirada a la calle. La horda que se aglutinaba alrededor de su maltrecha furgoneta estaba más empapada de lo normal, aunque insensible a la lluvia. Se tropezaban y se empujaban como siempre. El hecho de ver su furgoneta le provocaba dolor de estómago, así que apartó la mirada para no desanimarse. Un arco iris comenzó a extenderse por encima de los edificios en dirección oeste.

Era algo tan cursi que no se lo podía ni creer.

Febrero, hace unos meses

—¡Vamos tío, mueve ese trasto!

Dabney volvió a tocar la bocina, sabiendo muy bien que se trataba de un acto inútil, pues todas las calles estaban atascadas. Había decidido coger la autopista Franklin Delano Roosevelt, menuda equivocación. Transcurridas algunas horas, logró salir a la avenida York. En su casa, un apartamento de dos dormitorios en la décimo segunda planta de uno de los edificios de viviendas de protección oficial Martin Luther King Jr. situados en la intersección de la calle Ciento diez y la avenida Lenox, le esperaba su aterrorizada esposa, Bernice, quien estaba escondida en su interior con tres pistolas, todas ellas con licencia, además de suficiente munición, que no habilidad, para defenderse. Durante las primeras horas de la crisis, el saqueo y la violencia callejera fueron la tónica general. La típica agresividad al volante se estaba convirtiendo en algo aún peor, a medida que los rostros de todos los conductores y pasajeros del resto de los vehículos se contorsionaban ante el primigenio terror. No se trataba solo de ansiedad, era algo que iba más allá del pánico.

El tráfico en las aceras no era mucho más fluido. Dabney miró por las ventanillas y pudo ver acaloradas discusiones por doquier. Había escaparates rotos, tanto accidental como intencionadamente. Algunos habían reventado, al tener que soportar el peso de demasiadas personas, provocando explosiones de fragmentos de cristal, como si fueran géiseres de diamantes. Mezclados entre los histéricos humanos se encontraban esas nuevas monstruosidades ávidas de sangre. Al otro lado del capó de

un coche, que estaba atravesado en diagonal, una mujer estaba siendo destripada y devorada por un trío de monstruos con la mirada perdida, mientras los fluidos de esta salpicaban el asfalto. Dabney tuvo que reprimir el deseo de abrir la puerta y tratar de ayudarla, pero ¿para qué? Estaba muerta, y si lo que decían era cierto, algo que pudo confirmar con sus propios ojos, lo que quedara de ella, cuando hubieran terminado con su festín, se levantaría y se uniría a ellos para formar un cuarteto, que a su vez se seguiría multiplicando sucesivamente hasta el infinito. A lo largo de toda la avenida, las escenas eran similares.

Y nadie se detenía para echar una mano.

Los escasos polis que quedaban trataban de salvar sus culos, y Dabney no podía culparlos. Se oían disparos por todos lados, algunas de las balas derribaban a los caníbales, aunque otras iban a dar contra superficies más sólidas. Uno de los proyectiles rebotó en una farola, y una esquirla provocó un cráter del tamaño de una moneda de diez centavos en el parabrisas de Dabney, del que comenzaron a extenderse varias grietas. Dabney soltó una mano del volante, apretó un dedo contra la rotura y sintió que el aire se filtraba a través del diminuto orificio. Albergaba la esperanza de que el parabrisas no se rompiera del todo, o al menos que aguantara durante el tiempo suficiente. Tenía que llegar a casa. Volvió a sacar su teléfono móvil, pero no sirvió de mucho, dado que todas las líneas estaban ocupadas. «Por favor, inténtelo de nuevo». No le quedaba otra opción que continuar en dirección noroeste.

De repente, algo muy pesado golpeó contra el techo de su vehículo, e hizo que Dabney se sintiera como si se le hubiera parado la circulación por un momento y le faltara aire en los pulmones. Un cuerpo cayó rodando por el parabrisas y, entre el ruidoso caos, oyó el crujido del cristal al tener que soportar el peso de este. Si el parabrisas se rompía, esos locos entrarían en la furgoneta y se harían con ella. A escasos centímetros de distancia del siguiente vehículo, Dabney aceleró, antes de dar marcha atrás, impactando contra los coches que tenía delante y detrás. El cuerpo cayó rodando del capó y su destrozado rostro lanzó una mirada mortecina en su dirección, a medida que desaparecía de su vista para acabar debajo de su furgoneta. La puerta del coche que tenía delante se abrió de golpe, y el indignado ocupante comenzó a caminar en dirección a Dabney, golpeándose la palma de la mano con una linterna Maglite de cinco pilas. Dabney no podía creérselo. Con el lío en el que estaban metidos y ese imbécil le iba a dar el coñazo por un insignificante golpe en el parachoques.

—¿Qué coño te pasa colega? —dijo el tipo, mirando a Dabney. Nadie estaba en sus cabales. Nadie. Dabney comprobó los seguros de las puertas.

A medida que el tipo se acercaba, otro caníbal empapado en sangre trepó hasta el coche parado y clavó sus dientes en la garganta del tío de la Maglite. La mente de Dabney iba a mil revoluciones, aunque todo lo que lo rodeaba permaneciera inmóvil. En su cabeza comenzaron a arremolinarse un montón de pensamientos: *Muy bien, está claro que ahora ese gilipollas no se va a mover. Su coche me entorpece el*

camino. No puedo dar marcha atrás ni seguir hacia adelante. Iba a matarme. Con la que tenemos encima, iba a matarme. Tengo que llegar a casa. Mira esta mierda. En la acera están más dispersos. Estoy cerca de una boca de incendio. Hay un hueco. Estoy cerca de una boca de incendio. Ese tipo iba a matarme, pero ahora está muerto. Tengo que llegar a casa.

Dabney se mordió el labio con fuerza, antes de dar un volantazo hacia la derecha y salir disparado hasta pasar junto a la boca de incendios y subirse a la acera. *A tomar por culo, pensó. De todas formas, todos los que están ahí fuera van a morir.* No había razones que contradijeran esa idea, pero incluso al racionalizar su decisión de subirse a la acera y arrollar al pandemonio de peatones, no pudo evitar preguntarse si estaba cometiendo una matanza masiva con enorme éxito o llevando a cabo una eutanasia a escala épica. En realidad, la línea divisoria entre una matanza misericordiosa y un asesinato en masa era muy fina. No obstante, ¿lo considerarían un asesinato cuando resucitaran? Era probable que ese interrogante le quitara el sueño más tarde, si es que vivía hasta que se hiciera de noche.

Ruidos sordos, golpes, chillidos, porrazos, chapoteos y crujidos eran la banda sonora de su trayecto hacia el norte, al tiempo que su abollado capó recibía golpes y salpicaduras. A medida que el limpiaparabrisas se esforzaba por limpiar la enorme cantidad de sangre y vísceras, un chorrito comenzó a filtrarse a través del pequeño orificio del cristal. Los cuerpos rebotaban contra la calandra frontal. Después de quince minutos interminables, el limpiaparabrisas se quedó sin agua y la sangre comenzó a solidificarse, a pesar de que este continuara en movimiento. La visibilidad era prácticamente nula.

—Maldita sea —gritó Dabney nervioso—. Maldita sea.

Las lágrimas corrían por sus redondeadas mejillas. Las cosas iban mal. Todo había salido rematadamente mal. ¿En qué estaba pensando? Había salido de casa para instalar cerraduras y barrotes para las ventanas. El pánico venía bien para sacarse un dinerito y, dado que últimamente no había vendido mucho, necesitaba las ventas de final de temporada. Movía la cabeza de un lado a otro. ¿Cómo había podido permitir que eso pasara? Lo había telefoneado toda clase de gente, en su mayoría blanca, dispuesta a pagar más por un servicio de urgencia. La atracción del dinero en efectivo era demasiado fuerte, pero ¿para qué? Estaba claro que la avaricia era uno de los siete pecados capitales, pero en esa lista faltaba uno, la estupidez, que debería ocupar el octavo puesto, y le iba a costar la vida.

El tráfico que tenía por delante se despejó un poco y pudo ver pequeñas extensiones de asfalto de color gris oscuro en medio del caos. Pisó el acelerador y siguió avanzando durante algunos maravillosos segundos, cargado de optimismo, hasta que de repente ¡zas!, un Volvo que iba en dirección oeste salió a toda velocidad de la calle lateral e impactó contra la furgoneta de Dabney. Su parabrisas, cubierto de sangre, reventó, cubriéndolo de los húmedos fragmentos del cristal. Sin visibilidad y asustado, pisó el acelerador y su vehículo se estrelló contra la fachada de un edificio.

Entonces, el motor comenzó a petardear y se detuvo.

Con pitidos en los oídos, Dabney se limpió la sangre, el sudor y las lágrimas de los ojos y vio que una enorme confederación de caníbales se aproximaba a su furgoneta. El accidente había tirado a varios al suelo, pero continuaban siendo muchos, más de los que hubiera visto nunca en ningún sitio. Esas criaturas no eran humanos caníbales; aunque lo parecieran, no lo eran, ya no. Algunos habían sido destrozados y desmembrados, pero ahí seguían a pesar de todo, chorreando sangre y con las tripas colgando. Los seres humanos no hacían eso. Los informativos no mentían.

Esos monstruos estaban muertos, pero seguían en movimiento.

Y tenían hambre.

Trató de volver a arrancar el vehículo, pero no le sirvió de nada. Entonces dirigió su mirada a su abollado capó y comprobó que echaba humo. Le quedaba poco tiempo, antes de que esa masa hambrienta llegara a su furgoneta. Subió trepando al capó y luego al techo.

En medio del tenue pitido de sus oídos, oyó unas voces. Aunque la fachada del edificio con el que había chocado estaba tapiada con tablones, había gente llamándolo a gritos desde las ventanas de las plantas superiores.

Le ofrecían manos para ayudarlo a subir.

Se encontraba a salvo.

Pero volver a casa había dejado de ser una opción.

Julio, en la actualidad

—Oye, ¿dónde está Eddie? —preguntó Dave.

Ellen se quedó estupefacta.

—¿No sabes dónde está?

—No, no lo he visto en todo el día. No puedo creerme que se haya perdido la lluvia.

—Es bastante extraño —dijo Alan, feliz de que el cretino no hubiera estado allí jodiendo la marrana.

—En serio, estoy preocupado —dijo Dave, y parecía sincero—. Cuando subí a la azotea, llamé a su puerta con los nudillos, pensando que me seguiría, pero al llegar me emocioné tanto que me olvidé por completo de él.

Sin ropa, Dave volvió a bajar al edificio y se apresuró a ir a la puerta de Eddie, la cual estaba abierta. Entró en el apartamento y lo llamó un par de veces, mientras iba de habitación en habitación dejando gotas de agua a su paso. Eddie no estaba allí. Entonces lo buscó en su propia casa, pero tampoco pudo encontrarlo. Golpeó las puertas de todos los rellanos y gritó el nombre de Eddie en vano. No estaba por ninguna parte. La euforia de la danza bajo la lluvia se disipó para dar paso a la preocupación.

—No está en el edificio —dijo Dave al volver a la azotea. De los demás, la única que faltaba era Ruth, quien había vuelto renqueando a su apartamento, completamente indignada. Abe continuaba desnudo sobre el pequeño muro, disfrutando de una lluvia cada vez menos intensa. Después de distraerse un momento observando lo mucho que le colgaban los testículos al anciano, Dave se fue en busca de su compañero, aunque sin sorprenderse de que nadie se ofreciera a ayudarlo.

Mientras se dirigía hacia el norte, el primer edificio en el que buscó Dave era el que estaba situado justo al lado. Giró el pomo de la puerta del hueco de las escaleras unas cuantas veces, pero continuaba cerrada a cal y canto, la norma desde que improvisaran ese maltrecho kibutz. En el siguiente bloque de pisos, la puerta del hueco de las escaleras estaba abierta, y tras ella aguardaba una oscuridad total. Dave asomó la cabeza, reticente a aventurarse a entrar en un edificio que no conocía. Puede que no fuera tan seguro como el suyo, ¿quién podía saberlo?, todo dependía de cómo aguantaran los endebles refuerzos exteriores y de si los antiguos ocupantes del edificio los habían asegurado desde dentro. No, si los zombis hubieran entrado, ya se habrían dirigido a la azotea. Dave creía recordar que la puerta principal era segura, pero esa penumbra era como una boca abierta y hambrienta. Quizá la única que

merodeara por la oscuridad fuera Gerri. La ausencia de la Judía Errante en la fiesta de la lluvia no había inquietado en absoluto a Dave. Era un fantasma, ¿para qué iban a necesitar lluvia los fantasmas?

—¿Hola? —gritó Dave—. ¿Eddie? ¿Estás ahí?

No hubo respuesta.

—¿Eddie? —dijo de nuevo. El sonido retumbó en las paredes. A Dave no le volvía loco la idea de hacer espeleología en un edificio desconocido, y menos aún desnudo, así que se planteó si debía volver a por su ropa. Había dejado de llover y, al igual que el agua que había empapado su cuerpo, su regocijo se estaba evaporando. La única humedad que sentía era la de su reciente sudor. Tras varios intentos, se dio por vencido y se trasladó al siguiente edificio, que era en el que Eddie y él habían vivido con anterioridad. Quizá su amigo hubiera sentido nostalgia o algo por el estilo. Era probable que hubiera necesitado algo que se había dejado en casa. Eddie acudía allí periódicamente para coger algunas de las cosas que había dejado abandonadas en su antigua pocilga. La puerta del hueco de las escaleras estaba bloqueada, como de costumbre, aun así, la golpeó unas cuantas veces, pero fue en vano.

Agarrado a la barandilla, para no resbalarse por la humedad, Dave se dirigió a la escalera de incendios y, con sigilo, se dirigió a la planta de arriba. Las dos ventanas estaban cerradas con pestillo y tenían barrotes por dentro. Luego bajó el siguiente tramo de escaleras y comprobó que la ventana de la izquierda, la cual no tenía barrotes, estaba cerrada con pestillo y que la de la derecha era inaccesible. Según Eddie, los barrotes eran para las nenazas.

—No pago el alquiler para vivir en una jaula —había dicho en una ocasión—. Que los maricones quieran vivir como los animales del zoo es su problema. Me gustaría ver al algún puto negro entrando por la ventana para tratar de robarnos nuestras cosas. Le daría una paliza de cagarse ¡literalmente! —Luego comenzó a reírse y a mirar por la ventana sin protección, como si estuviera deseando que alguien entrara. Evidentemente, eso era entonces, porque ahora con los zombis todo el mundo tenía sus accesos cerrados, a pesar de que la posibilidad de que alguno de ellos subiera por la escalera de incendios fuese prácticamente nula.

En el siguiente descansillo, la ventana derecha estaba protegida con barrotes, pero la izquierda, que era la suya, se encontraba abierta como siempre. Hacía aproximadamente un año, Eddie y él se habían colocado allí en cuclillas y en silencio, aguantando la risa, mientras Eddie grababa en vídeo a la pareja vecina haciéndolo. No es que fueran extremadamente atractivos, simplemente era excitante. Eddie ponía la cinta a menudo, a la que llamaba su «trofeo de caza». Dave entró en el oscuro apartamento. El cielo había perdido su color, pero había claridad, por lo que sus ojos se acostumbraron rápidamente.

—¿Eddie? —volvió a decir Dave.

—No entres aquí —respondió una voz ronca.

—¿Eddie? —Dave ignoró la advertencia y se apresuró a entrar en el apartamento,

tropezando con un bulto que había en el suelo y cayendo de rodillas contra los desnudos tablones. Dio un grito de dolor y se colocó de costado para masajearse sus doloridas articulaciones, las cuales estaban heridas y cubiertas de sangre. Cerró los ojos con fuerza, mientras se las frotaba, al tiempo que veía las estrellas por el intenso dolor—. Ay, Jesús.

—Te he dicho que no entraras aquí. —Era la voz de Eddie, pero parecía distinta.

Cuando Dave abrió los ojos, se encontró directamente con otro par, solo que esos eran vidriosos e inexpresivos. Parpadeó algunas veces y se alejó a toda velocidad del imperturbable rostro.

—¡Gerri! —dijo con un chillido.

Aunque estaba oscuro, había la suficiente luz para saber que Gerri estaba muerta, aunque siguiera agarrada al cadáver de su último Yorkshire.

—¿Qué le ha pasado a Gerri? —susurró Dave.

—Que me la he cargado.

—¿Qué quieres decir, Eddie? ¿Qué ha pasado aquí? —Dave se levantó y bajó su mirada hacia el cuerpo de Gerri. Estaba doblada a la altura de la cintura, y una espuma perlada y gelatinosa moteaba su delgado y desnudo trasero. De su bata, hecha jirones, asomaba una de sus planas y menudas tetas. Tenía el cuello torcido en un ángulo poco natural, y los orificios de la nariz y la comisura de los labios le sangraban. Unos cardenales morados y con forma de mano cubrían sus hombros. Dave levantó la mirada del cadáver a Eddie, quien se encontraba desnudo de cintura para abajo, con las manos y la entrepierna manchadas de sangre.

—¿Y qué haces tú sin pantalones?

—Mira quién habla. —Le contestó Eddie.

—¿Qué has hecho, Eddie? —le preguntó. Se trataba de una formalidad, pues la respuesta era evidente.

—Estaba dándome una vuelta, ya sabes, para soltar adrenalina. Entonces decidí visitar nuestra antigua casa para coger algunos ejemplares de *Sports Illustrated*, como ese con esa chica que llevaba conchas en las tetas. Bueno da igual, pero ¿sabes quién estaba sentada en nuestro sofá? Pues la Judía Errante. Una rata le estaba mordisqueando el codo, pero ella seguía allí sentada como si nada, así que comencé a pisotear a la pequeña cabrona. ¿Ves? —preguntó señalando hacia sus peludos restos mortales—. Luego le pregunté si se encontraba bien, ¿vale? Traté de emplear un poco de... ¿cuál era tu palabra especial? Ternura. Total, que una cosa llevó a la otra. Mira, con una polla tiesa como un arpón, a uno se le va la cabeza, colega. Un coño es un coño. Tenía que meterla y esa zorra era lo único que tenía. Zotz se está follando a la viuda alegre, D, y no deja mucho para el resto de nuestras hambrientas pollas.

—¿Ha sido de mutuo acuerdo?

—Uno hace un curso de Derecho y se cree que es Alan Dershowitz.

—Dios mío, Eddie.

—Oye, por lo menos ha muerto con una sonrisa en el rostro.

El rostro del cadáver de Gerri mostraba tal rictus, que nadie en su sano juicio lo habría descrito como una sonrisa.

—Joder, Eddie.

—Oye, oye, oye. No emplees ese tono conmigo. El Cometa tenía que meterla en una *fica* de verdad, ¿vale? ¿Estás celoso? ¿Es eso lo que te pasa? Ya lo sabes, me he tirado a esa zorra, ¿vale? Me la he follado bien, pero ella no ha dicho ni pío. No se ha resistido ni nada. Así que sí, supongo que ha sido de mutuo acuerdo. No se ha quejado para nada. Lo menos que podía haber hecho era gemir o algo. No sé, demostrar que le gustaba. Teniendo en cuenta que no le habían hecho ni puto caso en toda su vida, esa zorra debería haberse sentido halagada por el hecho de que El Cometa visitara su mustio coño.

Dave se disponía a decir algo cuando Gerri se sentó y soltó un gemido que le puso los huevos de corbata. Se trataba de algo a caballo entre un silbido y un gruñido, con el ruido de una cisterna de váter de fondo. Su cabeza se agitaba con fuerza sobre su destrozado cuello, y abría y cerraba la mandíbula con la lengua colgando. Después de vomitar un pequeño chorro de sangre y bilis, se puso de pie.

—¡Coño, qué rapidez! —gritó Eddie—. ¡Joder tío, joder!

Desnudo o no, Dave sabía que tenía que hacer algo antes de que ella se orientase, ya que los recién resucitados se movían a gran velocidad. Agarró un paragüero con forma de pata de elefante que había junto a la entrada y le golpeó a Gerri en toda la cara, lanzándole la cabeza hacia atrás con brusquedad. El nauseabundo ruido de las vértebras al hacerse trizas provocó que Dave regurgitara lo poco que tenía en el estómago, pero apretó los labios y se lo tragó, mientras volvía a golpearla. A pesar de tener la cabeza apoyada en la parte superior de la espalda y colgando del revés, Gerri continuaba soltando bestiales y repugnantes gruñidos, mientras la saliva, espesada por la sangre, se filtraba en sus ensanchados orificios nasales. Al tener la cabeza en una mala posición, Gerri caminaba a tuestas. Entonces Dave comenzó a aporrearla con el paragüero, arrojando paraguas con cada golpe. ¿Cuántos paraguas había en ese maldito cacharro? Grandes y pequeños, cayeron al suelo, todos ellos empapados de los distintos fluidos que emanaban de Gerri.

Por fin, lanzó hacia atrás la pata de elefante para coger impulso y se lo estampó en el pecho, lo que hizo que retrocediera tambaleándose en dirección a las ventanas que se encontraban detrás. Dominar su espástico cuerpo no era tarea fácil, pero tras varios y estratégicos golpes salió disparada por la ventana y cayó en picado al mismo callejón que había dado la bienvenida a Mike Swenson. Dave miró por la ventana y vio que Gerri se retorció un poco antes de ponerse de pie y comenzar a renquear para fundirse con el resto de los seres descerebrados que arrastraban los pies por allí abajo. Satisfecho de haberse librado de ella, soltó el destrozado ariete y se dejó caer en el suelo.

—Me hubiera gustado que hubieras sido así de bestia sobre el hielo, tío —dijo Eddie.

—Sí, gracias por tu valiosísima ayuda.

—Oye, El Cometa está impresionado, colega. Te estoy echando piropos. Ha sido algo increíble.

—Sí claro. Anda déjame en paz, ¿vale?

—Muy bien, como quieras. Solo trataba de halagarte, eso es todo. Tío, no tienes que ponerte como si tuvieras la regla y tal. El Cometa se las pira.

Eddie se puso sus pantalones cortos y salió por la puerta, mientras Dave, tirado en el suelo, se sentía miserable, al tiempo que su sangre se mezclaba con la ya solidificada de Gerri.

El Cometa.

El Violador.

El Asesino.

Dave se sentía como una de esas esposas destrozadas del *reality COPS*. Esas que seguían diciéndoles a los agentes que están realizando el arresto (a menudo con la boca partida y unos impresionantes ojos morados) que sus maridos, en realidad, son buenas personas. «¡Agente, es un buen hombre! ¡Agente, es un buen padre! ¡Agente, yo lo amo!». Le ponían las esposas y ese aprovechado y borracho cerdo blanco era lanzado a la parte trasera del coche, con cara de felicidad por haberse librado durante un tiempo de su esposa e hijos. El coche patrulla se alejaba de la caravana, y la pobre mujer maltratada, a la que le faltaba un incisivo y tenía un ojo cerrado por la hinchazón, berreaba por la ausencia de su esposo.

Dave sabía cómo se sentían esas pobres infelices.

—Maldita sea, deja de picarme.

Dos días después de la lluvia llegaron los mosquitos que habían desovado en los charcos de agua estancada. La tenacidad de algunas formas de vida era increíble. Dabney se negaba a abandonar su puesto, pero las picaduras eran un alto precio para disfrutar de una hora o así de alegría. Se sentó en su cobertizo e intentó matar a los molestos parásitos, mientras soltaba palabrotas por lo bajo. Transcurrido un tiempo, ya no podía soportar seguir allí sentado, así que se levantó y se dirigió a su posición privilegiada. Aunque el sol todavía no se había puesto del todo y, cuando lo hiciera, los mosquitos comenzarían de verdad a hacer de las suyas, estaba demasiado oscuro para comprobar si también se alimentaban de los muertos vivientes, pero la simple idea provocó que la mente de Dabney se pusiera a funcionar a mil revoluciones. Si las pulgas y demás insectos podían propagar la plaga, y los mosquitos picaban a los zombis y luego a los humanos, ¿se podría propagar el virus o lo que fuera? Dabney recordó el virus del Nilo occidental y cómo los camiones habían recorrido la ciudad rociando veneno en las zonas acosadas por los mosquitos. El único efecto secundario que podía recordar fue una disminución en el peso de los recién nacidos, en aquellas zonas en las que se había empleado el insecticida.

El virus del Nilo occidental había sido otra supuesta emergencia médica a la que los medios de comunicación le habían otorgado una importancia desproporcionada. El miedo era siempre un poderoso aliado para mantener a la población controlada. «Tened cuidado, el virus del Nilo occidental os atraparé», como si se tratara de una especie de hombre del saco microscópico. A causa del virus, algunos ancianos pasaron a mejor vida minutos antes de su hora, pero eso fue todo. Sin embargo, sembró el pánico en la ciudad y en los barrios residenciales durante varias temporadas seguidas.

La malaria.

Esa era otra historia. Durante sus años de juventud, Dabney había pasado algún tiempo trabajando en cargueros y había viajado por algunos países aquejados de malaria (Haití, Panamá y algunas zonas del Sudeste Asiático). Había sido testigo de cómo los autóctonos y, lo que era aún más alarmante, los compañeros de a bordo, contraían la enfermedad. Uno por uno, los miembros de la tripulación de su último carguero se fueron contagiando. Los síntomas eran fiebre, temblores, dolores de cabeza y musculares, cansancio, náuseas, vómitos, diarrea, anemia e ictericia y, en los casos más extremos, insuficiencia renal, ataques de apoplejía, confusión mental, coma y muerte. Los mosquitos propagaban la malaria con la misma velocidad con la que una puta se abre de piernas.

Era probable que, a diferencia de la fiebre amarilla y la malaria, la saliva del

mosquito no transmitiera la enfermedad que te convertía en zombi. Los estudios habían descartado la posibilidad de que el sida se contagiara a través de los insectos, lo que le dio cierta tranquilidad. Ya era lo suficientemente chungo convertirse en uno de esos sacos de carne tambaleantes al ser atacado por uno, pero que te ocurriera por la picadura de un bicho era todavía peor. *Queda esperar que la fiebre de los zombis sea más parecida al sida*, pensó Dabney.

—Dios mío —suspiró—. Hoy en día, algo así puede ser considerado un pensamiento optimista.

Dabney se dirigió a su ahumador y sacó una pequeña tira de cecina del bicho que fuera. No le quedaba mucha. Dabney llevaba semanas sin comer otra cosa que no fuera su charqui casero y, en ocasiones, una lata de quingombó o de judías pintas. ¿Acaso no se basaba en eso la dieta Atkins? Resultaba curioso que los inquilinos de raza blanca del edificio le hubieran regalado su quingombó y sus chícharos salvajes, algo parecido a esas donaciones de alimentos enlatados que se hacían a los países más pobres, las cuales se componían básicamente de Purina «Negro» Chow. Un acto bienintencionado, pero en cualquier caso racista. Para empezar, ¿por qué tenían esa clase de alimento? Martha Stewart o algún otro personaje del canal de cocina debió haberlos animado a adquirir esos ingredientes tan «exóticos», pero luego no tuvieron cojones de comérselos. «Dáselos al negrito; esa gente se lo come todo». Dabney esbozó una sonrisa, porque había algo de verdad en eso. Recordó sus viajes en vacaciones al Tennessee rural, donde solía comer los intestinos de cerdo y el pan de hígado de oso que su tía Zena preparaba. Una mierda de lo más rara. O tripas con morros. Asqueroso. Todo lo que tuviese que ver con las tripas de marrano era bastante fuerte, sobre todo si estaba aderezado con salsa picante. Huesos del cuello, el espinazo. Los negros tenían que ser ingeniosos a la hora de cocinar y los más pobres se tenían que conformarse con inventar recetas con lo que los blancos consideraban basura.

Pero en ese momento, cercano al fin de la humanidad, Dabney masticaba cecina de alimañas.

Cuanto más cambian las cosas...

—Ni siquiera sé por qué coño te preocupas. ¿A quién le importa? Y si es así, ¿qué van a hacer?, ¿llamar a la policía? Deja de darle vueltas, colega.

Dave no había dejado de estar de los nervios desde que la Judía Errante se topara con la muerte para más tarde resucitar, lo que sacaba totalmente de quicio al Cometa. Se daba por sentado que su vertiginosa resurrección había sido un poco desgarradora, pero cosas así eran inevitables, ahí te las ventiles. Esa era la filosofía personal de Eddie. Si no había coños disponibles, tenías que aguantarte, pero, si se presentaba alguno, tenías que aprovechar la ocasión, aunque fuera pestilente y nauseabundo.

—En serio, colega, me estás sacando de mis casillas con tus paseillos. Relájate de una vez.

—No puedo, tío, la has matado, y luego yo la he rematado. ¿Qué jodienda es esa?

—No, no, no. Joder, ha sido algo impresionante. Con esos zas, zas, zas, menuda paliza le diste con la puta pata de elefante. —Eddie se reía al recordar la escena—. ¡Ha sido impresionante!

—No lo ha sido, ha sido asqueroso. Joder, ha sido horripilante.

—Tío, lo que tú quieras. Si quieres ser un aguafiestas, adelante, pero no me des por culo. Pienso que ha sido la bomba, tío. Por la millonésima vez, Dave, a nadie le importa. Ni siquiera la han echado de menos. Ya era un fantasma antes de que me la tirara. Mira, de todas formas era como si no estuviera. Solo era una espeluznante sombra que vagaba por la oscuridad.

Dave dejó de caminar de acá para allá y reflexionó sobre las palabras de Eddie.

—Escucha —continuó su amigo, al tiempo que trataba de ahuyentar a un mosquito—. No quiero que te sigas comiendo la olla con eso. Míralo así: murió por una noble causa, la de hacer sentir mejor a tu colega. Es como si fuera una especie de Madre Clarisa colgada y deshidratada.

—Madre Teresa.

—Como se llame. Salvó una vida. Qué digo, dos.

—¿Y cómo llegas a esa conclusión?

—Estaba dispuesto a cagarme a Zotz, así que ella le ha salvado la vida. Tampoco es que eso sea gran cosa, pero coño, tío, me ayudó a ponerme las pilas y, joder, solo ha sido un accidente. No era mi intención acabar con su esquelético culo. Lo único que ocurrió es que se rompió, eso es todo. Hay huesos, hay huesos, hay huesos resecos...

—Estoy hecho de buena madera —dijo Dave.

Eddie esbozó una sonrisa y le dio a Dave una palmada en la espalda.

—Ese es mi chico. Ha sido solo un «trágico» contratiempo. —Eddie esbozó una sonrisita, mientras hacía gestos con los dedos para entrecomillar la frase—. Tan

sencillo como eso.

—Bueno, esto era lo último que me quedaba comprobar —dijo Karl, mientras revisaba el interior del armario vacío. No tenía nada de comida. Durante la última semana, se había comido hasta el último pedazo que le quedaba, así que lo único que tenía para masticar era aire. Le rugía el estómago y se lo golpeó con fuerza—. Cierra el pico —le gruñó a este. Cuando se puso a llorar, tuvo la sensación de que la pequeña cocina empezaba a tambalearse, que sus líneas rectas temblaban a consecuencia de las lágrimas. Tenía flacidez en las rodillas, pero se esforzaba por mantenerse de pie, porque, si caía al suelo de linóleo, temía no poder volver a levantarse—. Me siento tan débil —dijo con un gemido. ¿Habría alguien a quien poder pedirle comida? Hasta los expertos en racionamiento se habían quedado sin reservas. El final estaba cerca, no había duda.

Salió al pasillo y gritó lo más alto que pudo:

—¡Reunión de inquilinos! ¡Reunión de inquilinos! ¡Os convoco a todos en el vestíbulo, por favor! ¡Reunión de inquilinos!

¿Qué daño hacía con eso?

El primero en aparecer fue Eddie, quien, en tono cortante, dijo:

—¿Qué coño quieres, renacuajo? —Dave siguió a Eddie al vestíbulo, dando saltitos a medida que se subía unos pantalones de chándal, lo que le recordó a Karl a algunas parejas que había conocido que cogían el teléfono durante sus relaciones sexuales y luego se mostraban cabreadas. ¿Para qué coño cogían el teléfono entonces?

Ruth salió al descansillo del otro lado del vestíbulo y miró a Karl con desconfianza. Aunque solo medía un metro sesenta y cuatro, era bastante más alto que la Señora Fogelhut, la única en el edificio significativamente más bajita que él. Se trataba de la única característica entrañable de la anciana.

—¿A qué viene este alboroto? —preguntó ella en su crispante tono de voz.

Junto a Eddie y Dave, en el descansillo de la cuarta planta, se encontraban Alan y Ellen, quienes acababan de salir del apartamento de ella. Eddie había mencionado que Ellen se había arrejuntado con el artista y Karl apretó los labios sintiéndose celoso. *Los artistas siempre se llevaban a las tías buenas*, pensó con amargura, antes de darse un puntapié imaginario por haber tenido un pensamiento tan pueril.

—¿Qué pasa? —preguntó Ellen, dirigiendo su mirada a Karl, quien se había agarrado a la barandilla para no perder el equilibrio, al sentirse mareado por los nervios y el hambre. No le gustaba demasiado tener que hablar en público, si bien morir de inanición le gustaba menos todavía.

—Eso, ¿qué pasa, Karl? —añadió Alan. Las expresiones eran muy variadas: de preocupación (Ellen), de perplejidad (Alan), de enfado (Eddie), de indiferencia (Dave) y, por último, de incompreensión (Ruth). Abe y Dabney no se encontraban presentes, pero Karl se sentía satisfecho de la rápida asistencia de los demás. Al menos, aún tenía cojones. No había preparado su perorata, pero sabía que tendría que

elegir sus palabras con sumo cuidado, pues era probable que la elocuencia fuera la única arma de su arsenal. Sintiendo que todas las miradas fulminaban su frágil cuerpo, bajó la suya, respiró profundamente y se aclaró la garganta.

—Cuéntanos qué pasa de una puta vez —dijo Eddie con brusquedad.

—Tengo hambre —dijo Karl en voz baja.

—Por el amor de Dios —soltó Eddie indignado—. Como si fueras el único que se muere por comida. No me vengas con esa milonga —dijo, moviendo un dedo amenazador en dirección a Karl—. La próxima vez que convoques una reunión que sea para tu funeral, nenaza quejica.

—Aparte de los mosquitos, todos tenemos hambre, Señor Stempler —corroboró Ruth, mientras volvía a meterse en su apartamento.

Karl bajó la cabeza, preparándose para las siguientes respuestas negativas.

—¿No te queda nada? —le preguntó Alan, con una expresión en su rostro que ponía de manifiesto el pesar de un hombre que estaba a punto de hacer lo que era decente, a pesar de no querer. Karl asintió con la cabeza, al tiempo que la vergüenza enrojeció sus descoloridas facciones. Como un pálido Rod Roddy, Alan le hizo un gesto al chaval para que se acercara con un «ven abajo» no demasiado entusiasta.

—No queda mucho —dijo Alan, señalando sus escasas provisiones, las cuales había sumado a las de Ellen—. Pero lo nuestro es tuyo, ¿de acuerdo? —Ellen asintió con la cabeza y Karl comenzó a subir y a bajar los hombros, mientras intentaba contener las lágrimas, pero no lo logró. Comenzó a llorar como un bebé, mientras se dejaba caer con torpeza al duro suelo de la cocina. Una vez que se ha sido madre, nunca se olvida, así que el instinto maternal de Ellen afloró y, de repente, estaba mecido sobre su regazo el cabezón de Karl y absorbiendo sus copiosas lágrimas con su fino traje veraniego de algodón. Aunque el contacto con otro ser humano, sobre todo tratándose de una mujer, le ofrecía cierto consuelo, Karl saboreó la humillación mientras sollozaba sobre el vientre plano de Ellen. La mujer se unió a Karl, y enseguida ambos estaban llorando. Alan permanecía allí plantado sin saber qué hacer, mientras agitaba los brazos a los lados.

—Yo, este... prepararé algo de comer —dijo él—. Sí, este... Eso es lo que voy a hacer.

Mientras las dos figuras entrelazadas del suelo inundaban el ambiente de un profundo dolor, Alan preparó tres platitos con biscotes, cecina de pavo y fruta seca de dudosa clasificación. Lo único que quedaba era un poco de pasta cruda, algunas latas de caldo de pollo, concentrado de tomate, corazones de alcachofa, medio frasco de aceitunas con pimientos y unos pocos bizcochos duros de cuando al bebé de Ellen le empezaron a salir los dientes. Eso y las jarras de agua era todo lo que había. Quizá pudieran estirarlo durante una o dos semanas, pero después de eso morirían de hambre. Faltaban dos días para que llegara agosto. Alan no estaba dispuesto a lloriquear como sus dos compañeros, pero al ser consciente de su desesperada situación, se le escapó una lágrima. El otoño era su estación preferida, y se la iba a

perder. Mala suerte.

Abe terminó otro libro de Dick, *Tiempo desarticulado*, y lo colocó entre su esquelético muslo y el brazo del sillón. Era una novela menos mareante que *Los tres estigmas*, aunque continuaba siendo bastante extravagante. En ella, el protagonista principal descubría que las cosas no eran lo que parecían. Un puesto de refrescos era sustituido por un papel en el que se podía leer: «Puesto de refrescos». Lo mundano había dado un impresionante vuelco, y desde ese momento todo comenzó a tomar una dirección dickiana. Real o no, a Abe le apetecía tomarse un refresco en ese preciso momento. Aunque era dos de agosto y una tímida brisa aparecía de manera intermitente, seguía haciendo un calor de mil demonios y un Nehi de uva helado sería lo ideal. Pero ¿continuaban fabricándolo? La rápida respuesta fue que ya nadie preparaba nada, aunque no desde hacía mucho tiempo. ¿Lo habían hecho días, semanas o meses antes de que comenzara el desastre? Solo la idea de una botella bien fría de cuello largo de treinta y tres centilitros de ese dorado néctar carbonatado le hizo esbozar una nostálgica sonrisa.

Abe acercó ligeramente su sillón a la ventana abierta y se asomó para observar a la muchedumbre.

—Estoy harto de este espectáculo —refunfuñó—. ¿Acaso no es siempre lo mismo? ¿Qué os parece otro accidente tipo NASCAR? ¡Haced algo distinto, cabezas de chorlito! ¡Lo que sea!

Cuando los gritos de Abe cobraron intensidad, un puñado de zombis levantaron perezosamente la cabeza y alzaron la vista. Uno sin nariz gimió al cruzar su mirada con la de Abe, pero no hubo ninguna otra reacción. Abe sacó el libro de donde lo había guardado, lo lanzó por la ventana y le dio un mamporrazo al que le faltaba la tocha.

—¿Qué te ha parecido eso? —gritó Abe, antes de hacer una mueca, al caer en la cuenta de que acababa de lanzar el libro de Zotz—. Ay, mierda. —Fuera o no el fin del mundo, Abe pensó que no estaba nada bien no devolver algo que le habían prestado—. Ay, jopé —masculló Abe, mientras se reía por la palabra que había empleado—. Va por ti, Norman —dijo, antes de ponerse de pie y abrirse la cremallera. El abundante chorro de pis de color ámbar le escocía a medida que salía, al tiempo que Abe hacía una mueca y balanceaba sus chirriantes caderas de lado a lado, tratando de rociar al mayor número posible de sacos de pus vivientes—. ¡Que os den por culo a todos, hijos de puta! —Cuando la última y punzante gota salió de su uretra, Abe abrió unos ojos como platos, pero no por el escozor. Allí abajo estaba ocurriendo algo muy extraño, pero esta vez no se trataba de ningún fantasma nocturno y perezoso. Estaba teniendo lugar a plena luz del día.

Desde el sur, una silueta diminuta se dirigía hacia el norte en medio de la

multitud, de la misma forma que hizo Moisés en el Mar Rojo. A medida que la solitaria figura avanzaba, los zombis cerraban filas detrás de ella, haciendo desaparecer el hueco que acababan de abrir. ¿Se trataba de algún maníaco, machete en mano, en un viaje hacia la muerte? Y, de ser así, ¿cómo es que estaba durando tanto? ¿Llevaría una armadura? ¿Qué estaba pasando? Abe entrecerró los ojos y se sacó sus sucias gafas del bolsillo de la camisa. La silueta estaba a una manzana de distancia en dirección norte, pero seguía estando demasiado lejos como para verla bien. Sin embargo, incluso a esa distancia, era evidente que no estaba teniendo lugar ningún episodio violento. La figura no blandía ningún arma, solo parecía pasearse tranquilamente entre la multitud. Era probable que se tratara de un espejismo. Hacía un calor de justicia, como de costumbre. Abe se quitó las gafas y las limpió lo mejor que pudo.

La silueta avanzaba lentamente, pero era real, no se trataba de ninguna alucinación.

—¡Oye! ¡Oye! ¡Oye! —le gritó Abe—. ¡Oye, aquí arriba!

No hubo reacción.

Abe continuó chillando a pleno pulmón, pero la figura seguía avanzando sin levantar la vista. Con el escándalo que estaba montando, ¿dónde estaba Ruth? Lo más probable es que estuviera pasando de él, convencida de que el viejo la estaba volviendo a liar sin motivo. *Que le den*. Abe trató de gritar unas cuantas veces, pero fue en vano. Intentaba moverse, pero estaba petrificado ante esa situación verdaderamente anómala que estaba teniendo lugar. La figura se encontraba ya a media manzana de distancia en dirección sur, pero Abe seguía sin poder distinguir ni su sexo ni su edad. Los zombis se alejaban de ella y algunos emitían ruidos de desagrado. Parecía completamente imperturbable, mientras caminaba tan plácidamente como si fuera un monje tibetano.

—¡Oye! ¡Oye! ¡Oye! —volvió a gritar Abe—. ¡Oye, aquí arriba! ¡Por favor!

Cuando la figura se aproximó al edificio, Abe pudo comprobar que se trataba de una mujer. No, no era una mujer; era una chica, probablemente adolescente. Desde la quinta planta, resultaba difícil estar seguro, pero era muy joven, por lo que podía ver, e iba vestida de negro con ese calor, en cualquier caso, llevaba una camiseta negra sin mangas. Él solo podía verla de cintura para arriba, porque los cabezas de chorlito le tapaban la visión. Tenía que contárselo a los demás, pero cuando pudo verla con absoluta claridad, a Abe se le secó la boca y se quedó sin habla. Con un esfuerzo herculano, Abe se recompuso para abandonar la habitación. Entró tambaleándose en la cocina y dio un trago a la botella de agua. Con la boca lubricada, se aventuró a salir al pasillo y, tras algunos graznidos inaudibles, logró gritar:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Venid todos, rápido! ¡Ayuda!

Una vez más, Eddie fue el primero en aparecer, pero como no le habían interrumpido ningún polvo, solo se mostró ligeramente hostil.

—¿A qué coño viene este escándalo, viejo?

—¡Hay una persona ahí fuera!

—¿Algún otro loco al volante en plan Dale Earnhardt? Lo habría oído.

—La última vez te lo perdiste. De todas formas, ¡no! ¡Es una chica! ¡Una persona! ¡No es ningún coche!

—Sí, vale.

Karl salió al descansillo, cuando Abe repetía su última frase.

—¿Qué pasa? —tartamudeó Karl—. ¿Qué persona? ¿De qué estás hablando?

Ellen y Alan se unieron a los demás, al igual que Dave. Ruth no estaba entre ellos.

—¡Por el amor de Dios, venid a mi apartamento! ¡Rápido! ¡Está ahí fuera! ¡Rápido!

—¿Es una mujer? —preguntó Karl, algo aturdido.

—Esto es una gilipollez. Al Abuelo Monster se le ha ido la olla.

—¡Escucha, gorila descerebrado, sé lo que he visto, pero si no me crees, tú mismo! ¡Haz lo que te dé la gana! Pero todos los demás, ¡por favor, por favor, por favor, venid a verlo!

—Si no fueras tan viejo... —comenzó a decir Eddie, pero todos ignoraron su conato de amenaza y siguieron a Abe hasta su apartamento. Cuando se arremolinaron alrededor de las dos ventanas que daban a la calle, todo había vuelto a la normalidad y lo único que se veía era el habitual mar No Muerto. Abe asomó la cabeza y recorrió con la mirada la avenida de arriba a abajo. Nada. Ruth se acercó arrastrando los pies y soltó un gruñido de exasperación.

—¿No te parece suficiente que me metas a mí a tus locuras? —preguntó con un lamento—, ¿también a los demás? Déjalos en paz, Abraham.

—¿Acaso me imaginé aquel coche? ¿Es que se trató de una alucinación fantasmagórica? No, no lo fue, ¿no es cierto? —Abe estaba muy alterado. ¡La había visto! Estaba allí hacía solo un momento—. Habéis sido todos demasiado lentos —refunfuñó—. ¡Estaba allí, lo juro! Estaba allí. Ha debido meterse en algún sitio.

Los demás permanecieron junto a las ventanas durante algunos minutos más y empezaron a salir en fila del apartamento de Fogelhut. Entonces Alan le dio a Abe un apretón en el hombro y le dijo:

—No te preocupes, Abe, que aquí no ha pasado nada.

—Que te den por culo, «que aquí no ha pasado nada». No me trates con condescendencia. Estoy seguro de lo que he visto y, si tuvieras algo de cerebro, me ayudarías a llamar su atención. Es probable que fuera sorda, porque he montado un escándalo que no veas y ni siquiera se ha dado cuenta. Estaba avanzando por entre la multitud como un tiburón. Por la forma en que se apartaban de su camino y luego cerraban filas tras su paso, parecían una cremallera abriéndose y cerrándose. Te aseguro que ha ocurrido.

—De acuerdo, te creo. —Alan se giró hacia Ellen, quien estaba plantada junto a la puerta al lado de una mortificada Ruth, y le dijo:

—Enseguida bajo. Solo quiero darle a Abe el beneficio de la duda.

—Otra vez mostrando condescendencia —refunfuñó Abe—. Muy bien, me da igual. Deja que esos vagos hagan lo que les dé la gana, pero tú demuestra algo de sentido común y otórgame «el beneficio de la duda». —La última frase fue pronunciada en un tono cortante, pero a Alan no le importó. Cada uno se posicionó en una ventana y comenzaron a observar la calle. Ruth volvió lentamente al dormitorio y cerró la puerta, harta de las alucinaciones de Abe. Transcurridos unos quince minutos, el mismo Abe comenzó a dudar de lo que había visto. Se secó su sudorosa frente con un pañuelo completamente descolorido, al tiempo que su rostro adoptaba una expresión que estaba a caballo entre la tristeza y la vergüenza.

—Quizá esté perdiendo la cabeza —dijo Abe en voz muy baja.

—¿Y quién no? —le dijo Alan, con la esperanza de no parecer condescendiente.

Alan se alejó de la ventana y, ni hecho a propósito, la chica salió del Food City con una bolsa de la compra en cada mano. Más tarde, las puso en el suelo para colocarse algo en los oídos. ¡Unos auriculares! ¡Llevaba auriculares!

—¡Allí! ¡Allí! —gritó Abe, al tiempo que le daba la vuelta a Alan. La mandíbula de Alan casi toca el suelo. Mientras la chica permanecía de pie en la puerta del supermercado, los muertos vivientes comenzaron a retroceder entre siseos y gemidos. Una vez que se alejaron de ella, la chica salió a la calle que conducía a la zona sur. Abe masculló:

—¡No puede oírnos porque lleva unos articulares de esos! —Alan se dirigió apresuradamente al pasillo, bajó corriendo a la cuarta planta y comenzó a aporrear todas las puertas, sin dejar de gritar:

—¡Abe tenía razón! ¡Bajad a la segunda planta, Abe tenía razón!

Los demás se unieron rápidamente a Alan en el apartamento 2A que estaba vacío. Entonces Abe dijo en tono de queja:

—Claro, a él sí que lo creen.

Todos se arremolinaron junto a las ventanas y comenzaron a gritar con todas sus fuerzas cuando la silueta, que en ese momento era evidente que pertenecía a una joven, comenzó a caminar en dirección sur.

—No podemos permitir que se marche —gritó Ellen.

Tras redoblar sus esfuerzos, continuaron gritando a garganta partida:

—¡Ayúdanos! ¡Ayúdanos! ¡Ayúdanos!

Mientras la chica permanecía de espaldas al número 1620, se detuvo, se quitó uno de los auriculares e inclinó la cabeza como hace un perro cuando oye un sonido desconocido. Aprovechando la ocasión, aumentaron su clamor y siguieron gritando:

—¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí! —Parecía una versión de pesadilla de los duendes de *Horton y el mundo de los Quién*. La chica miró de un lado al otro, pero sin darse la vuelta. Sin embargo, cuando se disponía a volverse a poner el auricular, se giró y los vio. ¡Los vio! Con los corazones a punto de salirse del pecho, todos soltaron un grito ahogado, antes de empezar a agitar los brazos

frenéticamente. A medida que la chica se iba aproximando al edificio, los zombis se apartaban de ella, emitiendo unos gemidos de desdén que revolvían el estómago. La chica avanzaba sin prisas, como si no tuviera ni una sola preocupación. Ahora que habían logrado su atención, observaban cómo se iba acercando con un silencioso sobrecogimiento. Sin duda alguna, se trataba de lo más extraordinario que hubieran presenciado nunca. Jamás.

Cuando estaba justo debajo de ellos, los zombis se dispersaron a su alrededor, haciendo que ella pareciera una pupila y la zona de la calle que había quedado despejada el blanco del ojo. La chica los miró fijamente y se quitó los auriculares. Incluso con el ruido de las protestas de los zombis de fondo, pudieron oír el pum pum pum de la machacona música de percusión que emitían los diminutos altavoces.

—¿Qué pasa? —preguntó con el tono de alguien que se hubiera encontrado por casualidad con un antiguo conocido. Su despreocupación hizo que a todos los que se encontraban junto a las ventanas se les pusiera la piel de gallina, se les erizaran el vello de la nuca y de los brazos y se les movieran las nueces de tanto tragar saliva. Era probable que la enajenación de Abe les hubiese afectado a todos, porque nadie de este mundo ni del más allá había mostrado nunca tal placidez, y menos aún en tales circunstancias.

Ni siquiera Jesucristo.

—Necesitamos tu ayuda —logró articular Ellen, haciendo tal esfuerzo para sacar cada palabra que parecía que tuvieran el tamaño de un puño.

—Ajá, de acuerdo. —Hubo un largo silencio, antes de que la chica se metiera un dedo en una oreja y lo sacudiera—. ¿Qué queréis?

—Para empezar, estamos muertos de hambre.

—Ajá.

Y tras decir eso, se dio la vuelta y se dirigió al Food City, mientras los zombis cerraban la cremallera tras ella, después de darse algunos golpes. Todos permanecían junto a las ventanas, inmóviles y sin habla. En la avenida York, la escena volvió a su monótona normalidad, sin huecos entre la putrefacta muchedumbre y sin señal alguna de que hubiera ocurrido algo diferente. Ellen parpadeó, saliendo al fin de su estupor, y susurró en voz muy baja:

—¿Es verdad lo que acabamos de ver?

Segunda parte



Cuando terminaron de subir el quinto cargamento de alimentos enlatados y envasados a las ventanas del 2B, la chica levantó su mirada hacia ellos, con la misma expresión indiferente que tenía cuando llegó. Todo el mundo estaba más acalorado de lo normal, pero se respiraba una atmósfera de alegría y compañerismo que nunca antes había sido tan evidente en el grupo. Con el alboroto, una bolsa cayó al suelo y a varios se les hizo la boca agua, al ver alimentos tan deliciosos como chile de la marca Hormel, picadillo de carne en conserva, estofado de res Dinty Moore o macedonia de frutas baja en calorías Del Monte, entre otras cosas. Tenían incluso latas de carne enlatada SPAM, la de toda la vida. A varios se les escapaban las lágrimas, pero, para variar, no eran de tristeza, sino de placer ante lo que les aguardaba.

—Eso es todo —dijo la chica, con un tono de voz completamente monótono y, tras decir eso, cogió sus bolsas de la compra, se dio media vuelta y comenzó a caminar tranquilamente en dirección sur. A la espalda, llevaba colgada una abultada mochila de Hello Kitty que estaba adornada con chapas y botones, y los redondos y negros ojos de la gatita eran tan inexpresivos como los suyos.

—¡Espera! ¡Espera! —gritó Ellen, odiando el tono de desesperación en su voz.

La chica se detuvo y volvió a mirarlos.

—¿Qué pasa?

¿Qué pasa?

—¿No puedes quedarte? —le preguntó Ellen a gritos, al tiempo que trataba de recuperar la compostura.

—¿Por qué?

¿Por qué? ¿Esta chica era real? ¿Estaba tan maltratada por la vida que ya no había nada que pudiera horrorizarla? Era probable, era muy probable. A su alrededor, por primera vez en meses, los cerebros prácticamente atrofiados de los zombis estaban ocupados, lo que no les gustaba nada. La munificencia del edificio de arriba los atormentaba, por estar fuera de su alcance. Durante un momento, Ellen se preguntó si los zombis tendrían tanta hambre como ella. Era evidente que la chica les parecía aborrecible. Entre los muertos vivientes reinaban una desilusión y confusión inarticuladas, las cuales se manifestaban mediante un coro de gruñidos guturales y silbidos flemáticos. Por el contrario, la chica permanecía allí plantada, con la tranquilidad de una visión en una manifestación a favor del tratamiento ético de los animales.

—¿Por qué? —repitió Ellen, estupefacta—. Porque necesitamos que te quedes. Por favor, ¿te quedarás para ayudarnos?

El resto asintió con la cabeza para apoyar la petición de Ellen, aceptándola en silencio como su abogada defensora. Mientras luchaban contra la tentación de

abalanzarse sobre la comida, dirigían su mirada de la una a la otra, subiendo y bajando las cabezas al unísono, como si fueran los espectadores de un partido de tenis a distintas alturas.

—Queréis que me quede —dijo la chica, como si le fuera completamente indiferente.

—Sí, queremos. Lo estamos deseando. Por favor, quédate. Si lo hicieras, te estaríamos eternamente agradecidos.

Ellen estaba temblando, mientras trataba de mantener la calma. La chica permanecía allí de pie, mirándose sus botas militares negras. Llevaba unos bermudas negros, bajos de cadera y bastante largos, que permitían ver una buena parte de su saludable barriga. No había nada que comentar acerca de sus tetas, pues apenas tenía, pero poseía unas caderas anchas y femeninas. Su cabello, también negro, era corto, encrespado y masculino. Se enrollaba y desenrollaba el cable de los auriculares alrededor de la mano mientras pensaba en la propuesta y, en ocasiones, se apartaba alguna que otra molesta mosca de la cara. Los segundos se hacían interminables.

—Sí, vale —respondió por fin, con un tono de voz tan plano como el mundo para Colón.

Ellen y Alan montaron su mesa de comedor extensible en la azotea y Dabney encendió un horno de cocina japonés que había encontrado a dos azoteas de distancia, mientras se preparaban para compartir la primera comida comunal desde que fueran obligados a pasar estrecheces. Se repartieron los cubiertos y platos de plástico y papel del Food City, así como los alimentos. Todo el mundo miraba con glotonería las distintas latas y envases, a medida que las iban sacando de las bolsas de la compra. Sus vistosas etiquetas eran un reclamo del festín que tenían por delante.

—Coño, es maravilloso —dijo Eddie, levantando una bolsa de Doritos.

Al principio, resultaba difícil disfrutar de la comida. Todos habían reactivado su olfato de buen grado, al sentirse seducidos por el aroma de las verduras y las carnes a la parrilla, pero luego no resultó tan agradable, cuando se atragantaron con el hedor mefítico de los putrefactos vecinos de la calle de abajo. No obstante, al final los aromas agradables triunfaron sobre los olores a podrido y, de repente, todos ellos comenzaron a devorar con deleite los platos rebosantes de humeantes verduras y carnes. Un verdadero deleite. Un deleite a chorros. Los condimentos habían vuelto a recuperar la misión de mejorar el sabor de las comidas y ya no constituían el plato principal.

Todos estaban de buen humor y la forma de tratarse entre ellos era casi elegante. Entre plato y plato no se dejaba de oír «por favor» y «gracias». Hasta Eddie se había contagiado de la amabilidad, tanto que su madre se habría sentido orgullosa. La gama de productos SPAM (el pavo asado picante y especiado al horno, bajo en calorías, las carnes ahumadas y, por supuesto, los clásicos) nunca les habían sabido tan deliciosos.

—Me sabe igual de rico que un *filet mignon* —dijo Abe, mientras saboreaba un pedazo de paté de carne.

—Mejor todavía —dijo Karl, al tiempo que se servía en el plato una ración de judías en salsa de tomate con carne de cerdo—. Ay, Dios mío, es increíble lo bueno que está todo.

Durante la comida, no paraban de repetirse innumerables variantes del mismo sentimiento, las cuales eran interrumpidas por educados eructos y algún que otro pedo ocasional. Cuando todo el mundo estaba demasiado lleno como para moverse, Abe, al ser anciano y judío, se sintió en la obligación de contar el típico y trillado chiste que sigue a una gran comilona:

—Camarero, la cuenta por favor. —Pero en lugar de los gruñidos de vergüenza ajena que en el pasado solía recibir de su familia, todos comenzaron a reírse, incluida Ruth. Abe parpadeó con perplejidad y dijo:

—Jamás se había reído nadie con este chiste. Deberíamos estar muertos de hambre más a menudo.

—Ay, Abraham, no seas cenizo. —Y Ruth siguió riéndose.

Había pasado mucho tiempo desde que a alguno le doliera el estómago de tanto comer, aunque ese era el caso, y el dolor era evidente. Una sinfonía de eructos y regüeldos, al tiempo que los jugos gástricos descomponían las enormes raciones, daba la serenata a los residentes del número 1620, quienes se frotaban sus barrigas llenas, mientras se zampaban sus segundos y terceros platos. Cuando ya a nadie le cabía nada más, Alan y Karl recogieron los platos sucios de usar y tirar y, sucesivamente, los fueron llevando al filo de la azotea para arrojar las sobras a los zombis que se encontraban debajo, al sentirse generosos con el estómago lleno. Ellen dejó de sonreír y frunció el ceño al caer en la cuenta de que la chica no se encontraba entre ellos, por lo que no había sido partícipe del festín.

—¿Cómo podemos ser tan ingratos y tan gilipollas? —dijo con un grito ahogado, mientras se golpeaba la frente.

—¿Cómo? —dijo Alan, girándose en su dirección.

—La chica. ¡La chica! ¡Nuestra buena samaritana! Ni siquiera la hemos invitado a reunirse con nosotros. ¿Es que estamos locos?

—Locos por el hambre, sí —contestó Eddie.

—Ha sido un descuido —dijo Abe—. No ha sido nuestra intención faltarle al respeto.

—¿Que no? Somos unos idiotas —dijo Ellen.

—No estropees el...

Ellen bajó corriendo las escaleras y entró en el apartamento 2A, donde la chica estaba sentada junto a la ventana con los pies en el alféizar, mientras movía la cabeza al ritmo de la machacona música que perforaba sus tímpanos. Ellen suavizó sus facciones, antes de aproximarse a la chica y darle unos suaves golpecitos en el hombro. La chica levantó la mirada y volvió a quitarse uno de los auriculares.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Yo, este... Acabamos de comer, pero me siento como una verdadera imbécil,

porque estábamos tan ensimismados con nuestra celebración y todo eso que, este... Dios mío, esto me resulta algo violento, que nosotros, este..., olvidamos invitarte. Nos hemos pasado y...

—Ya había comido antes. —La chica se disponía a volver a colocarse el auricular, pero Ellen la agarró por la muñeca a fin de evitarlo. La joven no estaba ofendida en absoluto, era la encarnación de la indiferencia, pero su sangre fría ponía nerviosa a Ellen.

—Aun así —dijo Ellen—, no ha estado nada bien por nuestra parte y de verdad que lo siento muchísimo, no te imaginas cuánto.

—No te preocupes. —Una vez más, la chica se dispuso a volver a colocarse el auricular.

—Yo, este... —Ellen trató de reírse, pero lo único que logró fue esbozar una sonrisa nerviosa—. Yo, en fin, que ni siquiera sabemos tu nombre. Deberíamos haber preparado esta cena para celebrar tu llegada, pero la comida nos ha hecho olvidar por completo el motivo principal de nuestra fiesta.

—No tiene ninguna importancia. ¿Puedo, esto...? —preguntó señalando al machacón auricular.

—¿Cómo te llamas? ¿Puedes decirme tu nombre al menos? —Ellen tenía la esperanza de no parecer histérica, pero el comportamiento de esa chica la estaba sacando de sus casillas, y mucho.

—Mona.

—Mona, yo soy Ellen —dijo mientras le ofrecía la mano derecha y Mona la estrechaba con un movimiento inesperadamente enérgico, aunque es posible que a Ellen solo se lo pareciera, al tener una mano tan frágil.

—Muy bien. —Y tras decir eso, Mona se colocó el auricular y reanudó su movimiento de cabeza.

La mujer permanecía allí plantada, sin saber qué hacer. Aunque Mona no había mostrado signos de beligerancia, se sentía como si un miembro de la realeza la hubiera despachado, lo cual era irracional. Quizá Mona estuviera solo ubicándose, al ser una extraña en un lugar completamente desconocido para ella. De cerca y en privado, Ellen admiró el cutis de Mona, terso y perfecto. Tenía algunas pecas en el puente de la nariz y en las mejillas. Sus ojos, aunque inexpresivos, eran azules como el Caribe, y sus labios, carnosos y ligeramente curvados hacia arriba en las comisuras, como si se hubieran quedado atrapados en una permanente sonrisa. Ellen escudriñó el cuello de Mona, el cual era firme y redondo, y no un recorrido plagado de concavidades y tendones como el suyo. Era probable que ahora que volvían a tener comida de verdad en el menú, Ellen deseara recuperar sus curvas. Vaya una ocurrencia.

Los hombros de Mona, que formaban una marcada uve, estaban moteados con pecas, y sus brazos, aunque no fueran precisamente musculosos, eran firmes. Todo en ella era firmeza. Ellen dirigió su mirada a las piernas de Mona, que estaban apoyadas

en el alféizar con un tobillo montado encima del otro, mientras marcaba el ritmo de la percusión de sus canciones con la puntera de la bota. Mona no tenía tatuajes. A pesar de tener pinta de llevarlos, su piel no estaba decorada. Sus pantorrillas tenían un aspecto imponente. Esa chica había caminado mucho, es posible que sin prisas, pero había estado ahí afuera, moviéndose, sobreviviendo de alguna manera.

—Muy bien —repitió Ellen, con la certeza de que Mona no la estaba escuchando. A continuación, se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Mientras alargaba la mano hacia el pomo, Mona dijo:

—Oye.

A Ellen el corazón le dio un vuelco.

—¿Sí? —contestó Ellen.

—¿Es este mi espacio o tengo que compartirlo?

—No. Es tuyo, si lo quieres, pero, si lo prefieres, el apartamento de enfrente del pasillo está libre también y hay otro en el quinto piso, si...

—Este está bien.

Ellen estuvo a punto de decir algo, pero Mona se volvió a colocar los auriculares, poniendo fin a la conversación. Quizá fuera mejor así. Ellen salió al vestíbulo común, cerró la puerta del 2A y permaneció allí de pie, sintiendo aún esa sensación de irrealidad. Podía oír los gritos de júbilo de la azotea, donde en ese momento, el ánimo seguía siendo festivo, no como el suyo. Sin embargo, no quería ser una aguafiestas, así que prefirió dejarlos disfrutar del momento. *Comed, bebed y sed felices, pensó, mañana averiguaremos más cosas acerca de nuestra benefactora.*

—Quizá solo sea antisocial —dijo Alan, con el deseo de quedarse dormido, mientras continuaba disfrutando de la sensación de saciedad. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que cualquiera del edificio se hubiera ido a la cama sin hambre?

—No es solo eso —dijo Ellen, con un firme tono de voz—. Es como si estuviera algo ausente.

—Eso es un juicio algo prematuro, ¿no crees? ¿Cuánto lleva con nosotros? ¿Cinco horas? Ha estado sola ahí fuera durante sabe Dios cuánto tiempo. Es probable que haya perdido a todas las personas que conocía. Sí, es verdad que, por lo poco que he visto, parece algo ausente, pero se recuperará. Somos como un puñado de niños necesitados con los que ha tenido que cargar inesperadamente. Dale un poco de tiempo para que se adapte. Deberías estar agradecida de que haya aparecido.

—Y lo estoy, no pongas palabras en mi boca, o pensamientos en mi mente, o como se diga. Me siento inmensamente feliz de que esté aquí. Ojalá logremos que se quede para que pueda salir a por más provisiones. Si es inmune a esas criaturas, pues claro que estoy agradecida. No oí que ninguno de los demás la llamara para pedirle ayuda, así que no me machaques tanto, Alan.

—Eh, relájate un poco. Anda, intenta dormir, por favor. Mañana será otro día. —Y tras decir eso, Alan se dio la vuelta y apagó la vela, para indicar que la conversación había concluido.

Ellen yacía distraída boca arriba, mientras se frotaba su estómago lleno. *Su estómago lleno*. ¿Por qué coño estaba tan alterada? Alan tenía razón, esa chica era un regalo de Dios, tan sencillo como eso. ¿Estaba celosa? ¡Ay, madre mía!, si eso era cierto, necesitaba ayuda. Una joven núbil llega y qué pasa, ¿que tiene miedo de perder a su chico? Ay, eso era un disparate, aunque era posible que fuera el motivo por el que se sentía incómoda. Mona era una joven hermosa con un bonito cuerpo. Por un lado, era posible que Alan la mirara con ojos de deseo, pero, por otro, lo mismo podía ocurrirles a los cretinos del otro extremo del pasillo, lo que aliviaría un poco la tensión que sentía.

Si Mona se quedaba, era posible que Ellen pudiera volver a tener carnes y a recuperar sus curvas. Hubo un tiempo en el que sus pechos rebosaban de leche y eran sustentadores de vida. Hubo un tiempo en el que la diminuta boca de su bebé mamaba de sus grandes e hinchados pezones, los cuales estaban sometidos a una constante estimulación. Parecían estar en carne viva, pero tenían vida. Mike se había puesto celoso, incluso sentía resentimiento hacia el bebé.

—Este es mi territorio —decía él, insistiendo en que se trataba de una broma. Sin embargo, tanto Ellen como él sabían muy bien que numerosas verdades se decían de guasa—. Le concedo un año de privilegio, como máximo —había dicho entonces Mike—, luego todos los derechos volverán a un servidor. —Aquel día, se habían reído, pero Mike observaba cómo mamaba el bebé, levantaba una ceja y daba golpecitos al cristal de su reloj—. Un año —había vuelto a decir—. Ni un día más.

Ellen se quitó la mano de la barriga y palpó sus hundidas mamas. Las recuperaría. Quizá no produjeran sustento nunca más, pero podrían hacer feliz a Alan. Ella comenzó a dibujar círculos alrededor de su areola con la punta del dedo y el pezón comenzó a reaccionar, tensándose para dar la bienvenida a la caricia.

Su bebé.

Su bebé muerto.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recordar su nombre.

Totalmente hidratada, por primera vez en siglos, Ellen, allí tumbada, no derramó ni una sola lágrima, ya no le quedaban. El mundo se había convertido en un lugar carente de vida y plagado de criaturas muertas, pero demasiado estúpidas y testarudas como para darse cuenta. Se acordó de los niños de su antiguo vecindario que correteaban jugando a policías y ladrones o a indios y vaqueros. Los chavales se disparaban entre sí con pistolas de fogueo o con el dedo, mientras gritaban: «¡Pum! ¡Pum!», aunque usaran las de fogueo. Entonces, se suponía que el receptor de la bala imaginaria caía al suelo. «¡Estás muerto!», gritaban los niños, «¡tírate al suelo!». Si la víctima los desafiaba con un descarado «¡Ah, no!, has fallado.» o «¡A que no!», comenzaban las discusiones y, en ocasiones, se liaban a puñetazos.

Y esos monstruos de fuera eran unos pobres desgraciados que se negaban a caer.

Podía sentir que continuaban agitados desde su encuentro con Mona, lo que quería decir que todavía les quedaba algo de conciencia. Es probable que fuera

rudimentaria, pero esas criaturas eran conscientes de que algo estaba ocurriendo. Algunas gemían de una forma sorda e infrahumana. Eran unos sonidos tan intensos y desagradables que a Ellen se le revolviéron las tripas. *Piensa en positivo*, se ordenó a sí misma. *Volverás a ser hermosa. Volverás a sentirte deseada. Alan ya te desea. Recuperarás tu vitalidad.*

Mona no supone ninguna amenaza.

Dabney se encontraba tumbado sobre su lona, mientras observaba el cosmos. La bruma se había disipado y, por primera vez en semanas, el cielo estaba completamente salpicado de estrellas. Recorrió con la lengua el interior de su boca, para arrastrar los trozos que se le habían quedado alojados entre los dientes. Su estómago se revolvía feliz. Había algunos restos de comida sobre la mesa de la azotea. Qué despilfarro. Lo único que le faltaba para alcanzar la felicidad absoluta era un cigarrillo. Ay, querido Dios que estás en el cielo, un pitillo sería glorioso. El mero hecho de pensar en ello provocó que una sensación de placer recorriera su cuerpo. Dabney se levantó del suelo, se dirigió al trote hacia la mesa y sacó con una cuchara los restos de una lata de guisantes, antes de beberse el líquido y agitarlo en la boca, como si se tratara de un original enjuague bucal. Pensó en la higiene dental; quizá esa chica pudiera conseguir un poco de pasta dentífrica, enjuague bucal y eso. Listerine, pero no ese asqueroso que sabe a medicamento, sino el mentolado. ¡O el cítrico! Si supiera a frescos de naranja, estaría haciendo gárgaras todo el día y mantendría la gingivitis a raya.

Y cigarrillos, sin duda, cigarrillos.

Sentía no haber sido él quien viera a la chica. Después de todo el tiempo que se había pasado vigilando, cuando no había nada que ver, para la única vez que se estaba gestando algo, va y se queda dormido, por lo que Abe se había llevado todos los honores.

—Gracias, Dios —dijo en voz alta, por si acaso no había quedado lo suficientemente claro.

Con el farol encendido, Dabney se comió todos los restos que quedaban por la mesa.

—No me importaría catar algo de eso —dijo Eddie, el único del edificio que se frotaba las partes bajas—. Ay, sí. No la he visto muy bien, pero, coño, parece muy joven, colega. De tetas no anda muy sobrada, pero no me importa.

—Muy bien, tú mismo —le contestó Dave.

—¿Que yo mismo? ¡Aj! Muy bien, colega. Genial, a más toco.

Dave suspiró con fuerza y negó con la cabeza.

—¿Qué te pasa? ¿Qué coño te pasa, colega? Te comportas como si el hecho de que haya aparecido no fuera lo más maravilloso que haya ocurrido desde *Girls Gone Wild*.

—Pues claro que lo es, pero por Dios, Eddie, ya estás pensando en metérsela y solo acaba de llegar. Además, a no ser que la violación sea tu nueva afición, quizá

debieras tantear el terreno antes de dar por sentado que quiere algo contigo.

—¿Sabes una cosa? Nunca me había percatado del patético saco de mierda que puedes llegar a ser a veces. Y será mejor que aparques esa movida de la violación. Ese es un asunto nuestro y de nadie más, *cáspite*? Si me entero por ahí de que lo vas contando...

—¿Qué? Ah, tienes razón, el asesinato también está incluido en tu currículum.

Eddie se levantó del futón y se acercó con fuertes pisadas a Dave, quien estaba sentado en la moqueta de espaldas a la pared. Eddie permaneció con las piernas bien abiertas, una postura de incuestionable dominio. Cerraba y abría los puños, mientras bajaba su mirada a Dave, quien lo miraba desafiante.

—¿Qué? ¿Me vas a pegar? —le preguntó Dave—. ¿Me vas a matar?

Eddie miró a Dave, apartó la vista y comenzó a recorrer con la mirada la habitación. Transcurrido un minuto, relajó su postura, con una expresión de inseguridad en el rostro.

—¿Por qué tienes que tocarme los cojones, colega? —preguntó Eddie, en tono de queja—. Ha sido una noche estupenda, pero tú tienes que volver a sacar un tema del pasado.

—¿Un tema del pasado? ¿Cuándo fue?, ¿hace una semana o así? Si llega. —¿Quién podía llevar las fechas al día?

—Ya sabes a lo que me refiero. Mira, piensa lo que te dé la gana, ¿vale? Lo de la Judía Errante fue un error, tío. Ya te dije que no había sido mi intención... Lo único que ocurrió es que al Cometa se le fue un poco... De todas formas, hagamos una tregua, ¿vale, colega? No quiero acabar el día así.

—Entonces, ¿qué te parece que lo acabemos así? —Dave le bajó a Eddie los pantalones.

Con los ojos cerrados, Eddie imaginó el rostro de cómo se llamara, en lugar del de Dave.

—¿Quién es ahora el que se inventaba cuentos, eh, Doña Mandamás? ¿Quién es ahora el que parte el bacalao aquí?

—No está bien regodearse, Abe —dijo Ruth, aunque sonriendo a regañadientes. Abe sabía que lo había hecho bien, pero que muy bien. Ella se acurrucó junto a él y, en la oscuridad, y pudo imaginar a Abe como cuando se conocieron. Para su absoluta sorpresa, en lugar de tratar de quitársela de encima, Abe le colocó el brazo por encima de los hombros—. Vale, quizá puedas regodearte un poco. Nuestro héroe. —Ella le dio un beso en la mejilla y se contuvo de relamerse los labios, a fin de aliviar el picor provocado por su barba. Dejemos que el ateo disfrute de su momento de gloria. Cuando Ruth se quedó dormida, soñó con crema de afeitar y cuchillas nuevas para Abe.

Y con jabón, toallitas y desodorante.

Ahora, rara vez limpiaba la casa, solo se limitaba a un somero barrido. Sin embargo, en ese momento, la radiante imagen de los productos de limpieza Lysol,

Comet y Soft Scrub y de las mopas desechables, húmedas y secas, inundaban su mente. De repente, volvía a ser joven, mientras bailaba como Fred Astaire. A la mierda Ginger. ¡Ruth quería ser la que llevara la voz cantante! Su compañero de baile era una fregona y la pista una cocina palaciega. A medida que danzaba, las superficies por las que pasaba comenzaban a resplandecer, para vergüenza de todos los anuncios de productos de limpieza para el hogar que se hubieran hecho nunca. Las superficies blancas brillaban como patenas. ¿Lo que había sobre la estufa era una mancha de grasa? Con el garbo de una docena de Baryshnikovs, Ruth daba un brinco en el aire y eliminaba completamente la molesta mancha con una elegante pasada de esponja, pero no con una de marca blanca, ¡sino con una buena! ¡Un O-Cel-O!

Junto a un espectacular arco iris, los rayos del sol inundaban la inmensa estancia. Unos animales del bosque, al estilo de Disney, hacían travesuras (los pequeños parajillos piaban y los diminutos conejitos saltaban alegremente. Había incluso un ciervo tan dulce y encantador como Bambi), pero Ruth los ahuyentaba con su fregona mágica.

—Nada de animales mugrientos en mi impoluta cocina —decía regañándolos, con un tono tan dulce como el de la cantante de ópera Beverly Sills.

Cuando el último animalito hubo salido de la habitación, la cocina empezó a temblar y a vibrar. Los armarios se abrían, los platos caían al suelo, haciéndose añicos y agrietando las immaculadas baldosas de cerámica. Los fragmentos de los destrozados cristales y de la porcelana china enturbiaban su utopía, al tiempo que sus oídos eran perforados por la cacofonía de los utensilios que caían al suelo. El sol desapareció y el cielo adquirió un tono gris que no presagiaba nada bueno. Entonces se oyó la estentórea voz de Dios.

—Apártate de mí. Ruth, por favor. Apártate.

—¿Qué he hecho? —preguntaba Ruth, con la voz temblorosa.

—Me estás aplastando el brazo y se me ha quedado dormido.

Ruth se despertó para encontrarse a Abe empujándole la cabeza y los hombros, en un intento por liberar su entumecido brazo.

—Ay, por el amor de Dios —dijo Ruth con desdén—. ¿Y para esto me despiertas?

—Tengo un cosquilleo. ¿Quieres que padezca de gangrena como tu madre?

—Ya has tenido que meter a mi madre en esto. ¿Por qué no dejas que su alma descanse en paz? Aj, Abraham.

Ruth se alejó de Abe, mientras este se frotaba el brazo *Por favor Dios, pensó. No te pido mucho. Déjame solo que vuelva a mi maravillosa cocina y, ya que estás, haz que Abe siga sufriendo ese cosquilleo.*

Karl presionó sus labios contra la Polaroid de Dawn-Anne McCarthy en la que aparecía con los brazos y las piernas abiertas, y luego, con un suave giro de muñeca, la lanzó en espiral hacia la multitud de abajo.

—*Au revoir, mon amour* —susurró. Llevaba quince minutos arrancando todas las fotos de las chicas de calendario y los pósteres desplegados de la pared, haciendo una

bola con ellos y tirándolos por la ventana, mientras observaba cómo rebotaban en los cocos vacíos de la horda. El repetitivo movimiento le recordó a cuando alimentaba a los animales en el zoo Metroparks de Cleveland, uno de los escasos momentos felices que podía recordar de su niñez en los que su viejo hubiera estado presente, aunque le parecía igual de extraño el hecho de que los animales no hubieran sido tiroteados por el Gran Manfred. Todas las páginas de pornografía hechas una bola habían hecho la vez de un cacahuete pasado o a un cachito de pan. Sin embargo, para variar, el hecho de pensar en alimentos no provocó que su estómago sufriera espasmos, pues no estaba vacío. *Alabado sea Dios.*

No obstante, la limpieza de la pared no tenía nada que ver con su fe, al menos no con su fe en el Todopoderoso, sino con la esperanza de poder compartir algo de tiempo con la recién llegada. Aunque solo la había visto cuando subía todas las bolsas de comida, tenía un aspecto increíble, por no hablar del hecho de que fuera totalmente vestida de negro y con esa original mochila. Ay, Dios. Qué chica tan guay. Era probable que estuvieran en la misma onda. Ella parecía una fan de Korn o Metallica. Es probable que fuera gótica, que no era precisamente el estilo de Karl, aunque podría fingir estar versado en asuntos góticos. Al menos conocía a The Cure y Bauhaus. ¿Acaso eso no era suficiente?

Esa limpieza había sido un acto de optimismo, el primero desde que todo se fuera a la mierda. La llegada de la chica había sido un milagro. No, no era el momento de pensar en Dios, porque, si lo hacía, se acordaría inevitablemente del Gran Manfred y eso sería el equivalente mental al nitrato de potasio. ¿Por qué estropear el momento? Continuaba siendo lo suficientemente joven para tratar de ligar con una chica así, sin tener que sentirse como un viejo verde. Ella parecía ser «mayor de edad», aunque tampoco es que eso importaba mucho, teniendo en cuenta que todos los legisladores y los defensores de la ley estaban muertos, muertos, muertos. ¿Cuál era la edad legal para poder mantener relaciones sexuales en Nueva York? En cualquier caso, tendría que ser astuto y amable. Pero al igual que él la deseaba, sabía también que Eddie intentaría conquistarla, aunque una chica guay como ella no picaría el anzuelo con un retrógrado troglodita como él. Dave, por otro lado, parecía satisfecho con el amor «secreto» que sentía por Eddie. Dave le recordaba a Karl a todos esos republicanos frustrados que ponían palos en sus propias ruedas, proclamando la intolerancia mientras iban en busca de relaciones homosexuales clandestinas. En aseos públicos. Con chaperos. Con menores de las Juventudes Republicanas. Menudos defensores de la virtud estaban hechos. El Gran Manny había votado a todos esos hipócritas. Qué ironía. Sin embargo, lo único que había animado a Dave a salir del armario fue, básicamente, la catástrofe.

Karl arrancó de la pared la última foto de una chica de *Playboy*. Se trataba de una hawaiana muy atractiva de ojos endrinos, Lourdes Ann Kananimanu Estores, *miss* Junio de 1982, pero le resultaba difícil deshacerse de ella. Él había «sido fiel» a esa página desplegable desde que la encontrara en una tienda de segunda mano cuando

vivía en Akron, donde no les importaba la edad, siempre que tuvieras dinero. La había guardado en secreto en el dormitorio de su niñez y había imaginado hacerle el amor en innumerables ocasiones, mientras sus ojos recorrían cada centímetro de su aterciopelado y bronceado cuerpo. Había pasado por alto los gustos musicales de la hawaiana (The Rolling Stones, Bette Midler, The Cars, Bob Seger, Jimmy Buffett, The Eagles) en pro de su increíble belleza, pero sabía que, si algún día sus caminos se cruzaban, podría convencerla para que cambiara. ¿Bette Midler? ¿Jimmy Buffett? Bueno, la chica era de Hawái.

¿Estaría muerta también? Era lo más probable.

Quizá fuera uno de esos desgarrados montones de podredumbre ansiosos de carne. Es probable que la hubiesen despedazado, una posibilidad demasiado horrible como para contemplarla. Él la sujetaba en sus temblorosas manos, incapaz de lanzarla al abismo.

—No hay nada peor que ser demasiado optimista —dijo, antes de plegarla con sumo cuidado y guardarla en un cajón—. Hay que tener siempre un plan alternativo —añadió, mientras daba golpecitos a la cómoda.

Por si las moscas.

Dabney se encontraba en su puesto habitual, eligiendo el trozo de ladrillo adecuado a fin de lanzarlo. Cuando encontró el apropiado, el cual se ajustaba al hueco de la palma de su mano, se acercó al filo de la azotea y dirigió su mirada a la escena de abajo en busca de un objetivo. En el pasado, había tenido buena mano como *amateur* en los lanzamientos de *baseball* y de dardos, por lo que, aunque nueve de cada diez veces de las que elegía un blanco fallara, no le importaba seguir intentándolo. Entre la multitud de abajo, divisó un posible candidato. Se trataba de uno ligeramente rechoncho que parecía estar atrapado en un punto concreto. Desde la posición de ventaja de Dabney, no podía ver el motivo, pero las tripas colgantes del corpulento cadáver andante lo tenían atado a la base de una farola cercana, aparte de estar inmovilizado por las pisadas de sus compañeros. Permanecía completamente inmóvil, al tiempo que el resto de la horda arrastraba los pies sin rumbo a su alrededor.

Dabney giró la muñeca un par de veces para relajarla, arrojó el ladrillo y admiró su grácil movimiento arqueado, mientras caía en picado a la avenida, antes de deleitarse con lo que no se esperaba, darle en la cabeza al monstruo. El zombi desapareció entre la multitud al caer abatido, lo que provocó un badén improvisado en el camino de sus compañeros. Dabney comenzó a reírse, al tiempo que abría una lata de mandarina y daba un trago al ácido almíbar, mientras los pequeños y suaves gajos del cítrico rozaban sus labios. Entonces, agitó el líquido en la boca para saborear su dulzor. Recordó que, durante su niñez, había estado guardando cama con varicela y, más tarde, con paperas, y que su madre le había ofrecido platos con gajos de mandarina como algo especial, lo que entonces le había levantado el ánimo de la misma forma que lo había hecho en ese momento. Sin embargo, el hecho de pensar en su madre le hizo sentir melancolía, así que bajó la lata y soltó un lastimero gemido.

—Ay, mamá —dijo con un suspiro, antes de dar un bocado a la fruta en conserva—. Ay, mamá.

»¿Por qué lo haces?

Dabney casi se caga del susto, pues no se había percatado de que tenía compañía. Se dio la vuelta y allí estaba la chica. Él era la única persona en el edificio que aún no la había conocido.

—Me has asustado —dijo él, mientras trataba de suavizar su rictus.

—Lo siento. —No parecía sentirlo, pero su tono tampoco fue sarcástico—. ¿Por qué has hecho eso?

—¿Hacer qué?

—Lanzar el ladrillo.

—¿El ladrillo? Ah, por hacer algo. Les proporciona algo que poder masticar,

aparte de nosotros.

La chica reflexionó la respuesta, antes de dirigirse a la cornisa y mirar hacia abajo, con las punteras de sus botas apoyadas justo en el filo. Dabney comenzó a sudar.

—No serás de las que tienen arrebatos, ¿verdad, señorita? —le preguntó él—. Por cierto, señorita ¿me vuelves a decir tu nombre? —Él dijo «me vuelves», pero en realidad no se lo había dicho. Por primera vez desde su llegada, Dabney se sintió, para colmo de males, fuera de lugar y maleducado. Debería haber bajado para presentarse y darle las gracias. Esos sabrosos gajos de mandarina habían sido cortesía de esa misteriosa joven blanca, pero había sido un grosero, al no expresarle lo muy agradecido que se sentía. Estaba demasiado absorto en su autoproclamado papel del Hombre de la Azotea, una especie de superhéroe solitario y enigmático o un vulgar y antisocial excéntrico.

—Mona —respondió ella.

—Mona —repitió él—. Bueno, Mona, no estarás pensando en hacer ninguna locura, ¿verdad?

—¿Cómo cuál? —preguntó ella.

Dabney se sintió invadido por una sensación de *déjà vu*, porque la escena, aunque menos tensa que la de Karl, era la de una aspirante a suicida, solo que algo más extraña. Karl había tenido un arranque de nerviosismo, por el contrario, esa chica estaba tan tranquila como un recién nacido que mamara de la teta de su madre.

Deja de pensar en mamá, pensó Dabney.

—El hecho de que estés justo en el filo me pone algo nervioso, eso es todo —dijo él—. Quizá debieras alejarte de allí para que podamos presentarnos. Me llamo John Dabney. La mayoría de los que vienen a mi azotea a visitarme me llaman Dabney, pero puedes llamarme de las dos formas. Bueno, supongo que técnicamente esta no es mi azotea propiamente dicha, pero la considero más o menos así. —Se sentía como un idiota soltando esa perorata, pero continuó hablando—. Supongo que te debo una disculpa, Mona. —Él se detuvo, con la esperanza de haberle sacado un tema de conversación, mientras esperaba la típica respuesta que nunca llegó. El zumbido de las moscas inundaba el elocuente silencio de ruido blanco. ¿Por qué lo llamarían ruido blanco? Se preguntó Dabney. Vecinos blancos. Ruido blanco. Parpadeó para volver a concentrarse, mientras miraba a la chica, quien no se había movido ni un milímetro. Permanecía tan imperturbable como el mascarón de la proa de un barco. Su expresión era serena y su piel sin manchas—. Te debo una disculpa —repitió él, tratando de anclarse en el presente.

De repente, comenzaron a venirle a la mente recuerdos de su época de marinero. Ese zombi gordo se había hundido como un barco en el océano de cadáveres en movimiento. Los recuerdos de su madre también se arremolinaban en su cabeza. Es probable que esos gajos de mandarina estuvieran en mal estado. No. Le habían sabido buenos. Deliciosos. Él había fumado hachís hacía mucho tiempo, durante su estancia

en Tánger, y también había probado el peyote y las setas alucinógenas en la costa Oeste. El caso es que tenía el mismo estado mental que si hubiera consumido alguna droga; pero Dabney no pretendía saber a qué venía todo eso, y menos aún a nivel neuronal. Quizá se debiera a la chica. Dabney estaba acostumbrado a especímenes tan hechos polvo como Ellen y Ruth, a pesar de que rara vez se presentaran en sus dominios, pero el hecho de ver a una mujer saludable y tan sumamente sutil lo ponía nervioso. Ella se giró en su dirección, se sentó y cruzó los tobillos, lo que provocó que a Dabney lo invadiera una sensación de alivio. Aunque no fuera culpa suya, si la chica se hubiera caído de la azotea, se habría sentido responsable, al menos en parte, y lo que era peor aún, el resto podría haber emitido un desconsolador veredicto de culpabilidad. Tener primero suerte y perderla en un santiamén era peor que no tenerla nunca.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Cómo?

—¿Por qué me debes una disculpa? —preguntó la chica sin parpadear.

—Ah, ah. Ah, por no haberme presentado antes para expresarte mi agradecimiento por la fantástica comida que nos has traído. Debería haber bajado para darte las gracias. Lo habría hecho. No quiero poner excusas, es solo que... —Dabney se detuvo para elegir cuidadosamente sus palabras—. Espero que no me malinterpretes, porque no es mi intención ser irrespetuoso, pero este... ¿cómo es que esas criaturas no te atacan como a todos los demás?

—Supongo que no les gusto. —Dabney la miraba, a la espera de que continuara hablando, pero no dijo nada más, era así de parca en palabras. La afirmación permaneció allí como si fuera un animal atropellado—. Necesito mis gafas de sol —dijo ella, antes de ponerse de pie y volver al hueco de las escaleras.

Dabney miró dentro de la lata medio vacía de gajos de mandarina.

¿O estaba medio llena?

—Necesitamos que Mona salga a por más provisiones —dijo Alan—. Sobre todo papel higiénico. No es mi intención ser desagradable ni nada parecido, pero al igual que el poder supremo viene unido a una suma responsabilidad, el alimento viene unido a una desagradable consecuencia. No quiero decir que la responsabilidad sea algo desagradable, pero... Lo único que digo es que... —Alan se quejaba detrás de la puerta cerrada, al tiempo que lanzaba el pedazo de papel de periódico manchado de mierda por la ventana del dormitorio, ya que en el cuarto de baño no había ninguna. Solo le quedaban un par de páginas del último ejemplar de *The New York Press*—. ¿Quién iba a pensar que se podría sentir nostalgia de algo tan simple como el papel higiénico? ¿O de esas toallitas húmedas para limpiarte el culo? Ay, esas eran algo celestial.

—Estoy de acuerdo —respondió Ellen. Ella sabía perfectamente cómo se sentía Alan. Toda esa comida había provocado que sus tripas volvieran a producir desechos normales, y no esas caquitas de cabra secas que hacía últimamente, lo que no le

resultaba nada agradable.

—Quiero decir, ya es bastante molesto tener que sacar el culo por la ventana para hacer de vientre, pero tener que limpiarte con papel de lija ya es el colmo —Alan se quejó de dolor—. Por decirlo de alguna manera, todo esto es demasiado medieval.

—Ya es suficiente —dijo Ellen, al tiempo que se alejaba de la puerta cerrada—. Necesitamos organizar una reunión vecinal y elaborar una lista de los productos de primera necesidad. Claro, partiendo de la base de que el rechazo de los zombis hacia Mona no haya sido una casualidad y de que ella esté dispuesta a salir ahí fuera para buscarlos. A ver, cogeré un pedazo de papel y anotaré como primera necesidad de la lista las toallitas húmedas.

—¡Hurra! —gritó Alan—. ¡Gracias!

Alan se alejó de la ventana y miró a su alrededor en busca de algo con lo que poder arreglárselas. Era probable que Mona consiguiera lo que necesitaban, pero entretanto tenía que hacer algo. Si ya era malo tener que leer el *Press*, era peor aún tener que limpiarse con él.

Hacía uno o dos años, Alan se había sometido a una pequeña intervención quirúrgica y el personal del hospital le había proporcionado un neceser para pasar la noche con productos tan tristes como un cepillo de dientes barato, pasta dentífrica sin marca, un paquete de toallitas faciales genéricas, y lo mejor, un atomizador en botella de crema limpiadora. Cuando los amigos iban a visitarle, los hacía reír con su etiqueta, en la que ponía sin rodeos: «Sin necesidad de aclarado, limpieza en un solo paso del perineo o del cuerpo» y de cuyos ingredientes decía: «Surfactantes suaves para la limpieza de la orina o las heces». Se lo había llevado a casa por error, aunque durante las últimas semanas, gracias a eso, su vida había sido bastante más soportable. Cuando se mudó a vivir con Ellen, había compartido galantemente las últimas gotas con ella, aunque en ese momento preferiría no haberlo hecho.

Ay, esos suaves surfactantes.

A Alan le escocía el trasero del papel de periódico, aparte de tenerlo muy sucio. Se sentía como un personaje atormentado de la Biblia, algo muy fácil, dadas las circunstancias que lo rodeaban, aunque se trataba de un sentimiento más personal. Un hombre adulto y civilizado no debería ir por ahí con el culo con caca incrustada. Mierda. Comenzó a hurgar en un cajón cercano y le birló una camisetita rosada, con la que terminó su ritual de higiene. La suave combinación de algodón y poliéster funcionó bastante mejor y fue bastante más amable con su esfínter. ¿Por qué no lo habría pensado antes? Satisfecho de haberlo hecho lo mejor que podía, la arrojó por la ventana, para que se uniera a la página de *Press* en el callejón de abajo. Tenía la esperanza de que a Ellen no le importara o que ni siquiera se diera cuenta de que había usado una prenda suya. De repente cayó en la cuenta.

Ay, soy gilipollas.

Ay, pero rematadamente gilipollas.

No es suya. No se trataba de ninguna camiseta corta de mujer, sino de un body de su bebé, sin duda, con un enorme valor sentimental. El sudor comenzó a cubrir su frente.

Ay, Dios.

Cuando era niño, un compañero de trabajo de su madre los había invitado a pasar un fin de semana en una casita de campo al norte de Nueva York. El colega de trabajo era un tipo encantador, pero a Alan no le gustaba, porque imaginaba que el tío quería tirarle los tejos a su madre divorciada. Alan, siendo un niño ingenuo de siete años, no se dio cuenta ni por asomo de que era gay. Después de la cena, Alan se disculpó, fue corriendo al cuarto de baño de los invitados y se pasó varios minutos con retortijones y cagando de lo lindo, antes de descubrir que no había papel higiénico. Se sentía aterrorizado, sudoroso y con el culo en carne viva, debido a la torrencial cagada, aunque demasiado humillado como para pedir papel higiénico a gritos, así que comenzó a buscar algo con lo que poder limpiarse en la diminuta y rústica estancia, pero fue en vano, por lo que acabó usando una floreada toalla de manos de color azul lavanda, con la que después hizo una bola que tiró por la ventana. Después de la cena, Alan salió de la casa y la enterró en un bosque cercano. Semanas después, el compañero de trabajo de su madre le preguntó a esta si no se habría llevado la toalla entre sus cosas por error.

Ojalá Ellen no se diera cuenta.

—A mí me hacen falta pilas —dijo Karl, con su exánime radiocasete firmemente agarrado—. Muchas pilas.

—Y quizá algunas de esas luces de emergencias de las que se utilizan cuando hay un apagón. Sería maravilloso volver a tener luz por la noche y poder leer sin tener que forzar la vista. Eso sería fantástico —añadió Alan, mientras Ellen hacía las veces de secretaria y anotaba todas las sugerencias. Con la excepción de Mona, todos se habían reunido en el apartamento de Ellen y estaban sentados en el asfixiante salón, en el que la temperatura era aún más elevada por el calor corporal del grupo.

—Oye, ¿qué os parece uno de esos generadores de *camping*? —preguntó Dave.

—Buena sugerencia —dijo Eddie, mientras le daba a Dave una palmadita en la espalda.

—A mí me gustaría tener maquinillas de afeitar nuevas. Ah, y ya que estamos hablando de pilas, ¿por qué no nos hacemos con un par de maquinillas eléctricas? —propuso Abe, granjeándose el agradecimiento de todos los hombres con rostro velludo de la habitación.

—Y una jodida máquina para cortar el cabello —dijo Dave, mientras se alborotaba sus greñas—. Perdonad mi lenguaje —añadió, dirigiendo su mirada a la expresión de reproche de Ruth.

—Por último, y sé que no es una necesidad, pero si pudiera ser, podría traerme algo de material de dibujo —dijo Alan.

—Sí, como tú mismo has dicho, «no es una necesidad» —refunfuñó Eddie—. Así que olvídate de esa mierda, Picasso. —Desde que Alan había dejado de proporcionarle material erótico por encargo, Eddie había abandonado su amor por el arte.

—No habléis tan deprisa —dijo Ellen, mientras deslizaba el bolígrafo por la hoja de papel en la que estaba anotando las cosas. La lista era bastante larga. Entre las necesidades básicas se incluían más alimentos no perecederos, agua potable, las preciadas toallitas húmedas para el culo de Alan, aunque debía admitir que eran una buena opción, sobre todo teniendo en cuenta que no podían bañarse, así como papel higiénico, jabón, pasta de dientes, hilo dental, enjuagues bucales, más velas, linternas y desodorante—. No sé si Mona va a querer hacer tantos viajes.

—Oye, es inmune a esas criaturas. ¿Acaso tiene algún otro compromiso en su agenda? —dijo Eddie con brusquedad—. Ni que por nuestra culpa fuera a perderse las telenovelas. Aj.

—Sí, el ejercicio le vendrá bien —dijo Ruth, antes de ganarse una extraña sonrisa de aprobación por parte de Eddie.

—¿Y quiénes somos nosotros para decidir que va a ser nuestra chica de los recados? —contestó Ellen—. ¿Quiénes somos nosotros para pensar que no vaya a mirar la lista y a decir «que se vayan a la mierda estos gilipollas» y salir pitando ahí fuera, lista en mano, para irse y no volver?

—¿Por qué eres tan pesimista? —le preguntó Alan.

—No quiero abrumar a la chica por ser demasiado avariciosos —dijo Ellen—. Tenemos potencialmente algo muy positivo con Mona, pero no quiero que nos convirtamos en un puñado de chacales que la ahuyenten con una kilométrica lista de la compra.

—A las chicas les encanta ir de compras —dijo Eddie.

Ellen ignoró el comentario y repasó la lista.

—A ver, en cuanto a necesidades básicas frente a caprichos, se trata de una lista bastante razonable, pero ¿cómo se supone que va a transportar todo esto?

—Podía utilizar mi carro de la compra —propuso Ruth.

—Ya estamos con las señoras mayores y sus carros de la compra —dijo Eddie con mofa.

—Pues yo no veo que tú estés aportando nada útil a esta discusión —dijo Ruth enfurecida.

—Quizá pueda hacerle el puente al algún coche —dijo Eddie—. Yo podría enseñarle a hacerlo. —A nadie le sorprendió que Eddie poseyera esos conocimientos.

—¿Crees que si supiera conducir estaría yendo a pata? —preguntó Karl—. ¿Y cómo se supone que va a pasar por entre todos esos coches abandonados de ahí abajo?

—Quizá pueda coger un carrito de la compra del supermercado. Tampoco es que vaya a importarle a nadie —dijo Alan, antes de recibir gestos de aprobación por parte

de los demás.

—Una cosa más —se atrevió a decir Eddie—. Pistolas.

Karl miró a Eddie con recelo.

—Ay, no sé —dijo Ellen, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Es que no os dais cuenta? Las pistolas podrían ser muy útiles contra esos hijos de puta de ahí fuera.

—¿Cómo? Seríamos como cazadores disparando a ciegas a los patos. Es imposible acabar con todos, así que seguiríamos atrapados.

—Deberíamos tener armas —reiteró Eddie.

—Sería como practicar tiro deportivo, pero no lograríamos nada más —añadió Ellen.

—¿Entonces?

—¿Qué sentido tiene? No me gusta la idea de que haya pistolas en el edificio. ¿Acaso crees que si logras hacer diana te van a dar un premio? Esto no es el parque de atracciones de Coney Island, Eddie.

La típica condescendencia de una judía liberal del Upper East Side, pensó Eddie. No me gusta la idea de que tengas pistolas, Eddie Tommasi. Es demasiado peligroso para el resto de nosotros, pensó Ellen.

—Bueno pues preguntárselo, ¿de acuerdo? —dijo Eddie, suavizando sus facciones—. Dejemos que ella decida. Que las trae, pues genial, y si no, pues así tendrá que ser.

Tras haber omitido la solicitud de armas de fuego de Eddie, Ellen le entregó la lista y le preguntó:

—¿Te parece demasiado, Mona? —Había decidido dirigirse a ella siempre por su nombre. Su teoría era que quizá tuviera un atrofiado sentido de la identidad, por el hecho de haber estado moviéndose entre los zombis ella sola, Dios sabe durante cuánto tiempo. Ellen estaba tan decidida a recuperar a esta chica, como los demás a que les hiciera los recados.

—Quizá tenga que hacer más de un viaje —dijo Mona entre dientes, mientras plegaba el pedazo de papel y se lo guardaba en el bolsillo.

—¿De verdad que no te importa tener que volver a salir a la calle? No queremos presionarte.

—No hay problema.

Y tras decir eso, se puso los auriculares, su gesto característico, y comenzó a descender desde la ventana por la raída cuerda que habían utilizado para subirla al edificio. Cuando tocó el techo de la destrozada furgoneta de Dabney, miró hacia Ellen y los demás, quienes tenían la misma mirada expectante de los niños que se quedan solos en casa con miedo a que su madre no vaya a volver.

—Traeré también una cuerda nueva —dijo, moviendo el deshilachado extremo.

El resto asintió con la cabeza, antes de que Mona bajara del vehículo y los zombis se dispersaran con un sibilante coro de reproche. Mientras avanzaba en dirección

norte hacia la calle Ochenta y seis, la gatita de su mochila de Hello Kitty los observaba con sus brillantes y redondos ojos negros, al tiempo que la multitud se abría y se cerraba, como si fuera una boca ancha y alargada que no pudiera comerse a esa pequeña chica. Al doblar la esquina, todos excepto Abe, el autoproclamado vigilante, abandonaron el 2B para reanudar el monótono trajín diario. Abe se sentó y observó cómo los zombis volvían a la normalidad, mientras algunos de ellos continuaban bufando y escupiendo como si fueran gatos bípedos y rabiosos. Entonces comenzó a toquetearse su desaliñada barbilla y le vinieron a la cabeza escenas de vaqueros cascarrabias y malhumorados. Lo único que le faltaba para ser igualito a ellos era estar removiendo una cazuela de habichuelas en una hoguera al aire libre, aunque en ese momento, gracias a esa chica llamada Mona, la cazuela de habichuelas era algo factible.

Esta es la persona a la que me parezco, pensó Abe. A un Gabby Hayes judío. Bueno, aunque esto dejará de ser así en cuanto me haya afeitado esta barba y este bigote que se me meten hasta en la sopa. Ay, qué ganas tengo, pensó Abe. Tras apoyarse en el alféizar de la ventana, su sonrisa se desvaneció y se le revolvió el estómago. Desde esa misma posición de ventaja, había sido testigo de cómo el antiguo inquilino de ese apartamento, Paolo, era devorado en la calle de abajo.

Abe tenía la esperanza de que Mona pudiera borrar el mal recuerdo de esa vivienda vacía.

El sol se estaba poniendo y, aunque aún quedaba comida de sobra en el edificio, Ellen no podía evitar asomarse por la ventana cada pocos minutos. En cualquier caso, no era por la comida, pues en ese momento tener el estómago lleno lo único que hacía era avivar aún más su malestar.

—Le vas a hacer una grieta al suelo —dijo Alan, en un torpe intento por relajar tensiones.

—Solo estoy preocupada, ¿vale? ¿Tengo permiso para estarlo? La chica se marchó hace horas y ya casi se ha hecho de noche. Quizá le haya ocurrido algo. Es probable que no sea inmune y que lo que ocurrió fuera solo de una casualidad. Imagínate que la hayamos mandado ahí fuera y que ahora esté muerta, en cuyo caso, todos somos culpables y responsables de haberla enviado a toparse con la muerte.

Alan abrió la boca para decir algo, pero luego decidió cerrarla. Ya había intentado hablar con Ellen para aliviar su ansiedad y no había servido de nada. Era preocupante que Mona llevara fuera gran parte del día. Alan se planteó varios escenarios posibles. Era factible que algunos de los artículos de la lista hubieran sido mucho más difíciles de encontrar que otros y que Mona estuviera pateándose toda la ciudad en un intento por complacer todas las peticiones. Cabía también la posibilidad de que hubiera olvidado el camino de vuelta a casa, aunque había tenido la precaución de anotar cuidadosamente la dirección del edificio en grandes letras mayúsculas. Quizá hubiera perdido la lista. Era también de imaginar que, al llegar a alguno de sus destinos, los zombis le hubieran bloqueado el camino, pero que no le hubiera pasado nada malo. Probablemente la hubieran obligado a detenerse un rato, pero volvería pronto. Por el bien de Ellen, tenía que ser optimista.

Aunque resultaba también bastante razonable asumir que Mona hubiera sido devorada.

Ellen no dejaba de mirar de la calle al cielo, los cuales eran cada vez más oscuros y siniestros. Se enrolló el cabello entre los dedos y comenzó a mordisqueárselo. Alan intentó de nuevo mostrarse frívolo, diciéndole que haciendo eso se abriría las puntas, pero Ellen lo miró como si fuera un imbécil. Él permanecía allí sentado, mientras recitaba mentalmente marcas de productos para el cabello y citaba frases de anuncios de televisión. «Si no tienes buen aspecto, nosotros tampoco». *Vidal Sassoon. Pantene Pro-V. Paul Mitchell. L'Oreal. ¿Cuál coño era ese producto con esos estúpidos anuncios en los que las chicas se lo restregaban en el cuero cabelludo en lugares públicos o semipúblicos y, desde cualquier punto de vista, parecía que estuvieran teniendo escandalosos orgasmos? ¿O en los que salían del retrete de un avión o algo así, alborotándose sus brillantes melenas, y todo el mundo las miraba con lujuria y envidia? ¿Cuál era ese? Se llamaba herbal no sé qué. Quizá Mona debiera buscar*

algo así. A Ellen le sentaría bien una melena brillante. ¿En qué coño estoy pensando? Ayer no teníamos comida y lo único que importaba era conseguir agua limpia y potable, aparte de alimentos para sustentar al organismo durante veinticuatro horas más, y ahora voy y me planteo que Ellen debería usar un buen champú. Se me debe estar yendo la olla.

—En serio, Ellen, estoy seguro de que está bien.

—¿Ah sí? ¿Puedes decirlo con absoluta rotundidad? Sabes que es un hecho, ¿no? Qué interesante, porque mira cómo lo veo yo. Ninguno de nosotros tiene ni puta idea de nada ahora mismo y, por lo que sabemos, es muy probable que sus pedazos estén siendo digeridos en este preciso momento, si es que esos monstruos hacen la digestión. La verdad es que me gustaría saber si la hacen, si comen, si cagan, si respiran y a qué se dedican, aparte de tambalearse y devorarnos cuando se les brinda la oportunidad. Está claro que a Mike se lo merendaron pronto, se lo zamparon como si fuera el día del fin del mundo, pero ¿estarán ahora esos montones de putrefacción compuestos de mi marido? ¿Lo están? No lo sabemos. No lo sé. ¡Ninguno de nosotros tiene ni idea!

¿Debería levantarme y darle un abrazo?, se preguntaba Alan. En el pasado, cuando tenía riñas con mujeres (varias novias y una exmujer) después de todos los insultos, recriminaciones y acusaciones del tipo tú hiciste eso y lo otro, al final todo se resumía a que necesitaban un simple abrazo y un beso. Luego se relajaban y empezaba a reírse y, en el mejor de los casos, hacían el amor o, al menos, echaban un polvo rápido. ¿Sería esta una de esas ocasiones en las que un abrazo lo arreglaba todo? Alan se levantó y, con suavidad, colocó sus brazos alrededor de los hombros de Ellen.

—¿Qué te pasa? ¿Qué? ¿Es que ahora quieres sexo? ¿Qué coño te pasa?

—No, no quiero sexo —dijo Alan balbuceando—. Solo había pensado que quizá un abrazo podría... —¿Para qué molestarse en terminar la frase? Él retiró los brazos, se dio la vuelta y volvió a su sitio en el sofá.

—¿Adónde vas? Yo no he dicho que no quisiera un abrazo. Es solo... es solo que estoy perdiendo el control —dijo antes de volver a mirar por la ventana—. Quizá debieras follarme ahora mismo.

—¿Qué?

—¿Es que no he hablado lo suficientemente claro? He dicho que quizá debieras follarme ahora mismo.

—Pero no lo he hecho buscando sexo. De verdad, te lo juro. No trataba de... —¿Estaba Ellen jugando con sus sentimientos?

—Anda, fóllame. Necesito que me penetres. Necesito hacer algo que aparte mis pensamientos de Mona, pero no pienses en ella mientras lo hacemos. Sé que ella está sana y es joven, y yo no. A ver, yo soy joven, pero ya sabes a lo que me refiero, a su cuerpo comparado con el mío. No fantasees con ella, ni pienses en que la están abriendo en canal como a un pollo. Con un pensamiento así, no tendrás ninguna

erección. Es posible que Eddie lo lograra, pero Dios, no quiero ni pensar en lo que podría excitar a Eddie.

Ellen se marchó a la cocina, se quitó sus holgados pantalones cortos del ejército y sus bragas de algodón, se agarró a la encimera y sacó el culo en dirección a Alan.

—Hazlo —le ordenó ella. Por lo general, una mujer al mando de la situación era algo sexualmente excitante, pero, en esa ocasión, se respiraba demasiada presión, mezclada con unas circunstancias extenuantes y extremadamente preocupantes. Alan dejó caer sus pantalones y se masajeó hasta lograr una erección aceptable, aunque algo blandengue—. No seas dulce. No seas lento —le ordenó Ellen. Esas palabras tan duras, esos ángulos tan difíciles. Como Alan no quería pensar en Mona, decidió ocupar su mente en comida. La comida haría que todo se volviera a inflar como de costumbre.

Alan obedeció las órdenes de Ellen y comenzó a metérsela con brusquedad. Ella apretaba los dientes, mientras se corcoveaba contra la pelvis de Alan, respondiendo a cada empujón con la misma fuerza. Alan pensó en porcelana apilada y en lo delicada que era. Se acordó de cuando construía maquetas de niño, para luego tirarles piedras o hacerlas estallar con petardos. Tenía la esperanza de que sus huesos pudieran resistir ese castigo. Ya llevaba un tiempo falto de vitaminas. ¿Cómo tendría el calcio? ¿Cómo lo tendría Ellen? Deberían haber añadido un buen complejo vitamínico a la lista de la compra. Ay, Dios, y un montón de productos farmacéuticos. ¿En qué estaban pensando? ¿Solo en pilas y en comida? Habían estado discutiendo que tenían que limitarse a las necesidades básicas, pero ¿qué otra cosa podía ser más necesaria que las vitaminas y los analgésicos para los dolores de cabeza? Algún derivado del bismuto rosa, pero no de marca genérica, sino Pepto Bismol o ¡Pepcid AC! Algún antidiarreico. Sí claro, como para ponerse cachondo. Eran los típicos productos de una carta enviada a la revista *Penthouse*. ¿Por qué no empezaban a tener en cuenta la osteoporosis?, ¿o la escoliosis?, ¿o cualquier otra afección ósea que terminara en *osis*?

—Quiero que me penetres —dijo Ellen con un gruñido, mientras movía la cabeza de atrás hacia adelante. Era algo muy extraño, pero no se trataba de un polvo con odio. Alan solo había experimentado ese fenómeno una o dos veces en su vida, sobre todo con su exmujer, quien lo miraba entrecerrando los ojos para concentrarse, mientras que, lentamente y con gran deliberación, entonaba una y otra vez: «Fóllame el coño». No era exactamente así, aunque sin duda resultaba descorazonador y muy agresivo. Ellen lanzó su cabeza hacia atrás y su cabello se agitó frente al rostro de Alan.

—Essence —dijo él, dándose un golpe en la frente—. ¡Herbal Essence!

—¿Qué?

—Nada —dijo, con la sensación de que le hubieran inyectado lava en el rostro. Él le dio un manotazo en el culo y empezó a metérsela con más fuerza, a fin de apartar ese pensamiento de una mente que no dejaba de divagar. Tras varios minutos más de

violento martilleo, cumplió el deseo de Ellen, pero al instante sus rodillas y muslos languidecieron y cayó al suelo. Ellen se desplomó junto a él, presionó la cabeza contra su pecho y murmuró:

—Abrázame.

Siempre acababa en un abrazo.

Y mientras él acariciaba con sus dedos el grasiento cabello de Ellen, dijo articulando por lo bajo: «Herbal Essence».

Febrero, hace unos meses

Habían pasado dos semanas desde que Ellen se burlara de Alan, mientras este subía las escaleras con dificultad, al estilo de la marcha de la muerte de Batán, cargando con un montón de cajas de botellas de agua Kirkland. En realidad, todavía no había ocurrido nada, al menos no al nivel que alcanzaría en su punto álgido, pero la novia de Alan, Tammy, lo había convencido de que el hecho de ser precavido no era ningún objeto de mofa. Así que, allí había estado él cargando la mayoría de las cosas y echando de menos un ascensor.

—Lo único que te falta es un uniforme de camuflaje y una cinta para el pelo —dijo Ellen con una socarrona sonrisita, mientras Alan se aproximaba a ella en el descansillo. El bebé de Ellen, Emily, mamaba de un pecho rebotante, apenas tapado. Aunque Alan no encontraba nada sexi en el hecho de amamantar (la lactancia no le daba ningún morbo), estaba prendado de las pechugas de Ellen Swenson, y poder echar una miradita siempre le era agradable. Tammy, sarcástica y eficiente, era todo pezón y nada de teta. Su pecho era como una leve llanura de piel lechosa moteada con dos protuberancias rosadas del tamaño de gomas de borrar. Aunque no estaba enamorado de Tammy, Alan le tenía cariño, pero le gustaba la agilidad mental y Ellen la tenía. Apartó de su mente los pensamientos impúdicos y volvió a concentrarse en los ojos de Ellen.

—¿Cómo? —A pesar del frío que hacía en la calle, Alan tenía el rostro empapado en sudor.

—Tú y tu novia estáis realmente obsesionados con la supervivencia ante una posible catástrofe.

Alan dejó la caja en el suelo de golpe y dijo jadeando:

—Más vale prevenir que curar. Esa es la filosofía de Tammy.

—Solo se han contagiado unas cuantas ratas —le rebatió Ellen—. Se morirán en un periquete, ¿no ves que han abierto las alcantarillas por todas partes?

—Sí, ya lo sé. Entre las ratas y los vapores tóxicos, volver en coche con las provisiones ha sido un coñazo.

—¿Sigues teniendo coche en la ciudad? —Con todo lo que estaba ocurriendo, eso

era lo que a Ellen le sorprendía. La pregunta hizo que Alan esbozara una sonrisa. Esas eran las verdaderas preocupaciones de los neoyorquinos auténticos, y no las ratas que mordían y contagiaban a los viajeros del metro y a los peatones de las calles, ni los grupos de trabajo con trajes de protección contra materiales peligrosos que llevaban dos semanas haciendo espeleología en la infraestructura subterránea, bombeando Dios sabe qué tipo de gas tóxico, con la esperanza de acabar con los feroces roedores, ni las personas que avanzaban a trompicones tosiéndose a la cara con aspecto de enfermos o luciendo mascarillas quirúrgicas. Dónde habías aparcado era lo que interesaba.

—Lo tiene Tammy en Brooklyn, el coche es suyo.

—Ah —dijo Ellen—. Brooklyn. ¿Te acuerdas cuando Manhattan era el lugar de moda? Ahora es Brooklyn.

—Sí, ahora es Brooklyn —dijo Alan.

Esa conversación había tenido lugar hacía dos semanas y, en ese momento, Alan se encontraba junto a Mike, el marido de Ellen, clavando clavos con un martillo en tablones de contrachapado, a fin de seguir reforzando la ya condenada puerta de entrada al edificio. Con el ruido de los martillazos de fondo, Mike gritó:

—¡Esto no pinta nada bien!

—¿Qué? —Alan dejó de martillear, al mismo tiempo que Mike.

—Que esto no pinta nada bien. Nosotros encerrándonos y la Agencia Federal para La Gestión de Emergencias colocando barricadas en la única salida que hay... No parece que esto se vaya a solucionar pronto.

—¿Pronto? —dijo Alan, mientras tomaba aire.

—Sí, será pronto. Confío en ello. Esto se solucionará, siempre pasa. Cuando hay un monzón, muere gente, pero la vida continúa y todo vuelve a la normalidad. Los *tsunamis*, los diques derribados, los terremotos. Esto se arreglará. Nueva York es una ciudad fuerte.

Alan asintió con la cabeza ante las optimistas perogrulladas de Mike, pero no se las tragaba para nada. En cualquier caso, de acuerdo con las noticias, Nueva York no era la única ciudad en apuros, se trataba de una catástrofe a nivel mundial.

—He intentado hacer un gran acopio de provisiones —continuó Mike—, pero D'ag's y Food Emporium estaban muy concurridos y apenas quedaba nada. No comprendo por qué Food City ha cerrado tan pronto. ¿A qué viene eso?

—Quizá se deba a que no es una cadena —sugirió Alan—. Es probable que los propietarios hayan cogido lo necesario y se hayan largado pitando.

—Es posible —dijo Mike—. De todas formas, creo que estamos bien surtidos de provisiones y, si las estiramos, igual nos duran un mes, aunque no va a ser necesario. —Mike esbozó una sonrisa poco convincente y miró a Alan en busca de apoyo—. No nos pasará nada. Mira el bombardeo aéreo en Londres y todo eso. Saldremos de esta —dijo Mike.

Alan cerró los ojos y se abstraigo, con el rostro de Tammy grabado en la oscuridad

de detrás de los párpados. El servicio telefónico no funcionaba con normalidad y le dolía que hubieran dejado la relación de una forma tan desagradable. Justo después de ir a Costco, habían tenido una acalorada discusión en público y, después de que él hubiera acabado de subir la mitad de las provisiones a su apartamento, ella le había dicho a gritos:

—¡No me des las gracias, puto gilipollas! ¡Ay, te duelen los brazos, tus pobres y delicados brazos de artista! ¡Ay!, ¿te ha salido un puto callo en tu valiosísima mano? ¡Joder, te alegrarás de que sea «una alarmista», gilipollas! ¡No olvides mis putas palabras! —Cerró la puerta de su Honda CR-V y se alejó a toda velocidad y, aunque desde entonces se habían reconciliado en el chat, no había vuelto a saber nada de ella. Las líneas terrestres estaban ocupadas o no operativas, el servicio de telefonía móvil era un bonito recuerdo, y ahora, para colmo, internet tampoco iba del todo bien.

A pesar de que Tammy estaba igual de surtida de provisiones que él, a Alan le hubiera gustado que se quedara, pero no por eso, sino porque ella vivía en la planta baja de un edificio en Bay Ridge. A él le recordaba a los tres cerditos del cuento, siendo él el que vivía en la casa de ladrillo y ella en la de madera. Al menos no era en la de paja. Sospechaba que nunca más volvería a oír su voz.

El rostro de Tammy se desvaneció para ser sustituido por el de Ellen. Alan no sabía por qué, pero siempre le habían tirado las mujeres sarcásticas (en contraposición con las que eran unas fulanas). Ellen, cuya coquetería en el vestíbulo era continua (sobre todo desde que había tenido al bebé) y siempre parecía aderezada con una cierta dosis de sarcasmo, se acercaba al ideal de Alan, al menos físicamente. En ese momento, convencido de que nunca volvería a acariciar a ninguna mujer, Alan sintió envidia de Mike. Volvió a martillear, pero luego se detuvo, suspiró y le dio a Mike un suave apretón en el brazo.

—Te voy a hablar en confianza, Mike. En serio, no es broma.

—De acuerdo.

—Voy a ser sincero, Mike. Esto es un asunto de vida o muerte.

—Lo sé, lo sé. Es extremadamente grave.

—No es solo cuestión de que estemos fortificándonos, Mike, nos estamos encerrando en nuestra propia cripta. La caballería no va a venir a salvarnos.

—Claro que sí.

Alan miró fijamente a los preocupados y cansados ojos de Mike. Los que tenían hijos tenían que pensar en positivo.

—No, Mike, no va a venir. Eso es así.

—Vosotros los artistas lo veis todo tan negro —dijo Mike sin emitir juicio—. Yo no funciono así. Es un desastre, de eso no hay duda, pero la unión hace la fuerza. Quizá debemos prepararnos para lo peor y esperar, pero...

—Perfecto, Mike, aférrate a tu ilusión, pero —y en ese momento Alan bajó el tono de voz a un susurro apenas audible— tengo muchas provisiones. Tammy y yo compramos mogollón.

—Sí, Ellen me ha dicho que estabais bien surtidos.

—No hables tan alto —dijo Alan entre dientes—. No quiero convertirme en la hermanita de la caridad de los niños muertos de hambre del número 1620. Os estoy ofreciendo a ti y a Ellen lo que tengo, siempre que lo mantengamos en secreto. Agua, comida enlatada, lo que necesitéis. Tenéis a un bebé al que alimentar. No obstante, esto debe quedar entre nosotros, no quiero que se enteren los demás. No puedo alimentar a todo el mundo.

Con complicidad, Mike asintió con la cabeza, abrazó a Alan y, con la voz entrecortada, dijo:

—Estamos jodidos, ¿verdad? —Entonces empezó a sollozar y Alan, atrapado entre los brazos de Mike, lamentó la muerte del optimismo de este. De repente, recordó el último intercambio de palabras que había mantenido con su madre, el cual fue realmente el último. Su madre, completamente opuesta a los avances tecnológicos, evitaba usar ordenadores e internet, a pesar de que Alan le había ofrecido ambas cosas, con objeto de que pudiera estar mejor comunicada. Sin embargo, ella era más de línea de tierra y de teléfono de disco en la cocina. Existe un tono de voz que a ningún hijo le gusta oír: el de un padre asustado. Las últimas palabras que oyó decir a su madre, con la voz entrecortada y plagada de suspiros, mientras trataba con todas sus fuerzas de no llorar para mostrarse fuerte frente a su hijo, fueron: «No tengo ni un centavo, casi no me queda comida y tengo miedo».

Tengo miedo.

Esas dos palabras pusieron a Alan en contacto con la realidad, y no las noticias ni el pánico en las calles. Alan quería consolarla, pero le era imposible. No podía ir a verla. Toda una vida siendo el niño bonito de su madre y estaba atrapado, ya que trasladarse a otro distrito estaba prohibido.

—Mamá —le había empezado a decir.

De repente, la línea se volvió loca y comenzó a emitir gemidos electrónicos hasta que dejó de funcionar.

Él había permanecido agarrado al auricular como si fuera un tótem impregnado del aroma de su madre. Había albergado su voz, una voz que ya nunca volvería a escuchar. ¿Por qué no había ido a su casa desde un principio? ¿Por qué no se la había llevado con él? Porque había sido tan estúpido como para pensar también que todo eso pasaría. No devolvió el auricular a su sitio, sino que se quedó con él en la mano y permaneció mirándolo.

Con el recuerdo de su madre, tan sola y aterrorizada.

Su madre, una roca, una mujer dura.

Está claro, pensó en ese momento Alan, con escozor en sus llorosos ojos, que estamos bien jodidos.

Agosto, en la actualidad

Karl y Dabney estaban tumbados en la lona, haciendo caso omiso al montón de ladrillos. Los dos se encontraban observando a la multitud de abajo, a la espera del regreso de Mona y ansiosos por volver a ver cómo hacía el numerito de Moisés. Entre ambos, había un par de latas vacías, una de rodajas de melocotón en almíbar y la otra de judías verdes. Los dos estaban felices y se sentían como si fueran padre e hijo. Dabney se colocó de costado y eructó, soltando un reflujo gaseoso que fue endulzado por el regusto de los melocotones. En respuesta, Karl se tiró un melodioso pedo y ambos comenzaron a reírse. Estaban muy animados, y no le hacían ascos a un poco de humor grosero.

—¿Te gustaba *Sillas de montar calientes*? —preguntó Karl.

—¿Por qué?, ¿porque había un *sheriff* negro?

—No, porque se tiraban pedos en esa escena junto a la hoguera, cuando todos los vaqueros comían habichuelas y se ponían a ventosear.

—Ah, sí, esa. —Dabney comenzó a reírse por haber pensado que se trataba de un intento bienintencionado de crear lazos afectivos entre las razas negra y blanca. Sin embargo, eso no tenía nada que ver con el desaparecido y gran actor Cleavon Little, sino con el hecho de soltar gases, algo de lo que todo el mundo podía disfrutar, independientemente de su etnia. ¿Por qué se sentía tan obsesionado por la raza? En ese momento, la única que importaba era la humana frente a la zombi, y el color de la piel se había convertido en un tema sin importancia.

No obstante, seguía preguntándose qué habría pasado si hubiera logrado llevar la furgoneta hasta su casa.

Habitaba una vivienda de protección oficial, situada en un enjambre de diez bloques de trece y catorce pisos en el que reinaba el caos. Incluso cuando todo era normal, resultaba bastante desagradable. Allí vivían las ratas características de ese tipo de vivienda, las humanas, no las roedoras, cuya idea de la diversión consistía en encender pequeñas hogueras en los ascensores y en los huecos de las escaleras. El *graffiti*, la basura y los ruidos eran una constante. Cada vez que su mujer salía tarde, se ponía nervioso ante la idea de que no pudiera volver a casa, fuera importunada o todo lo que os podáis imaginar, a pesar de las numerosas veces que ella le había asegurado que el resto de los hombres no la deseaban tanto como él.

Dabney estiró la mano y le alborotó el cabello a Karl.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Karl, con una repentina expresión de confusión en el rostro.

—Porque nunca le había alborotado el cabello a un chico blanco.

—No te estarás burlando de mí, ¿no, Dabney?

Dabney comenzó a reírse.

—No lo haría ni aunque tú y yo fuéramos los únicos de la tierra, hijo. Es solo que echo de menos a mis hijos, pero ellos no tenían precisamente el tipo de cabello que pueda alborotarse. He pensado que podría comprobar lo que siente un padre blanco. Está algo grasiento, pero no está mal.

—¿Tenías hijos?

—Dos, y también una hija. Los chicos se hicieron mayores y se independizaron. Prefiero pensar que quizá Johnny, el mayor, siga con vida. Se marchó de la ciudad. Poco tiempo antes de chocar con mi furgoneta, hablé por el móvil por última vez con mi hija, la más pequeña, pero luego las líneas dejaron de funcionar, al igual que todo lo demás. —El silencio comenzó a reinar entre ambos, ya que ninguno de ellos quería expresar la idea de que quizá los hijos de Dabney estuvieran también muertos—. En fin. En cualquier caso, espero que Mona regrese pronto.

—Sí, yo también.

—¿Ha vuelto ya la chica?

Exhortado por la chirriante pregunta de Ruth, Abe se despertó sobresaltado y ahuyentó una mosca que tenía en la nariz. Se había quedado dormido, ya que había dejado de sufrir la constante molestia provocada por el hambre que hasta entonces lo había mantenido en vela. Al igual que en los viejos tiempos, después de una gruesa loncha de fiambre de vaca y un sándwich de lengua del Second Avenue Deli, el hecho de tener la barriga llena le había provocado sueño.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó Ruth, en un crispante y acusatorio tono de voz—. Jolín, Abraham, se te asigna una sencilla tarea, que vigiles para ver si llega nuestra hada madrina, y tú vas y la jorobas.

—¡Ni que lo hubiera hecho a propósito! —Él se levantó del sillón, mientras un hormigueo recorría sus temblorosas piernas, y se marchó renqueando a mear al cubo, desafiando a su próstata—. Si hubiera regresado, habría dicho algo. La habría oído. ¿Qué pasa?, ¿es que soy el único del edificio que puede echar un vistazo? Si hubiera vuelto, nos habría llamado, ¿no?

—¿Quién sabe? Es una chica rara. Además, no les echés la culpa a los demás, fuiste tú el que se ofreció voluntario a estar pendiente de su vuelta.

—Sí, sí, sí, lo que tú digas. —Abe se sacudió las últimas y punzantes gotas y se subió la cremallera, deseando haberle pedido a Mona que le trajera un poco de Flomax. Quizá en otra ocasión, si es que la había. Él continuaba sin aceptar su error, aunque sabía que la había cagado, algo que admitiría frente a cualquier persona que no fuera Ruth, quien se regodeaba demasiado siempre que hacía algo mal. ¿Cuánto tiempo llevaría observándolo dormido? Sería muy típico de ella vigilarlo a él, en lugar de estar pendiente de la calle, solo para poder recriminarle que no había cumplido con su responsabilidad.

—No, no me vengas con «lo que tú digas». Tenías una importante tarea que

cumplir. Quizá deba encargarse alguien más joven. Pensaba que al menos eras capaz de desempeñar una misión en la que solo tenías que sentarte sin tener que hacer prácticamente nada, pero parece que «nada» es para lo único para lo que sirves ahora. —Su voz le perforaba los oídos, aguda, estridente, chillona.

Abe salió del cuarto de baño, haciendo ruido con el cubo, y tuvo que reprimir el deseo de vaciar su contenido en la cabeza de su vocinglera esposa. Con toda la dignidad que pudo reunir, pasó junto a ella por la alfombra oriental apolillada y arrojó su cargamento de color ámbar y ligeramente ácido por la ventana que daba a la calle. En su corazón, albergaba la esperanza de que su acto pudiera provocar la típica situación cómica: que Mona estuviera allí abajo, con el carro de la compra lleno, limpiándose de la cara el pipí de Abe. No es que quisiera empapar a la pobre chica, pero su lanzamiento del pis parecía el momento perfecto para su regreso. Sin embargo, al parecer no había sonado la flauta. El líquido salpicó a los cabezas huecas que arrastraban los pies, pero eso fue todo. Los últimos vestigios de luz se desvanecieron y volvió la oscuridad, pero no Mona.

—Esto no pinta bien —refunfuñó Abe, mientras encendía una vela—. Pero que nada bien.

—¿Dónde está entonces? —preguntó Ruth, en un tono de voz muy bajo.

—Como si yo lo supiera. Ni que de la noche a la mañana me hubiera convertido en el mentalista ese, el Asombroso Kreskin. —Abe miró a Ruth a la cara, pero incluso en la penumbra era evidente que estaba algo más que desilusionada. No estaba gritando ni chillando ni montando un escándalo ni gruñendo, permanecía callada. Abe se dirigió cojeando hacia ella, la abrazó y presionó su cabeza plagada de calvas contra su cuerpo. Sería cruel que Mona no regresara, pero la vida no era otra cosa que inmensamente cruel. Él le dio unas suaves palmaditas a su mujer en la espalda e intentó que su gesto pareciera sincero. Aunque Mona no regresara, estaban bien surtidos. Tenían provisiones para algunas semanas más. Él siguió acariciando a Ruth, con la esperanza de que las lágrimas que estaba derramando no cayeran sobre ella, porque entonces volvería a ponerse nerviosa.

—No puedo creerme que esa zorra misteriosa nos haya dejado plantados. —Dijo Eddie a la parte superior de la cabeza de Dave, quien, al estar ocupado, no podía contestarle. Sin embargo, Eddie no necesitaba confirmación alguna, pues estaba totalmente convencido. ¿Por qué coño iba a querer nadie quedarse voluntariamente con un puñado de fracasados como los que vivían en ese edificio? Al propio Eddie le habría encantado estar en algún otro lugar. Tenía que haber supervivientes por alguna parte. Focos de tipos duros e hijos de puta que estuvieran dándoles a los zombis su merecido. Hombres de verdad y armados hasta los dientes. Eso era lo repugnante de esta panda, que no tuvieran armas. Bueno, es cierto que disponían de algunos cuchillos de cocina y hasta de un par de cuchillos de carnicero profesionales, pero no de pistolas. Si Eddie se hubiese quedado en Bensonhurst, habría tenido acceso a mogollón de jodidas armas, pero allí en el Upper East Side... Por favor.

¿En que había estado pensando para trasladarse allí?

A ver, es cierto que había disfrutado del ambiente de los bares de la avenida York. Se había tirado a muchas de las judías delgadas y muy maqueadas en sus innumerables salidas nocturnas, pero, en contra del estereotipo, no había duda de que esas mujeres sabían cómo chuparla. Eddie había pensado que las chicas italianas, como las de su antiguo barrio, eran profesionales, pero solo eran principiantes comparadas a las princesas judías americanas que se había camelado por esos lares.

En Brooklyn, la felación era solo un acto evasivo de las católicas para mantener el virgo intacto hasta el día de la boda. ¿Cuántas chicas habían evitado que Eddie se las follara, ofreciéndole agujeros alternativos? Era de risa. Eddie se imaginó a todas esas mujeres en fila esperando a entrar al cielo y a San Pedro diciéndoles: «¿Qué? ¿Que habéis salvaguardado la vagina pero les habéis permitido hacer qué dentro de vuestros qué? Un pecado es un pecado, señoritas. ¡Fuera de aquí!». En coches, áticos, sótanos, en los huecos de las escaleras y en los tejados, en todos los lugares clandestinos a su disposición durante su juventud, Eddie lo había hecho todo menos meterla en una vagina. Había perdido su virginidad, por así decirlo, a los quince años, con una diablilla de doce que se llamaba Roxanne, quien se sentaba en la ventana de su dormitorio y fumaba cigarrillos mentolados, mientras se burlaba y ponía cardíacos a todos los chicos del vecindario. Eddie pensaba que él era el único al que le mostraba afecto, pero al final resultó que le había hecho mamadas a todos los chicos del edificio, a algunos de fuera del edificio, a algunos de Borough Park, a algunos de Bath Beach y a algunos de lugares tan lejanos como Bay Ridge, por no hablar de otros que ya no eran tan jóvenes, como sus tíos y sus primos.

Y ese era el motivo por el que Eddie se había formado la opinión de que quizá todas las mujeres no eran más que unas putas, al igual que su padre daba a entender de una forma poco sutil al dirigirse a la madre de Eddie como tal. La madre de Eddie coqueteaba tanto que resultaba fácil comprender que su padre bebiera y en ocasiones le levantara la mano. Ella no se defendía demasiado, quizá le contestaba con cierta dureza, pero sabía que era culpable de algo y además, ¿por qué joder el chollo del que disfrutaba? Tenía una bonita casa y un buen coche. Y la hermana de Eddie, Patty, sin duda era también una facilona que se abría de piernas a la primera de cambio.

En cualquier caso, allí estaba él, en un vecindario amariconado, privado de coños, dejándose hacer una mamada por su antiguo compañero de equipo de los Ice Knights. Y para eso había estudiado en Rutgers. Eddie ponía los ojos en blanco con impaciencia. Dave se ponía a cien, mientras se la lamía como si fuera un chupachús y jugueteaba con sus huevos. Eddie solo quería eyacular e irse a dormir. Dave se había convertido en un homosexual en toda regla, y no había nada que se pudiera hacer al respecto. Los hechos hablaban por sí solos. Solo tenéis que fijaos en la falta de interés de Dave por la misteriosa joven recién llegada que había traído la comida y lo duro que se había puesto con Eddie por querer metérsela por el culo. Lo lógico sería pensar que a Dave le apeteciera darle un descanso al suyo. Da igual. De todas formas

era probable que la joven no volviera nunca, así que Eddie se tendría que conformar con lo que tenía.

Aunque deseaba que Dave se diera prisa de una puta vez.

Eran aproximadamente las tres de la madrugada. Junto a los gemidos de protesta de los cabezas huecas, se oyeron los punzantes chirridos de la rueda de un carrito a la que le hacía falta una rociada de lubricante. De repente, los chirridos aumentaron de volumen, para luego silenciarse. Los inhumanos gruñidos continuaban con un creciente fervor. El encendido de una cerilla, el olor a sulfuro seguido del de la parafina y, a continuación, unas pisadas, apenas audibles, de alguien que arrastraba los pies por los desnudos tablones del suelo.

Alan abrió del todo la ventana que daba a la calle y bajó su mirada hacia la avenida York. Plantada en el centro del hueco que había abierto la multitud de zombis, se encontraba Mona, mirando hacia el edificio y moviendo la cabeza al ritmo de cualquiera que fuera la melodía con la que se estaba chutando. Alan la observó durante un rato, a la espera de que diera una voz anunciando su regreso, pero no lo hizo. Se quedó allí plantada, con los antebrazos inclinados sobre la barra de empuje de un carro de la compra extra grande que había cogido de algún sitio, el cual se encontraba repleto de tesoros.

La multitud estaba bien iluminada, ya que Mona había ajustado una linterna LED con dos focos de alta intensidad a la parte frontal del carro. En la increíblemente brillante y fría luz blanca, los rostros de los muertos vivientes tenían un aspecto especialmente espeluznante. Cada deformidad, cada laceración, cada fragmento putrefacto era enfatizado por unas sombras tan profundas que les conferían un aspecto digno del más sublime narrador de cuentos alrededor de una fogata. Durante el día, era como si los zombis se mimetizaran en una masa informe, sin embargo, en ese momento, al estar iluminados en medio de la oscuridad, las sombras de color negro intenso los diferenciaban como si fueran los marcados contornos de un grabado en madera, haciendo alarde cada uno de ellos de un rostro excepcionalmente perturbador.

Alan reprimió la tentación de coger un lápiz y empezar a bosquejarlos, pero analizó a esos especímenes y tomó nota mentalmente. Uno en particular captó su atención. Se trataba de una mujer que llevaba la cabeza colgando hacia atrás debido a una horrible herida. Sus mortecinos ojos lo miraron, o al menos lo hicieron en su dirección, y Alan acabó forzando la vista hasta reconocer su rostro.

¡Gerri!

—Joder —dijo Alan con un grito ahogado. Se había preguntado adónde se habría marchado, y allí estaba la respuesta a su interrogante. ¿Cuándo habría ocurrido eso? Antes de que pudiera marearse, enderezó la cabeza y volvió a dirigir su mirada a Mona, quien por fin levantó la suya, lo vio en la ventana y lo saludó con un leve movimiento de mano. Alan le hizo un gesto para que no se moviera, antes de

marcharse correteando al dormitorio y despertar a Ellen con un apremiante susurro entre dientes—. ¡Mona ha vuelto!

Ellen permaneció tumbada durante un par de segundos, antes de saltar de la cama como el muñeco de una caja sorpresa.

—¿Qué?

—Mona. Está abajo. Tenemos que ayudarla a descargar el carro y a que vuelva a entrar al edificio.

Ellen se levantó a toda prisa de la cama, en cueros, y se dispuso a bajar al apartamento 2B.

—Este..., Ellen, cariño —dijo Alan, mientras señalaba hacia su propio cuerpo desnudo. Ellen cayó en la cuenta de que también estaba en pelotas, asintió con la cabeza, se apresuró a volver al dormitorio y, en cuestión de segundos, ambos se habían puesto pantalones cortos y camisa y se dirigían a la vivienda de Mona. Al llegar a las ventanas que daban a la calle, vieron que Mona había cambiado de postura desde la última vez que Alan la había visto. En ese momento, estaba sentada al estilo indio sobre el techo de la furgoneta de Dabney y con otra linterna sobre las rodillas, cuyo haz de luz iluminaba en forma de abanico la leyenda «Atendiendo a los cinco distritos desde 1979». Llevaba también en las manos una impecable cuerda rosa de alpinismo de la marca Day-Glo. Se la lanzó a Alan y este la ató firmemente a la tubería más cercana.

Un poco más tarde, Mona, Ellen y Alan estaban compartiendo una ronda de Pepsi a temperatura ambiente alrededor de la mesa del comedor. Mona estaba sentada en el filo de la silla, con su mochila de Hello Kitty apretujada contra el respaldo.

—Este era el apartamento del portero —dijo Alan, por hablar de algo.

Mona asintió con la cabeza.

—Por eso había una cuerda, aunque no tengo claro para qué la usaba el Señor Spiteri.

Mona se encogió de hombros con indiferencia.

—¿No deberíamos avisar a los demás de que Mona ha vuelto sana y salva? —preguntó Ellen.

—Si no ha venido nadie a ayudar, está claro que siguen durmiendo. Dejémoslos descansar —dijo Alan—. Mañana podrán disfrutar de un buen comienzo del día. —Alan inspeccionó los montones de provisiones que Mona había traído—. Ahí fuera has hecho un magnífico trabajo, Mona. Sencillamente maravilloso. Gracias.

—Ajá.

—No, en serio, no deberías ser tan modesta.

—No lo soy.

—Nos estábamos preocupando mucho, no me importa decírtelo. Es que llevabas fuera tanto tiempo —añadió Ellen, mientras le agarraba a Mona la mano con suavidad—. No quiero decir con esto que pensáramos que tenías que haber sido más rápida —añadió—. Para nada, simplemente estábamos preocupados.

—Ajá —dijo Mona.

Ajá.

Alan se levantó de la mesa para inspeccionar el botín.

¿Será solo una percepción mía?, se preguntaba Ellen, quien miraba al hermoso e inexpresivo rostro de Mona intentando disimular, aunque tampoco es que Mona fuera a notarlo. Mona, como de costumbre, tenía los auriculares puestos a todo volumen. Desde los diminutos altavoces, las canciones de Mona siempre parecían rápidas y metálicas, como si fueran insectos enfadados devorándole el cerebro a través de los canales auditivos. Quizá fuera así. Es posible que todos los carcas tuvieran razón y que el heavy metal, o lo que estuviera oyendo Mona, causara realmente daños cerebrales. Era probable que Mona se hubiera insensibilizado escuchando música agresiva, a fin de poder enfrentarse a la dura realidad del momento. Quizá, quizá, quizá. Sin embargo, en ese momento, la chica se encontraba rodeada de amigos, amigos necesitados, había que admitirlo, pero amigos al fin y al cabo. Quizá pudiera conseguir que dejara de escuchar ese tipo de música sin que sufriera mono. No había ninguna necesidad de algo tan dramático, sino de un poco de música agradable que marcara la pauta. *Ay, Dios mío*, pensó Ellen. *Cada vez me parezco más a mi madre. ¿Te apetece escuchar algo bueno de Barry Manilow? ¿Algo de Ray Conniff? ¿Algo Yanni? Contrólate.*

—¡Fíjate en esto! —gritó Alan, al tiempo que levantaba una caja de cartón. En la oscuridad, Ellen no podía distinguirlo, así que él se lo explicó—. Es una linterna solar para *camping*. ¡Qué pasada! Ha traído una, dos, tres, cuatro, Dios mío, cinco de estos cacharros.

Con la caja en las manos, Alan se apresuró a volver a la mesa y le plantó un beso a Mona en la cabeza, lo que provocó que Mona esbozara un conato de sonrisa y que Ellen sufriera un ataque de celos. *¿Qué coño me pasa?*, se amonestó Ellen a sí misma. *Aparca ya esa estupidez de mierda, Ellen*. Tras tomar asiento, Alan sacó la fina linterna rectangular plateada de la caja y entrecerró los ojos para leer las instrucciones a la luz de la vela. «Para recargar la batería, una vez que esté completamente descargada, son necesarias de dieciséis a diecisiete horas a pleno sol». Esta maravilla funciona hasta siete horas a la perfección con la batería totalmente cargada. Ya puedo leer por las noches. ¡Ya puedo trabajar por las noches! ¡Es increíble! Mañana esta preciosidad se sube a la azotea.

—¿Qué te hace pensar que son para ti? —le preguntó Ellen.

—¿Qué...? Bueno, yo, este...

—Solo estaba burlándome de ti, Al. Relájate.

—Oh. Oh, ah vale.

Ellen le dirigió a Alan una sonrisa, supuestamente conciliadora, pero le salió un poco torcida. De repente, se sintió algo mezquina. *Por favor, dime que no son celos*, pensó. *Por favor, no puedo ser tan estúpida, ni tan insegura, ni tan típicamente débil.*

Alan estuvo a punto de prodigarle más agradecimientos a Mona, pero comprobó

que tenía los ojos cerrados, mientras meneaba la cabeza al ritmo de la música. Parecía un melodioso nu metal o que el intérprete estuviera cantando con un falsete cojonudo. Alan dirigió su mirada a Ellen, cuya expresión era cuanto menos enigmática. Antes de soltar algo de lo que pudiera acabar arrepintiéndose, tanteó la situación lo mejor que pudo. Se encontraba con dos mujeres, una fuerte como un roble y la otra débil y triste. Ellen tenía la mirada perdida, mientras movía los dedos con nerviosismo, jugueteaba con ellos y se mordisqueaba las cutículas.

—¿Ellen? —susurró Alan. Ella lo miró, tras girar la cabeza a cámara lenta—. Ellen, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? ¿No estás contenta de que Mona haya vuelto? ¿Y del botín? Se ha pasado. Quiero decir, ¿qué te parecen las linternas solares? Ni siquiera se nos habían pasado por la cabeza. Y fíjate en esto: radioteléfonos. —Alan se dio un golpecito en la sien con el dedo índice—. Es más lista que el hambre —dijo, poniendo los ojos saltones al estilo de Eddie Cantor para hacerse el gracioso. Mona abrió los ojos y dirigió su mirada a Alan, justo cuando estaba haciendo el gesto. La chica se quitó uno de los auriculares y él sintió cómo se le enrojecían las mejillas, cuando, entre balbuceos, le dijo:

—Solo estaba comentando lo espabilada que has sido trayendo estas linternas solares. Ha estado muy guay, de verdad. Y también he visto comida liofilizada. Increíble.

—Lo tenían en la tienda de deportes en la que encontré la cuerda.

Con los párpados caídos y una mirada de desinterés, Mona se volvió a colocar los auriculares y subió el volumen.

—Caramba —dijo Alan con una socarrona sonrisa—, pensaba que no iba a cerrar nunca el pico.

A Eddie le gustaba lo que veía, mientras permanecía frente al espejo de cuerpo entero de la puerta del armario del dormitorio. Desnudo, se giró hacia la izquierda y adoptó una pose de culturista, mientras flexionaba unos músculos empapados en sudor, antes de girarse hacia la derecha y repetir los movimientos. Se había tomado la libertad de afeitarse el pecho y el estómago, así como de arrancarse con unas pinzas los escasos pelos que tenía en los hombros. Se había afeitado incluso los sobacos y el vello púbico. Las tristes excusas que habían puesto los hombres del edificio eran que ya se habían afeitado los rostros y, Alan había llegado incluso a permitir que Ellen le diera un corte de pelo, pero ninguno de ellos, a excepción de la Princesita Dave, tenía un cuerpo por el que valiera la pena una depilación de todo el cuerpo. Eddie sabía que aún no había recuperado su forma, pero lo haría pronto. Durante las últimas semanas, la plétora de comida que la misteriosa chica había proporcionado le había sentado muy bien. Había reanudado su régimen de ejercicios y Zotz volvía a mantener una respetuosa distancia, al menos sus inteligentes observaciones habían cesado. ¡Qué bien!

—Oh, sí —dijo Eddie con una burlona sonrisa, al tiempo que tensaba sus abdominales—. Mira qué pectorales. Mira qué deltoides. —Se dio media vuelta y comenzó a apretar y a soltar las nalgas—. Y la obra maestra, mira qué glúteos. *Marone*, son dignos de admiración. —Se dio en ellos un cariñoso golpecito y, de muy mala gana, cerró la puerta del armario y se alejó.

A pesar de que su negra melena fuera lo suficientemente larga como para llevarla en una cola de caballo, había optado por dejársela suelta por encima de los hombros, al estilo de Tarzán. Se puso un bóxer ajustado de Calvin Klein, unas alpargatas de Comodissimo y salió al vestíbulo común. Los rayos del sol se filtraban a través de la claraboya y se proyectaban en las paredes del hueco de las escaleras, lo que lo hacía brillar. Deseaba que el resto lo viera volver como Adonis, aunque no tenía ni puta idea de quién coño era ese, solo sabía que era atractivo y que tenía un cuerpo de cojones. Bien alimentado y en buena forma, lo único que le faltaba era *una bella fica*. Ellen estaba volviendo a convertirse en una buena opción, pero estaba enganchada a ese gilipollas de Zotz. Joder, resultaba realmente adorable la forma en que ella se arrojaba a esa nenaza lameculos, lo que le hizo plantearse la posibilidad de que ella y Zotz hubieran estado enrollándose, mientras seguía casada con ese cómo se llamara.

Coño, ¿no sería algo perfecto?

Ah, además tenía mucho sentido. Ese aspirante a artista de Alan trabajaba en casa y tenía el horario que quería, por lo que resultaba la persona ideal con la que poder tener una aventura. Ella estaba de baja por maternidad, vaya una estafa. Tienes un bebé y te pagan por quedarte en casa y ver telenovelas. Menudo fraude. Luego,

cuando te aburres, echas mano de una niñera y vuelta al tajo. Y tienes una profesión, pero eres una madre *amateur*, y es que todo no se puede tener. Putas mujeres. La madre de Eddie, aunque fuera una zorra, sabía que su lugar estaba en casa. Es probable que se lo hiciera con el cartero o con el lechero, pero era un ama de casa. Dedicarse a su hogar era lo que toda mujer debería hacer después de decidir tener un hijo, pero diles eso a esas tías del Upper East Side. *Bueno, ahora están muertas, que les den por culo.*

Ay, cómo deseaba poder hacerlo.

La misteriosa joven lo hacía sentirse incómodo. Él había intentado camelársela con amables palabras, pero ella no parecía interesada. ¿Cómo podía ser tan maleducada? Con esos auriculares metidos en esas orejas de soplillo. Sí, encima sus orejas eran demasiado grandes.

Eddie se sentía muy frustrado. Esa misteriosa joven siempre estaba o moviendo la cabeza al ritmo de esa patética música (quizá debiera pasarle algo de Gino Vannelli) o en la calle haciendo recados. Era complaciente, eso tenía que admitirlo. Le pidieras lo que le pidieras, zas, allí iba ella a buscarlo. El día anterior, Eddie le había pedido uno de esos reproductores de devedé portátiles y ella había vuelto con uno para cada uno, lo que le hizo sentir menos especial, pero así fue. *Coño, que divertido debe ser eso, pensó él. Entrar en cualquier establecimiento y arramblar con todo lo que te dé la gana. ¡El paraíso de un mangante!* Ahora que tenía el reproductor de devedé, tenía un motivo por el que volver a su vieja pocilga y recuperar su impresionante material pornográfico. Si no podía disponer de una mujer, se conformaría con sus vídeos calientes.

Quería tirársela, pero donde comas no metas la polla.

O algo así. Ya llegaría el momento. Era extraña, pero no estaba ciega. Eddie se acordó de un especial de televisión acerca de esa clase de chimpancés llamados bonobos y de cómo establecían una jerarquía para los placeres. Los machos dominantes tenían prioridad a la hora de aparearse. Los bonobos preferían follar a luchar, y los machos invertían mucho tiempo intimidando a sus rivales para recibir el afecto de las hembras. Eddie era un macho dominante de pies a cabeza y ella se daría cuenta. Las mujeres siempre acababan con ellos, por lo que muy pronto se llevaría de calle a la rarita y a Ellen Swenson. Solo tenía que jugar bien sus cartas.

Cuando subía las escaleras, la vieja zorra del 5A salió al vestíbulo y soltó un gemido de asombro, al comprobar que iba prácticamente en pelotas. Aunque lo incomodó un poco, le gustó la idea de saber que su aspecto físico se quedaría grabado en la cabeza de la vieja. Imaginad el horror que sentiría al comparar su cuerpo con el suyo o al hacerlo con el de su arrugado e impotente marido. Qué divertido.

—¿Por qué no tienes la decencia de ponerte ropa? —le preguntó, regañándolo.

Al pasar a su lado, se encorvó, sacando la cabeza como si le fuera a dar a la decrepita anciana un cabezazo. Ella se estremeció de terror y él comenzó a reírse.

—Solo me estoy quedando contigo —dijo—. Relájate. Y, por cierto, ¿por qué

tengo que ponerme ropa? Hace un calor de mil demonios y yo también estoy calentón.

Ella chasqueó la lengua, volvió a meterse en su casa y cerró la puerta con llave. Era tan injusto que las mujeres de ese edificio fueran tan poco atractivas. Una era una vieja arrugada, otra una descerebrada rarita y la última, aunque algo salida, estaba pillada. Pillada. Ahora que Ellen volvía a estar relativamente buena, a Eddie le carcomía que una rata como Zotz se quedara todo ese amor para él solito. ¿Acaso no parecía el típico judío que quería acaparar todo el tesoro? Zotz, era un nombre judío, ¿no? Claro que sí. Entretanto, allí estaba Eddie, más cachas que nadie, subiendo las escaleras para atravesar las azoteas y coger sus vídeos pornográficos. ¡Qué injusticia!

Eddie abrió la puerta de la azotea de un empujón con las palmas de las manos, y fue recibido por un grito de sobresalto por parte de Dabney. Perfecto. A Eddie le gustaba asustar a los fantasmas, le recordaba a sus viejos días de gloria. Recordó una noche en particular que le proporcionó placer, pero que también le tocó los huevos. Placer por el hecho de que él y unos colegas le habían dado una somanta de palos a una pareja de negros caprichosos que se habían perdido para acabar en Bensonhurst y que intentaban ligar con un par de chicas de allí. Eran unas italianas simpáticas. Bueno, no eran simpáticas, pero sí italianas. Lo que le tocó los cojones es que nunca saliera a la luz. Pero no merecía la pena llorar sobre sangre derramada, sobre todo cuando había sido poca. Al menos quedó limpio, porque haber tenido que ir al talego habría sido una putada, y de las gordas.

—¿Qué coño te pasa, hijo? —le preguntó Dabney gritando—. Irrumpiendo aquí de esa forma. ¿Quieres que me dé un ataque al corazón?

Pues sí, pensó Eddie cuando pasó a su lado, ignorando el reproche de Dabney. Además, yo no soy tu hijo.

Eddie llegó a su antiguo edificio y se dirigió a la escalera de incendios que conducía a su ventana, la cual seguía abierta como Dave la había dejado. No había vuelto allí desde el incidente con la Judía Errante. La situación era tensa. Entonces recordó cómo Dave la había despachado y se sintió henchido de orgullo. Dave era un *finocchio*, pero seguía comportándose como un hombre. La forma en que le había roto la crisma, bueno casi, con esa pata de elefante había sido algo impresionante. El mero hecho de pensar en ello lo hizo reír. Le recordaba a los robots Rock'Em Sock'Em de su niñez, un juego en el que dos robots, uno rojo y otro azul, se daban una paliza de muerte. Eddie era siempre el azul, porque su padre decía que el rojo era el color de los comunistas, y su padre siempre tenía razón. Era un juego muy guay.

Eddie recordó la vez que había estado con Gerri, quien sin duda era un vegetal, al menos hasta que se convirtió en un plato de carne, y nada que valiera la pena contemplar, pero casi se había olvidado de lo agradable que era un coño.

—Tienes que ir a por los vídeos —dijo Eddie—. No te distraigas, concéntrate.

Recorrió a saltitos el apartamento hasta llegar a su antiguo dormitorio, y abrió la puerta. A los pies de la cama, debajo de un montón de ropa, estaba el viejo baúl del

ejército que había pertenecido a su padre. Se agachó y abrió el candado con la combinación, lo que provocó un fuerte estallido. En su interior, se encontraba su tesoro escondido. Se sentía como Indiana Jones cuando se hace con esa brillante baratija al principio de *En busca del arca perdida*. Había olvidado llevar algo para transportar el botín, pero por allí cerca estaba su antigua bolsa del gimnasio, todavía llena a reventar de ropa sucia. Abrió la cremallera y volcó el contenido en el suelo.

—Anda, mira dónde estaban. Claro —dijo, negando con la cabeza, mientras volvía a guardar en la bolsa sus zapatillas de entrenamiento Nike Air Mowabb, antes de comenzar a meter los devedés.

Mientras cerraba la cremallera con gran esfuerzo, ya que la bolsa estaba a reventar, oyó un ruido que provenía del salón. Dejó lo que estaba haciendo y se quedó petrificado. Entonces volvió a oírlo. Era como si alguien arrastrara lentamente los pies. Habían echado a la calle a la Judía Errante, así que ¿quién coño podía ser? Eddie dejó con cuidado la bolsa sobre la cama y salió de puntillas al pasillo. Aguantó la respiración y miró la salida de emergencia de arriba abajo. Sentía curiosidad, pero ¿hasta qué punto? ¿No había matado la curiosidad al gato? Eddie odiaba a los gatos, con sus ásperas lenguas, su mal aliento y esa actitud altiva. ¿Quién había sido el primero en llamar a las mujeres gatitas? ¿Por qué insultar a unas criaturas tan dulces con un nombre así en honor a esos asquerosos felinos? En cualquier caso, el ruido se volvió a oír. Había alguien en la otra habitación. ¿Sería la misteriosa chica? No, ¿para qué iba a ir allí? Maldiciéndose a sí mismo por haberse puesto a buscar el origen del ruido, Eddie salió al vestíbulo y se dirigió sigilosamente hacia el salón.

De repente, una taza de plástico de 7-Eleven comenzó a rodar en su dirección para detenerse junto a su pie derecho.

—Oye —dijo Eddie, con un brusco tono de voz—. ¿Quién coño anda ahí?

Al asomar la cabeza dentro de la habitación se encontró de bruces con varios zombis. La puerta de la calle estaba abierta de par en par. Cuando se disponía a darse la vuelta para salir huyendo, vio que salían otros dos tambaleándose del cuarto de baño, el cual estaba situado entre él y la salida de emergencia.

—Coño —gruñó Eddie, maldiciéndose por lo estúpido que había sido.

Desde el salón, uno se dirigió hacia él a grandes zancadas, se tropezó y cayó, al enredarse las piernas con sus curtidos intestinos, los cuales colgaban de una enorme cavidad desde la parte baja de su abdomen. Se había golpeado la mandíbula contra el suelo de linóleo y esta quedó colgando, torcida hacia un lado y sin un solo diente. Eddie habría disfrutado de la torpeza del zombi, si no hubiera habido otros que avanzaban arrastrando los pies en su dirección, a lo largo de un recorrido libre de entrañas colgantes. Eddie maldijo la estrechez del pasillo, que no llegaba ni a un metro de anchura y que, para colmo, era largo. Malditos apartamentos, parecían trenes. Los que habían salido del cuarto de baño le bloquearon el paso, así que tendría que embestirlos, lo que en hockey le habría costado una falta. En cualquier caso, hubiera preferido llevar más ropa puesta. Quizá el ir vestido a lo Tarzán no hubiera

sido una buena idea.

Eddie tomó unas bocanadas de aire, comenzó a correr hacia delante y, al hacerlo, le dio un puñetazo a una zombi en la cara, provocando que saliera despedida hacia atrás con una aparatosa caída. La zombi se abrió la cabeza al golpeársela contra el umbral de la puerta, y comenzó a derramar una asquerosa sustancia coagulada, tan oscura y espesa como la melaza. Su compañero de cuarto de baño, un tipo larguirucho con una halitosis de cojones, se abalanzó en su dirección y, desde detrás, abrazó a Eddie por la cintura. Eddie no podía darse la vuelta, así que impulsó la cabeza hacia atrás y golpeó con su cráneo el rostro del zombi, rezando en todo momento por que no le mordiera. *A tomar por culo*. El zombi aflojó la fuerza de su agarre y Eddie se libró de él, girando sobre sus talones. Aunque sabía que debía huir, le habían tocado los cojones. Se dirigió dando tumbos al dormitorio y abrió la puerta corredera del armario, con tal violencia que esta se salió de los carriles y cayó contra la pared interna. Eddie forcejeó con la puerta hasta arrancarla, la lanzó hacia un lado y comenzó a buscar a tientas su palo de hockey.

—Conocéis la falta que consiste en levantar el palo por encima del hombro, ¿verdad? ¡El Cometa os va a hacer una jodida demostración! ¡Hijos de puta!

Como un posmoderno guerrero espartano, Eddie volvió al pasillo con el palo en la mano, siendo el casco lo único que llevaba puesto, aparte de sus calzoncillos y alpargatas. Con un despiadado golpe hacia arriba, le arrancó la cabeza al que lo había abrazado con fuerza en el pasillo. Su dormitorio estaba en el medio, y tenía que llegar hasta la escalera de incendios situada en la parte trasera del apartamento. Cuando Eddie le pasó por encima, el cuerpo descabezado se convulsionó y, de repente, una inmóvil y putrefacta mano salió despedida, lo agarró por la parte trasera de los calzoncillos y se los rasgó.

—¿Qué coño haces? —gritó Eddie—. Ah, coño, que tienes ganas de marcha.

Le dio un pisotón en el plexo solar y sus atrofiados órganos comenzaron a emitir estallidos sordos. El brazo quedó mustio, pero el *rigor mortis* hizo que la fuerza con la que el zombi agarraba los calzoncillos se intensificara, provocando que se les bajaran, como si fuera una macabra imitación del anuncio de Coppertone en el que un chucho le baja el bañador a tirones a una niña pequeña con coletas. Eddie logró liberarse, pero le quedó solo la cinturilla y una bolsa de tela delante, como si se tratara de un suspensorio mal confeccionado.

Únicamente le quedaba un adversario, un ser repugnante, de género indeterminado, sin ojos y con un solo brazo. Su rostro estaba compuesto (o descompuesto) únicamente de tiras de tejido muscular, apenas ocultas por una epidermis tan fina como el papel. Eddie lanzó el palo hacia atrás para coger impulso y se lo clavó con toda la fuerza que pudo en el pecho hasta atravesarlo.

—¡Conde Drácula, no hay quien pueda conmigo! —gritó Eddie, antes de meter y sacar el palo, mientras el zombi lo agarraba tratando de liberarse. Eddie tiró del palo hacia arriba con fuerza y logró levantar a su adversario del suelo. Su caja torácica se

abrió como una cremallera y comenzó a arrojar fragmentos de huesos y tendones resacos, a medida que Eddie subía y bajaba el palo, hasta partir a la criatura por la mitad. Mientras esta se retorció de una forma lastimera, Eddie lanzó el palo hacia abajo, propinándole un golpe mortal que le machacó el cráneo.

Cogió la bolsa de los vídeos porno, salió a la escalera de incendios y cerró la ventana de un golpe, esperando contra todo pronóstico, que esos zombis glotones fueran los únicos que hubieran entrado en el edificio. De todas formas, no volvería a su antigua pocilga. En la azotea, miró la puerta del hueco de las escaleras para comprobar si seguía siendo segura. Estaba cerrada. Sintiéndose aliviado, se dejó caer contra la oscura y abollada tela asfáltica y aguantó la respiración, al tiempo que temblaba. Así que habían conseguido entrar, lo que quería decir que la chapucera fortificación que la Guardia Nacional había construido estaba reventada. Genial. Cogió aire y se dio un golpe en el pecho. Al encontrarse a salvo, se sintió presa del pánico. Aunque la temperatura era de treinta y dos grados, comenzó a tiritar. *Coño, cálmate*, se reprendió a sí mismo. *No seas una puta nenaza. Coño, cálmate.*

Ni estando solo había cabida para la compasión.



—Había olvidado lo reconfortante que puede llegar a ser lo trivial —dijo Alan, cuando apagaba el pequeño reproductor de devedé portátil. Había estado viendo varios episodios seguidos de *Apartamento para tres*—. Qué serie tan estúpida. ¿Por qué tenías esto en tu librería?

—Era de Mike, le encantaba John Ritter.

Alan se volvió a sentar, sintiéndose algo mal por haber vilipendiado la serie, aunque era mala de verdad, pésima, vamos. Quizá a Mike le provocara nostalgia. Muchos chicos la veían, junto a *La mujer maravilla* y, por supuesto, *Los ángeles de Charlie*, y todo para meneársela, aunque a Alan las mujeres estúpidas nunca le habían parecido sensuales, y Suzanne Somers encarnaba la estupidez en grado superlativo. Verla y empalmarse habría supuesto la carga emocional de tener una erección con una retrasada calentona.

Alan dirigió su mirada a Ellen, quien estaba haciendo un crucigrama. La escena parecía extrañamente tranquila, reconfortante. Resultaba difícil conciliar esa imagen de tranquilidad doméstica con la multitud de marionetas de carne vivientes que deambulaban por las calles. Ellen había ganado algo de peso y se parecía más a la de antes, o lo que es lo mismo, estaba muy atractiva, pero ¿para qué? La llegada de Mona había supuesto el aplazamiento del cumplimiento de la sentencia, pero no la revocación definitiva. Vale, tenían algunas comodidades, como alimentos y luz por las noches, y Alan estaba limpio, afeitado y bien acicalado, así que, cuando le llegara la hora de morir, dejaría un bonito cadáver o, al menos, constituiría un atractivo primer plato. Hacía solo un rato, se había sentido reconfortado por una estúpida serie cómica, pero en ese momento se sentía como si nada tuviera el más mínimo sentido. El hecho de haber visto el trajín de la antigua vida de Jack Tripper, Chrissy Snow y Janet Wood solo había logrado amplificar el horror de la cruda realidad. Alan pulsó el botón de eyección y volvió a guardar el disco en su funda, jurando que no volvería a visitar el soleado valle de las risas enlatadas. Enervado, se dirigió a la ventana para absorber una buena dosis de realidad.

—Esa serie tenía algo de divertida —dijo Ellen, levantando la mirada de su libro de crucigramas.

—Era horrenda —dijo Alan.

—Creía que acababas de decir que era reconfortante.

—Sí, bueno, no me he expresado bien. Demándame si quieres.

—Qué gracia. —Cuando Alan no le preguntó qué era lo que le hacía gracia, Ellen continuó hablando—. Fíjate en una de las pistas de este crucigrama: «Señorita ThighMaster de *Apartamento para tres*». ¿No es una coincidencia graciosa?

—Para troncharse de risa.

—El mar humor puede ser muy contagioso, sobre todo en espacios cerrados.

—¿Me estás diciendo que me vaya?

—No, no tergiverses mis palabras. Lo que te estoy diciendo es si hay algo que pueda hacer para animarte. —Ellen se levantó de la mesa y empezó a desabotonarse la blusa, pero Alan se dio media vuelta.

—No todo se arregla con sexo —dijo entre dientes.

—Pues hubo un tiempo en el que sí.

—Sí, pero son tantos *hubos*. También hubo un tiempo en el que Manhattan no era un descomunal cementerio plagado de cadáveres demasiado estúpidos como para mantenerse en pie. Hubo un tiempo en el que podíamos salir a la calle y pasear sin tener que preocuparnos de que nos devoraran. Hubo un tiempo en el que...

—Muy bien, perfecto, ya lo he pillado —dijo Ellen con brusquedad, mientras se abrochaba los botones—. Mira, no tengo ganas de bronca, ¿vale? ¿Por qué no te vas a tu apartamento a dibujar o hacer lo que sea? Quizá te venga bien un paseo. —Alan levantó una ceja, pero antes de que tuviera tiempo de decir algo sarcástico, Ellen añadió:

—Por la azotea o por el vestíbulo. Anda, vete un rato.

—Creía que ahora este era mi apartamento.

—No tiene por qué serlo —dijo Ellen y, de inmediato, Alan se arrepintió de haberse mostrado tan impertinente.

—Lo siento —dijo él, pero Ellen le hizo una señal para que se marchara, indicándole la puerta—. De verdad, no era mi intención molestarte. Lo siento.

En el rellano, Alan permaneció mirando la puerta cerrada. *Una riña doméstica*, pensó. *Qué banal, aunque no tiene nada de reconfortante*. ¿Podría Jack guardar la falsa apariencia de un acicalado homosexual, manteniendo al Señor Roper siempre a raya? ¿Podría Chrissy llevar un suéter todavía más escotado, pero no hasta el punto de que los censores de la cadena se negaran a emitirlo? ¿Podría Janet decir alguna perogrullada sentenciosa que solucionara su dilema de una vez? ¿Podrían Ellen y él fingir que eran una pareja feliz, cuando todo lo que les rodeaba era completamente deprimente?

No os perdáis los siguientes episodios.

Karl estaba sentado en su apartamento de paredes desnudas.

Además de las fotografías de chicas de calendario, había arrancado los pósteres de los semidioses del heavy metal. «Amarás a Dios sobre todas las cosas». Desde la llegada de Mona, había reconsiderado sus deseos y valores laicos, y lo único que sentía era vergüenza. El hecho de que hubiera querido acostarse con ella era algo que tendría que mantener en secreto. Afortunadamente, no había contado sus impuros deseos a nadie, y menos aún a ella. Durante las últimas semanas, había sido testigo del desinterés de la chica, así como de la forma en que se movía entre la hambrienta muchedumbre que deambulaba por las calles sin sufrir daño alguno.

Karl ni creía ni dejaba de creer en la doctrina del arrebatamiento. Los seres vacíos

que arrastraban los pies por las calles no habían sido «dejados atrás», al menos, eso no era lo que se suponía que tenía que pasar, aunque puede que sí lo hubieran sido. La Biblia y la profecía de la Biblia estaban abiertas a distintas interpretaciones. Él pensaba que, si no ascendías al Cielo, te quedabas en un lugar muy desagradable, que era la Tierra, para vivir el resto de tus días aguardando el momento de ser trasladado al infierno. ¿Dónde encajaban esas criaturas del exterior en los planes de Dios? Karl recordó algunos versículos de los corintios: «La muerte ha sido tragada por la victoria» y «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?». La victoria y el aguijón de la muerte eran bastante evidentes a los ojos de Karl.

Si a Karl no le fallaba la memoria, en la batalla del Armagedón, todo aquel que no fuera creyente sería asesinado brutalmente. ¿Serían esos los zombis? Eran demasiados no creyentes. Quizá esas criaturas fueran las carcasas de las personas rectas que habían ascendido al Cielo, como si se tratara de lo más novedoso en reciclaje. Esos cuerpos terrenales que habían dejado de ser necesarios se estaban aprovechando ahora para castigar a los infieles que quedaban en la tierra, él y sus vecinos. Supuestamente, después de la batalla del Armagedón, Satanás sería derrotado y Jesucristo establecería un reinado mesiánico en la tierra de mil años en Jerusalén. Karl se desplomó, parecía una idea tan descabellada, aunque aun así, volvió a mirar por la ventana. Los seres humanos se comían entre ellos o, al menos, las criaturas que lo habían sido devoraban a los que quedaban.

Karl recordó la parodia del tema *People* de Barbra Streisand.

*«Gente. Gente que se come a gente,
es la más asquerosa del mundo...».*

Las personas solían lamentarse de su mala suerte o del día tan insoportable que habían tenido y, a veces, intentaban comparar un mal día de trabajo con las penalidades del santo Job. Sin embargo, el hecho de tener un jefe desagradable era difícilmente equiparable. El trabajo era un asco, pero ser Job debía ser aún peor, aunque a pesar de todo siguió amando a Dios. Quizá se tratara de la Tribulación, en cuyo caso, Karl no había visto la luz hasta que fue demasiado tarde. Se preguntó si en realidad sería demasiado tarde, sin duda lo era para los cabezas huecas que vagaban por las calles, pero Karl aún sentía que su corazón continuaba amando a Dios. Se suponía que Dios era un ser misericordioso, aunque los hechos parecían contradecir dicha tesis.

Los sentimientos de Karl hacia el Gran Manfred también habían cambiado.

«Honrarás a tu padre y a tu madre». Aunque Manfred Stempler hubiera sido una persona estricta y cruel, era probable que Karl no hubiera entendido que todo lo hacía con el único propósito de convertir a sus hijos en unos adultos ejemplares. Karl deseaba tener una Biblia, pero le daba vergüenza pedírsela a sus vecinos, además, lo más probable es que fueran paganos. Alan solo tenía novelitas de ficción y era un

ateo confeso. Ellen, ¿quién sabe? Probablemente sería, como mucho, agnóstica. Los Fogelhut eran judíos, lo que no tenía nada de malo. Los judíos, solía decir el Gran Manfred, eran solo cristianos imperfectos. ¿Eddie y Dave? Sodomitas. Es posible que Dabney fuera distinto, pero estaba claro que ninguno de los demás. Quizá pudiera pedirle a Mona que le trajera una Biblia en uno de sus viajes entre los impuros, si no era mucho pedir.

Karl se sentía inmensamente confuso. Mona podía caminar entre los muertos vivientes, ¿acaso no era como un milagro de los que aparecen en la Biblia? ¿Sería una enviada de Dios? Su constante serenidad parecía denotar unas características sublimes. ¿Estaría empapada del Espíritu Santo? Sin embargo, Karl había oído sus canciones. Ella escuchaba a Evanescence; lo había comprobado con sus propios oídos. Eran una banda cristiana, ¿no?, ¿o solo lo eran a medias tintas? Quizá solo fueran espirituales. En cualquier caso, también había oído que escuchaba a los Black Sabbath, ¿qué quería decir eso entonces? ¿Qué sentido tenía todo eso?

—¿Dios, estás ahí? Soy yo, Karl. —Entonces hizo una mueca. ¿Sería una blasfemia parafrasear a Judy Blume en un momento de crisis espiritual?—. Bueno, perdona mi humilde súplica, pero es que he perdido algo de práctica. Borra eso, mucha práctica. Estoy confuso. Nunca he dejado de creer en ti, pero hay tantas cosas que no comprendo y que creo que no llegaré a comprender nunca. De verdad. Lo siento, estoy tratando de ser pretencioso, y es un error, aunque mi súplica es sincera. Discúlpame, intentaré hablar sin grandiosidad ni nada de eso. Uf, esto no me está saliendo nada bien. Mira, sé que he tenido muchos pensamientos impuros, pero he hecho acto de contrición, ¿vale? —Sus pensamientos se remontaron a toda velocidad a la foto de Lourdes Ann Kanimanu Estores (Miss Junio de 1982) que había guardado en secreto en el cajón de su tocador. Su tesoro en caso de emergencia—. No quiero desterrar a Lourdes Ann. Por favor, tiene que haber algo bello en mi existencia. Llevo semanas sin masturbarme. ¿Acaso la castidad no sirve de nada? No es que quiera hacer méritos... Pero no habrías creado a una mujer tan perfecta como Lourdes Ann, si no fuera para admirarla, ¿no?

Karl levantó su mirada hacia el techo y observó que una larga grieta lo recorría en diagonal de una esquina a la otra, bisecando el espacio encalado con yeso. El simple hecho de mencionar a Miss junio de 1982 inundó su mente de pensamientos impuros. *No, no. Bórralos de tu mente, lucha contra la tentación, aunque ¿para qué molestarme? De todas formas, ya estoy condenado, ¿no es así?*

Karl se acordó de la serie de novelas *Dejados atrás*, y de sus rectos y virtuosos autores, en particular del mayor y especialmente repugnante, Tim LaHaye, cuyo nombre sonaba parecido a LaVey, a Anton LaVey. Eran dos caras de la misma moneda. Cuando Karl llegó a Nueva York por primera vez, creyó que Anton LaVey era un tío guay. Tenía el aspecto perfecto, con esa cabeza como una bola de billar y su puntiaguda perilla. Era el máximo representante de la Iglesia de Satán y el autor de la *Biblia satánica*. Era guay. Bueno, quizá no del todo. En cualquier caso, mejor que

Tim LaHaye. Ese tipo había ayudado a Reagan a subir al gobierno, y luego durante su presidencia. Incluso se parecía físicamente a él. ¿Se trataba de una especie de narcisismo extravertido? ¿Acaso eso no era pecado? Uno de los motivos por los que Karl le había dado la espalda a la iglesia era que todos sus defensores a ultranza parecían ser una pandilla de corruptos, mangantes y dementes. El clero, los evangelistas, los propagandistas; ninguno de ellos le parecía ser tan santo.

Karl manoseaba el único regalo tangible del Gran Manfred. Su padre había insistido en que lo aceptara, antes de que se marchara a Nueva Sodoma: una pistola Smith & Wesson Modelo 910S 9 mm. Karl no la había sacado de la funda, desde que llegara a Nueva York, pero en ese momento la sujetaba entre sus manos. Era una sensación extraña, sin embargo, era el único objeto de su propiedad que su padre había tocado, y no se trataba de una cruz, sino de una pistola. Ellen tenía razón, sería inútil emplearla contra esas criaturas del exterior. Karl recorrió con el dedo la boca del arma, suspiró y volvió a guardarla en su funda forrada de goma espuma. Las armas no eran lo suyo.

Si Eddie descubriera alguna vez que tengo esto... Karl apartó ese pensamiento de su mente.

Se levantó de la cama, volvió a colocar el arma en el cajón de los calzoncillos y salió al vestíbulo, justo cuando Mona bajaba de la azotea, meneando la cabeza como de costumbre. Los rayos del sol iluminaban las escaleras a través de la puerta abierta y la claraboya, envolviéndola en un cegador brillo de color blanco. Él se puso colorado y bajó la cabeza.

—¿Necesitas algo? —le preguntó ella, al tiempo que se quitaba un auricular.

—Bueno, jolín, la verdad es que me da vergüenza pedírtelo.

—¿Crema para las hemorroides?

—¿Cómo?

—El colega de la azotea me la ha pedido.

Karl forzó una sonrisa.

—No, no, lo que quiero es una Biblia. La del Rey Jaime o la *Nueva Versión Estándar Revisada*, cualquiera, no me importa, siempre que sea una Biblia oficial. Tampoco quiero que te tomes demasiadas molestias. —Mona lo anotó en su cuaderno, pero sin mostrar reacción alguna—. Quiero repasarla un poco para ver si puedo encontrarle algo de sentido a lo que está pasando ahí fuera.

—Ajá.

—Quiero decir, quizá haya llegado el fin del mundo. —Karl expresó la frase a modo de pregunta, con la esperanza de despertar el interés de Mona—. Ya sabes, como lo que dice la Biblia o el Apocalipsis.

—Ajá.

—Muy bien —dijo Karl, mientras sonreía y se encogía de hombros—. Supongo que eso es todo por el momento.

Cuando Mona comenzó a bajar las escaleras, Karl quiso saber qué música estaba

oyendo.

—Oye, Mona —dijo gritando para que pudiera oírlo con el machacón ruido de sus cascos. Ella se detuvo al pie de las escaleras y miró hacia arriba, mientras volvía a quitarse uno de los auriculares—. Este..., Mona, solo quería saber qué estás oyendo.

—A Ministry.

—Ah. Este... ¿qué canción?

—*Jesus Built My Hotrod*^[1]

—Ah, vale gracias.

Ella asintió con la cabeza y continuó bajando las escaleras.

Karl se sentía cada vez más confuso.

—¿Todavía te sientes deprimido? —le preguntó Ruth, pero la incredulidad empañaba todos sus intentos por mostrarse comprensiva—. Dios mío, Abe, sácate eso ya de la cabeza.

—«Sácate eso ya de la cabeza», dice. Esto es increíble. Me acusa de faltar a mis obligaciones, me acusa de haberme quedado obsoleto y ahora va y me dice: «sácate eso ya de la cabeza». Quizá sea un hombre más joven el que deba ocuparse del puesto de centinela, porque es posible que yo no sea el más indicado para estar pendiente de la luces del campanario.

—¿Qué campanario?

Abe comenzó a recitar entre dientes el poema *La cabalgata* de Paul Revere:

—«Una si vienen por tierra, y dos si vienen por mar; y yo desde la otra orilla estaré...».

—Ya empieza a divagar, no sé ni por qué me preocupo.

Ruth salió de la habitación arrastrando los pies y volvió al dormitorio. *Perfecto*, pensó Abe. *Ni que yo necesitara que una vieja bruja encorvada minara los últimos vestigios que me quedan de hombría*. Se sentó en su puesto, con una taza de café en la mano (ni caliente ni fría, sino a temperatura ambiente) y comenzó a mirar por la ventana, a la espera del regreso de Mona, con un radioteléfono guardado en el bolsillo de la camisa. Maldito fuera si le daba a Ruth la satisfacción de pillarlo haciendo el vago dos veces.

—«Más abajo, en el cementerio, yacen los muertos —siguió recitando Abe, con una cadencia propia de un colegial—, en el campamento nocturno en la cima de la montaña, estaba envuelto en un silencio tan sepulcral, que podía oír, como los pasos de un centinela, a la vigilante brisa nocturna, a medida que pasaba, arrastrándose de tienda en tienda, y parecía susurrar: “¡Todo está bien!”». Sí, claro, todo está bien, por los cojones. Dios mío, ¿qué puta poesía habría escrito Longfellow acerca de esta asquerosa situación? —Abe se reclinó en su asiento y se preguntó si habría alguien en alguna parte que estuviera escribiendo poesía acerca de la realidad del momento, en cuyo caso, la obra sería horrible, como todo lo demás durante el último cuarto de siglo.

«Más abajo, en el cementerio, yacen los muertos».

Abe se inclinó hacia delante para observar a los muertos, bueno más bien, a los muertos vivientes. ¿Cuánto tiempo seguirían deambulando? Comían cuando podían, que, por suerte, era algo bastante poco frecuente. ¿Acaso sus reservas de energía eran inagotables? Parecía bastante improbable. Esas criaturas seguían y seguían, como el estúpido conejito de Duracell, sin que ninguna de ellas cayera desplomada por el agotamiento. *Es de imaginar, pensó Abe, que al final todos caerán y lo peor habrá pasado. Está claro que habrá mucho que limpiar, pero eso es lo de menos. Así y todo, al igual que me ha ocurrido a mí, durante vuestras vidas habíais estado convencidos de muchas cosas. Creíais que la muerte era lo peor que os podía pasar y que los muertos seguirían estándolo, creíais que ponerse gravemente enfermo o quedarse sin las prestaciones de la Seguridad Social sería lo peor que os podía ocurrir en la vejez, pero estabais equivocados.* Sin embargo, aunque equivocarse fuera lo mejor de la vida, Abe estaba hasta la coronilla de las malas elecciones y de los arrepentimientos.

—A vosotros, cabezas de chorlito, os ha salido bien la jugada, ¿lo sabíais? —le gritó Abe por la ventana a la multitud que se encontraba debajo—. No tenéis ni una sola preocupación, ¿eh? ¿Es que ya no pensáis en nada? ¡Es probable que no! Menudo chollo. Vaya una suerte, hijos de puta. ¡Ya ni siquiera necesitáis una televisión! ¡Escuchad, se me acaba de ocurrir algo! ¡Estamos viviendo el final de la escala evolutiva y por fin se ha llegado al hombre perfecto del siglo veintiuno! ¡Con la cabeza hueca! ¡Sin una sola preocupación! ¡Sin trabajo, aunque activo, sin rumbo fijo, sin otra cosa que hacer que disfrutar de su dulce existencia, y siendo despiadado, siempre que se le brinda la oportunidad! Oye, Darwin, tú, chupapollas, ¡mi enhorabuena! —Abe comenzó a reírse, mientras daba puñetazos al astillado alféizar de pizarra, haciéndole un flaco favor a sus maltrechos huesos.

En el otro extremo del apartamento, Ruth cerró la puerta del dormitorio lentamente, a fin de amortiguar los irritantes desvaríos de su esposo.

—Tú estás loca —le dijo Alan, levantando la voz ante su incredulidad—. *Saturday Night Live* era una mierda comparada con *Second City Television*.

—Es cuestión de gustos, no de cordura, por el amor de Dios —le rebatió Ellen. Era una estupidez. ¿Cómo podía Alan ponerse así por un simple programa de televisión? Solo se trataba de un antiguo y poco conocido espacio cómico.

—O de la falta del mismo. El hecho de que algo sea más popular no implica que sea mejor, sino que, a menudo, es todo lo contrario. Todo el mundo dice que le gusta más *Saturday Night Live*, pero confía en mí, no es mejor.

—A mí me hacía más gracia, ¿vale? A mí, es mi opinión. Opinión, Alan. O-P-I-N-I-Ó-N.

—Sencillamente, no puedo entender que una mujer tan inteligente como tú pueda decantarse por *Saturday Night Live*. De acuerdo, tenía algunas cosas graciosas, eso está claro, no estoy diciendo que no las tuviera, pero no se acercaba ni por asomo a la calidad de *Second City Television*. Ese programa era acertado y brillante, aunque nunca acabara de gustar a todo el mundo. Dado que se alejaban de la corriente dominante, tenían que ser mucho más inventivos y, exentos de las trabas que supone complacer a los patrocinadores y, lo que es aún peor, al pueblo llano, crearon uno de los mejores espacios cómicos que se hayan hecho nunca en Norteamérica.

—No nos vamos a poner de acuerdo, así que, ¿por qué no lo dejamos?

Alan estuvo a punto de puntualizar lo poco que le gustaba esa expresión, pero lo dejó pasar. Que Ellen siguiera con sus clichés, tanto conversacionales como con respecto a los programas cómicos. Guardó el plateado disco en su lugar y volvió a colocar su preciada colección de *Second City Televisión* en la repisa. No paraba de abrir paquetes y paquetes de pilas para verlo una y otra vez, pero las risas justificaban el derroche. Qué pena que a Ellen no le gustara tanto. Sin duda, lo encontraba algo entretenido, pero que no la volviera loca lo irritaba. No había conocido nunca a ninguna mujer que reconociera que *Second City Televisión* era infinitamente mejor a *Saturday Night Live*. ¿Sería una cuestión de sexos, como pasaba con esos cómicos, Los tres chiflados? Alan pensaba que eso de los gustos típicos de las mujeres y de los hombres era una gilipollez, aunque a él tampoco le gustaban Los tres chiflados. Ellen no era ninguna estúpida, aunque sí algo convencional. Quizá algo más que convencional, una conformista. La cuestión era que *Saturday Night Live* le gustaba a más gente, tan sencillo como eso. Bueno, daba igual, Alan podría disfrutar de los episodios de *Second City Televisión* con los cascos puestos.

—Te he dicho que por qué no lo dejamos —le repitió Ellen, mientras su impaciencia tensaba sus adorables facciones.

—Claro. —Se dieron un abrazo y se marchó cada uno a su rincón, él a ver otro

episodio y ella a hacer otro crucigrama. Cuando se disponía a sacar otro disco de la funda, Ellen carraspeó histriónicamente y le lanzó una férrea mirada—. ¿Qué pasa? —le preguntó él, con la esperanza de evitar más torpezas.

—Llevas tiempo sin pintar ni hacer ningún dibujo.

—Me estoy tomando un respiro, ¿vale? Es probable que la musa no me haya inspirado todavía o que lo único que me apetezca sea relajarme y enterarme un poco del vídeo. ¿Puedo?

—Pues claro que puedes —dijo Ellen, intentando que su tono fuera neutral—. Es solo que estabas más animado y optimista antes de tener ese cacharro para los devedés. No estoy diciendo que no tengas derecho a utilizarlo de vez en cuando, pero... —Alan levantó una ceja—. Olvídalo, te dejo con tu programa. Que lo disfrutes.

—Gracias.

Ellen observó cómo Alan se colocaba los auriculares, y el gesto le recordó muchísimo al de Mona, con sus cascos siempre presentes. A medida que él iba entrando en un estado de éxtasis televisivo, Ellen se sintió invadida por un enorme desconsuelo. La postura de su nueva pareja parecía imitar a la de Mike, por su manera de repanchingarse en el sofá, con las piernas subidas en la otomana y los tobillos cruzados, así como su forma de flexionar los dedos de los pies cuando se reía. El rostro de Alan se fue relajando, a medida que la comedia lo fue tranquilizando, pero la expresión de Ellen empezaba a ser un poema, algo que no podía deberse a una simple discusión acerca de cuál era el mejor espacio cómico. Del desconsuelo, pasó a sentir náuseas. Se levantó de la mesa de comedor y salió disparada al dormitorio, llegando a la ventana en el momento justo de vomitar. Un torrente de comida a medio digerir empapó a los zombis que estaban debajo, aunque a ninguno pareció importarle lo más mínimo.

¿Cuánto tiempo hacía desde que no vomitaba? Le parecía algo casi inmoral. Sin embargo, era posible que hubiera comido algo en mal estado. Claro, con la falta de refrigeración y todo eso. Ellen lanzó algunos chorros más, antes de caer desplomada y colocarse la cabeza entre las rodillas. Durante algunos largos e infelices meses, Ellen había flirteado con la bulimia. Mientras Alan revivía tiempos felices en el comedor, Ellen solo se acordaba de calamidades en el dormitorio. El vómito había salpicado toda la zona en la que Mike había sido asesinado salvajemente, devorado y posiblemente digerido por esos odiosos y asquerosos monstruos sobrenaturales.

Mike.

Su esposo.

En el pasado.

Padre de su hija.

En el pasado.

Marido, en el pasado, hija, en el pasado.

Todo formaba parte del pasado.

Alan, con los auriculares puestos, no pudo oír sus sollozos. Ellen contrajo su cuerpo, conmocionada por el profundo dolor.

Eddie se limpió el semen de la mano con una servilleta de papel. Tenía el bíceps derecho machacado del esfuerzo. Desde que había recuperado su alijo de vídeos de su antiguo tocador, no había dejado de meneársela. Dave estaba sentado en el sofá, hojeando un viejo número de *Time*, cuyo tema de la portada era la galopante obesidad en América. Ah, los viejos tiempos. En realidad, Dave no estaba leyendo, solo deseaba fingir indiferencia hacia el incesante onanismo de Eddie, pero le molestaba y le dolía en lo más profundo de su alma. Que Eddie pudiera preferir masturbarse a tener relaciones con un ser humano de carne y hueso era algo incomprensible para Dave. Era como si lo que hubieran construido juntos se tratara de algo únicamente circunstancial. Dave continuaba ofreciéndole placer a Eddie, aunque eso implicara que este no apartara la vista del monitor de siete pulgadas. Sin embargo, Eddie lo rechazaba. Ahora que había traído su porno, Dave había quedado en un segundo plano.

—¿Cuántas veces piensas ver la misma escena? —le preguntó.

—¿Sabes lo que pareces? Pareces una puta mujer —le rebatió Eddie—. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

—Solo tú.

—Pues quizá debieras metértelo en esa dura mollera que tienes.

Dave optó por no contraatacar con alguna grosería y, en lugar de hacerlo, se levantó del futón y abandonó el apartamento, sin que el Señor Tommasi protestara lo más mínimo. Genial, dejemos que disfrute de sus patéticos deslices, ya irá luego arrastrándose a Dave, pero puede, solo puede, que Dave le permita volver a él. ¿A quién quería engañar? Por supuesto que le permitiría volver a él.

Fuera, en el vestíbulo, Dave presionó su rostro contra el frío estuco y suspiró. ¿Desde cuándo su vida se había convertido en un culebrón con protagonistas del mismo sexo? ¿Eran todas las chicas con las que había tenido relaciones sexuales en el instituto solo una cortina de humo? En esa época, había percibido que la atracción que sentía hacia ellas era real, aunque, así y todo, nunca creó verdaderos lazos afectivos con ninguna de ellas, sino con otros chicos, sobre todo con Eddie. Suspiró y subió el tramo de escaleras que conducía a la azotea. Dabney estaría allí arriba. ¿Podría fingir amistad? Daba igual, porque Dabney no era muy dado a la charla, a no ser que le dejaras claro que te apetecía ese tipo de interacción. Que permanezca sentado junto a su montón de ladrillos y juegue a apedrear a los zombis. Dave respiró profundamente y abrió la puerta de un empujón.

Aunque el sol estaba cubierto por una neblina blanca, la luz le pareció intensa, sobre todo después de haber estado en un espacio interior, así que se protegió los ojos con las manos y sacó su gorra de béisbol de los Giants del bolsillo trasero. En lugar de estar tumbado boca abajo en su lona, Dabney se encontraba sentado a una mesa plegable de aluminio, haciendo algo que Dave no podía distinguir. Se le había

presentado la oportunidad de charlar, lo que le haría olvidar su actual tragedia amorosa, así que Dave, en un intento por fingir despreocupación, se acercó a él y decidió aprovecharla.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, al acercarse. Dabney estaba encorvado y llevaba puestas unas gruesas gafas de lupa, con las que nunca lo había visto. Se acercó a la mesa y comprobó que había numerosas piezas pequeñas, algunas sueltas y otras todavía guardadas en sus fundas de plástico. Dabney estaba construyendo una maqueta. Qué tierno. Esperad un momento. ¿Pensaba Dave eso realmente? ¿Estaba siendo irónico, bromista o condescendiente? No, era tierno, ese hombre de mediana edad con un par de pinzas de depilar ensamblando piezas de su ¿qué era?, ¿quizá la maqueta de un avión?

—Estoy ensamblando una maqueta de un P-51D Mustang norteamericano. Es una buena forma de matar el tiempo; además, el pegamento coloca un poco. —Dabney levantó su mirada y esbozó una sonrisa—. Solo estoy de broma, para colocarme necesito algo más que un poco de pegamento. Hablando de colocarse, ¿te apetece una cerveza? Me parece que te vendría bien.

—Este... vale, gracias. —Dave ni siquiera había pensado en pedirle a Mona bebidas alcohólicas. Qué estúpido. Dabney le pasó una botella de Heineken y Dave tuvo que reprimir la tentación de llorar por lo agradecido que se sentía.

—Son muchas piezas y muy pequeñas. Además, ha pasado mucho tiempo desde que no monto uno de estos. Mis hijos solían volverse locos con las maquetas. Les encantaba construir bólidos y qué sé yo qué más, pero yo prefiero los aviones. —Dabney levantó su mirada al cielo, pero no pudo ver nada—. Solía quejarme del rugido de los reactores, sobre todo cuando estaba viendo la televisión, porque tenía que subir el volumen para poder oírla. Ahora daría mi huevo izquierdo por que un avión sobrevolara esto. Aunque no viniera a por mí, al menos sería una prueba de que está pasando algo ahí fuera, una señal de que quizá haya más supervivientes. Antes de que Mona apareciera, la última evidencia de vida fue aquel accidente, pero todo pasó tan rápido que ni siquiera tuvimos tiempo de reaccionar. Le he preguntado a Mona si se encuentra con gente cuando va a hacer los recados y me ha dicho que no. Tiene que haber más supervivientes, lo que pasa es que es probable que no se encuentren por aquí.

—Lo que me pregunto es cómo lo hace.

—Sí, bueno, esa es la pregunta del millón, ¿no? ¿Cómo es que esos malvados hijos de puta no se la meriendan como al resto de los mortales? Es curioso, sí. —Dabney se terminó la cerveza y la lanzó por encima del borde de la azotea, sin ni siquiera observar su trayectoria, por lo que no pudo ver dónde caía, aunque deseaba que hubiera sido en el cráneo de alguno de esos muertos vivientes. Dabney sacó una diminuta pieza y la frotó con un pedazo de papel de lija para limarla, con los ojos puestos en las instrucciones, las cuales estaban colocadas junto a un radiocasete monofónico que gorjeaba una cinta muy usada de Ben Webster—. Me gustaría ver a

varios escuadrones de estos ametrallando sin piedad a esos gilipollas de ahí abajo — dijo, levantando la maqueta para que Dave la admirara—. ¿Te lo imaginas? Un puñado de estas maravillas acabando con la puta vida de esos caníbales hijos de puta. Sería algo genial.

Dave asintió con la cabeza, al tiempo que le daba un sorbo a la cerveza. Estaba caliente, así que Dave imaginó estar en Europa, pues había leído en alguna parte que los europeos se la tomaban así. Le parecía extraño que fuera verdad, pero nunca lo sabría de primera mano. Dave dirigió su mirada hacia el horizonte en dirección norte y deseó haber viajado, haber visto mundo y abierto sus horizontes, pero ya era demasiado tarde. Al mirar al sur, dio un grito ahogado.

—Mira allí —dijo señalando.

En la distancia, una espesa nube negra ascendía en forma de remolino hacia el cielo. Lo que la había originado se encontraba oculto por los edificios que había en medio, pero en algún lugar, quizá allá por el este, se estaba produciendo un incendio. ¿Era una señal de vida en algún otro sitio? Bueno, quizá solo fuera una tubería de gas que había reventado sola.

—Espera un segundo —dijo Dabney, mientras alargaba la mano para sintonizar la radio del casete, pero se detuvo a mitad de camino y soltó un desdeñoso resoplido—. Qué imbécil soy, iba a poner las noticias. Supongo que ha sido por instinto. Pensarás que después de todos estos meses de mierda tendría que saber que era inútil intentarlo. Así y todo, continúo disfrutando de algunas cosas, como construir una maqueta y beber cerveza, por lo que todo me parece prácticamente normal, exceptuando el hecho de estar viviendo en la azotea, aunque hasta eso ya me lo parece, al menos ahora. Resulta increíble cómo el concepto de lo que nos parece normal cambia continuamente. Sin embargo, si normal equivale a lo más común, entonces esos zombis son normales y nosotros no.

Dave asintió con la cabeza y le dio otro trago a la Heineken. No era normal que mantuviera una relación física con Eddie, o al menos no una sexual. Siempre había sido bastante física. En el pasado, la única vez que había sido sexual fue cuando se follaron a un par de compañeras de estudios en su habitación de la residencia de estudiantes. Dave negó con la cabeza, para apartar de su mente ese recuerdo. En ese momento, no le apetecía pensar en Eddie.

Los dos volvieron a dirigir su atención hacia el sur, al oír un estrepitoso ruido sordo, amortiguado por la distancia, al que siguió una bola de fuego que salió despedida hacia el cielo, para acabar siendo absorbida por la nube de humo negro. Entonces se oyó una sucesión de apagadas explosiones, seguidas cada una de ellas por densas nubes de una oscura bruma. Los vientos del este moldeaban las columnas de humo en forma de borrosos signos de interrogación en el cielo.

—¿Qué crees que es? —preguntó Dave.

—No lo sé, pero parece estar bastante lejos en dirección este. Podría tratarse de la central termoeléctrica cercana a la sede de la ONU ¿O la derribaron? Ya no me

acuerdo. Podrían ser muchas cosas, pero a menos que enviemos a nuestra chica de los recados a comprobarlo, nunca lo sabremos y, sinceramente, no creo que sea una buena forma de sacar partido de su tiempo.

—No, supongo que no. Dios, ¿crees que podrá llegar hasta aquí?

—No seas tan ingenuo, hijo. No me gustaría estar en ese vecindario, pero estamos a kilómetros de distancia. No te preocupes y piensa en positivo. Quizá esté friendo a un mogollón de zombis. ¿No sería genial? —Dabney levantó su avión Mustang a medio acabar y simuló varias caídas en picado, añadiendo sonidos para los disparos—. No es tan catártico como un buen bombardeo, pero tendré que conformarme.

Independientemente de lo que estuviera ocurriendo en la ciudad, seguro que se trataba de algo grave. Una lluvia de sordas descargas se repetía con cierta regularidad en dirección sur, gran parte del cielo estaba cubierto de un humo negro y la parte inferior de las oscuras nubes se tiñó de un color anaranjado, a consecuencia del fuego que ardía con furia desde debajo. La nube de humo y hollín comenzó a dirigirse hacia el norte y, de repente, el cielo que tenían sobre sus cabezas empezó a cambiar de color. Un gris marengo comenzó a tragarse el pigmento, mientras el ya pálido cielo se teñía de un gris verdoso. El aire despedía mal olor, debido a la combinación de las sustancias sólidas carbonizadas y la gasolina en llamas.

—Siempre tiene que pasar algo para aguar la fiesta —dijo Dabney entre dientes. Entonces miró de arriba abajo las filas simétricas de purificadores de agua Brita Ultramax que estaban colocados junto al muro divisorio de escasa altura y se dirigió hacia ellos para ponerles la tapa, porque si se ponía a llover, como parecía que iba a ocurrir, ni siquiera esos filtros bastarían para depurar del todo el agua contaminada, si bien, algo harían. Una gruesa gota le cayó en la nariz y frunció el ceño—. Literalmente —dijo, mientras volvía a guardar el resto de las piezas de la maqueta en la caja. Cuando comenzó a llover a cántaros, Dave se despidió rápidamente y salió corriendo hacia el hueco de las escaleras. Transcurrido un momento, Dabney se quitó la ropa y la guardó en su cobertizo.

El agua estaba fría, pero bastaba para una ducha improvisada. Se plantó en el centro de la azotea, con la cabeza inclinada hacia atrás para que la lluvia cayera con fuerza sobre su rostro y empapara su canosa barba, se escurrió el vello facial, a fin de eliminar el exceso de humedad, y dejó que el agua recorriera su pecho. A diferencia del pasado aguacero, que había sido tan alegre y comunal, en esta ocasión se encontraba solo. Era probable que Dave hubiera advertido a los demás de la nube negra. Genial, a Dabney no le importaba un remojo a solas. Que tengan miedo si quieren. La lluvia era una forma natural de limpiar la contaminación de las nubes y de sofocar las llamas. ¿Quién era Dabney para ponerlo en duda? El agua parecía venir muy bien. No le quemaba, ni tan siquiera le escocía de una forma que fuera alarmante. Abrió los ojos para realizar una prueba de acidez, bastante poco ortodoxa, y no, el agua no escocía. *No pienso que sea perjudicial para mis ojos, pensó, ni tampoco para beber.* Quitó las tapas a los dispensadores de agua Brita.

Qué diablos, pongamos esos filtros a prueba.

Karl había olvidado lo difícil que era entender la Biblia, independientemente de su versión, aunque recordaba vagamente que *La Biblia de las Américas* era algo menos complicada. Estaba plagada de frases mal construidas y, a menudo, incomprensibles. No eran más que relatos contradictorios de los mismos acontecimientos. Estaba claro que lo importante era el mensaje y no el mensajero. No era de extrañar que se distrajera en misa y durante los sermones de Manfred. El lenguaje era prácticamente ininteligible. Tras echar un vistazo a los primeros apartados, pasó al Apocalipsis, imaginando que tendría más relación con lo que estaba buscando.

Karl había olvidado los detalles, o quizá se negaba a recordarlos, pero los recuerdos de las imágenes empezaron a inundar su mente: Dios y sus cuatro monstruosos demonios plagados de ojos sentados junto a su trono, sin dejar de repetir: «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces». Como un escandaloso equipo de música de última generación.

Parecía más una *rave* que el Cielo.

Y Dios, evidentemente, tenía la apariencia de un jaspe y de una cornalina, un detalle olvidado que hizo que Karl tuviera que consultar a toda prisa el diccionario, el cual definía jaspe como: «Forma de cuarzo opaca; roja, amarilla, marrón o verde oscuro; que se utiliza para la decoración como piedra preciosa», y de la cornalina decía: «Ágata de color de sangre o rojiza», que también tuvo que buscar para descubrir que ágata se definía como: «Cuarzo lapídeo, duro, translúcido y con franjas o capas de uno u otro color», lo que sinceramente no le sirvió de nada. No resultaba demasiado reconfortante la imagen del Todopoderoso hecho de piedra, posado sobre su trono, en compañía de unos monstruosos perritos falderos que no dejaban de vitorear eslóganes. Resultaba un misterio que Jim Henson no lo hubiera adaptado a sus producciones, porque habría sido un vehículo perfecto para Los Teleñecos.

Algunas de las profecías parecían ser verdaderas, o al menos a medias. Las criaturas que deambulaban por las calles habían resucitado de entre los muertos, pero Karl no recordaba haber visto ninguna procesión ante un gran trono de color blanco, ni tampoco que arrojaran a los no inscritos en el libro de la vida al lago de fuego y azufre. Y aunque los zombis eran horribles, tanto que parecían personajes bíblicos, las profecías eran tan específicas acerca de las plagas que asolarían a la humanidad que el hecho de omitirlos no le cuadraba.

Ángeles con hoces gigantes que asesinaban a millares.

Todos tenían marcas en la frente, algunas causadas por un ángel y otras por la bestia.

Langostas saliendo del infierno, con rostros humanos, diminutas coronas y petos, cabellos de mujer, dientes de leones y aguijones de escorpión.

Millones de ángeles a caballo con cabezas de león.

Tormentas de granizo y plagas.

Bueno, quizá se tratara de una plaga.

Le estaban dando sudores de leer esas cosas. Se sentía como si se hubiera sometido a una terapia de regresión para traer a la memoria los recuerdos que había intentado borrar. Cuando llegó a la parte en la que los perros no eran aceptados en el Cielo, se acordó de Chessie, su perra retriever, y lamentó que no se encontrara allí. Los perros estaban incluidos en el grupo de los hechiceros, los sexualmente inmorales, los asesinos e idólatras, así como vinculados con todo aquel que «amara y practicara la falsedad». ¿Tendría miedo Dios de que esos perritos se le mearan encima por parecer una estatua? ¿No era la función de esas monstruosidades la de mantener a los chuchos alejados del trono de Dios? Eso no le hizo ninguna gracia a Karl.

Lo que sí le gustó era que el nuevo ejército del demonio se llamara Gog y Magog. Tenía algo de guay. Aunque no tuvieran mucho que ver, a partir de ese momento Karl pensó en referirse a esas criaturas de fuera como Gog y Magog, a fin de animar un poco la conversación. Sonaba mejor que «esos putos zombis». En opinión de Karl, el apóstol Juan, quien había escrito ese libro, quizá no fuera el testigo más fiable. De hecho, era probable que estuviera loco de atar. Se trataba del relato de un solo hombre, por lo que, a juzgar por los estándares del momento, daba la impresión de ser una especie de reportaje bastante chapucero. ¿Quién corroboraba lo que decía? ¿Qué pasaba con la teoría de las tres fuentes? Aun así, ¿quién podía saberlo? ¿Qué se suponía que era metafórico y qué literal? ¿Qué era parábola y qué profecía? A Karl le iba a estallar la cabeza. Mientras se tomaba un par de analgésicos, escuchó leves explosiones en la distancia.

El apartamento se encontraba en la parte posterior del edificio, por lo que ni se molestó en mirar por la ventana, pues las «vistas» solo daban al bloque del otro lado del callejón. Se apresuró a subir a la azotea y se encontró con Dabney, quien estaba desnudo bajo la lluvia que caía de un cielo con un tono deprimente. Dabney no pareció advertir la presencia de Karl; tenía la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados con fuerza. ¿Estaba tarareando o solo hablando entre dientes consigo mismo? Se oyó otro leve estruendo y Karl, al descubrir el origen del ruido, dirigió su mirada hacia el sur. En esa zona, el cielo estaba ennegrecido y las llamas ardían con furia. Como si estuviera en estado de trance, Karl se dirigió a la parte más al sur del edificio y, al llegar a la esquina, permaneció de pie en su imposta observando la lejana conflagración, con el estómago revuelto, antes de recuperar el equilibrio, agarrándose a una tubería metálica.

—Ay, Dios mío —dijo con voz muy baja, al recordar un pasaje del capítulo nueve:

«Cuando el quinto Ángel tocó la trompeta, vi una estrella que había caído del cielo a la tierra. La estrella recibió la llave del pozo del Abismo, y cuando abrió el pozo, comenzó a subir un humo, como el de un gran horno, que oscureció el sol y el aire».

Es probable que, después de todo, llegaran las langostas mutantes.

Esto no es normal, pensó Alan, pincel en mano y a medio trazo sobre un lienzo de tamaño estándar. Al otro lado de la habitación, se encontraba Mona reclinada en un diván de terciopelo de estilo *vintage* y completamente vestida, pero a pesar de ello, allí estaba él con una insistente erección.

La postura de Mona no era particularmente sexi. Su expresión, como de costumbre, era vacía y algo huraña, y tenía los ojos ligeramente cerrados. Sobre su regazo, tenía agarrada la mochila de Hello Kitty, como si se tratara de un gatito de verdad. Estaba completamente inmóvil, lo que en una modelo suponía una gran ventaja, a excepción de su cabeza, que se meneaba de una forma prácticamente imperceptible al ritmo de sus trilladas canciones.

Entonces, ¿por qué estaba empalmado?

Iba vestida con sus habituales pantalones bermudas largos y negros, sus botas Doc Martens y una camiseta sin mangas. No era un atuendo especialmente sensual. ¿Sería por el pedazo de barriga que enseñaba? Su estómago era una suave e impoluta extensión de una piel ligeramente convexa, y su ombligo un delicado hoyo vertical. Era agradable a la vista, de eso no había duda.

Mona tenía la pierna derecha colgando por encima del borde del diván y la izquierda flexionada a la altura de la rodilla, con el pie apoyado en el cojín. Entre la parte superior de sus botas y el dobladillo de sus bermudas, se encontraban sus pantorrillas. Vaya momento de encapricharse con algo, pero allí estaban, redondeadas y firmes. Las pantorrillas. En el pasado, Alan ya se había fijado en ellas, pero, por lo general, cuando iban acompañadas de tacones, lo que las hacía parecer firmes y exuberantes, pero, aparte de eso, no le habían fascinado nunca. Los pechos, sí, el culo, sin duda, pero ¿las pantorrillas? Además, Mona no llevaba tacones. Sin embargo, después de fijarse en ellas, sobre todo en la izquierda, la cual sobresalía por tener la rodilla flexionada y el pie apoyado en el cojín, no podía dejar de mirarlas.

Alan dio un trago a una lata de refresco tibio, eructó y reanudó su trabajo. Había sombreado la figura y se encontraba intensificando las áreas desnudas, mientras la ropa era plasmada como un espacio negativo en negro. Pensó en si debía añadir o no los detalles, como las arrugas y los pliegues de la tela, pero optó por mantener un tratamiento más gráfico. Entonces se concentró en su rostro y apartó su mirada de esas seductoras pantorrillas. Comenzó a analizar sus labios, siempre fruncidos formando una ligera mueca. Los rayos del sol de primeras horas de la tarde se reflejaban en ellos y, de vez en cuando, sacaba la lengua para mantenerlos húmedos. Concéntrate en la obra. Alan empapó el pincel en la paleta e hizo una mezcla a fin de lograr un rosa sutil y lo suficientemente sensual para esos labios.

Mientras aplicaba pequeñas pinceladas de un tono rosado, sintió un leve toquecito

en el hombro y se asustó, lo que provocó que deslizará el pincel por la superficie del lienzo, estropeando el trabajo que había hecho.

—¡Jesús! —gritó, mientras giraba sobre sus talones para comprobar quién había sido el responsable de ese accidente.

Y allí estaba Ellen, con aspecto de sentirse culpable y mirando al suelo. Luego se mordió el labio inferior, con una expresión conciliadora, hasta que notó el bulto en los pantalones de Alan, lo que provocó que su mirada se endureciera tanto como el órgano sexual de Alan.

—Gilipollas —dijo ella con un bufido.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Qué te pasa? Soy yo el que debería estar enfadado. Me acabas de... —Una vez más, sus palabras se fueron apagando, cuando Ellen levantó su mirada y se quedó mirándolo fijamente. Él señaló el lienzo tímidamente, el cual tenía una raya en diagonal en el rostro de Mona, al estilo de Francis Bacon—. Quiero decir —empezó a tartamudear, antes de adoptar la misma expresión conciliadora y de culpabilidad que había tenido Ellen hacía escasos segundos.

—Debería habérmelo imaginado —le dijo Ellen con brusquedad.

—Solo estoy haciéndole un retrato —dijo Alan, poniéndose a la defensiva.

—Sí claro, con una puta erección.

—Eso pasa —balbuceó Alan—. A veces, es un acto reflejo, como respirar o los latidos del corazón. Es algo involuntario. Ni siquiera estaba pensando en sexo. Sencillamente ha pasado, de verdad.

Mona, con los ojos cerrados y ajena al intercambio de palabras, seguía a lo suyo, escuchando sus canciones.

—Sí claro, con una modelo jovencita.

—Con toda la ropa puesta —añadió Alan—. ¡Con toda la ropa puesta!

—Sí, por ahora, pero todo llega.

—No seas tonta, solo estoy pintando.

—¿Te empalmas cuando pintas a los zombis de fuera? Si lo haces, entonces olvida todo lo que te acabo de decir, pero mírame a los ojos y dime que se te pone dura cuando los pintas. Venga, atrévete a decirme eso.

—No, no me pasa, pero eso es diferente.

—Claro, como que no te apetece follártelos. Muy bien, genial. Perfecto. Adelante, fóllate a esa jovencita del diván. Déjala preñada también, me tiene sin cuidado.

—Eras tú la que querías que volviera a pintar —dijo Alan en tono de queja, mientras ella salía por la puerta—. ¿Qué pasa? ¿Es que solo puedo pintar a los zombis y a ti? —Ellen salió indignada de la habitación y cerró la puerta de un portazo. La habitación retumbó, lo que provocó que Mona abriera los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó mirando a Alan.

—Nada, no te preocupes.

—Ah, vale. —Mona volvió a cerrar los ojos y Alan comenzó a corregir la raya

rosa.

Espera un momento.

¿Que la deje preñada también?

—Lo único que pasa es que me jode que ella pueda salir y nosotros estemos confinados en este lugar de mala muerte para siempre —dijo Eddie—. Además, me pone enfermo su manida respuesta: «Supongo que no les caigo bien» —continuó, fingiendo una voz nasal y afeminada—. ¿Qué coño quiere decir con eso? No, lo que pasa es que trama algo, pero es demasiado egoísta para compartir su secreto con nosotros. Se cree que es más lista que nadie.

—Eso es una locura —dijo Dave—. ¿Qué te lleva a pensar algo así? No parece de esa clase de persona. Lo encuentro demasiado, no sé, enrevesado.

—Todas las zorras son enrevesadas, colega, no se libra ni una. No me trago la pose esa de disminuida psíquica que nos está intentando vender, con esa actitud de vegetal. Sabe muy bien lo que hace y eso no me gusta. Todos los que estamos en este puto edificio deberíamos estar sonsacándole cómo coño lo consigue.

—Ella es nuestra salvadora, colega —dijo Dave.

—Sí, es nuestra salvadora, colega, y nosotros somos sus putos niños mimados. Sale y va por ahí como si nada, ¿qué pasa? ¿La protege un ángel o algo así? Sí, vale, es una persona, igual que nosotros, pero esconde algún puto secreto y estoy dispuesto a averiguarlo.

—¿Y cómo propones hacerlo?

—¿Sabes?, a veces eres tan arrogante que me dan ganas de machacarte, Mallon. Otra vez me vienes con el cuento ese de abogado de poca monta, otra puta vez, pero un día te voy a noquear de un puñetazo, puedes estar seguro.

—Dios mío, Eddie, ¿qué te jode tanto?

—Desde luego tú no, antes me la casco con dos piedras. Mira, sal de una puta vez de aquí, ¿vale? Quiero estar solo un rato y arreglar algunas movidas.

—Muy bien.

—Muy bien.

—Y así acaba el constante fastidio —dijo Abe, sentado al borde de la cama, al tiempo que le cogía la muñeca a Ruth, quien no tenía pulso ni respiraba. Estaba muerta. Abe suspiró, la agarró de la mano, entrelazó sus dedos con los de ella y relajó su postura. No la miraba a la cara, solo al espacio que tenía entre los pies, mientras formaba pliegues en la moqueta con la puntera de sus zapatillas y los alisaba con la suela—. Ay, *yaaaaaaahvé* —volvió a suspirar, alargando la palabra. Le apretó la mano. Llevaba años sin ni tan siquiera cogérsela. Hubo un tiempo en el que siempre iban de la mano, incluso tenían sus correspondientes posiciones. A él no le gustaba cogerle la mano izquierda, porque le daba la sensación de que le faltaba el equilibrio. Con la mano que tenía libre, se acarició su recién afeitada barbilla, en la que tenía un pedacito de papel higiénico pegado junto a una gotita de sangre. Tiró de él y lo

colocó con cuidado sobre la mesita de noche.

—Ay, Ruthie —dijo Abe, antes de volver a suspirar, algo que no dejaba de hacer, pues no era demasiado dado a mostrar sus sentimientos, a pesar de que no hubiera nadie delante, bueno, en cualquier caso, nadie con vida. Reticente, dirigió su mirada al rostro de Ruth, quien continuaba con los ojos abiertos, y, sin demasiado convencimiento, intentó cerrárselos con las puntas de los dedos, pero, a diferencia de lo que se ve en las películas, se le volvían a abrir. Incluso muerta, seguía llevando la contraria. La tapó con la sábana, sin saber qué debía hacer a continuación. ¿Decírselo a los demás? Se supone que debía hacerlo. No parecía probable que Ruth volviera a la vida, o a la no vida, eso queda a vuestra elección. Había muerto a la antigua, sin la intervención de los zombis. Estaba limpia, bueno, más o menos. Abe arrugó la nariz. Ruth se había, dicho de manera eufemística, vaciado, impregnando el aire de otro mal olor y las sábanas de algo peor. Qué poco típico de Ruth—. Ay, Ruthie, Ruthie, Ruthie.

Después de tanto hablar del panteón familiar, pensó él. Ruth había dado mucho el coñazo con su deseo de ser enterrada junto a sus padres y hermana. Además, había imaginado que él moriría antes que ella. Menuda idiotez lo de la intuición femenina. ¿Qué se suponía que debía hacer en ese momento? A ella le hubiera gustado un discurso panegírico o algún otro tipo de oficio religioso. Ella tenía la esperanza de que le recitaran el kaddish del Doliente, en hebreo, nada menos, pero él, desde su ceremonia Bar Mitzvá, se había olvidado de casi todo. ¿Tendría Ruth algún libro de oraciones guardado por algún sitio? Era probable, porque creía recordar que la vio birlar uno en el funeral de su hermana. Ojalá se tratara de una transcripción fonética. En fin, luego lo buscaría. Si quería respetar sus deseos, lo que parecía ser lo correcto, por estúpido que pareciera, absurdo incluso, así tenía que ser. Él no recitaría los cinco rollos completos, pero haría todo lo posible por tener en cuenta sus peticiones. Abe dirigió su mirada al otro lado del dormitorio, para ver su reflejo en el espejo del tocador de Ruthie.

—*Avel*, ¿qué puedes hacer? —dijo Abe con una graciosa mezcla de acentos. En el judaísmo, el doliente recibe el nombre de *avel*. Tenía que admitir que se había tratado de un juego de palabras poco ingenioso que no le proporcionó consuelo alguno—. Otro cheque de la Seguridad Social desperdiciado. —Una vez más, el chiste no le sirvió de gran ayuda. Estaba bombardeando con sus chistes a un público inexistente. Ellen, Hannah y David nunca se habían reído de ellos, ni tampoco sus hijos varones, y a Ruth rara vez le habían hecho gracia. Llevaba siglos sin hacerse el gracioso, con la excepción del chiste malo del camarero que contó en la festiva cena de la azotea. Todos los demás del edificio habían vuelto a oír música y a ver vídeos, pero a él esas pequeñas pantallas le hacían daño a la vista. La mayoría de la música que tenía Abe eran discos de vinilo, pero haría lo que fuera por poder escuchar algunos de los de humor, la mejor medicina que hay.

Con las piernas temblorosas, Abe se dirigió con dificultad al salón, se dejó caer

en su raído sillón tapizado y abrió las sucias cortinas con motivos florales y las polvorientas persianas venecianas. Un *déjà vu* detrás de otro, aparte de sentirse hecho polvo e invadido por el cansancio y un profundo dolor.

Otro *déjà vu*.

Ver algún número del cómico Myron Cohen estaría bien.

La puerta del apartamento 2B estaba siempre abierta, ya que Mona entraba y salía del edificio a través de él. Desde que eligiera como residencia el 2A, tenía la costumbre de cerrar la puerta con llave, sobre todo cuando se ausentaba para hacer los recados. Todo el mundo estaba de acuerdo en que tenía derecho a su intimidad y seguridad, además, los demás tenían siempre las suyas cerradas con llave, así que ¿por qué no iba a hacerlo ella?

Los nudillos de Karl apenas rozaron la puerta de Mona. Sus golpes eran tan débiles que incluso a él le costaba oírlos. Tenía la barbilla clavada en el hueco de su clavícula y el labio inferior le temblaba por el asco que sentía hacia su persona. Le costaba tanto armarse de valor para acercarse a ella. *Bueno, claro, ¿quizá sea porque creo que es una especie de ser divino o de ángel terrenal o, al menos, algún tipo de santa o qué se yo qué más?* Era algo absurdo, no que Mona pudiera poseer algunos poderes sobrenaturales, sino el hecho de quedarse petrificado. *Mona es una persona apacible*, se dijo Karl. La verdad es que era la encarnación de la tranquilidad y nada parecía perturbarla, ni siquiera las criaturas de fuera.

A Karl se le pusieron los pelos de punta.

Ni siquiera las criaturas de fuera.

Había un aspecto que nunca había tenido en cuenta. Era probable que los monstruos del exterior se apartaran de su camino, no porque tuviera la gracia del Espíritu Santo, sino por ser una enviada de Lucifer, y que sus subalternos supieran que no debían bloquearle el camino ni, mucho menos, devorarla. Tenía sentido. Todos los del edificio se encontraban a las puertas de la muerte. Estando hambrientos, deshidratados y debilitados, y de repente llega esta bella e inmaculada joven, la tentación hecha carne, ofreciendo toda clase de comodidades profanas. Era probable que en las últimas horas de sus vidas, los habitantes del número 1620 hubieran encontrado la forma de volver a reconciliarse con Dios, pero allí estaba esa serpentina intrusa, que había sido enviada para ensombrecer un posible momento de claridad espiritual.

Vestía de negro.

Hasta llevaba las uñas pintadas del mismo color. Para colmo, lo que más le gustaba era el heavy metal. *Ay, Jesús, pensó. Ay, Dios mío. ¿Cómo se le podía haber pasado por alto algo así?* Todos estaban tan cegados por sus regalos que no se daban cuenta de quién era en realidad ni para qué había venido: ¡Era Lilith!, la reina de los demonios, y si no con letras mayúsculas, pues en minúscula, *lilith*, que significa viento, aunque eso no mejoraba las cosas. Hasta su apellido era sospechoso: Luft. Luft significa aire en alemán, un nombre peliagudo. Sin embargo, la personalidad de

Mona parecía más ligera que dicho elemento. El aire era un sustentador de vida. Los estaba manteniendo a todos, vivos físicamente, pero muertos desde un punto de vista espiritual.

Por fin había descubierto su engaño. ¡Había visto la luz!

Y ahora era su cometido contárselo a los demás.

El cuerpo desnudo de Ruth yacía sobre la cama de ambos, envuelto en una sábana blanca limpia, como mandaba la tradición judía. Era lo mínimo que podía hacer, dado que tendría que verse privada de la caja de pino. Entonces, recordó vagamente que en estos casos no empleaban ataúd, sino que el cadáver se colocaba boca arriba y se tapaba con bloques de cemento, aunque no estaba del todo seguro. Muerto de calor, vestido de luto y con una corbata que le oprimía el cuello, Abe acariciaba los «restos mortales» de Ruth, mientras se mordía el labio inferior.

Se había deshecho de las sábanas y la funda del colchón que ella había ensuciado, y los había limpiado lo mejor que había podido, camuflando el hedor residual con abundantes cantidades de ambientador Glade. No era una tarea agradable, y su opinión acerca del personal de las funerarias comenzó a ser más favorable, después de lo difícil que le había resultado preparar el cuerpo. Ya no parecía Ruth. Resultaba extraño cómo una vez que la fuerza vital abandonaba el cuerpo, este dejaba de parecerse a su anterior ocupante. Sin duda, el rostro era el mismo, pero la flacidez borraba todo rasgo de humanidad. Sus ojos continuaban abiertos, maldita sea, y estaban vidriosos. Tenía la mandíbula colgando e inclinada en un extraño ángulo. Se trataba de una imagen perturbadora. Abe no creía en la existencia del alma, pero la muerte había transformado a Ruth, quien, a pesar de estar algo feúcha, era la paz personificada. El cuerpo había renunciado a su fuerza motora y vital y, como resultado, ya no tenía el aspecto de la venenosa cotilla en la que se había convertido con el paso de los años. Tan sencillo como eso.

Había dado la noticia a los demás. Ellen y Alan le dijeron que asistirían al oficio *ad hoc* de Abe, al igual que hicieron Dabney y Karl, aunque no le sorprendió que el hijo de puta del italiano no mostrara el más mínimo atisbo de comprensión ni respeto. Al menos, su amigo mariquita le había dado el pésame, aunque solo fuera de boquilla. Lo que sí le sorprendió fue que la primera en llegar hubiera sido Mona, quien no había mostrado empatía alguna cuando Abe le dio la noticia de la muerte de su esposa. Sin embargo, en esta ocasión, su habitual ropa de color negro parecía la adecuada, así como la ausencia de sus auriculares.

—Mona —dijo Abe, al tiempo que la conducía al salón—. Gracias por venir.

—Ajá —dijo ella, aunque no pareció nada maleducado. Sencillamente era su forma de ser.

—¿Puedo, este..., te apetece beber algo? ¿Agua?, ¿zumo?, ¿agua de Seltz? —Abe se sintió extraño al ofrecerle las provisiones que ella misma había proporcionado, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—No, gracias. —Mona se rascaba una oreja, no había duda de que se sentía desnuda sin sus cascos. Transcurrieron unos momentos de silencio, Abe plantado allí

ante su triste pérdida y Mona mirándose los pies.

—¿Sabes una cosa? —dijo Abe—. Yo fui el único del edificio que tuvo que pasarlas canutas hasta llegar aquí cuando, cómo expresarlo, cuando comenzó la plaga de los zombis. Es cierto, los demás estaban en casa o cerca de ella, pero yo estaba en mi lugar de trabajo, cuando empezó a armarse la gorda. Como ya sabes, se propagó como un incendio fuera de control, pero logré llegar a casa desde el distrito del sector textil, lo que equivale a una distancia de aproximadamente cinco kilómetros. No podía permitir que Ruthie se enfrentara a esto sola. Ay, qué asustada estaba. Claro, era lógico. A pesar de que no fuera una mujer fácil de llevar, la quería. Es probable que no se lo demostrara lo suficiente, sobre todo últimamente, pero es así.

—Ajá.

Mona se sorbió la nariz ruidosamente y, por un momento, Abe pensó que esa tragedia a escala humana la había afectado, que se sentía conmovida, pero se equivocaba, se trataba de una simple congestión nasal. Ella se quitó la mochila y abrió uno de los bolsillos laterales.

—Esto... ¿me das el agua que me habías ofrecido?

—Claro, querida. —¿Querida? Abe parpadeó unas cuantas veces, mientras se dirigía a la cocina para servirle un vaso. ¿Querida? Aunque en lo único que Mona se parecía a sus hijas era en el color de pelo, le recordaba a ellas. Allison y Hannah, sus bellezas morenas, las cuales habían heredado su color y no el de Ruth. Abe volvió al salón y le entregó el vaso a Mona, quien lo aceptó con un simple movimiento de cabeza, antes de meterse en la boca dos comprimidos y tragárselos con el agua a temperatura ambiente.

—¿Tienes alergia? —le preguntó Abe.

—No.

—Este... ¿te has encontrado alguna vez con algún superviviente en alguna de tus salidas? ¿Con algún otro enclave como el nuestro?

—No.

Su respuesta monosilábica quedó suspendida en el aire como si se tratara de un leve e inquietante olor, hasta que fue dispersado por la llegada de Ellen, Alan y Karl. Más tarde, apareció Dabney y, para su sorpresa, el mariquita. Todos le expresaron sus condolencias con apretones de manos, así como un par de abrazos y un beso en la mejilla por parte de Ellen. Teniendo en cuenta que Ruth no era precisamente una persona demasiado querida, ni siquiera caía bien, el número de asistentes fue muy satisfactorio. Ella se habría sentido muy complacida. Después de las cortesías y demás monsergas, propias del momento, se dirigieron al dormitorio y Abe sacó el pequeño folleto con las oraciones. Con aspecto de estar algo avergonzado, Abe se puso las gafas de leer y carraspeó. Nunca le había gustado hablar en público.

—Muy bien. Os agradezco a todos vuestra asistencia. Sé que ya os lo he dicho, pero de todas formas os vuelvo a dar las gracias. Esto habría significado mucho para Ruth. Muy bien —volvió a carraspear—. Muy bien. A ver, voy a leer esta breve

oración, aunque no me hacen demasiada gracia todas estas estupideces. En fin, me saltaré los preliminares e iré al grano. Os pido disculpas, y también a Ruthie: no puedo hacerlo en hebreo porque no me acuerdo de cómo era. —Abe alisó el códice y volvió a carraspear. Debido al sudor, el traje se le estaba oscureciendo en los sobacos y en la espalda, como si eso importara—. Muy bien...

»Exaltado y santificado sea su gran nombre, amén. En este mundo de su creación que creó conforme a su voluntad; llegue su reino pronto, germine la salvación y se aproxime la llegada del Mesías, amén. En vuestra vida, y en vuestros días y en vida de toda la casa de Israel, pronto y en tiempo cercano. Amén.

»Bendito sea su gran nombre para siempre, por toda la eternidad; sea bendito, elogiado, glorificado, exaltado, ensalzado, magnificado, enaltecido y alabado su santísimo nombre, por encima de todas las bendiciones, de los cánticos, de las alabanzas y consuelos que pueden expresarse en el mundo. Amén.

Que mogollón de gilipolces, pensó Abe, mientras todos decían a coro «amén» en voz muy baja. Así sea.

—Mirad, se supone que en los funerales judíos se deben llevar a cabo toda clase de estupideces, pero afrontémoslo, no estamos equipados, así que he hecho lo que he podido. En cualquier caso, ninguna de esas paparruchas tiene ya sentido alguno. Preferiría ensalzar a Ruth mentalmente y evitar así el discurso, porque me resulta demasiado difícil. Ninguno de vosotros conocisteis a Ruthie en su mejor momento, sino más bien todo lo contrario, hablando con franqueza. Pero creedme, en otros tiempos, Ruthie era una señora muy dulce, aparte de ser una belleza y una buena madre, puede que algo autoritaria, pero era buena. En cualquier caso, se supone que se debe organizar un cortejo fúnebre y todo ese follón, pero olvidadlo, porque ni siquiera me acuerdo de qué se hace primero, si el tabernáculo para orar o el ritual para rasgarse las vestiduras. Sin el lugar apropiado para ayudarme a orientarme, me siento perdido.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos, Abe? —le preguntó Dabney, quien quizá por ser el mayor de la habitación, después del anciano, tuviera alguna noción de lo absurdo y lo solemne de la situación.

—Solo quiero que saquéis el cuerpo de Ruthie de este edificio. Sé que enterrarla o incinerarla está fuera de nuestras posibilidades, por lo que lo único que os pido es que os deshagáis de su cuerpo de la forma más digna posible, pero yo no quiero verlo, preferiría mentirme a mí mismo y creer que ha recibido la despedida que merecía.

—De acuerdo, Abe. Cuenta con ello.

Abe se sentó en el banco tapizado situado frente al tocador de Ruth y observó cómo Dabney y Alan levantaban el cadáver amortajado de la que había sido su esposa durante cuarenta y ocho años. Cinco minutos más tarde, arrojaron su cuerpo desde la azotea del edificio situado más al norte, como si fuera un marinero que hubiera perecido en el mar. Esa azotea daba a otra, en lugar de a la calle, por lo que su cuerpo no sería profanado y podría descomponerse en paz.

Apoyado sobre del tocador de Ruth, Abe se sujetaba la cabeza con las manos, mientras una profunda pena comenzaba a hacerse latente. Los coloretos, linimentos, pinturas y demás parafernalia, perfectamente ordenados sobre la mesita, le recordaron todos los esfuerzos que hacía su esposa por parecerle atractiva, antes de que todo se fuera al garete. La nariz comenzó a moquearle, aunque no vertía lágrimas. Se la sorbió y se masajeó la cabellera. Su esposa, sus hijos, sus nietos, ya no le quedaba nadie. Volvió a sorberse la nariz y cerró los ojos.

—¿Tienes alergia? —dijo una suave voz femenina.

Abe dio un respingo y casi se cae del banco. Pensaba que se encontraba solo, pero allí estaba Mona en la entrada, agarrando su infantil mochila.

—¿Cómo? —dijo Abe.

—¿Que si tienes alguna alergia? Te lo pregunto por la mucosidad.

—No, no tengo alergias, es solo angustia —le contestó Abe, con cierto sarcasmo —. ¿Tienes algo para eso?

El lugar de parecer ofendida o mostrar alguna emoción reconocible, Mona abrió la mochila y comenzó a hurgar en su interior.

—Valium. Prozac. Paxil. Zoloft. Wellbutrin. Parnate. Nardil. Effexor.

Después de no haber soltado ni cinco palabras seguidas durante el último mes, acababa de recitar una larga lista de antidepresivos polisílabos. Abe se limpió la nariz con un pañuelo de papel y dirigió su mirada a Mona, quien, agachada junto a la puerta, continuaba hurgando en su mochila de Hello Kitty, la cual le recordó a Abe a los petos para la nieve de los bebés. Cuanto más la miraba, más le recordaba a su nieta. Danielle no había sido tan flemática, pero se tomaba su adolescencia con bastante seriedad y trataba de ser todo lo huraña y antisocial como le fuera posible. Abe la echaba de menos.

—¿Tomas muchas de esas pastillas? —le preguntó Abe.

—No muchas.

—¿Qué entiendes tú por «no muchas»?

—Las que necesito. ¿Quieres alguna?

—Sí, creo que probaré con una Zoloft.

—Tarda en hacer efecto.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de semanas.

—¿Y las otras?

—Un par de semanas, puede que más.

—Bueno, no importa, me las arreglaré.

—El Valium actúa a mayor velocidad.

—De acuerdo, pues me lo tomaré.

Después de dos pastillas, Abe se quedó completamente frito y narcotizado en el mismo lugar en el que el cuerpo de Ruth había yacido. Dormía tan plácidamente como un bebé.

—No puedo creerme que estés pensando en tenerlo —dijo Alan, tratando de parecer lo más razonable y objetivo posible.

—¿Y por qué no?

—¿Que por qué no? —Alan tenía tantos motivos a su disposición que le costaba encontrar las palabras. ¿Cómo podía ser posible que pensara en llevar su embarazo a término? Incluso le sorprendía que hubiera podido quedarse embarazada. Además, cabía la posibilidad de que el niño ni si quiera fuera suyo, aunque ¿qué coño importaba eso? Fuera suyo, de Mike o de quien fuera, no era el momento oportuno de traer un bebé al mundo. Él se daba golpecitos en la rodilla con la prueba de embarazo casera—. ¿Que por qué no? A ver, quiero expresarlo con claridad. No quiero ser condescendiente ni ofensivo ni nada por el estilo, porque eres una mujer inteligente y...

—Ya estás siendo condescendiente. Si vas a darme el coñazo con lo terrible que es la situación ahí fuera, ahórratelo. Ni estoy ciega ni soy estúpida. Soy completamente consciente del estado en el que se encuentra el mundo.

—Entonces, ¿cómo puedes justificar un acto tan egoísta? ¿Cómo eres capaz de pensar ni siquiera mínimamente que tener un bebé es una buena idea? Anda, explícamelo. De verdad, estoy deseando escuchar tus pretextos, porque eso es lo único que van a ser, pretextos. ¿Qué coño estoy diciendo? Lo siento, pero no tiene ninguna justificación, ninguna. Olvida lo que te acabo de decir, no quiero oírlos, porque seguro que tendrán que ver con el irracional deseo femenino de procrear. ¿Acaso necesitas que alguien te quiera de una forma incondicional? Es el colmo del egoísmo.

—¿Quién ha dicho nada de eso? ¡No empieces a tergiversar mis palabras!

—Entonces explícamelo. Lo siento, quizá esté totalmente equivocado. Por favor, acláramelo.

Ellen le dio un bofetón en la cara.

—Me estás tratando con una total condescendencia, gilipollas.

—No era mi intención —dijo Alan, mientras se frotaba la mejilla por el escozor y reprimía la tentación innata de contraatacar—. Es un momento muy tenso. Anda, tranquilicémonos.

Ellen se sentó, nerviosa, mientras miraba a Alan con un desprecio hasta entonces desconocido. Estaba claro que él consideraba que ella estaba bien para follar, pero, como para la mayoría de los hombres, solo si el polvo no tenía consecuencias. Alan no parecía haber puesto ninguna objeción a la hora de metérsela sin condón. ¿Qué pasaba?, ¿es que creía que ella estaba tomando precauciones? ¿Acaso no hacían la mayoría de los hombres que fueran las mujeres las que cargaran con esa

responsabilidad? Al principio, Alan le había parecido muy distinto a los demás, pero en ese momento comenzaba a dudar. Desde que Alan recuperara comodidades como el vídeo, había estado menos pendiente de las necesidades de Ellen. Había veces que el sexo le resultaba tan coñazo que ella lo tenía que convencer, ya que Alan prefería ver películas y programas de humor.

Y con respecto a Mona, por el momento estaba posando vestida, pero ¿cuánto duraría eso? Al principio, sería una modelo «inocente» y completamente cubierta, como dicen los artistas, pero luego, cuando se acostumbrara a posar, llegaría la proposición de sesiones sin ropa. Entonces, el artista (Alan había desarrollado su propia teoría acerca de la extrema obsesión por el sexo de los artistas, durante una de sus charlas en la cama después de un coito) intentaría seducir a su presa y listo; Alan se follaría a Mona. ¿Cómo sería en pleno orgasmo? ¿Podría si quiera sentir pasión? ¿Se convertiría de repente en una cotorra? ¿No sería para partirse de risa? ¿O se quedaría allí tumbada como un cadáver? Quizá a Alan le gustara eso.

—Tú no tienes ni idea de lo que se siente —dijo Ellen, con cierto misterio.

—Tienes razón, no la tengo.

—¡Perdí a una hija! ¿Sabes lo que eso significa?

Es probable que el hecho de que Alan hubiera vivido tres abortos no contara, así que no dijo ni pío.

—No, por supuesto que no.

Ni a Mike, el padre de su bebé, le había afectado psíquicamente su muerte tanto como a Ellen. Sencillamente, los hombres no podían sentir ese vínculo que sienten las madres. Para los hombres, la procreación se reducía a eyacular y punto.

—¿Es que la raza humana va a tirar la toalla? —gritó Ellen—. Como decía Peggy Lee en su canción, ¿es eso todo lo que hay? No me lo puedo creer. Esas criaturas de ahí fuera no pueden seguir en movimiento eternamente con el estómago vacío. Algún día empezarán a caer, y ese será el momento de construir algo nuevo y repoblarlo. Alan, la misión de todo ser vivo es perpetuar su especie, ¿tan malo es eso?

—No es que sea malo, pero ¿hasta qué punto estás dispuesta a arriesgarte? ¿En qué te basas para ser tan optimista? ¿Ves a esos monstruos como algo transitorio? Es probable que tengas razón, y confío en que así sea, pero desde su llegada no han mostrado indicio alguno de que vayan a desaparecer. Está claro que se están pudriendo, ¡coño, el hedor es evidente!, pero no se mueren, a no ser que se emplee la fuerza. Quizá viera de otra manera lo que pretendes hacer, si estuvieran desplomándose ahí fuera, pero no lo están. No lo están. ¿Es que no puedes esperar? ¿Acaso no sería un compromiso razonable? Podría hacerme a la idea de ser padre con mayor facilidad si no pensara que tener un hijo en este momento supone la forma más deleznable de maltrato infantil.

—¿Y quién te ha dicho que tú seas el padre? Quizá el niño sea de Mike, en cuyo caso, es lo único que me queda de él. Además, ¿cómo voy a deshacerme del bebé?

Alan no sabía qué contestar, además no tenía sentido seguir discutiendo. Se

inclinó y le dio a Ellen un tierno apretón en la rodilla. ¿Se estaba rindiendo en silencio o la estaba animando a seguir adelante? Ellen se reclinó en el sofá y comenzó a cantar en voz baja:

—«¿Es eso todo lo que hay, es eso todo lo que hay...?».

—No pueden durar eternamente —dijo Abe, en un tono de voz suavizado por las pastillas.

Alan caminaba de un lado para el otro en casa de Abe, asomándose de vez en cuando por la ventana para observar a la muchedumbre.

—Pues díselo a ellos —dijo el más joven, quien estaba nervioso debido a la conversación que había mantenido con Ellen—, porque tengo la impresión de que no se han enterado.

—Al final, se quedarán en nada. Es probable que yo no esté para verlo, pero...

—Te vuelvo a decir lo mismo: díselo a ellos. No tienen pinta de que vayan a marcharse a ninguna parte. ¿Quién dice que vayamos a durar más que ellos? Llevan meses en movimiento con el estómago vacío. Exceptuando a Mike, ninguno de nosotros ha alimentado al rebaño. ¿Acaso crees que nos van a hacer el favor de caer muertos así por las buenas?

—Pues he visto a algunos hacerlo —dijo Abe—. No pueden seguir en movimiento para siempre. Además, si duramos más que ellos, podremos abandonar este edificio y marcharnos a otro lugar.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio, eso ahora carece de importancia, pero tienes que tener esperanza y ser optimista —dijo Abe.

Alan miraba al anciano desconcertado. Aunque no estaba dispuesto a revelar la noticia bomba del embarazo de Ellen, Alan había acudido allí para acompañar en el sentimiento al cascarrabias de su vecino y apoyar su oscura visión del mundo, sin embargo, era como estar conversando con el eterno optimista. Abe estaba sentado en su sillón, con la camisa abierta, enseñando un poco de su redondeada barriga por encima de sus pantalones desabrochados. La expresión de su rostro era artificialmente beatífica, parecía un esquelético Buda judío.

—Me vas a hacer reír —dijo Alan, completamente sorprendido—, pero no estoy seguro de que esté preparado para eso.

—¿Por qué?, ¿por qué te haría reír? La esperanza es la mayor baza con la que contamos. Es lo único que, como seres humanos, hemos tenido siempre y la única razón que nos hace salir de la cama cada mañana.

—No te reconozco.

—Tienes que tener esperanza —contestó el anciano.

—Como empieces a cantar, me pongo a gritar.

—Es por lo que me estoy tomando, pero no me importaría hacerlo.

—¿Lo que te estás tomando?

—Mona es una farmacéutica cojonuda. —Abe cerró los ojos, riéndose por dentro

—. Una farmacéutica cojonuda.

—Así que la he mandado a por un poco más de cuerda y algunas cosas más — dijo Eddie, con una artera sonrisa.

—¿Por qué? —le preguntó Dave.

—Se me han ocurrido algunas actividades para ocupar el tiempo libre, pero sobre todo quería que se quitara de en medio un rato, porque quiero echar un vistazo a su apartamento y cotillear un poco para ver si averiguo su secreto.

—¿Todavía sigues con esas? —preguntó Dave en tono de queja, al tiempo que reflexionaba acerca de lo turbias que podían ser las «actividades para el tiempo libre» que Eddie tramaba.

—Coño, pues claro que sigo con esas. Acabará yéndose de aquí, Einstein, abandonará esta residencia, solo está aguantando, colega. Lo sé, lo presiento.

A Dave no le apetecía discutir, así que sorbió ruidosamente otra rodaja de melocotón en almíbar de la lata y empezó a darle vueltas con la lengua y los labios, con la esperanza de que la provocativa escena desbaratara el plan que Eddie se traía entre manos, pero lo único que consiguió es que Eddie le diera un bofetón por comer como un cerdo y saliera del apartamento. Dave se bebió de un trago el resto del almíbar, siguió a Eddie al pasillo y ambos bajaron las escaleras. Dos plantas más abajo, Eddie se puso una pequeña linterna entre los labios, apuntó con ella al cilindro superior de la cerradura de Mona y comenzó a manipularla con algunas herramientas alargadas y finas.

—¿De dónde las has sacado? —le preguntó Dave.

—Las tenía —dijo Eddie, arrastrando un poco las palabras, al tener la linterna en la boca—. Habla en voz baja, no quiero que el resto de gilipollas del edificio me pillen con las manos en la masa. —Y tras decir eso, la cerradura se abrió—. Jodidas cerraduras Yale —dijo Eddie con una sonrisa de suficiencia, mientras se quitaba la babeada linterna de la boca—. Si hubiera sido una Medeco, no habría conseguido abrirla.

Abrió la puerta y ambos se colaron dentro. Dave no se sentía como un delincuente experto y profesional, sino rematadamente tonto, o algo aún peor. El apartamento estaba prácticamente igual que antes de que Mona lo hubiera ocupado, la única diferencia era que había trasladado el sillón reclinable del Señor Spiteri a la ventana izquierda que daba a la calle. También había por esa zona varios cedés desparramados, algunos en sus cajas y otros sueltos. En el alféizar de la ventana, se podían ver varios ordenados al azar, algunos incluso con la cara de lectura hacia arriba. Eddie dijo burlándose:

—Estas zorras no saben cuidar los cedés. —Levantó uno del alféizar y observó la cara grabada—. Mira qué mierda. Está lleno de muescas y huellas. ¿Te acuerdas de Gina Copaseti? Nunca trataba bien estas movidas. Le dejé mi colección de cedés de los Bee Gees y me la devolvió como si se la hubiera metido a un elefante por el culo. Yo, por añadidura, le metí otra cosa por el suyo para devolvérsela con creces.

—Pero ¿qué es lo que estás buscando, Eddie? —le preguntó Dave, en un tono de nerviosismo e impaciencia.

—Oye, no tienes por qué estar aquí —le soltó Eddie con brusquedad—. No tengo ningún problema en llevar a cabo esta investigación yo solo. Si quieres ayudarme, genial, pero si vas a darme el coñazo como si fueras una mujer, pírate, ¿vale? No me hace ninguna falta que me des el rollo.

Tras un par de rápidos recorridos por el apartamento, Eddie comenzó a explorar a fondo, abriendo cajones, hurgando en ellos y cerrándolos decepcionado, al ver que no encontraba nada fuera de lo normal. Aunque nunca había estado allí, tenía la ligera sospecha de que todo seguía igual a como Spiteri lo había dejado, aunque ni siquiera sabía nada de él, porque su edificio tenía otro portero. Aparte de las herramientas propias de un portero y la ropa de la familia Spiteri, entre otros trastos típicos de las clases más bajas, no encontró nada más en los cajones.

—Venga, Eddie, Mona volverá pronto.

—¿Y tú cómo coño lo sabes? A veces, no vuelve en horas o hasta al día siguiente. Pero si no hace ni una hora que se ha marchado. Una queja más y El Cometa te manda a la mierda para siempre, colega. Te lo digo en serio, o me ayudas o te abres, tú eliges.

Eddie abrió uno de los armarios del pasillo y empezó a hurgar en él, diciendo palabrotas por lo bajo, cuando una pequeña avalancha de cajas de zapatos le aporreó la cabeza.

—¡Tu puta madre! —gritó, antes de taparse la boca y maldecirse por haber montado tanto escándalo. Después de abrir numerosas cajas, no encontró nada fuera de lo normal—. Solo hay zapatos —refunfuñó, mientras las volvía a colocar en la estantería de arriba. Juegos de mesa para los estúpidos de los extranjeros, un balón de fútbol viejo, un horno eléctrico hecho polvo, dos bolsas de basura llenas de ropa raída; solo había mierdas, pero estaba claro que ninguna de ellas pertenecía a Mona.

Eddie entró en el dormitorio y encendió la linterna solar de *camping*. La cama estaba perfectamente hecha, con las esquinas tan estiradas como las de los hospitales, lo que quería decir o que Mona tenía habilidades para las labores domésticas, algo que parecía poco probable, o que no dormía en su cama. Quién podía saberlo, quizá la rarita ni siquiera se echara un sueñecito. Con menor entusiasmo, Eddie abrió los cajones del tocador para husmear, pero lo único que encontró fueron cosas innombrables y ropa de diario del inquilino anterior. Había una caja de condones requetecaducados, pero Eddie se los agenció. Qué derroche de...

—Oye, Eddie —dijo Dave con un susurro—. Echa un vistazo a esto.

Eddie entró en la pequeña cocina y se encontró a Dave subido en la encimera con una movida rugosa y brillante en las manos. Se trataba de un blíster con pastillas.

—¿Medicamentos? —preguntó Eddie, mientras se le las arrebatava de las manos a Dave.

—Sí, son medicamentos —dijo Dave, en voz baja—. Pero mira esto —abrió el

armario de arriba y estaba plagado de blísteres idénticos y otros parecidos, así como de tarros de distintos tamaños. Eddie dirigió su mirada al mogollón de fármacos, consciente de que sus sospechas quedaban confirmadas, pero enfadado al mismo tiempo por no haber encontrado antes la mercancía.

—¿Ves?, te lo dije —le espetó—. ¿Lo ves?

—Lo que veo son muchos medicamentos, Eddie, pero ¿qué nos dice eso acerca de Mona? ¿Que es adicta? Eso explicaría lo colgada que va siempre, pero...

—Pero, pero, pero, pareces una puta Vespa. Quizá nos lo diga todo acerca de ella, colega. Podría...

Los dos intrusos se quedaron helados, al oír el radioteléfono casero que anunciaba la llegada de Mona.

—¡Coño, qué rapidez! —dijo Eddie furioso, mientras se metía las pirulas en los pantalones.

—¿No deberíamos volver a dejarlas en su sitio?

—Y una mierda. Quiero saber qué coño es esto. Ni que las fuera a echar de menos.

—Pero...

—Déjate de peros. Tendremos que escondernos, mientras la estén ayudando a subir, ¿cómo vamos a salir de aquí sin que nos vean?

—No podemos quedarnos aquí esperando a que vuelva —dijo Dave, sudando.

—¿No me digas?, pero ¿qué te acabo de decir?

Dave apoyó la oreja en la puerta y, cuando el ruido de las pisadas dejó de oírse, se asomó por la mirilla y se giró hacia Eddie con los dedos pulgares hacia arriba. Al abrir la puerta un poco, Dave se sintió como un ladrón de esas antiguas comedias de cine mudo. Al parecer, todos se encontraban en el apartamento vecino, y pudo oír cómo Alan llamaba a Mona. Dave y Eddie salieron al pasillo.

—¿Qué estáis haciendo en casa de Mona? —les preguntó Karl, quien estaba plantado en la parte del rellano que se encontraba fuera del campo de visión de la mirilla, agarrando con fuerza su Biblia. Eddie tuvo la tentación de arrebatársela, darle un buen cocotazo a la puntiaguda cabeza de Karl y gruñir: «¿Y a ti qué coño te importa, enano?», pero luego se lo pensó mejor y se inclinó sobre Karl, a fin de dejarle clara la diferencia de altura y fuerza muscular (Eddie había descubierto que la intimidación física era a menudo más eficaz que la verbal), esbozó una sonrisa burlona y dijo con tono de matón:

—Bajo ningún concepto hemos estado aquí, *capisce?* —Karl asintió con la cabeza—. *Bene* —dijo Eddie, mientras él y su compatriota subían las escaleras—. *Moltobene*.

Alan no compartía el optimismo de Ellen, si se podía llamar así.

Como mucho, le reconfortaba la hipótesis de que fueran los últimos de su especie. El reino del hombre, el error más garrafal de la naturaleza, estaba tocando a su fin, pero el hecho de ser consciente del final de tu propia especie y de pertenecer a la última generación era todo un honor. Los dinosaurios no sabían que se iban a extinguir. Alan no sentía demasiada lástima por la desaparición de la raza humana, y aunque fuera una pena que todas sus magníficas contribuciones (arte, literatura, arquitectura y ciencia) acabaran por desintegrarse por completo con el paso del tiempo, la idea de que la tierra se librara de la influencia del hombre y que el planeta pudiera recuperarse y convertirse en un lugar más limpio por sí mismo resultaba alentadora, sin duda mucho más que dar a luz a otro estúpido ser humano, mezquino e inútil. Sin embargo, si quería continuar llevándose bien con Ellen, o mejor dicho, volver a hacerlo, lo cual era su deseo, tendría que apartar de su mente esa clase de pensamientos.

O al menos suavizarlos.

Empapó su pincel en un poco de aceite de linaza y analizó a su modelo. Mona estaba sentada en un taburete situado en medio de las ventanas que daban a la calle, con una pierna apoyada sobre el reposapiés y la otra colgando a unos centímetros de distancia del suelo. Aunque estaba completamente vestida, ya que a Alan no le apetecía volver a cabrear a Ellen, su modelo estaba descalza y, una vez más, Alan luchaba por no empalmarse con las suntuosas pantorrillas de Mona. No obstante, en ese momento, lo que más le excitaba eran sus bonitos pies. La mayoría de los que había visto, ya fueran de hombre o de mujer, eran funcionales y poco atractivos, meros conjuntos de articulaciones, tendones y nudos muy marcados, a menudo, ásperos y plagados de callos. Sin embargo, los de Mona eran todo lo contrario. Sus empeines eran tan tersos como los de una muñeca y parecían prácticamente los de una niña. ¿Cómo podía una chica que caminaba tanto tener unos piecillos tan bien cuidados?

De repente, Alan tuvo una erección espontánea, lo que provocó que se encogiera de forma involuntaria. Llevaba puesta una camisa extra grande a fin de disimular cualquier tipo de protuberancia, pero aun así se le notaba. Si las extremidades inferiores de Mona causaban en él tal efecto, ¿qué pasaría cuando la viera totalmente desnuda? Durante toda su adolescencia, jamás se había corrido con los pantalones puestos, ni durante ningún sueño erótico, y ese no era el momento de experimentar una regresión, así que se concentró en la técnica y en la ejecución, mientras aplicaba unas pinceladas diestras y provocativas, aunque no demasiado de lo segundo. Qué pena que ninguna persona destacable pudiera contemplar su obra. Él siempre había

sido un artista modesto, al haber sido educado en la creencia de que la humildad constituía una virtud. Sin embargo, esa actitud no le había aportado nada de nada. Nunca había sido elogiado públicamente, ni lo sería. Tampoco es que la creación artística tuviera nada que ver con eso, sino que, bueno, sí, claro que tenía que ver. No había duda de que el arte por el arte era algo puro, aunque también podía considerarse una especie de masturbación de categoría elevada. Ellen pensaba que era un genio y, aunque fuera la única, su opinión le importaba, a pesar de que estuviera enfadada con él.

La erección le dolía.

Alan dejó de mirar el lienzo y dirigió su mirada a la pared en la que se encontraban la mayoría de sus trabajos. Entre la gran cantidad de los dibujos de los zombis, había colgados seis retratos de Mona de proporciones considerables. De manera inconsciente, había alejado a los zombis de esos cuadros, lo que ponía de manifiesto el antiguo precepto de que el arte debía imitar a la vida real. Los zombis. Mona. Estaba claro que estaba viva, pero a pesar de su atractiva apariencia carecía de vitalidad, y sus ojos, similares a los de los reptiles y los insectos, eran tan inexpresivos como los de los muertos vivientes que deambulaban por las calles. Aun así, su erección persistía. Alan trató de hacerla desaparecer, pensando en cosas repugnantes, pero ¿había algo más asqueroso que sus propias vidas? En otros tiempos, cuando se encontraba en una situación similar, pensaba en gusanos, en melones podridos y en animales atropellados en estado de descomposición.

Aunque en ese momento, todo eso le parecía bastante inocente.

—¿Y por qué no? —le preguntó Eddie, intentando no parecer un quejica llorón. Mona se encontraba de pie frente a él, implacable. Su negativa a dar explicaciones (¿o se trataba de incapacidad para hacerlo?) era todavía más exasperante que el hecho de que se negara a satisfacer esa sencilla y razonable petición. Les había traído de todo, ¿a qué venía ahora ese repentino veto? No tenía sentido. Eddie se limpió la frente, mientras miraba incrédulo a ese pequeño, aunque inamovible, pedazo de carne con ojos. Entonces parpadeó, al sentir que una molesta gota de sudor se le metía en el ojo.

—Nada de armas —repitió ella.

—Pero, venga ya. Es una buena idea, y lo sabes.

—No es una buena idea.

—Pero podríamos quitárnoslos de en medio y dejarte el camino libre antes de lo previsto.

—No lo necesito.

—Es probable que hasta nosotros pudiéramos salir, ¿has pensado alguna vez en eso?

—Nada de armas.

—Muy bien, hablaremos de eso más tarde, quizá lo sometamos a votación. ¿Crees en la democracia o eres una especie de...? —Entonces Eddie se detuvo. ¿Cómo iba a

llamarla?, ¿roja? Ese apelativo parecía algo pasado de moda—. Es posible que los demás puedan convencerte.

—No.

—Muy bien.

—Muy bien —dijo Mona, sin alterar el tono de voz ni mostrar el más mínimo ápice de altanería. Qué poco le gustaba eso a Eddie, quien le dio la espalda y comenzó a subir las escaleras con fuertes pisadas, deteniéndose un segundo para aporrear la puerta de Dave y gritar:

—Dave, coge tu equipo, ¡nos vamos de pesca!

En la azotea, Dabney roncaba, se estaba echando un sueñecito debajo de su cobertizo. Eddie no alcanzaba a entender por qué había optado por vivir al aire libre como un animal. *Puto negro, quizá fuera más feliz viviendo en un cocotero*. Eddie tenía el ceño fruncido, mientras aguardaba a Dave. *Puto Mallon*. Es posible que se haya hecho maricón, pero al menos aún sabe comportarse como un hombre, divertirse como un hombre, y lo que haga falta. El tema de las armas había puesto a Eddie de un humor de perros. ¿Por qué esa estúpida zorra no podía ver con objetividad la ventaja de hacerse con armas de fuego? ¿Qué le pasaba?, ¿es que le daban miedo? Con ellas, podrían hacerle mucho daño a esos putrefectos sacos de piel que deambulaban por las calles. ¿Acaso eso no era una ventaja? Venga ya, por favor. Eddie se acordó del pequeño encontronazo en su antigua pocilga. Haber dispuesto de un arma habría estado genial. ¡Pum!, y el hambriento zombi habría quedado reducido a una oscura y húmeda mancha.

—¿Qué pasa? —preguntó Dave, al poner los pies en la tela asfáltica.

—¡Silencio!, no quiero despertar al negro —susurró Eddie—. ¿Has traído la bolsa con el equipo?

—Sí, pero ¿para qué la quieres?

—El Cometa quiere practicar pesca deportiva, colega.

—¿Cómo?

Eddie le hizo señas a Dave para que lo siguiera a través de varias azoteas, hasta que llegaron a la situada más al sur. Eddie abrió la puerta y sacó dos carretes reforzados Penn.

—Con estas maravillas se puede pescar a un marlín de ciento cuarenta kilos —dijo Eddie, esbozando una sonrisa.

—¿Y?

—Pues que vamos a hacer una batida, Davy. Voy a enganchar a un zombi, colega.

Dave retrocedió unos pasos y comenzó a observar cómo Eddie montaba el carrete en la caña. Por una vez, no hacía demasiado calor, pero a Eddie le sudaba la frente a mares. Tenía los ojos desorbitados.

—Pescar a uno de esos hijos de puta será como sacar del agua un marlín, un pez vela o un tiburón. Colega, ¿te acuerdas de ese viaje de pesca que hicimos en Costa Rica? Pues lo mismo, solo que mejor.

—Eddie, tío, no sé, lo encuentro un poco extraño, ¿no crees? Quiero decir, ¿y si coges a uno de verdad? Además, ¿qué vas a usar como cebo?

—¿Me estás diciendo que no quieres que te clave en el anzuelo? Solo estoy quedándome contigo. Vale, vale, no necesito emplear ningún cebo, ¿vale? Puedo usar un lazo. Ay, tío, es la hostia. Qué fantástica combinación: la pesca y el linchamiento. ¡Llamémoslo pescaylincha! Ay, colega, es genial. ¡Genial!

Es una temeridad, pensó Dave. Eddie parecía más nervioso últimamente. Estaba algo acelerado, pero no de la cansina forma habitual, sino como aquella vez que se metió tres rayas de cocaína consecutivas en el aseo para hombres con uno de los comerciales en una fiesta de la empresa. Completamente colocado.

—Eddie, ¿has estado tomando esas pastillas que le birlaste a Mona?

—Déjate de hablar de pastillas, colega, y baja la voz, que no quiero que nos oiga el jodido negro.

—Has estado tomando, ¿a que sí? Pero si no sabes ni lo que son.

—Son el puto secreto de Mona —susurró Eddie, apretando los dientes—. ¿Por qué si no iba a tener tantas, eh? Colega, está tan claro que la he pillado.

Eddie se puso de pie, con la caña y el carrete preparados, y lanzó el sedal a la multitud que tenían debajo. En cuestión de segundos, el hilo dio un tirón y la punta de la caña comenzó a bajar. Eddie se colocó detrás de un robusto tubo de calefacción metálico y flexionó las rodillas para poder hacer palanca con mayor facilidad.

—Agárrame de la cintura —le ordenó a Dave, mientras se reía con satisfacción—. ¡Este hijo de puta no se me escapa! —Dave abrazó a Eddie por el diafragma y clavó los talones en el suelo. Eddie cayó hacia delante, porque la criatura del otro lado del sedal se resistía. Con sus bronceados bíceps marcándose con cada tirón, Eddie parecía una pieza bien engrasada del artilugio. Era la imagen más absurda que Dave podía recordar: dos hombres en una azotea, imitando la maniobra de Heimlich, en un intento por pescar a un zombi.

—¡Ayúdame a subir a este chupapollas! —bramó Eddie, tras dejar de preocuparse por despertar a Dabney.

Dave añadió fuerza y, de repente, apareció una cabeza putrefacta por el borde de la azotea, con el sedal cortándole la muñeca, la cual se le había quedado enganchada en el lazo que le rodeaba el cuello. Eddie tiró de la caña y la puso en posición vertical, riéndose socarronamente en la cara del maltrecho zombi. Para ser un cabeza hueca, parecía muy asustado y algo más que cabreado. Una espesa y oscura sangre brotaba del lugar en el que el sedal le cortaba la epidermis, al tiempo que la criatura gemía lastimosamente. Eddie volvió a tirar de la caña, en un intento por subir a su presa por encima del filo de la azotea, pero el sedal rajó completamente su purulenta carne, decapitando a la horrible criatura. Al perder el equilibrio que les proporcionaba el peso del zombi, los deportistas cayeron hacia atrás, quedando el cóccix de Eddie aplastado contra la entrepierna de Dave, lo que provocó que este soltara un aullido como el de un perro. Dave se arrastró para quitarse de encima a su compañero, que

no dejaba de reírse, y se agarró sus partes.

—Casi lo pesco —dijo Eddie con una carcajada—. ¡El pequeño pez que se escapó!

—¿Y a quién coño le importa?

—¿Y a ti qué te pasa?

—Da igual. —Dave estaba en el suelo quejándose, con las manos ahuecadas sobre los genitales.

—¿Quieres que lo intentemos otra vez?

—¿Tengo pinta de querer?

—Puaj. Vaya un aguafiestas. Colega, ¿es que no tienes huevos?

—Olvídalo, ¿vale? Anda, olvídalo.

Eddie se aproximó al muro de la azotea y miró hacia abajo. Su presa se había fundido entre la multitud y no había ni rastro de ella.

—¡Qué putada! —dijo.

—Bueno, y de todas formas, ¿qué habrías hecho con él? ¿Colgarlo encima de la repisa de la chimenea?

Eddie se sacó un martillo de una de las presillas de sus pantalones cortos.

—Quería partirle toda la boca, antes de torturarlo un poco. Hacerle unos cortes, desmembrarlo y movidas por el estilo.

—Vaya, qué pena que no te haya salido bien.

Eddie esbozó una sonrisa y dijo:

—Gracias. —No captó el descarado tono de sarcasmo de Dave. Eddie le dio una palmadita a su colega en el hombro y añadió:

—Podemos intentarlo en otra ocasión, ¿de acuerdo, amigo? —Dave asintió con la cabeza—. Me vuelvo para abajo, ¿te vienes? —Dave negó con la cabeza—. Muy bien, pues luego nos vemos, colega.

Eddie recorrió al trote las azoteas y desapareció por el hueco de las escaleras. Cuando Dave entraba en la azotea de su edificio, Dabney se incorporó y le dijo:

—Tu colega está como una cabra, lo sabes, ¿no? —Dave volvió a asentir con la cabeza, pues se había quedado sin palabras temporalmente. Sencillamente las palabras no bastaban en esos momentos. Hasta el término «inadecuado» parecía inadecuado.

Desde su cama, Karl lanzó la Biblia al otro lado de la habitación. ¿Qué tenía de especial? Estaba plagada de enigmas y hasta arriba de parábolas inútiles. No era de extrañar que la gente se pasara la vida leyendo el mismo tomo una y otra vez. No había nadie que pudiera encontrarle sentido, al menos de una forma práctica que pudiera ser aplicada a la vida cotidiana. Karl siempre se había fijado en la gente que leía la Biblia en público, sobre todo en el metro. La mayoría eran negros e hispanos, predominantemente mujeres, con las cejas levantadas, una expresión de máxima concentración y rotuladores suspendidos en el aire para subrayar los pasajes más importantes, a fin de reflexionarlos más tarde. Puede que fuera un pensamiento

racista, pero Karl ya estaba convencido entonces, y en ese momento todavía más, de que aunque entendieran las palabras por separado, la suma de todas no tenía ningún sentido para esas devotas señoras y, en ocasiones, caballeros. Ni Karl, que había ido a la universidad, era capaz de comprender lo que había leído y releído.

Karl sabía que Dios existía, pero su libro de instrucciones era obra de los seres humanos, y rara vez se podía confiar en ellos. Era además un libro que había sido creado por un comité, lo que no le daba buena espina. Karl aplicaba siempre una práctica regla: toda película que tuviera más de tres guionistas era malísima. Los relatos de la Biblia habían circulado mucho antes de ser plasmados por escrito. Era algo similar al juego del teléfono.

El Gran Manfred tenía un LP llamado *Satán es real*, de esos cantantes evangelistas, los Louvin Brothers. Sin embargo, el Gran Manny no lo encontraba nada divertido, sobre todo por su título. Satán era real para su viejo, y eso no tenía, ni por asomo, nada de gracia. Sin duda, la fotografía que aparecía en la portada era cursi y sensiblera (los dos hermanos, blancos como la azucena, vestidos con vistosos trajes blancos en las llamas del infierno y un ridículo demonio rojo pintado en el horizonte), pero el mensaje del álbum era claro: no pequéis; obedeced a la Biblia; sed buenos cristianos. Tan simple como eso. Lo más extraño era que los hermanos parecieran tan contentos, mientras predicaban y ardían simultáneamente.

Karl se colocó boca abajo para aliviar el nudo que tenía en el estómago. Sentía una mezcla de hambre y desasosiego. Llevaba tres días sin comer en señal de protesta, pues se negaba a consumir los alimentos que Mona proporcionaba, pero ¿y si estaba equivocado? Quizá no fuera una aliada de Lucifer, en cuyo caso su boicot no tenía ningún sentido. Además, si era una emisaria del Todopoderoso, ¿no sería una blasfemia su huelga de hambre? Pero claro, tampoco se lo podía preguntar. Si era una subalterna del diablo, estaba claro que mentiría y diría lo contrario y, si era una enviada de Dios, era probable que también mintiera o eludiera la pregunta. Siendo un simple mortal, no tenía derecho a cuestionar la intervención divina. Sin embargo, así como tenía clarísima la existencia de Dios, no estaba tan convencido de la de Belcebú. Karl siempre había pensado que el demonio era un invento del hombre, una especie de chivo expiatorio al que poder culpar del comportamiento inmoral. ¿Por qué cargar con el sentimiento de culpa, pudiéndole echar el muerto a Satán?

—Esto es insoportable. —Karl se lamentaba, pegado a su almohada. Se dejó caer de la cama y adoptó una postura de súplica, con los dedos cruzados y la cabeza inclinada hacia el cielo—. ¿Me estás poniendo a prueba? Quiero decir, ¿no lo hiciste ya antes de que Mona llegara? ¿No es todo este appestoso lío una prueba? Si me muero de hambre, ¿acaso no sería como un lento suicidio y, por tanto, un pecado mortal? Bueno, supongo que a lo que me refiero es a que debo comer, ¿no? Si Mona ha venido en representación de Satán, necesitaré estar fuerte para ser más listo que ella, ¿no es así? Y si viene en tu nombre, debería...

¿Qué sentido tenía lo que estaba haciendo? Decidió abandonar, ya que no hallaría

ninguna respuesta. Quizá lo lograra en el día del Juicio Final. Karl se preguntaba si la cola hacia las puertas del cielo se asemejaría a las que se formaban en el parque de atracciones Six Flags, pues todas las representaciones que había visto de las colas de espera ante las puertas perladas le recordaban a las de todos los parques temáticos en los que había estado. ¿Habría avances tecnológicos en el más allá, al igual que ocurría en la vida real? ¿Habría pasado San Pedro el libro de la vida a una base de datos informatizada? Es probable que solo tuviera una BlackBerry o un iPhone.

Eso era una locura, ¿en qué coño estaba pensando? Karl se dio un puñetazo en los muslos e intentó volver a concentrarse. Había perdido práctica en el tema de pasar hambre, dado que se había vuelto a acostumbrar a comer con regularidad, y, en ese momento, después de tres días con el estómago vacío, se estaba volviendo loco.

Se levantó e hizo algunos saltos, abriendo y cerrando las piernas y juntando y separando los brazos con las manos sobre la cabeza, y varias flexiones, tocándose las puntas de los dedos de los pies. Eran los ejercicios para desarrollar fuerza que había aprendido en la escuela primaria. Se miró en el espejo y se encontró con un metro y medio de gilipollas rematado. Se marchó al trote a la pequeña cocina, abrió un paquete de carne acecinada Slim Jim y se lo devoró en apenas tres bocados. A continuación, abrió otro, y luego otro. A fin de hacer desaparecer el picante regusto, se tomó dos latas de refresco Mountain Dew y comenzó a sentir cierto nerviosismo, a medida que la dosis doble de cafeína recorría su organismo, lo que vino acompañado de una serie de violentas regurgitaciones.

De repente, le vino a la mente la imagen de Mona, bronceada, con la barriga al aire y tan radiante como *El nacimiento de Venus* de Botticelli. Karl cogió la Biblia del suelo y pensó en golpearse con fuerza la entrepierna para poder combatir todo pensamiento impuro. Los pecadores de antaño se flagelaban a menudo. ¿En los tiempos del medievo no se exigían prácticas medievales para la purificación personal? La cafeína, la cafeína, la cafeína, y todos los malditos aditivos que contenían el Slim Jim. Ay, misericordia.

—¡Dios mío! —gimió mientras se golpeaba los huevos.

—Bueno, ¿y cuál es tu historia? —le preguntó Ellen, cuando Mona tomó asiento frente a ella. Se encontraban en el apartamento de Mona, cada una sentada junto a una ventana diferente. Ellen se balanceaba lentamente en la antigua y chirriante mecedora de Spiteri y Mona permanecía inmóvil en su asiento habitual, con los pies apoyados en el alféizar de la ventana.

—¿Mi historia?

—Si te parezco agresiva o indiscreta, lo siento, no es mi intención. No obstante, sí, me refiero a tu historia. ¿De dónde eres? ¿Quiénes eran tus padres? ¿Cuáles es tu pasado? En definitiva, ¿quién eres? ¿Cómo puedes sobrevivir? ¿Cómo es posible que esas criaturas no te ataquen?

—Supongo que no les gusto.

Ellen frunció el ceño ante la sempiterna respuesta de Mona.

—No, en serio. A ver, no quiero que te sientas incómoda. Esto no es un interrogatorio, sino una simple charla entre dos chicas, ¿vale? ¿De dónde eres?

—De aquí.

—¿Pero de aquí, de dónde?

—De por aquí.

—Yorkville.

—Ajá.

—¿De qué calle? —Había que sacarle las palabras con sacacorchos.

—La Setenta y siete. En la Segunda Avenida.

—Muy bien, ya estamos avanzando algo. Yo me crié en Melville, Long Island. ¿Sabes dónde está? Está cerca de Huntington. Fui al instituto Walt Whitman. ¿Cuál era el tuyo?

—No terminé mis estudios.

—Ah, vale. Pero antes de abandonarlos, ¿a qué escuela fuiste?

—A Talent Unlimited.

—¿En serio? Esa es una escuela de artes interpretativas, ¿no es así? ¿Cursaste estudios allí?

—Ajá.

—Vale —dijo Ellen, alargando la primera vocal, pero al ver que no daba más explicaciones, añadió:

—¿Y qué estudiaste? ¿Para qué tenías talento? —¿Habría parecido sarcástica? Esta chica era increíble. Era la persona menos comunicativa que hubiera conocido nunca, lo que realmente estaba poniendo a prueba su paciencia, sin embargo, estaba decidida a hacerla hablar. ¿Para qué tenía talento? ¿Para contestar con evasivas?

—Para el canto.

—¿En serio? ¿Con lo callada que eres? —Una vez más, Ellen se preguntó si le habría parecido irónica, pero no podía saberlo, aunque al parecer tampoco Mona, quien permanecía allí sentada, tan impasible como siempre.

—Ajá.

—¿Qué clase de canto? ¿Jazz?, ¿góspel?, ¿pop? —¿Pop?, Ellen se sintió como una señora mayor.

—Ópera. *Mezzosoprano*.

Increíble. Ellen necesitó algo de tiempo para digerir esa sorprendente noticia. Que hubiera sido buena o no o que lo siguiera siendo carecía de importancia, pero resultaba prácticamente inimaginable que esa chica introvertida cantara ópera. Entonces, ¿por qué perforaba constantemente sus tímpanos con ese desagradable ruido? Eso no era ópera. ¿Habría Mona soñado con saltar de la ópera al heavy metal? ¿Acaso no había hecho Pat Benatar algo similar? ¿Quién podía recordarlo? ¿Se trataría de una mentira? ¿Estaría Mona tomándole el pelo? ¿Por qué iba a hacerlo?

No lo haría.

—¿No es agradable que nos conozcamos un poco? —Ellen esbozó una sonrisa, sintiéndose esperanzada, pero Mona volvió a mostrarse evasiva; se puso a mirar por la ventana. Ellen tuvo ganas de levantarse de su asiento, acercarse a Mona como si tal cosa, levantarle la barbilla suavemente, para que pudieran mirarse a los ojos, y entonces partirla la cara. Ellen lo había intentado, pero de verdad, todo tenía un límite.

¿Y si el embrión que se estaba gestando en su útero resultaba ser como Mona? ¿Habría algo en el aire? Antes de que todo empezara, es probable que Mona hubiera sido un espíritu libre, vital, divertido y sensual. En definitiva, una voluptuosa y dulce cantante de ópera. Quizá el mismo contaminante que había sido el responsable de la aparición de los muertos vivientes hubiera atrofiado su personalidad. Cabía también la posibilidad de que padeciera una especie de autismo. Sin duda, los hongos podían provocar dicha enfermedad en bebés en fase de desarrollo. Quizá solo estuviera mostrando los síntomas antes que todos los demás, debido a su juventud. Era posible que Mona fuera la primera y que, con el tiempo, todos siguieran sus pasos. En la naturaleza, todo tenía que ver con la adaptación. Mona había forjado una armadura invisible y los zombis no la atacaban, pero era posible que el precio de la supervivencia implicara la muerte de su antigua personalidad.

Tenía sentido. Con objeto de sobrevivir, uno debía adaptarse.

Pero ¿qué clase de vida era esa?

Aunque era todavía demasiado pronto para que la aglomeración de células en su útero pudiera actuar con independencia, Ellen sintió una patadita en su vientre.

—Me la estoy cascando con los cuadros de los tobillos de una chica completamente vestida. ¡Joder!, soy tan genial que lo flipo. Soy el hombre perfecto. Soy el mejor artista viviente y esto es a lo que se reduce todo. ¿Y tenía problemas para crear material pornográfico para Eddie? Soy patético, pa-té-ti-co. —Alan lanzó

por la ventana el pedazo de pañuelo de papel empapado—. ¡Chicos, proteínas frescas! —gritó a la multitud que tenía debajo. Una de las criaturas miró hacia arriba y la bomba de semen rebotó en la cuenca vacía de su ojo. Alan comenzó a reírse—. ¿Qué te pasa, Gómez?, ¿no te gusta la leche de papi?

Alan se alejó de la ventana. No llevaba pantalones, tan solo una camiseta empapada en sudor. Llevaba sin masturbarse con una obra suya desde el primer ciclo de secundaria, y era una sensación desagradable. No era así cómo había imaginado su treintena, aunque, bien pensado, nada del panorama actual encajaba con su anterior visión de futuro. Cuando cumpliera treinta años, se suponía que ya habría expuesto su obra en solitario en el Soho, París y Londres. Cuando cumpliera treinta años, esperaba contar al menos con un monográfico en tapa dura de sus obras. Cuando cumpliera treinta años, se suponía que habría encontrado el amor eterno y verdadero. Cuando cumpliera treinta años, se suponía que tendrían que haber ocurrido tantas cosas.

Alan se sentó enfrente de su último lienzo, un retrato a medio acabar de la enigmática señorita Luft. El cuadro estaba apoyado en el caballete. Detrás de él, se encontraba la pared con los retratos de Mona, los cuales estaban rodeados por los dibujos de los zombis. Al otro lado de la habitación, descansaban los lienzos y dibujos de Ellen. No podía recordar cuándo fue la última vez que habían mantenido relaciones sexuales. ¿Lo habían hecho desde que ella anunciara su embarazo? No, y allí estaba él, masturbándose con la imagen de una persona prácticamente ausente, cuando tenía a una mujer de carne y hueso y tridimensional a la que poder amar. *Típico.*

—A la mierda —soltó Alan—. Tengo que comer algo. Unos melocotones. Necesito un chute de azúcar. Sí, eso es lo que voy a hacer, pero primero voy a anunciarlo y luego voy a hacerlo. En primer lugar, voy a pronunciar enunciados declarativos que anuncien mis acciones inminentes y, a continuación, las llevaré a cabo. Voy a coger una lata de melocotones, la voy a abrir, me los voy a comer y luego me tiraré por la ventana. ¿Cómo? No, no lo haré.

Pero ¿por qué no?

—Mona tiene razón, no deberíamos disponer de armas, porque en este preciso momento un balazo en la boca con un arma de nueve milímetros sería algo muy tentador.

Alan engulló los melocotones y comenzó a toser y a expulsar salivajos, al atragantarse con el último par de rodajas, al tiempo que un pequeño y molesto chorrito de almíbar emanaba de su orificio nasal izquierdo. Su madre solía regañarlo por devorar así la comida, otra prueba de su regresión. Alan se limpió el almíbar de la nariz y la barbilla, antes de chuparse la mano que no se había limpiado desde la masturbación. *Genial, eliminado, ya está limpio.* Lavarse era una curiosa y extinta costumbre, sin embargo, Mona los había provisto de dispensadores de desinfectante para las manos de la marca Purell, así que Alan se fue a por uno de ellos, se echó un

par de chorritos en la palma y se limpió. A continuación, se aplicó un poco en su mustio pene, sintiendo escozor a medida que el alcohol penetraba en su sensible piel.

—Listo, ya estoy libre de todo germen —dijo, como si eso importara—. Con fragancia de melón y pepino —dijo pensando en voz alta, mientras observaba la etiqueta—. Pues aun así, huele bien.

Mientras Alan olfateaba el envase, cayó en la cuenta de que el hedor de los muertos vivientes ya no le molestaba, a pesar de que un agradable aroma acabara de reavivar su sentido del olfato. El hecho de volver a reconocer los olores provocó que tuviera más hambre, así que se comió una lata de guisantes, seguida de una de judías en salsa de tomate, incluyendo la asquerosa porción de carne de cerdo. Mientras observaba el cuadro que estaba pintando, se sentó en el sofá y advirtió que solo le había pintado a Mona cuatro dedos en cada pie, como si se tratara de un personaje de dibujos animados.

—Qué estúpido —masculló, mientras caía en un profundo y tranquilo sueño.

—Deberíamos disponer de un generador —dijo Eddie, mientras jugueteaba con el carrete de la caña de pescar—. El verano no va a durar eternamente. Nadie se tomó en serio la idea de hacerle un puente a un coche, pero si Mona supiera conducir, debería hacerse con algún vehículo, ya sabes, buscar un todoterreno Hummer y birlar algunos generadores. Podría enseñarle a sacar gasolina, chupando con una manguera. Quizá le despierte las ganas de chupar otra cosa. —Él esbozó una pícaro sonrisa y arqueó la ceja por si Dave no había pillado la indirecta, pero este frunció el ceño—. En cualquier caso —continuó Eddie—, sería de puta madre tener algo de electricidad. Quizá, incluso, un aparato de aire acondicionado.

Dave asintió con la cabeza.

—Sí, eso sería guay, pero no podrías mantener todo el edificio refrigerado.

—Pues nos metemos todos en un apartamento, lo ponemos en marcha y hacemos una fiesta de pijamas.

—Una fiesta de pijamas. Claro, como te gusta tanto estar con el resto de tus vecinos —dijo Dave, con el ceño fruncido—. Pero, sí, ya entiendo a qué te refieres.

—¿De verdad? Los que viven en este lugar de mala muerte no tienen visión de futuro. Vale, debo admitir que no soy tan bueno para los libros, pero la vida me ha enseñado muchas cosas. Si Mona no hubiera aparecido, estos maricones consentidos del Upper East Side se habrían limitado a arrugarse y a morir.

—Y lo mismo habríamos hecho nosotros —añadió Dave.

—Sí, pero no sin luchar. Todos habrían palmado como bebés, acurrucados en posición fetal. Si yo hubiera sabido que nos íbamos a extinguir, habría salido a la calle y habría tenido un mano a mano con los hijos de puta de ahí fuera. Si Mona no sabe conducir, podría enseñarle. Quizá pueda birlar un ordenador portátil y uno de esos simuladores para aprender a conducir.

—No existe nada así.

—¿En serio? Pero si hay juegos que simulan vuelos.

—Pero no existen de coches.

—Eso es un atraso. ¿Con el mogollón de juegos de coches que hay, y no hay ninguno que te enseñe a conducir?

—Que yo sepa, no.

—Increíble, no me entra en la cabeza.

—¿Habrías jugado con alguno? —le preguntó Dave.

—Coño, claro que no, a mí solo me gustan las pipas. —Eddie dejó caer la caña de pescar en el suelo y se levantó—. Me voy a hablar con la señorita vegetal. —De camino a la puerta, abrió un blíster y se tragó una pastilla rosa.

—En serio, no deberías hacer eso —le dijo Dave.

—Que te den por culo, mamá. Además, de todas formas estas pastillas no hacen nada de nada.

—Quizá sean placebos.

—A lo mejor es una movida de tías y me salen tetas. El tiempo lo dirá, colega, pero por ahora pienso seguir tomándolas por una temporada.

—Sí, vale, pero cuando empieces a tener la menstruación, corta el tratamiento.

Eddie salió por la puerta riéndose y dando un portazo, luego bajó a toda velocidad las escaleras. Cuando llegó a la puerta de Mona, fingió una apariencia más serena y llamó con los nudillos. Después de unos suaves golpecitos, comenzó a aporrear la puerta con el puño. Era muy probable que la zorra rarita estuviera oyendo su metal de la muerte o lo que fuera. ¿Cómo podía alguien soportar ese ruido? Trató de girar el pomo, pero fue en vano. Entonces comenzó a traquetearlo, con total frustración. *Vamos, venga ya*, pensó. Después de varios golpes más, la puerta se abrió ligeramente, con la cadena puesta, y Mona lo saludó con una mirada inexpresiva y los auriculares colocados sobre los hombros. *Si esta chica tuviera tetas*, pensó Eddie, pero luego apartó esa idea de su mente. Había ido allí para otro asunto.

—¿Qué tal? —preguntó él, esbozando la más encantadora de sus sonrisas.

—Nada, aquí —respondió ella.

—¿Puedo comentarte algo?

—Ajá. —Ella soltó la cadena, abrió la puerta del todo y lo invitó a entrar. Cuando Eddie pasó a su lado, advirtió la diferencia de alturas, Eddie le sacaba al menos treinta centímetros.

—¿Cuánto mides? —le preguntó él—. ¿Un metro cincuenta y tres o así?

—Un metro cincuenta y seis.

—Vaya, resulta tan extraño que una chica tan bajita como tú, sin ánimo de ofender, pueda pasearse tranquilamente por la ciudad con esos zombis y que un tío tan grandote como yo no pueda hacerlo. Es que no me lo explico.

—Ajá.

Te voy a meter ese puto «ajá» por el puto... No, no. Olvídate de eso, muéstrate amable.

—Bueno, a ver, estaba pensando en lo siguiente: siempre estás fuera haciendo

recados, ¿no es así? Bueno, pues el hecho de que solo puedas transportar lo que cabe en un carrito de la compra supone un límite para todo lo que podrías traer. Por eso, a lo mejor, no sé si sabes conducir, pero quizá podrías aprovechar al máximo tus viajes al mundo exterior, si condujeras un camión, un Hummer o algo por el estilo. Hasta un Mini Cooper, lo que fuera.

—No puedo.

—Yo podría enseñarte.

—Tienen que sentirme.

—¿Cómo?

—En un coche, no pueden sentirme, y entonces no se dispersan.

Eddie estaba completamente perplejo. No solo había contestado a su pregunta, sino que lo había hecho con una frase completa y con sentido. Sentido. Los sentidos. Eddie ni siquiera se lo había planteado antes. Los zombis todavía conservaban sus sentidos, a pesar de ser un puñado de putrefactos sacos de piel con el cerebro atrofiado.

—Sentido —repitió él—. O sea, que es posible que desprendas un olor, sin ánimo de ofender, que esas bolsas de pus no pueden tolerar. ¡Qué guay! Es decir, que quizá porque tú... —Eddie se quedó en silencio, antes de irse de la lengua, pues no quería que ella supiera que le había birlado pastillas. Sin embargo, estaba completamente convencido de que eran la clave de todo. Las pastillas. La cantidad. Mona había estado atiborrándose de pirulas, lo que la hacía inmune a los ataques. Ay, esta astuta zorra, y encima no quería compartirlas. Cuando se lo contara a los demás, todos esos listillos de mierda iban a flipar. *¿Debería contárselo a todos? Sí, porque así podremos decidir lo que debemos hacer.* Él no quería acusarla en firme, pero si todos compartían su opinión, en plan comité, podrían actuar en equipo. Se trataba de estrategia, lo que hizo que se sintiera como cuando jugaba al hockey. La estrategia nunca había sido su fuerte, al menos, no a la hora de expresarla, pero contaba con un estímulo, tanto en el sentido literal como en el figurado, del que los demás carecían. Informaría de sus descubrimientos y luego ya verían lo que hacían.

—Intenté conducir en una ocasión y volcaron el coche. —La expresión de su rostro revelaba cierta ansiedad. Era evidente que no le era agradable recordarlo—. No lo haré nunca más.

—Es realmente interesante —dijo Eddie, con una sinceridad poco habitual en él. Se trataba de un caso perdido, de eso no había ninguna duda, pero también era humana—. Mira, no era mi intención ponerte nerviosa, solo había pensado que quizá fuera una buena idea lo del coche y todo eso. Lo siento, no te molestó más, ¿vale? —Ella asintió con la cabeza y Eddie se dispuso a abandonar el apartamento. Tras darle la espalda a Mona, esbozó una sonrisa, sintiéndose más listo que nadie. Era guay estar al tanto de algo que los demás desconocían, y se lo había sacado él. Lo había conseguido.

Chuparos esa, mariconazos.

Tercera parte



—Sería una verdadera traición —dijo Ellen, frotándose el abdomen, mientras sentía patadas imaginarias aporreándole el vientre—. No deberíamos. Además, no tenías ningún derecho a hacer lo que hiciste. Dios mío, si lo descubriera, podría significar el fin de todo lo que hemos logrado.

—Sí, es posible —dijo Eddie rebotado.

—O el principio de una nueva y valerosa era —añadió Karl—. En serio, si no comparte el secreto que le permite caminar entre los impuros, no está haciendo nada por granjearse nuestra lealtad.

—¿Impuros? ¿Granjearse? —repitió Alan.

—¿Qué pasa?, ¿es que no tengo derecho a expresarme con propiedad?

—Este..., pues claro que tienes, es solo que suena un poco forzado, ¿sabes? Nunca habías hablado de una forma tan grandilocuente.

—Ah. Y, por cierto, ¿qué significa «grandilocuente»? —preguntó Karl enfadado.

—Estoy de guasa. —Alan empujó la silla hacia atrás y cruzó las piernas con una sonrisita.

—Callaos los dos —dijo Ellen con brusquedad—. Este es un asunto muy serio. Eddie ha propuesto que abusemos de la confianza de Mona, y además quiere que conspiremos en su contra, lo que, sinceramente, me parece una putada.

—Oye, yo no lo he planteado así —dijo Eddie.

—No, pero esa es la esencia. Y mirad, no quería compartir este pequeño secreto con vosotros, pero estoy embarazada y no estoy dispuesta a arriesgarme a envenenar a mi bebé experimentando con drogas misteriosas. —Ellen miró su reloj para comprobar cuánto tiempo llevaba Mona fuera haciendo recados. Se sentía cansada e irritable y, aunque en parte se debiera a los cambios hormonales, estaba disgustada de verdad. Ya fuera por deferencia o por indiferencia, quién sabe, los demás no hicieron comentario alguno acerca de su embarazo, aunque Dabney sí que apartó la mirada.

—Bueno, yo estoy dispuesto —dijo Karl—. Necesito saber si tiene poderes divinos o es solo una drogata que toma pastillas con unos efectos secundarios cojonudos.

—Supongo que yo también estoy dispuesto —dijo Dave, lo que le valió una palmadita en la espalda por parte de Eddie.

—No contéis conmigo —dijo Abe en voz baja—. Esa joven se ha portado muy bien con nosotros y no pienso devolverle el favor con una traición.

—Estoy de acuerdo. Conmigo tampoco contéis —dijo Alan.

—Lo mismo digo —dijo Dabney—. A menos que seamos honestos y hablemos con ella de esto, no quiero formar parte.

En el exterior, una copiosa lluvia aporreaba las ventanas, pero nadie subía a

retozar desnudo. El cielo tenía un deprimente color gris, cada vez más oscuro, y la atmósfera en el interior del edificio tampoco era la más propicia para que se produjeran repentinos cambios de humor. Aunque la reunión estaba teniendo lugar en el comedor de Ellen, a cuatro plantas de altura, parecía que estuvieran en un búnker. Ellen se preguntaba si se habrían sentido así los hombres de Hitler, cuando tramaron su muerte. ¿Se trataba de una comparación adecuada? Tenía la esperanza de que no. ¿Y si lo comparaba con los que tramaron la muerte de Kennedy? Ellen creía en las teorías de la conspiración, no en todas, pero sí en algunas.

Se levantó de la mesa, se desperezó y se dirigió a las ventanas que daban a la calle. Debajo, la horda caminaba arrastrando los pies sin rumbo, tan horribles como de costumbre, y pudo ver algunos disturbios aislados desde su posición privilegiada. Algunos se empujaban y otros tropezaban y desaparecían de la vista, para acabar siendo pisoteados. Siempre parecía la reunión de Nochevieja menos festiva que se hubiera celebrado nunca. Era como Times Square, al estilo apocalíptico.

A sus espaldas, los demás continuaban debatiendo si debían o no asaltar el alijo farmacéutico de Mona. Abe no estaba interesado. Desde la muerte de Ruth, Mona lo había enganchado al Valium, y su nueva imperturbabilidad era prácticamente igual a la de su proveedora. Era como la versión vegetativa de su antiguo yo. No parecía posible que un cóctel de sustancias químicas fuera el responsable de que Mona se mantuviera a salvo cuando salía, aunque el hecho de que se atiborrara de medicamentos sin duda explicaba gran parte de su personalidad, o la falta de esta.

—¿Así que estás embarazada, eh? —Dabney se aproximó a Ellen y se situó en la ventana junto a ella, al tiempo que la lluvia los salpicaba de manchas oscuras. Los relámpagos eran seguidos de ensordecedores truenos. Ellen se limitó a asentir con la cabeza. Karl dirigió su mirada a las ventanas y pensó que los continuos rayos y truenos emanaban del trono de Dios, como en el Apocalipsis.

—¿Es una noticia feliz o un problema inesperado? —continuó Dabney—. No quiero entrometerme, pero es un asunto muy serio.

—Sí, ya lo sé.

Cuando dirigió su mirada a Alan, Dabney reprimió la tentación de preguntar quién era el padre. Mike no llevaba muerto tanto tiempo, por lo que era probable que Ellen lo desconociera, en cuyo caso, nunca lo sabrían, ni tampoco cuándo nacería el bebé, si es que iba a hacerlo. Mike y Alan se ajustaban básicamente a la misma descripción: los dos tenían el cabello moreno, eran pálidos y de complejión fibrosa. ¿Acaso eso importaba? Tampoco es que el chico fuera a asistir a la universidad algún día. Ni siquiera iría a la guardería.

Ellen percibió que a Dabney le olía el aliento a alcohol, pero no a cerveza, se trataba de un intenso olor a *whisky* y cigarrillos. Tenía los ojos enrojecidos y medio cerrados. Ellen tenía la impresión de que prácticamente todos estaban como locos por medicarse. O anestesiar. Dabney le dio un paternal y suave apretón a Ellen en el bíceps y salió del apartamento. En la mesa, Eddie dio un golpe con el puño, como si

este fuera un martillo, y levantó la sesión. Él y sus confederados irrumpirían en el apartamento de Mona y le robarían algunas pastillas de la mochila. Ellen respiró profundamente, y el aire era húmedo y con olor a muerte y ozono. Un relámpago difuso blanqueó el cielo y absorbió el escaso pigmento que quedaba de un panorama ya de por sí carente de color. Si el mundo no se hubiera acabado todavía, lo habría considerado como algo muchísimo más profético.

Ya fuera psicossomático o no, Ellen sentía agitación en su vientre, y se preguntaba si llevar a término su embarazo sería una buena idea. Los zombis no se iban a marchar a ninguna parte. Ya habían transcurrido más de cinco meses desde que suplantaran a la humanidad y, que Ellen supiera, los ocupantes del número 1620 eran los únicos supervivientes, al menos en Nueva York. ¿Qué esperanzas podía tener su bebé? Era probable que Alan tuviese razón.

A la mierda Alan y su racionalidad.

A la mierda Mona y su falta de encanto.

A la mierda todos.

Cuando el último de sus «invitados» se hubo marchado, se dejó caer en el suelo, apoyándose en la pared, con el único deseo de llorar, pero no vertía lágrimas, ni siquiera gemía. Se limitó a sentarse y hacerse un ovillo, al tiempo que se sentía completamente desolada. Un bebé, una nueva vida para un planeta muerto. ¿Se trataba de algo esperanzador e inteligente o solo era una idea egoísta y estúpida? Quizá más tarde, y ya que la cosa iba de medicamentos, le pidiera a Mona que saliera y le trajera algo personal: Mifepristone, también conocida como RU 486, también conocida como «la píldora abortiva».

Más vale prevenir que curar.

Abe estaba tumbado en el lugar de la cama en el que Ruth había fallecido. Alan y Karl le habían dado la vuelta al colchón de Abe, ya que los fluidos de su esposa lo habían puesto todo perdido por el otro lado, a pesar de tener puesta la funda. En el dormitorio, el ambiente estaba viciado, pero a Abe le era indiferente, debido a su agradable entumecimiento. ¿Dónde había escuchado esa frase antes? Quizá se la hubiera inventado. La habitación estaba a oscuras y Abe se encontraba mirando al techo. Transcurridos unos momentos, no estaba seguro de tener los ojos abiertos, así que parpadeó para averiguarlo. Abiertos o cerrados, la sensación era la misma. El Valium le provocaba una agresiva apatía, lo que parecía un oxímoron, pero ¿a quién le importa?

Sin embargo, para un hombre que había estado tan aferrado a sus ideales, la indiferencia era algo poco natural. Además, independientemente de que su estado de calma se debiera o no al consumo de fármacos, sentía esa artificialidad en lo más profundo de su ser. No era la misión de Abraham Fogelhut estar así de tranquilo, ya que contradecía con la esencia de su personalidad. Se preguntaba si eso sería lo que habrían experimentado todos los jipis y los radicales izquierdistas, cuando se ponían de droga hasta las cejas, allá por los años sesenta, cuando todo ese narcisismo era

imparable, cuando todo era considerado un *happening*, cuando *happening* se convirtió en un nombre, ¿se trataría de la misma sensación? De ser así, Abe, que estaba algo desorientado, debía replantearse su opinión acerca de la subcultura de las drogas en los sesenta: era algo incluso más estúpido y ególatra de lo que había imaginado.

Happening como un nombre.

Movida como un sustantivo.

Los adjetivos convertidos en nombres.

¿Los adjetivos convertidos en nombres?

Por Dios Santo.

Entre los jipis y los jóvenes radicales, se estaban cargando el idioma, por no hablar de los negros y su jerga hip-hop. ¿Cómo se llamaba ese idioma?, ¿ebonics? Si la plaga no hubiera aparecido, dada la trayectoria que el inglés había tomado, al menos en Norteamérica, muy pronto las generaciones más jóvenes se habrían limitado a usar dialectos tribales. Era probable que, después de todo, los zombis les hubieran hecho un favor a todos.

No se sentía relajado.

¿No era demasiado pronto para haber desarrollado una tolerancia a las drogas?

¿Cuándo fue la última vez que se había tomado una pastilla?

Atibórrase de pastillas, puaj, eso es lo que hacían los alfeñiques. El mundo es una mierda, toma una pastilla. Tu esposa ha muerto, toma una pastilla. Tus hijos han muerto, toma una pastilla. Acaba de una vez, tómate un frasco entero. A la mierda. El hombre fue creado para sufrir, ¿no lo había dicho un poeta? Alguien lo dijo, o quizá fuera una canción. *Muy bien, estoy haciendo un pacto conmigo mismo, pensó. Durante las semanas que me queden pienso leer. Voy a leer todo lo que Mona pueda encontrar. A los clásicos. Leí a algunos, pero no a los suficientes, y siempre que lo hacía era por obligación, en la escuela. Tengo que confeccionar una lista. Que los demás hagan lo que quieran, que sigan perdiendo el tiempo en tonterías, pero yo voy a enriquecer mi mente.*

Abe se levantó de la cama, cogió una pastilla de jabón de color marfil y se dirigió a la azotea, quitándose la ropa mientras subía las escaleras. ¿Qué había pasado con el pudor? A nadie le importaba ya. El chaparrón golpeaba con fuerza la claraboya de cristal esmerilado, empapando el hollín, y su ritmo invitaba a Abe a seguir adelante. Que los demás se encojan de miedo en sus agujeros o que hagan lo que les dé la gana. Por el ruido que oyó al pasar por la casa del italiano, estaban ocupados en una enérgica sodomía. Cada loco con su tema. Abe dejó caer su última prenda de ropa y salió a la tela asfáltica, la cual reflejaba los destellos de los relámpagos y brillaba, debido a la lluvia. Su cuerpo, incluso bien alimentado, estaba lacio y pálido. ¿Siempre le habían colgado tanto los huevos? ¿Quién podía recordarlo? El cielo parecía el telón de fondo de una película expresionista alemana de la época del cine mudo; mostraba unas espesas nubes negras colocadas en forma asimétrica contra

capas de un lúgubre gris. Con los constantes relámpagos, todos los edificios, al menos durante segundos, parecían monolitos de un puro blanco y negro.

Absoluto.

De joven, Abe había sido educado para ver las cosas blancas o negras. Existía el bien y el mal, y punto. Gente buena y gente mala. Cuando era adolescente, poco había que pudiera contradecir esa idea. Los nazis eran auténticos demonios, contra los que resultaba fácil luchar y a los que no costaba nada odiar. Sus atrocidades no tenían matices. Él se había alistado y había luchado para hacer el bien, y aunque los horrores fueran innumerables, la causa era indiscutiblemente virtuosa, y eso que todavía no estaba al tanto de la existencia de los campos de concentración. Había presenciado la brutalidad en todo su sangriento esplendor. Sin embargo, en su mente comenzó a haber cabida para los tonos de gris. Su primer cadáver alemán contradecía la propaganda. No se trataba de un enorme huno de dientes afilados y, aunque Abe era solo un ingenuo adolescente, no había contado con que el enemigo tuviera ese aspecto. Se trataba de un niño raquítrico, rubio, ligeramente pecoso, con unos labios rosados tersos y suaves y unas pálidas mejillas. No se trataba de un nazi, sino de un soldado raso. Era sencillamente un chaval que había muerto en una cuneta plagada de barro.

Antes de esa vivencia, el mundo resultaba más fácil de asimilar. A Abe le había gustado verlo todo blanco o negro, y lo echó de menos cuando dejó de ser así. Allí abajo, la multitud emitía gruñidos de queja por el mal tiempo, y sus lamentos eran amortiguados por unos ensordecedores truenos que hacían temblar la tierra. No había ningún chico de cabello rubio claro, con pecas y labios tersos. Era probable que lo hubiera habido alguna vez, aunque no en ese momento.

Eran el enemigo.

Nosotros contra ellos.

Blanco y negro.

Sin embargo, hasta esos monstruos carecían de malicia. Se limitaban a moverse por instinto como autómatas.

Mientras Abe se enjabonaba, comenzó a echar de menos el gris.

Al menos, el marfil era el color de la pureza.

Bueno casi.

—*Pretty in pink*—balbuceó Karl. Tenía una extraña sensación en la piel, pero no le resultaba nada agradable—. Ni siquiera me gustan los Psychedelic Furs. —Entonces observó la pastilla rosa que tenía en la palma de la mano, después de habérsela birlado a Mona de su alijo. Aunque la Biblia no trataba el tema del consumo de drogas, proporcionaba principios muy claros que daban a entender que se trataba de algo inaceptable. Se suponía que los cristianos debían respetar las leyes de la tierra, aunque ya no quedaba ninguna. En cualquier caso, no se trataba de un consumo por puro placer, sino de un experimento de vida o muerte, lo que le hizo

esbozar una sonrisa. La expresión «experimentar con drogas» siempre le había parecido poco adecuada, pero eso era exactamente lo que estaba haciendo. Se sentía muy científico.

Y sentía un hormigueo.

Y se sentía sudoroso.

Y con la boca seca.

—Solo tiene cuatro dedos en los pies.

—¿Qué?

—Que solo tiene cuatro dedos en los pies.

—Ya te había oído, pero ¿qué me quieres decir con eso?

Ellen se alejó de la mesa de comedor y dirigió su mirada a Alan, quien estaba allí sentado removiendo la leche en polvo sin lactosa que se había servido en un café a temperatura ambiente, provocando un crispante ruido con cada vuelta que daba con la cucharilla. Al final, a Ellen se le agotó la paciencia, le arrebató el cubierto de la mano a su infeliz amante y lo lanzó al otro lado de la habitación, donde fue a caer al fregadero con un estruendo. Ellen esbozó una mezquina sonrisa de satisfacción y pensó: *Lanza, encesta y canasta sin tocar el aro.*

—Mona. Solo tiene cuatro dedos en cada pie —insistió Alan.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Hoy ha vuelto a posar para mí para que pudiera terminar el lienzo que empecé, pero no me mires así, en serio. No existe ninguna actividad extracurricular y no puedes culparme por una reacción involuntaria. Tuve una erección, ¿y qué? Déjalo ya. —Ellen frunció el ceño, pero luego relajó la frente y las arrugas comenzaron a disminuir. Alan continuó hablando—. La había pintado con cuatro dedos en cada pie y estaba esperando a corregirlo. No es que necesite una modelo de pies, pero me ha parecido algo curioso, eso es todo. Bueno, pues estaba allí sentada en la misma postura... —Una vez más, Ellen frunció el ceño, la palabra «postura» siempre había estado vinculada a los placeres carnales. Alan se detuvo, esperó a que se le pasara el mosqueo y reanudó su conversación—. Pero esta vez, he examinado sus deditos...

—Deditos, ¡qué tierno!

—Venga. ¿Podrías por favor dejarlo ya? ¿Es en serio? Ya está bien. La cuestión es que yo no la había pifiado. En realidad, solo tiene cuatro dedos en cada pie. —Alan se contuvo de decir «cada uno de ellos hermosamente formado» o «cada uno de ellos irresistiblemente sexi». Se pellizcó un testículo para suprimir la erección que parecía inevitable. El mero hecho de pensar en esos suaves y tersos pies causaba estragos en su libido. En una ocasión, había visto un vídeo porno en el que un tío hacía la marcha atrás y se corría sobre los pies de la mujer. Por aquel entonces, le había parecido la cosa más estúpida que pudiera imaginar, pero las cosas cambian.

—Entonces, ¿qué se supone que debo pensar de esta pequeña revelación? —le preguntó Ellen, impasible ante lo que Alan le acababa de contar.

—Mira, olvídalo. No he dicho nada, ¿vale? Esto es lo que hacen las parejas, ¿no? Se sientan en la mesa y mantienen una pequeña conversación, lo que pasa es que no pensaba que fuera a ser tan breve. Imaginaba que se trataba de algo realmente

interesante. Era solo otra característica a tener en cuenta en la lista de rarezas de Mona. Anda, olvídalo.

—Considéralo totalmente olvidado.

Alan se levantó de la mesa y salió del apartamento. Era preferible pasar un rato a solas. ¿Se trataba de algo hormonal? ¿Sería por su embarazo? El trayecto en la montaña rusa había sido divertido, pero ¿acaso era «divertido» el término correcto? ¿Divertido? Más bien interesante. El sexo había estado bien. Estelar. Desesperado, pero explosivo. ¿Pero esto? ¿Se habría enfrentado Mike a situaciones similares o se trataba de una acumulación de hormonas, profundo sufrimiento e inconmensurables desengaños con los que los filósofos de otros tiempos no habían tenido que lidiar ni en sus alucinaciones más extremas? Visto de esa forma, Alan imaginó que Ellen tenía derecho a una buena dosis de mala leche. Aun así, resultaba un verdadero coñazo.

Alan bajó arrastrando los pies a su apartamento, abrió de un empujón la puerta, ya que no estaba cerrada con llave, y asimiló la fetidez de sus representaciones de un mundo muerto, en cuyo centro se encontraban los retratos de su amor platónico con cuatro dedos en los pies. ¿Acaso quería follársela? Sinceramente, sí, no había duda de que quería. Era el fin del mundo, a pesar del pequeño intento de Ellen por repoblarlo, pero una nueva vida solo representaba ganado para los macabros monstruos que deambulaban por las calles. En definitiva, carne fresca para la picadora. ¿De qué servía el sentido de la moralidad? Quizá alguien antisocial y con trastornos de personalidad como Tommasi fuera el más cuerdo de todos ellos. Cabía esa posibilidad, pero había que tener una clara predisposición para un comportamiento así. ¿Uno nace o se hace? Alan era un buen tipo, y punto. Un buen tipo con una mente pervertida, pero en serio, ¿acaso los había de otra clase? La idea de un buen tipo con una mente sana era solo una ilusión.

Entró en la cocina, abrió un paquete de galletas saladas Cheez-it y se metió un puñado en la boca. Ya no sentía la necesidad de racionar los alimentos y comía de manera compulsiva, sin ni tan siquiera saborear lo que engullía. Cuando una gruesa bola de pasta anaranjada a medio masticar se le quedó alojada en la tráquea, los duros bordes de las galletas comenzaron a arañar el sensible tejido, provocando que se atragantara. El hecho de ser consciente de que comer se había vuelto a convertir en algo habitual puso su mente a cavilar, y comer no era para tanto. Cogió una botella de Evian de la encimera, dio algunos tragos, lubricó la pastosa mezcla y tragó con fuerza para hacerla bajar. No hacía tanto tiempo, se comía cada galleta con delicadeza, saboreaba cada bocado, recogía las migas de la camisa y se las llevaba a la boca, para hacer que le durara. Sin embargo, en ese momento, volvía a comérselas a puñados. Alan se dirigió a las ventanas que daban a la calle y observó a la multitud que se encontraba en la avenida York, la vieja banda de siempre.

—¡Oye, colegas! —gritó, mientras saludaba con la mano, como si fueran sus mejores amigos de toda la vida—. ¡Oye! ¿Qué tal por ahí abajo? Lo mismo de siempre. Igualito, ¿eh? Sí, ya lo sé, pero ¡mirad esto! —Cogió otro puñado de galletas

saladas, con la botella de Evian a mano, se las zampó de golpe y empezó a masticar con la boca abierta, como si fuera un niño mal educado, mientras las migas del aperitivo de color chillón salpicaban el alféizar y el cristal de la ventana. Entonces escupió una bola a medio masticar, prácticamente fluorescente, a la coronilla calva de uno de los cretinos que deambulaban por allí debajo, a quien parecía que le hubieran colocado una pastosa kipá. Sin embargo, el objetivo no reaccionó. La decepción era siempre la misma. Ahí abajo, siempre veía los mismos rostros. Después de haberlos inmortalizado con pintura, pastel, crayón, carboncillo, grafito y tinta, se conocía sus caretos de memoria. Resultaba increíble que esos hijos de puta con la cabeza hueca pudieran moverse y no fueran nunca a ninguna parte. Se limitaban a deambular por allí, sin alejarse jamás del edificio, como si fueran animales en un corral. Le recordaban a las familias de los distritos de las afueras que nunca se aventuraban a ir a Manhattan. Esos paletos urbanos, cuyas vidas se reducían a un radio de un kilómetro cuadrado. Las criaturas de ahí abajo no eran diferentes. Bueno, al menos, los pedazos de carne con ojos tenían una excusa.

No es que eso continuara teniendo importancia, pero era probable que la vida de la mayoría de los zombis de los distritos de las afueras no hubiera cambiado mucho con respecto a cómo era anteriormente. *Dios mío, incluso en un momento como este, soy un esnob.* Alan se limpió la boca y comenzó a observar la misma película de siempre, con el deseo de poder cambiar de canal. Inconscientemente, cogió del suelo un bloc de dibujo de tamaño grande y empezó a bosquejar a la multitud.

Solo para pasar el rato.

—Cuatro dedos. Cuatro putos dedos.

—Así está mejor.

A tres azoteas al norte de la de Dabney, Eddie sonreía, mientras probaba la fuerza de tracción del pivote improvisado que sujetaba el extremo de la caña de pescar. Empujó los pies con fuerza contra el reposapiés de madera que había clavado al suelo a través de la tela asfáltica. Dabney no quería que en su territorio tuvieran lugar ese tipo de locuras.

—Descarado, es como esos programas de pesca de la televisión por cable. ¡Esto va ser la puta hostia! —Eddie soltó un grito de guerra y le dio un buen trago a su cerveza, la cual ya le gustaba hasta caliente. Dave, que se encontraba sentado junto a él en una tumbona plegable, no compartía el entusiasmo de su amigo.

Eddie plantó el culo en su improvisada silla de pesca y se preparó para una acojonante ronda de «pescaylincha». Le gustaba la sensación de tener la caña en las manos. Sólida y resistente. Entonces lanzó el sedal, tras colocar en el lazo una plomada de bronce, y sacudió la caña para poner a prueba la motilidad del pivote. Perfecta. Con la cerveza en una mano y la caña en la otra, Eddie casi podía imaginar que se encontraba en alta mar, quizá cerca de la costa de Cozumel.

—Voy a pedirle a Mona que me traiga una de esas cintas de new age con el sonido del mar. Así podré ponerla mientras esté aquí arriba para crear ambiente. Eso

estaría de puta madre, tío.

—Sí, de puta madre.

—Puedes apostar un riñón, de puta madre. —Unos tragos de Corona, un ligero colocón, y de pesca con un amigo. Las cosas habían mejorado mucho últimamente. Independientemente de lo que fueran esas pastillas, tampoco hacían daño, y tenían un divertido efecto que te ponía un poco de los nervios. ¿Cuál era la sensación si las mezclaba con cerveza? Agradable. Sentía pequeñas descargas eléctricas en los muslos y entrepierna. Aunque no fueran el arma secreta de Mona para evitar ser devorada viva, a Eddie le parecía que estaban muy bien. Cerró los ojos y empezó a tararear algo totalmente carente de melodía, mientras movía la cabeza a ambos lados, a fin de simular el movimiento de un barco—. Colega, imita el ruido de las gaviotas —le propuso.

—¿Qué?

—Que imites el ruido de las gaviotas.

—¿Cómo dices, macho?

—No me cortes el vacilón, tío —dijo Eddie, con un tono ligeramente amenazante—. Limítate a hacer el ruido de las gaviotas, ¿vale? Tú sígueme el rollo.

Dave titubeó un rato y entonces comenzó a soltar una serie de horribles y estridentes graznidos.

—Perfecto —dijo Eddie, aunque la imitación había dejado mucho que desear—. Sigue, pero cambia el volumen. Haz que suenen como en la distancia.

Dave había hecho por Eddie algunas cosas cuestionables, pero esto era ya el colmo. Aun así, lo hizo. Se sentía como un niño, aunque le venía bien, pues lo ayudaba a meterse en el papel. De repente, estaba de pie, caminando descalzo sobre la tela asfáltica y agitando las manos, al tiempo que gritaba como un loco.

A tres azoteas de distancia, Dabney se levantó y comenzó a observarlos, completamente perplejo.

—¿Qué coño están haciendo esos chalados? —se aproximó al pequeño muro divisorio y se sentó en él a horcajadas, como si estuviera montando a caballo. Tenía una taza de plástico de *whisky* Maker's Mark y le dio un trago. Hora del cóctel en el Bar 1620. Ese día, Dabney ya había presenciado algunas locuras, pero esa se llevaba la palma.

Mientras Dave hacía carambolas por la azotea, como si fuera una bola de billar lanzada por un borracho, el sedal de Eddie bajó con fuerza. A continuación, Eddie tiró de él hacia arriba y este se arqueó, formando un semicírculo perfecto.

—¡Joder! —gritó. Dave permanecía ajeno, completamente metido en su papel de ave marina. El otro encajó los pies contra los bloques de madera y se impulsó hacia atrás en la silla de pesca, con el deseo de haber tenido una de verdad que estuviera bien sujeta a cubierta con correas y toda la movida. La criatura que se encontraba al otro lado del sedal se resistía o, al menos, era muy pesada. El sedal daba tirones y se movía con fuerza, pero la culata de la caña se mantenía sujeta al pivote. Dabney se

levantó y continuó observando, sin moverse para echar una mano ni para huir.

—¡Maldito hijo de puta! —Gruñó Eddie, mientras disfrutaba del momento.

Tenía los hombros brillantes, debido al sudor y a la crema bronceadora, los músculos tirantes, los bíceps marcados y los nudillos prácticamente blancos. La caña daba tales tirones que Eddie estuvo a punto de caer de boca, pero se enderezó y lanzó los hombros hacia atrás. Aunque Dabney pensaba que lo que Eddie estaba haciendo era una solemne, completa e incomprensible estupidez, no podía evitar admirar la tenacidad de ese tarado. Con un esfuerzo evidente, Eddie comenzó a enrollar el carrete y, lentamente, el sedal se fue rebobinando, acercando aún más a su presa.

—¡Oye, Dave! ¡Dave! ¡Olvídate de hacer de puto pájaro y ayúdame! ¡Dave!

Este abandonó la interpretación de su papel y, una vez más, abrazó a Eddie por la cintura, al estilo de la maniobra de Heimlich. Ambos forcejearon con la caña, hasta que por encima del filo de la azotea aparecieron dos zombis cogidos por la garganta. ¡Dos por el precio de uno!

—¡Madre de Dios! —gritó Eddie. Cuando los dos cuerpos, que no paraban de resistirse, cayeron en la azotea, Dave soltó la cintura de Eddie y salió corriendo en busca de un par de ladrillos. Eddie agarró la caña con una mano, mientras sus dos presas se agarraban al sedal que comprimía sus cuellos, y con la otra cogió un martillo de bola de debajo de la silla y se aproximó a sus víctimas—. A mí no me parecéis tan duros.

Dave permanecía alejado, pues la proximidad de los zombis era un poco espeluznante.

Dabney observaba, mientras metía las dos piernas en su azotea.

—Esos blancos quieren que los maten, pues allá ellos —susurró, preparado para salir por pies.

Eddie se aproximó a la histérica pareja. Se trataba de un hombre y de una mujer, aunque el sexo de esta última resultaba prácticamente irreconocible. El hecho de haberse convertido en una muerta viviente había borrado todo rasgo de feminidad. Eddie empleó el sedal a modo de correa y comenzó a tirar de la caña para sentarlos, de forma que pudieran ver a su captor. Después de haber estado distraídos por el aprieto en el que se encontraban, cuando vieron a Eddie, los zombis comenzaron a bufar y a babear, mientras de sus flácidas mandíbulas colgaban espesos hilos de saliva de un tono opaco y grisáceo. Eddie comenzó a reírse.

—¿Crees que si le echo los dientes abajo me hará una mamada? —preguntó sonriendo.

—Tío, yo ni si siquiera... —Dave se sentía desconcertado.

—No sé si tirármela hasta que se abra en canal o limitarme a cortarla en pedacitos para ver cuál de ellos sigue retorciéndose, y luego follármelos.

—Tío... —A Dave le temblaba el labio inferior, debido a la consternación y repugnancia que sentía.

—Solo estoy de coña, Davis, relájate. Ni que estuviera tan loco como para

metérsela a un ser tan repugnante como este. Estoy desesperado, pero no tanto.

Dave se acordó del encuentro de Eddie con la Judía Errante y comenzó a dudar. Eddie se colocó justo enfrente de los zombis. El sedal le había provocado al hombre un profundo tajo en la garganta, del que manaba un espeso y viscoso líquido prácticamente negro. Su escamosa y bronceada piel estaba arrugaba en la zona de alrededor del corte. Tenía los ojos grises y vidriosos, pero no podía estar más claro hacia dónde miraban. Los dos zombis estaban enormemente interesados en Eddie y, en menor grado, en Dave, quien había retrocedido unos metros. Solo avanzaría si su ayuda fuera estrictamente necesaria. Los zombis dejaron de agarrarse al sedal que rodeaba sus cuellos y se alejaron de Eddie.

—¿Has visto eso? ¿Y pensabas que me había equivocado con el tema de las pastillas? Míralos, Dave, están retrocediendo, ¿lo ves?

—Sí, porque están cagados de miedo, pero no porque tú seas inmune, Eddie.

—Qué aguafiestas eres —dijo en tono despectivo. Entonces, con un grácil movimiento arqueado, le dio un martillazo a la mujer, haciendo que su mandíbula volara en pedazos—. ¡He dado en el blanco! —dijo con una carcajada, mientras la mujer subía nerviosamente las manos a su destrozado rostro, completamente atónita—. Se acabó tu carrera de modelo —dijo Eddie burlándose, mientras disfrutaba de lo lindo—. Qué le vamos a hacer, pero tampoco vas a poder hacerme esa mamada. Aunque... —A la zombi que había dejado sin mandíbula, le colgaba la lengua desde un enorme orificio situado entre los dientes de arriba y la garganta.

Dave se alejó y empezó a tener arcadas.

—Puto aguafiestas —repitió Eddie. Se acercó a la zombi y le quitó de un golpe los dientes que le quedaban—. Jodida mellada. —El hombre comenzó a forcejear de nuevo con el sedal. Independientemente de que tuviera o no cerebro, la criatura podía percibir que lo que le aguardaba no era ni un sabroso festín ni un camino de rosas. Eddie agarró a la mujer por el cogote y empezó a tirar hacia adelante hasta arrancarle la cabeza, lo que permitió al zombi disponer de más espacio libre para agarrarse al sedal. Eddie retrocedió unos pasos y comenzó a observar cómo el hombre luchaba por ponerse de pie, al tiempo que babeaba y gruñía.

—No, si al final tendré que cogerle cariño —dijo Eddie—. Es todo un luchador. A pesar de que vaya a perder la batalla, no hay duda de que lo es.

El zombi casi se cae de espaldas al lograr liberarse del sedal.

—Eso no puede ser —dijo Eddie y, con una patada de karateca, logró que el zombi cayera de la azotea en espiral para reunirse con sus camaradas.

—Coño —dijo Eddie, enseñando los dientes.

—Prométeme que no vas a volver a hacer algo así —le dijo Dave, al tiempo que se enderezaba después de haber vomitado.

—Tronco, ¿por qué voy a prometer algo que no voy a cumplir? —dijo Eddie sonriendo abiertamente, mientras se abría otra cerveza—. Sencillamente he descubierto algo con lo que poder entretenerme las tardes soleadas.

Mientras miraba a su cobertizo, considerando que en el edificio quedaban apartamentos libres, Dabney se planteó cambiar de residencia, pensando que quizá hubiera llegado el momento de marcharse con la música a otra parte.

—Quiero salir contigo —le dijo Karl, quien estaba plantado en el descansillo de la puerta de Mona.

—¿Me estás pidiendo una cita? —Mona miraba a Karl, sin que sus ojos revelaran ni el más mínimo ápice de irrisión, sorpresa o interés.

—No, no. No quiero ninguna cita —dijo tartamudeando—. Solo quiero salir del edificio contigo la próxima vez que vayas a hacer algún recado.

El rostro de Mona delató brevemente cierta curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque quiero hacer un experimento. Me gustaría comprobar si el grado de repulsión que provocas en los zombis es suficiente para mantenerlos a raya, aunque tengas compañía, es decir, si tu paraguas de protección se extiende a más personas. ¿Te acuerdas del juego infantil del fantasma en el cementerio? —Mona negó con la cabeza—. Te explico. Era otra versión del corre que te pillo, solo que había un cementerio imaginario (el patio del recreo, el cuarto de estar, cualquier sitio) y una casa, que era la zona donde estabas a salvo. Bueno, el niño que era elegido como fantasma tenía que quedarse en el cementerio y los demás se colocaban alrededor de él y tenían que lograr llegar a la casa. Si el fantasma te pillaba, entonces te tocaba serlo a ti. Lo que pasa es que nosotros jugábamos de la siguiente forma: si nos agarrábamos del brazo o a una cuerda que hacíamos atando ropa, podíamos usar la «electricidad» y salir de la casa, siempre que estuviéramos atados a ella con la cuerda de salvamento, la cual transmitía electricidad. Claro, no era electricidad de verdad, solo el poder de la casa. La cuestión es que podías atreverte a entrar en el cementerio sin correr ningún peligro y burlar al fantasma. Algunas veces, todos nos quedábamos en la casa y nos reíamos del fantasma sin compasión, hasta que este amenazaba con abandonar el juego. Bueno, pues quiero comprobar si tu don especial tiene electricidad. ¿Me sigues?

—No me parece una buena idea.

—Quizá tengas razón, pero tengo que averiguarlo.

—Tengo la impresión de que quieres morirme.

Karl cayó en la cuenta de que no le gustaba que Mona articulara frases completas. Estaba desorientado y le picaba la piel. En realidad, sentía corrientes eléctricas por toda su epidermis y tenía el vello erizado. Quizá se debiera al nerviosismo, aunque también era posible que fuera producto de las pastillas. Esos medicamentos, ¿qué serían? Tantos años repitiéndose «Di que no», para acabar cambiando de opinión. Claro, que las cosas habían cambiado mucho. Si Mona estaba tomando speed, no se le notaba. Karl había conocido a una familia de escoria blanca que vivía cerca de su pueblo y que cocinaba cristal de metanfetamina casero. Los granjeros colocados

salían de allí gritando en camionetas y acribillaban con perdigones los buzones de los vecinos o cualquier otro objetivo que no se moviera, aunque a veces también elegían a alguno en movimiento. El Gran Manfred los denominaba «los condenados».

—Bueno, ¿qué dices, Mona? ¿Puedo ir contigo?

—Tráete la Biblia.

—¿Para combatir a los zombis como en *El exorcista*? «El poder de Cristo te obliga» —dijo Karl, al tiempo que realizaba una pésima imitación de Max Von Sydow.

—No, por si necesitas la extrema unción.

Definitivamente, a Karl no le hacía ninguna gracia que Mona hablara. Drogas. El anticristo. Algunas personas tenían razón y otras no, y Mona pertenecía a la segunda categoría. ¿Tenían suficientes provisiones? Que Karl supiera, todas las arcas estaban rebosantes, pero quería comprobar qué pasaba si salía con Mona. Abe había mencionado que quería libros. ¿Podría utilizarlo como excusa para abandonar el nido? Se sentía impaciente y la impasibilidad de Mona lo exacerbaba. No era un tipo violento, pero sintió el deseo de golpearla, aunque solo fuera por ver su reacción, si es que tenía alguna. ¿Se enfadaría? ¿Le devolvería el golpe? Su comportamiento era desesperante. Tenía ganas de darle un puñetazo, pero no en la cara, sino en el estómago. Quería ver cómo se estremecía y se doblaba de dolor. Deseaba obligarla a ponerse de rodillas para que le implorara clemencia.

¿Qué le pasaba?

—Mona, ¿rezarías conmigo? —le preguntó Karl, al tiempo que le ofrecía unas manos temblorosas. Sentía tal repulsión hacia su persona que pensó que iba a explotar. Si uno pudiera purgarse físicamente del odio hacia su persona, Karl lo habría expulsado por cada uno de sus poros, como si fuera un géiser humano. ¿Se trataba de una demencia natural? ¿Sería producto de los medicamentos? Qué más daba. ¿Claustrofobia, tal vez?—. ¿Lo harías, por favor? —le suplicó. Mona se encogió de hombros con aspecto de sentirse incómoda. Por fin mostraba un sentimiento reconocible y, aunque no fuera el que Karl había deseado, al menos se trataba de una reacción humana—. No pasa nada —dijo entre titubeos—, lo siento, no quiero imponerte mis movidas. Olvídalo.

—Guay —dijo Mona, mientras agarraba el pomo de la puerta para cerrarla.

—Sí, la oración es un asunto privado. Lo siento, no era mi intención...

Mona cerró la puerta y Karl oyó cómo echaba el pestillo. Las criaturas de fuera no la afectaban en absoluto, aunque, al parecer, él sí lo había hecho. Por un momento, se sintió poderoso. Había logrado asustar a Mona. Sonrió, pero después hizo una mueca, corrió escaleras arriba en dirección a su apartamento, sacó un cinturón del tocador y empezó a flagelarse la espalda. *¿Cómo me atrevo a disfrutar haciéndola sentir incómoda? Perdóname, Jesucristo. Perdóname Dios mío. Ni siquiera sé a quién debo pedir perdón, así que discúlpame también por eso. ¿A Buda? ¿A Alá? Ay, Dios, ¿y si todos esos terroristas tenían razón?* Karl había leído uno de los libros de

Alan de Phil Dick, cuyo título era *Sivainvi*. ¿Sería cierto lo que narraba en él? Alan le había explicado que, en los años sesenta, Dick había tenido una visión y llegó a estar convencido de estar en contacto con una conciencia cósmica, a la que dio el nombre de Sivainvi, el acrónimo de Sistema de Vasta Inteligencia Viva.

Estaba claro que Dick era un tarado que se ponía hasta el culo de anfetaminas, aunque era posible que tuviera razón. ¿Acaso había existido algún profeta completamente racional? ¿Se trataría de una característica común a todos ellos? ¿Racionalidad? ¿Era la fe algo racional? ¿Lo había sido alguna vez? ¿Qué pasaba con todas las locuras que Juan había escrito? El Apocalipsis seguía siendo una pastilla difícil de tragar, aunque Karl lo intentara todas las noches. Pastilla. Quizá fuera el momento de tomarse una. Karl dejó caer el cinturón y se dirigió a la cocina para sacar una del blíster. Después de que el pequeño comprimido rosa cayera en la palma de su mano, se lo tragó con un poco de Snapple. *¿Qué estoy haciendo? ¿Qué me estoy tomando? Necesito un Vademécum. Sí, eso es lo que me hace falta. Quizá Mona pueda llevarme a la librería de Barnes & Noble de la calle Ochenta y seis, pero ¿qué excusa puedo poner para querer ese libro? ¿Para qué iba a necesitarlo? Si no es porque estoy tomando medicamentos que desconozco. ¿Habría ella notado que le faltan pastillas? Además, si salgo a la calle, ¿me llevaría a todos los sitios con ella? ¿Y si sus excursiones a la farmacia son privadas? Quizá por eso se muestre tan reticente a que la acompañe.*

De niño, Karl había tenido varicela, y su pálido cuerpo se adornó de protuberancias rojas que se ampollaban y picaban que te cagas. En ese momento, tenía la misma sensación, aunque su piel tuviera un aspecto normal. Numerosos santos habían sufrido, e incluso los que no lo eran. Como Job; ¿acaso era su destino sufrir como lo hizo? Dios estaba siempre atormentando a su fiel rebaño. El mundo, por ejemplo; ¿acaso no era una prueba de la existencia de un Dios maligno? Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, pero los seres humanos no tenían nada de lo que poder presumir. Eran imperfectos, mezquinos, zafios, violentos y arrogantes. ¿Acaso el hombre era una criatura de la que poder sentirse orgulloso? Quizá ese fuera el motivo por el que Dios había borrado a casi todos de la faz de la tierra, aunque estaba claro que los que habían sobrevivido no eran ni los mejores ni los más brillantes. Karl sabía que no lo era. ¿Y Eddie? *Que Dios se apiade de nosotros, si es uno de los pocos elegidos.*

Karl comenzó a reírse ante la idea de que Eddie fuera un protegido del Todopoderoso, aunque también lo hizo al pensar que Dios los estaba ayudando. Menuda falacia. ¡Qué mentira tan blasfema! ¡La Biblia! ¡Las drogas! ¡La locura! Karl tenía tantas ganas de salir a la calle que se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre. Entonces absorbió con fuerza el fluido de sabor metálico, lo paladeó y, en voz muy baja, dijo:

—Dios, que te den por culo.

A continuación, con una energía renovada, comenzó a golpear su espalda

desnuda con el cinturón, hasta impregnarla de sangre y sudor. No resultaba recomendable poner a prueba a un Dios malvado. Cada vez que levantaba el cinturón para el siguiente golpe, salpicaba de sangre las paredes de color beige, lo que le trajo a la memoria la piel con varicela de su niñez.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó, lloriqueando—. ¿Qué puedo hacer?

—Oye, no hagas eso —farfulló Ellen, quien miraba a Karl completamente atónita, al igual que hacía Alan—. ¿Es que se te ha ido la pinza? ¿Cuántos días llevas poniéndote? ¿Dos o así? A ver, partiendo de la base de que la teoría de Eddie acerca de las pastillas sea cierta, y que conste que no puedo ni si quiera creerme que esté dando crédito a algo de lo que ese imbécil haya dicho y que solo lo hago por ser justa hasta con el diablo, ¿cómo puedes pensar que has desarrollado una resistencia a los zombis en tan poco tiempo? Lo que te ocurre es que tu mente se está atrofiando. ¿Qué te pasa? ¿Crees que el efecto de las drogas tiene algo de positivo? Echa un vistazo a la espalda de tu camisa.

—No puedo —dijo Karl—. La tengo detrás.

—La tienes pegada a la piel, y no es por el sudor. ¿Qué coño te has hecho? ¿Te crees que no te hemos oído? —Ellen imitó el ruido del látigo, añadiendo un giro de muñeca para terminar. Karl tiró de la espalda de su camisa, y era evidente que la tenía algo pegada a la columna. Ellen le dirigió una desafiante mirada con unos ojos abiertos como platos—. ¿Te has fustigado mucho por Jesús?

—Bueno, da igual —dijo Karl, mientras se limpiaba los dedos responsables del delito en los pantalones, antes de metérselos en el bolsillo delantero—. Voy a salir con Mona. Alguien tiene que hacerlo. Quiero comprobar qué pasa y comprobar si las pastillas provocan algún efecto en nosotros o si podemos disponer de un paraguas de protección por el hecho de encontrarnos próximos a ella. En definitiva, quizá su don, o como queráis llamarlo, sea contagioso y proteja a la persona que la acompañe.

—Genial, Operación Gran Paraguas. —Dijo Ellen con el ceño fruncido. El pobre idiota estaba decidido—. Bueno, pues yo no pienso darte ni la lista de la compra, ya le he dicho a Mona lo que quiero, pero si te vas con ella, no volveremos a verte. No se trata de un hasta luego, sino de un adiós.

—Gracias por tu voto de confianza —dijo Karl, haciendo pucheros.

—No puedo darte ninguno. ¿Prefieres que te mienta? Genial, nos veremos a tu regreso. Pero ¿estás hablando en serio? Si es así, ha sido un placer conocerte.

Karl aceptó los comentarios de Ellen y se dirigió a la puerta en compañía de Alan.

—¿Le has hablado a los demás de tu futura expedición? —le preguntó Alan.

—Sí. Al principio Eddie me dijo que él debería ser el primero en salir, y no una nenaza como yo, pero cuando le dije que corría un alto riesgo de que me mataran, aceptó que hiciera yo de cobaya. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Material para tus cuadros o lo que sea?

—Lo único que quiero es que vuelvas sano y salvo.

Karl se detuvo y levantó su mirada hacia Alan, sintiendo cómo la emoción le

comprimía el pecho. Eddie se había comportado como de costumbre, Dave se había limitado a darle una palmadita en la espalda, Abe había mostrado una total apatía, debido a su consumo de Valium, Dabney, borracho como una cuba, lo había acusado a gritos de altanero, arrogante y presuntuoso, antes de ponerse a llorar, echarlo a patadas de su nuevo apartamento, cerrar la puerta con llave y destituirlo sumariamente y, para colmo, Ellen le había echado un rapapolvo, por lo que Alan había sido el único en desearle una buena expedición. ¿Qué coño les pasaba? Esa era la pregunta del millón en un mundo en el que los millones ya no tenían ningún valor. Alan y él se estrecharon la mano, se dieron un abrazo, y entonces Alan comenzó a darle palmaditas en la espalda a Karl, pero al darse cuenta de que este hacía gestos de dolor, pensó que quizá no hubiera sido una buena idea. Alan se miró la mano y, al ver en ella restos de sangre, empezó a disculparse, aunque Karl le agradeció el gesto.

—Una cosa más —dijo Alan, en tono de advertencia—. No estoy seguro de si esas criaturas disponen de los sentidos habituales, pero sé que el olor a sangre atrae a los tiburones, así que creo que deberías hacer algo con tu espalda. Sé que aún hace calor, pero pienso que tendrías que ponerte una chaqueta o algo así.

—Ni siquiera había pensado en eso. Ay, Dios.

—Bueno, es solo una opinión.

Karl corrió escaleras arriba, se quitó la camisa y, como la tela continuaba pegada a las costras, las heridas volvieron a sangrarle. Entonces se echó agua por la espalda, pero necesitaba algo más fuerte. Si las heridas de los latigazos tenían como objeto apaciguar a un Dios cruel, quizá algo que agravara el dolor sería visto con buenos ojos. En lugar de frotarse con alcohol, fue al armario a por una botella de vodka barato y lo vertió sobre sus heridas. El escozor provocó que llorara a mares, parecía que hubiera desviado el abundante líquido que recorría su columna para que brotara de sus lacrimales. Le picaba toda la espalda y la habitación apestaba a la bebida alcohólica que estaba quemando sus orificios nasales y chamuscando su dolorida espalda. Después de secársela, dándose golpecitos con una toalla, Karl se envolvió el torso con papel de cocina transparente, a fin de hacer desaparecer el olor a sangre. Se tomó un par de pastillas, se puso una camisa limpia y una cazadora, y entonces se dirigió al apartamento de Mona, sintiendo un hormigueo. Con la esperanza de amortiguar aún más su aroma, potencialmente delicioso, Karl metió algunas cosas en una mochila y se la colgó a la espalda. Quizá se debiera a las drogas, a la bebida alcohólica que sus heridas habían absorbido o al subidón de adrenalina, pero la cuestión era que tenía la espalda adormecida y ya no sentía dolor ni físico ni emocional.

Al pasar por la puerta de los Fogelhut, la golpeó con fuerza con los nudillos.

—¡Viejo, deséame buena suerte! —gritó. No hubo respuesta. Entonces comenzó a aporrearla con la mano abierta, pero Abe seguía sin contestar.

Muy bien, como quieras.

—Vamos a ello —era el mantra de Karl, mientras bajaba las escaleras.

Vamos a ello.
Vamos a ello.

Mona se detuvo en el techo de la furgoneta de Dabney y observó que Karl bajaba por la cuerda con gran esfuerzo. A excepción de Abe y Dabney, todos los demás habían ido a ver cómo los dos abandonaban el edificio, así como a ser testigos de lo que ocurriría a continuación. Karl aterrizó en el techo y perdió el equilibrio durante unos segundos. Entonces Mona lo agarró por la cintura, mientras lo recuperaba. Como si se tratara de un radiador sobrecalentado que estuviera expulsando vapor, los espectadores soltaron un colectivo suspiro de alivio. El corazón de Karl latía con tal fuerza que temía que los zombis pudieran oírlo. Invadido por el terror y la euforia, a partes iguales, analizó el panorama que tenía a su alrededor: debajo estaban los innumerables muertos vivientes, arriba los amigos y vecinos, y el mundo por todas partes. Karl llevaba medio año sin salir del número 1620. ¿Cómo podía parecer tan hermoso algo tan prosaico?

—Esto es un auténtico momento Kodak —dijo Alan.

—Es verdad —dijo Eddie, al igual que hicieron los demás, cuyos corazones latían prácticamente con la misma fuerza que el de Karl.

—Muy bien —dijo Karl, más para sí mismo que para los demás—. Puedo hacerlo. —Levantó su mirada al cielo, el cual parecía más grande y azul que desde la azotea, situada a cuatro pisos de distancia. Tenía el cartel de la lavandería Phnom Penh a la altura de los ojos y, entre este y la pared de ladrillo, había un esqueleto de paloma con un par de plumas todavía pegadas a su carcasa. Karl apartó la vista del diminuto cadáver y dirigió su mirada a los de mayor tamaño, los que deambulaban por la calle—. ¡Ay, Dios mío! —dijo con un grito ahogado. Varios estaban mirando en dirección a la furgoneta, atraídos por la actividad—. Por Dios santo.

—Espera a que los disperse —dijo Mona, al tiempo que saltaba a la acera.

Con un leve ruido sordo, Mona aterrizó en el suelo. La reacción de los zombis fue prácticamente instantánea. Comenzaron a alejarse, aunque sus sibilantes siseos cobraron intensidad a esa escasa distancia. Se trataba de un sonido que recorrió la médula espinal de Karl de arriba abajo, deteniéndose, con un mayor énfasis, en la parte inferior del colon y en la parte superior de la garganta. Era como si unos dedos mortecinos y opresores le estuvieran agarrando y masajeando ambas partes del cuerpo. Karl podía sentir cómo se acumulaban los fluidos debajo de su armadura de papel de cocina transparente, mientras el sudor impregnaba sus heridas. Su madre solía marinar los asados en el frigorífico durante toda la noche, envueltos en papel transparente, pero tenía la esperanza de que invitados forzosos que tenía debajo no lo encontraran tan sabroso. Tras abrir un hueco entre la multitud, Mona le hizo un gesto a Karl para que se uniera a ella en el suelo. *Ahora o nunca*, pensó Karl. Se soltó de la cuerda de rápel y comenzó a bajar lentamente de la furgoneta. Primero se sentó en el

borde, luego fue bajando las piernas hasta enderezarlas, y entonces se colocó junto a Mona de un salto. Los zombis permanecían bajo control.

—Por el momento, todo va bien —susurró él.

—*Mm* —dijo Mona, sin comprometerse a dar su opinión, mientras daba un paso en dirección norte. Su ritmo era pausado y, con Karl a remolque, más lento de lo habitual. Ella le concedió a los zombis todo el tiempo necesario para que percibieran su magia y abrieran paso. Sin agarrarse a Mona, Karl caminaba a escasa distancia por detrás de ella. Él nunca había estado tan cerca de los zombis, pero en las distancias cortas eran todavía más repugnantes. Las innumerables versiones del grado de descomposición eran sorprendentes. Algunos, víctimas evidentes de ataques caníbales, no eran más que caóticos conjuntos de muñones y cartílagos, prácticamente sueltos. Sin embargo, continuaban conservando la capacidad de movimiento. Sus miembros terminaban a mitad de camino, sus rostros estaban medio consumidos, en algunos de los casos debido a la putrefacción, aunque no en todos. Se les veían los huesos y los órganos internos habían dejado de serlo. Karl nunca había caído en la cuenta de lo mucho que las encías podían llegar a retraerse. La piel de los zombis le recordaba a la de las aves de corral demasiado cocinadas, mate, estriada, gruesa y curtida, aunque traslúcida. Las había amarillentas, morenas y ennegrecidas. La mayoría de los ojos eran vidriosos, debido a unas cataratas de un color gris apagado. Algunos caminaban dando tumbos, con las cuencas de los ojos vacías. Los tenebrosos orificios nasales no eran más que aperturas verticales de color negro, bordeadas de corrosión.

—Son tan horribles —afirmo Karl—. Joder, pero horribles de verdad.

—Supongo que sí. —Parecía la respuesta a un comentario acerca del clima. Banal. Aunque pensándolo bien, los zombis, al igual que el tiempo, eran una constante, si bien menos interesantes que este, pues el tiempo cambiaba. El radioteléfono de Karl emitió un pitido y lo sacó de la funda.

—Solo quería probarlo —dijo la voz de Alan—. ¿Cómo va la cosa?

—Esto..., supongo que bien —dijo Karl—. Se mantienen alejados, pero es, este..., sinceramente, estoy cagado de miedo.

—Lógico —le respondió Alan—. ¿Cómo no ibas a estarlo? Pero has salido, amigo. Estás ahí fuera de verdad.

Karl respondió asintiendo con la cabeza, antes de pasar a la acción y pulsar el botón para hablar.

—Sí, estoy aquí fuera, estoy aquí fuera. Mira, no puedo caminar y hablar al mismo tiempo, tengo que concentrarme. Corto.

—De acuerdo, amigo. Entendido. Corto y cambio.

Karl agarró el radioteléfono contra su pecho, como si se tratara de un talismán que lo mantuviera unido a casa. Le ardía el rostro. Ni siquiera habían llegado a la esquina y ya estaba dudando si debía seguir adelante. Entonces volvió a dirigir su mirada a los demás, quienes permanecían en las ventanas. Ellen le hizo un gesto de

ánimo muy maternal y Karl se sintió como si fuera su primer día de colegio y su madre lo acabara de dejar. Tenía que actuar con valentía. *No llores, pensó. Por favor, no llores.*

Mientras avanzaban en dirección norte, dio un grito ahogado, al ver aparecer a un zombi desnudo, encorvado y similar a un nomo. Su pigmentación era prácticamente humana y, a excepción de su postura encorvada y un profundo livor mortis en las extremidades inferiores, no mostraba ninguna otra deformidad. El zombi lanzó su cabeza, prácticamente calva, en dirección a Karl, quien dijo con un grito ahogado: «¡Ruth!». Debía haberse caído de la azotea y haber perdido la sábana que la envolvía. Karl permanecía inmóvil, mientras observaba a su antigua vecina. De todas las personas a las que nunca hubiera querido ver desnudas, era probable que Ruth ocupara el primer puesto de la lista. Karl pensó en el libro del fallecido Norman Mailer, *Los desnudos y los muertos*.

—¿Por qué te detienes? —le preguntó Mona, sin mostrar impaciencia alguna.

—Es Ruth. —Le dijo señalando.

—Ajá.

Karl reprimió el deseo de reprender a Mona. No es que le hubiera dicho que el cielo estaba en las alturas o que el agua estaba húmeda. El hecho de que Ruth estuviera deambulando por las calles era una noticia bastante dramática. No había sido mordisqueada por ninguna de esas criaturas, lo que quería decir que su resurrección había sido espontánea. ¿Acaso el hecho no presagiaba el mismo destino para todos? ¿Para todos? ¿Sin excepción? ¿Cómo se sentiría Abe si supiera que su esposa estaba paseándose en pelotas entre los impuros? La limpia y puntillosa de Ruth Fogelhut como Dios la trajo al mundo, o más bien como Dios se la llevó al otro barrio, completamente relajada entre los muertos. Si ya era poco agraciada, estaba más fea todavía. Sin la mínima prueba de haberlo reconocido, los mortecinos ojos de Ruth miraron en su dirección, al tiempo que sintió cómo Mona le tiraba del brazo.

—Vamos —dijo ella.

Tras tomar la decisión de no informar de la noticia con el radioteléfono, Karl asintió con la cabeza y comenzó a caminar al paso de Mona, cuyo ritmo era pausado y mecánico. Hubiera podido ser una excelente soldado. Quizá lo hubiera sido. Es probable que se tratara de un experimento militar que hubiera salido mal. O bien, porque era inmune a los zombis. Cabía la posibilidad de que fuera el prototipo de una supersoldado. Era probable que los que la habían instruido estuvieran todos muertos o que siguieran con vida en algún búnker, controlando los movimientos de Mona desde una distancia de seguridad, mediante un diminuto chip de seguimiento implantado en su interior.

¿Cómo hacía uno para verificar esas hipótesis sin parecer impertinente? ¿Sería acertado empezar con la frase «Me estaba preguntando» o era preferible preguntarle directamente si era una especie de ser sobrenatural que había sido alterado genéticamente? *Y con respecto a mí, ¿soy un completo paranoico o un retrasado*

mental? Karl no dejaba de darle vueltas al asunto, mientras caminaba con dificultad detrás de Mona y la euforia de encontrarse en el exterior quedaba a un lado. La otra duda que continuaba asaltándole era si se trataba o no de un ser humano, lo que planteaba una pregunta aún más complicada.

—Entonces, ¿eres un ángel enviado por el Todopoderoso o un demonio del infierno?

—¿Cómo dices?

Mona se detuvo y miró a Karl con una aparente expresión de interés.

—Eh... —le contestó él.

—¿Que si soy un demonio del infierno?

Karl comenzó a sudar todavía más, mientras su estómago sufría intensos espasmos. *¿Lo he dicho en voz alta? ¡Idiota!*

—¿Qué? —farfulló, en un intento por fingir inocencia.

—Has dicho...

Karl la interrumpió con un movimiento de mano.

—No, no, no. No me refería a ti. No. Estaba pensando en Ruth. Ruth. Está ahí, pero es evidente que no es ningún ángel. Es solo una extraña idea que me ha venido a la cabeza. Solo quería comprobar cómo sonaba en voz alta. —Karl esbozó una tonta sonrisa—. Qué locura, no me refería a ti. —Hizo con el dedo el gesto de estar loco, señalándose a sí mismo, y negó con la cabeza.

—Ajá.

Karl echó de menos su cinturón para poder darse unos cuantos azotes. El sol parecía calentar más allí abajo que en la azotea. Era como si Dios, convertido en un niño gigante, sádico y caprichoso, lo hubiera intensificado y orientado en su dirección a través de una lupa. El aire no se movía, solo las moscas. Karl tenía la piel del cuello sudorosa y tirante por el terror. Entre la mortificación y el miedo, tenía la sensación de tener la espalda cubierta de hormigas de fuego, mientras que el vendaje de film transparente se iba desprendiendo por el sudor. Ojalá que no se tratara de sangre. Tenía un picor de mil demonios. ¿No debería haber refrescado ya? No, todavía era verano. Un verano interminable. Aparte de los zombis, el calentamiento global.

Sí, en cierta forma, la humanidad había sido responsable de su propia desgracia.

Estúpida humanidad, pensó Karl. Estúpido de mí. ¿Cómo he podido no darme cuenta de que lo he dicho en voz alta? Deseaba dejar de pensar en todo por temor a sufrir otro arranque de honestidad, al estilo de los reflejos involuntarios de Tourette. Tenía que quedar bien con Mona.

Entonces se acordó de la Biblia.

Los libros.

Ese era el motivo por el que estaban llevando a cabo esa expedición.

Mientras avanzaban con dificultad en dirección oeste, Karl se acordó del desfile anual por el día de Puerto Rico que comenzaba en la calle Ochenta y seis del East Side en la que se encontraban. La multitud se alejaba, a medida que Mona y él

caminaban por el centro de la calle, hundidos hasta los tobillos en extremidades putrefactas y basura. Quizá su desfile fuera menos festivo. Karl estudiaba a la multitud, mientras su mente iba a mil revoluciones, debido a la sobreexcitación. El camino era serpenteante, avanzaba en zigzag por entre los vehículos abandonados y los zombis. En el interior de un coche, un niño convertido en muerto viviente, que permanecía sentado en su sillita de seguridad, se daba golpes contra la ventanilla, cuyo cristal estaba impregnado de sangre coagulada. Ese atrofiado niño llevaba atrapado en el coche cerca de medio año y seguía en movimiento. Karl se estremeció, al tiempo que le volvía a venir a la mente la aparentemente eterna pregunta: ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que a esas criaturas se les agotara la energía?

Los libros.

Vamos a ello.

Vamos a ello.

—Tengo que pasar por una librería.

—Ajá.

—Sí, Abe me ha dicho que quería algunos libros para enriquecerse. Sí. Algo que, para un hombre de su edad, me parece digno de admiración. Aunque es probable que solo los quiera para matar el aburrimiento, me sigue pareciendo muy loable.

—Ajá.

—Yo también necesito leer más textos sagrados. Quizá así encuentre algunas respuestas.

—Ajá.

—¿De verdad que nunca te has encontrado con ningún superviviente durante tus salidas?

—No.

—Es tan extraño. ¿Te has puesto alguna vez a dar voces para ver si alguien te responde?

—No.

Quizá estuviera mintiendo. Si se trataba de un demonio, era su deber hacerlo, a fin de complacer a su impuro maestro. Karl carraspeó y entonces gritó:

—¿Hay alguien ahí? —Lo hizo todo lo alto que pudo. Repitió la pregunta un par de veces, pero lo único que consiguió fue que los zombis de su alrededor se agitaran todavía más. Mona le dio un puñetazo a Karl en el bíceps y entrecerró los ojos.

—No hagas eso —le dijo Mona—. Les irrita.

—Es que, si hubiera alguien por aquí, yo...

—Pues déjalo ya.

—Vale, lo siento. Solo quería... Lo siento.

Continuaron caminando con dificultad, al tiempo que los zombis se alejaban con frustración. Por el momento, el experimento estaba siendo un éxito. Karl no había sido devorado. Un éxito total. Enorme. Esto podía cambiarlo todo. A medida que se

iban aproximando a la Primera Avenida, Karl se fue animando por su progreso. El sol ya no parecía amplificado, sino vigorizante. Los músculos de sus piernas parecían resueltos. Levantó su mirada al cielo, que estaba despejado y completamente azul, y se sintió glorificado. Hacía siglos que no se sentía tan cerca de Dios. Al menos, le tenía más cariño. A mitad de camino entre la Primera y la Segunda Avenida, el plástico transparente con el que Karl se había envuelto el torso acabó resbalando por completo y el salado sudor rosáceo salpicó la acera. Mona giró la cabeza, sobresaltada por el ruido del líquido, antes de dirigir su mirada al charco que se encontraba a los pies de Karl.

—¿Has roto aguas?

El hecho de que Mona intentara hacer un chiste era casi tan alarmante como el creciente interés mostrado por los zombis. El aroma de sus fluidos naturales era como el sonido del gong para la cena. Aunque se mantenían alejados, su odio se intensificó. Los sonidos que emanaban de sus destrozados rostros amenazaban con vaciar el colon de Karl.

—Ay, Dios mío. Ay, Jesús —gimoteó él, con el deseo de ponerse de rodillas y rezar.

—Sigue adelante.

Mientras el molesto líquido goteaba de su espalda, Karl siguió las órdenes de Mona. En ese momento, el camino de vuelta al edificio parecía medir kilómetros, en lugar de dos manzanas. Prolongadas manzanas. Manzanas de avenidas que parecían por lo menos el doble de largas que las del norte y el sur. Abe y sus libros. Abe. ¿Qué favor le había hecho Abe en su vida? ¿En qué estaba pensando para ofrecerse voluntario a emprender esa locura?

¿Ofrecerse voluntario?

Era él quien lo había propuesto.

Karl sintió el deseo de estrangularse.

No culpes a Abe, tú también querías ese libro sobre medicamentos. Cúlpatelo a ti mismo.

—¡Joder, quítate de encima! —gritó Alan, mientras trataba de apartar a manotazos las artríticas manos de Abe.

Abe gemía desde lo más profundo de sus destrozados pulmones, al tiempo que despedía hediondas bocanadas de aire con olor a mocos. Eso no era lo que Alan había esperado encontrarse, cuando llamó a la puerta de Abe. Desde el fallecimiento de Ruth, Alan había sentido lástima del viejo, allí, tan solo, pero había sido una gilipollez. Al principio, después de lograr abrir la puerta de Abe y verlo dándose golpes contra el alféizar de la ventana, pensó que el anciano estaba solo desorientado. Era probable que hubiera tomado demasiado Valium. Sin embargo, cuando Abe se dio la vuelta, Alan supo que se había unido a las filas de los muertos vivientes. Y allí estaba él, luchando contra un anciano convertido en zombi en un húmedo apartamento que apestaba a naftalina y a algo peor.

Alan logró derribar a Abe, y pudo oír cómo al anciano se le quebraba la cadera. Abe trataba de agarrarse a Alan, pero no conseguía levantarse. Alan se sentía incómodo. No se trataba de una relación tan impersonal como la que mantenía con esos monstruos de abajo. Era su amigo Abe. Abraham Fogelhut, quien confirmaba el cliché de que cuando fallece uno de los miembros de una pareja de ancianos, por lo general, el otro lo sigue muy pronto. La única diferencia era que ambos habían resucitado. Alan escudriñó la habitación, en busca de algo con lo que poder poner fin al sufrimiento de Abe, pero no pudo encontrar nada. Con Abe arañando con sus quebradizas uñas la alfombra, mientras trataba de levantarse y volvía a caer, Alan se acercó a la puerta, la cerró tras de sí y salió al descansillo. Estaba bastante seguro de que Abe no podría girar el pomo, y menos aún ponerse de pie de momento. Tomó varias bocanadas de aire, se alisó la pechera de la camisa y bajó las escaleras para informar a los demás del nuevo estado de Abe.

—Vaya, la cosa se va animando —dijo Ellen, con tono de acritud—. ¿Y qué hacemos?

—Está claro que tenemos que librarnos de él.

—Que tengamos que desahuciar a las personas mayores ya es el colmo —dijo Ellen, sin que disminuyera la ironía en su tono de voz.

—Bueno, sí —dijo Alan, mostrándose de acuerdo.

—Puaj. Genial. Toda esta situación está empezando a crisparme de verdad, ¿sabes? Te mueres y resucitas como una de esas criaturas. Maravilloso. Estar vivo solo es una fase previa a la muerte en vida. ¿Crees que todavía habrá alguien que permanezca muerto o será cosa del pasado?

Alan se encogió de hombros.

—Algunos tendrán que hacerlo —prosiguió Ellen—. Tiene que ser así. Quiero decir, tampoco es que haya ocho millones de zombis ahí fuera. Las calles están atestadas, pero no tanto. Aunque quizá los haya. No tengo ni idea. Es probable que existan apartamentos por toda la ciudad plagados de zombis demasiado estúpidos como para salir a la calle. Joder, pensaba que sabía a lo que nos ateníamos, pero no sabemos nada. Yo creía que se debía a los mordiscos de las ratas, a un gas venenoso, a algún germen contagioso o algo parecido, pero no es así. Resucitamos porque sí. Es increíble. —Ellen dio un trago al tibio té de hierbas y se volvió a colocar la horquilla—. Se supone que este té calma los nervios —dijo ella, antes de soltar una cínica carcajada—. Entonces, ¿qué opinas? ¿Le estará yendo bien a Karl o crees que Mona volverá sola?

—No lo sé.

—A ver, si Mona consigue volver, y no tengo motivos para pensar que no lo haga, a menos que Karl haya jodido su don, me va a traer algo especial para solucionar la delicada situación en la que nos encontramos. Quizá por eso esté algo nerviosa. Solo un poco. Un pelín.

—¿A qué situación te refieres?

—Joder, no seas tan obtuso, Alan. Me refiero al bebé.

—Ah.

—Sí claro, «ah». Se trata precisamente de la clase de situación que requiere una respuesta así. Sin embargo, no tienes de qué preocuparte, no te odio. La verdad es que tienes razón, y cuando la tienes, tengo que dártela. Además, la has tenido en todo momento, pensando que tener el bebé era un error. Pues sí, lo es, así que hoy voy a hacer lo correcto y voy a encargarme de ello. Lo subsanaré.

Alan exhaló un prolongado suspiro, mitad de alivio, mitad de comprensión y mitad de algo más. Sin embargo, aunque le sobraba una mitad, se sentía plagado de

emociones contenidas. No sabía lo que debía hacer, si darle palmaditas en la espalda o abrazarla. Se aproximó a ella y extendió los brazos para lo segundo, pero Ellen no hizo esfuerzo alguno por aceptar el gesto.

—No es momento de abrazos —dijo Ellen, con un monótono tono de voz—. Es lo que hay, y además sin que te den el coñazo los antiabortistas. Está bastante bien, a esto le llamo yo progresar. ¿Qué postura crees que adoptarían los defensores de la vida ante el hecho de interrumpir un embarazo en un mundo plagado de muerte? ¿Les seguiría pareciendo algo tan inmoral? Tampoco es que tenga importancia, pero creo que estamos buscando un tema de conversación para posponer el tema de la expulsión de Abe del edificio. Sé que te estoy haciendo pasar un mal rato, pero no me mires así, tiene que irse. No podemos permitir que se queden vecinos que puedan devorar al resto. Creo que eso es obvio. ¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara?

Alan ni siquiera era consciente de la cara que tenía, pero se sentía completamente desconcertado.

—No estoy poniendo ninguna cara —dijo en un suave tono de voz por la aprensión que sentía—. No pongo ninguna cara, es la que tengo.

—Si tú lo dices. Bueno, es probable que un espectáculo terrorífico aleje las preocupaciones de mi mente. ¿Entiendes a lo que me refiero? ¿Vas a encargarte de Abe y lo vas a echar o qué? Si tú te animas, yo también. El ejercicio me vendría bien.

Alan se puso nervioso durante unos momentos y se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre, cuyo sabor a cobre le resultó desagradable. Abe era uno de los suyos, pero Ellen tenía razón: no podían permitir que en el edificio hubiera zombis. Era probable que Eddie se ofreciera a hacerlo de buen grado, teniendo en cuenta los comentarios que Abe había vertido a su costa, pero el viejo se merecía algo mejor. Merecía morir de una forma agradable y con algo de dignidad, si es que eso era todavía posible.

—Claro, acabemos con esto de una vez.

—Para ser un hombre muerto con la cadera partida, es peleón, ¿eh? —comentó Ellen, mientras trataba de bajarle la cabeza a Abe con una fregona, presionando con fuerza la parte mullida contra la tráquea del anciano. Abe agitaba los brazos con impotencia, mientras trataba de agarrarse a sus atacantes.

—Quizá debiéramos llamar a los demás —propuso Alan, después de pensárselo dos veces—. Eddie podría...

—No cuentes con Eddie, no nos hace falta la ayuda de ese troglodita.

Alan dirigió su mirada a Abe, quien ya no era el mismo, aunque no dejaba de ser él. Continuaba teniendo el mismo aspecto. No era una criatura putrefacta. Bueno, todavía no. Tenía los ojos vidriosos y la mirada perdida, aunque había rabia en esos mortecinos orbes. Rabia y confusión. Abe se agarró con sus espásticos dedos al dobladillo de los pantalones de talle bajo que llevaba Ellen y comenzó a tirar de ellos, bajándoselos aún más, hasta dejar al descubierto el elástico de su tanga.

—¡Ay, que no, viejo verde! —dijo Ellen regañándolo, pero a Alan no le gustó la

broma. No tenía nada de gracioso, ni siquiera en clave de humor negro. Ellen presionó con más fuerza la fregona contra la garganta de Fogelhut, provocando que emitiera una horripilante descarga de ahogados y húmedos ruidos de estrangulamiento, mezclados con los crujidos de sus destrozados cartílagos. Alan reprimió las ganas de vomitar o desmayarse, fue a por una toalla grande del cuarto de baño y la lanzó a toda velocidad sobre el rostro de Abe, con la intención de amordazarlo y ocultarlo, a partes iguales. Alan no deseaba ser testigo de esa mecánica simulación de vida. Con la toalla bien envuelta contra el rostro del anciano, Ellen soltó la fregona y Alan se enjugó las lágrimas. Eso no estaba nada bien. Era probable que Abe hubiera tenido una muerte agradable y pacífica, debido al Valium, sin embargo, allí estaba el pobre cagándose en ellos. Abe se movía de atrás hacia adelante, sin el impulso de unas piernas que habían quedado inservibles. La rotura de la cadera lo había dejado para el arrastre, por lo que ya ni siquiera podría deambular por ahí fuera arrastrando los pies.

—Sujétale bien la toalla —gritó Alan— y siéntate encima del pecho para que no pueda moverse.

—¿Qué? ¿Es que no vamos a tirarlo fuera?

—Sí, pero dentro de un minuto. Agárrale los brazos.

En el suelo, Abe se retorcía con la toalla bien envuelta en su cabeza, con el aspecto de un rehén tullido y encapuchado. Alan recorrió la habitación con la mirada y vio un gran cenicero de alabastro de color naranja oscuro. Cuando lo levantó para calibrar su peso y solidez, recordó que, cuando era niño, su madre tenía uno muy parecido.

Alan se aproximó al cuerpo tumbado, que no dejaba de moverse, levantó el cenicero con un movimiento arqueado y le asestó un golpe al anciano en el cráneo, pulverizándolo. El ruido, aunque amortiguado, fue repugnante. No obstante, a fin de asegurarse, Alan repitió el movimiento cinco veces, hasta que lo único que quedó bajo el empapado tejido de rizo fue una crujiente papilla. Ellen retrocedió unos pasos boquiabierta, al tiempo que su arranque de humor negro era disipado por la benevolente violencia de Alan.

Sin pedirle ayuda a Ellen, Alan levantó el cuerpo inerte de Abe, lo trasladó hasta la ventana y lo arrojó por ella. Alan observó el cuerpo del anciano, el cual permaneció durante algunos momentos sobre la multitud de abajo, como si se tratara de un surfista sin tabla cogiendo olas desde el escenario de un concierto de *rock*, antes de que fuera absorbido. El recién llegado se hundió hasta llegar al suelo y desapareció, para ser muy pronto pisoteado hasta convertirse en papilla.

Sin panegíricos.

Sin nada.

Ellen dejó escapar algunas lágrimas, sin ni siquiera estar segura de por qué o por quién lloraba.

Alan no le ofreció consuelo.

Ambos se marcharon a sus respectivos apartamentos y cerraron las puertas.

Y Eddie pescó otra pieza en la azotea.

A tres bloques de distancia de donde estaba teniendo lugar la pesca del zombi, Dabney, quien fumaba un cigarrillo detrás de otro, apagaba el enésimo. Con los ojos vidriosos y la garganta abrasada, a consecuencia de la mezcla de tabaco y alcohol que había estado consumiendo desde que Karl y Mona se marcharan, Dabney dividía su minada atención entre el estúpido numerito de los gilipollas y comprobar de vez en cuando si había algún indicio de que hubieran vuelto. No sabía el tiempo que llevaban fuera, porque a su reloj se le había agotado la pila.

No había ninguna duda de que el lúdico sadismo de Eddie se había afianzado. El putito italiano pescaba un zombi y lo subía a la azotea, sin apenas esfuerzo y, a continuación, se empleaba a fondo con él, con su fiel caja de herramientas, cuyo contenido incluía llaves inglesas, martillos, alicates, en definitiva, de todo. ¿Se podía considerar tortura, teniendo en cuenta que las víctimas no eran humanas ni estaban vivas en el sentido estricto de la palabra? Dabney se imaginó que se celebraban sesiones en el Congreso acerca de ese tema. En un determinado momento, el pecoso de mierda, Dave, había hecho las veces de animador y gritaba con poco entusiasmo distintas versiones de: «¡Ra, ra, ra, nuestro equipo vencerá!». Patético. Sin embargo, últimamente se limitaba a sentarse sobre el muro, cogiéndose la cabeza entre las manos, mientras meditaba y observaba a su amigo.

Dabney cogió la botella por el cuello, la sacudió y oyó cómo el líquido se removía. Cuando los dos se marcharon, estaba prácticamente llena, pero en ese momento quedaba menos de la mitad, lo que quería decir o que Dabney había bebido muy deprisa o que había pasado ya bastante tiempo. Dirigió su mirada a la otra azotea, en la que se encontraban tres zombis amontonados y desmembrados, la pesca del día. *Qué forma tan curiosa de calcular el paso de las horas sin un reloj*, pensó Dabney, quien estaba demasiado borracho como para tener en cuenta la posición del sol o cualquier otro método tradicional, anterior a la aparición de los relojes de cuarzo suizos. Debería haberle pedido a Karl que le trajera una pila nueva.

Karl.

¿Volvería ese pobre chalado de una pieza? A pesar de que Karl fuera solo una triste imitación de su desaparecido hijo, Dabney lo había convertido en su suplente y odiaba la idea de perderlo. Entonces, recordó el momento en el que le había alborotado a Karl su grasiento cabello y, a pesar de que se tratara de un detalle tan insignificante, deseaba poder volver a hacerlo. Cuando Karl volviera, abriría la palma de la mano y le despeinaría bien esa cabellera. Además, ahora que Karl se había aseado un poco, quizá pareciera el cabello de un chico blanco como Dios manda: reseco y como la paja, como había imaginado que sería el del chaval. La idea le hizo esbozar una sonrisa, hasta que su cerebro convirtió la palabra «cuando» en «si».

—Maldita sea.

Tiró la botella a la calle y, como estaba demasiado borracho para bajar a su nuevo

apartamento, se marchó tambaleándose a su cobertizo a dormir la mona.

Eddie le arrancó el último diente a su presa con unos alicates y lo arrojó al montón que había hecho. Inspirándose en una película acerca de la guerra de Vietnam, se había puesto un collar confeccionado con orejas alrededor de su bronceado cuello. Introdujo la mano en la caja, sacó una sierra de arco y comenzó a amputarle el antebrazo al pobre desgraciado que se resistía bajo sus rodillas. Eddie tenía la esperanza de que sintieran dolor y, a juzgar por los ruidos que emitían, era evidente que sí. El sudor recorría sus hombros desnudos y el pañuelo que llevaba alrededor de la frente evitaba que las gotas le entraran en los ojos.

—Sí, esto es pan comido —dijo sonriendo abiertamente, mientras la hoja le rebanaba la piel y el músculo hasta llegar al hueso, antes de atravesarlo por completo. Esas criaturas sufrían de una grave desnutrición y, en ocasiones, la piel se desprendía del hueso como si fuera la de una costilla muy cocinada, aunque tampoco es que le apeteciera probar la carne de zombi, sobre todo, después de contar con el chollo de Mona. No obstante, resultaba asombroso que algunos de esos jorobados tuvieran unas pieles resistentes y curtidas y que las de otros se desprendieran del hueso como si nada. Algunos se hacían trizas estando aún en el sedal, y con un par de fuertes tirones, los necesarios para subirlos por encima del filo de la azotea, los convertía en puzles de carne, lo que resultaba decepcionante.

Eddie levantó la extremidad y miró en el interior del hueso, el cual estaba hueco. ¿No se suponía que ahí debería haber tuétano? Al padre de Eddie le encantaba chupar el tuétano, algo que resultaba completamente asqueroso. De niño, solía observar cómo su padre extraía esa repugnante pasta de color marrón de los huesos de cualquier plato de carne que su madre hubiera preparado, y entonces chupaba el hueso. Cuando Eddie tenía hambre, había sentido cómo los jugos gástricos de su estómago consumían las paredes. Entonces, recordó haber oído que cuando una persona se estaba muriendo de inanición comenzaba a digerirse a sí misma. Pues eso era lo que debían estar haciendo los zombis, el problema es que ya no les quedaba nada que poder digerir.

Llegados a este punto, quizá solo se tratara de una cuestión de tiempo. El Cometa sabía cosas que los demás aún desconocían.

—Soy más inteligente que el oso medio, como decía Yogui —dijo Eddie, con una radiante sonrisa.

—¿Qué?, ¿quién? —le preguntó Dave, quien había apartado la vista de Eddie y sus actividades.

—El Cometa. Estoy llevando a cabo algunos experimentos científicos, en plan doctor Frankenstein, con este cabrón. ¿Quién descubrió lo de las pastillas de Mona? El Cometa. ¿Quién supo que las pilas de los muertos vivientes se estaban agotando? El Cometa. —El sudor se filtró por el pañuelo y se le metió dentro de los ojos—. Me cago en la puta —dijo haciendo un gesto de dolor. Con un antebrazo se limpió el molesto fluido y con el otro le pulverizó la cabeza a la criatura con una llave inglesa

—. Ha sido un día de trabajo muy productivo. Esos cabrones —dijo, señalando vagamente— no saben apreciar la labor que estoy desempeñando aquí arriba. Estoy rompiendo los esquemas científicos como el negrata ese que inventó la mantequilla de cacahuete.

Dave lanzó una mirada a Dabney.

—¿Qué pasa? —refunfuñó Eddie—, le estoy haciendo un cumplido. Joder, si a mí me gusta la mantequilla de cacahuete. Además, aparte de la cabrona de la rarita, ¿quién se merece permanecer aquí? ¿Qué otra persona está haciendo algo productivo? ¿Te acuerdas de la movida esa de ser emprendedor y ejemplar con la que solían darnos el coñazo en el trabajo?

Dave asintió con la cabeza.

—¿Te acuerdas de cuando Staci Kulbertso, la ayudante de Tim McTaggart, se soltó la melena en esa fiesta de la compañía? Eso estuvo de puta madre, tronco. Meneaba el culo como si quisiera librarse de él. Tío, yo me habría encargado de él.

Dave miraba a Eddie, sin saber qué decir. ¿A qué venía eso ahora?

—Colega, estoy sudando como un cerdo —dijo Eddie, sonriendo—. Es la labor de un hombre liquidar a estos jorobados. Me gustaría que volviera a llover para poder ducharme, ¿entiendes lo que quiero decir?

Dave asintió con la cabeza.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Davis?

—No, Eddie.

—Entonces, ¿qué coño te pasa? ¿Por qué pones ese careto tan largo?

—Ya no puedo seguir con esto, Eddie —dijo Dave, mientras las lágrimas humedecían sus mejillas—. Esto no es normal. Lo que estás haciendo aquí es como las putas movidas de la prisión de Abu Ghraib.

—Técnicamente, esas prácticas no eran tortura —dijo Eddie, en tono despectivo.

—Es probable, pero de todas formas, no puedo soportarlo por más tiempo. Esto es una movida verdaderamente repugnante, es nauseabunda, pero si no estuvieras tan chiflado por esas pastillas...

Eddie abandonó lo que estaba haciendo, empuñando con fuerza la ensangrentada llave inglesa, mientras la indignación ardía en sus ojos abiertos como platos. Dave se alejó. Los ojos de Eddie no tenían un aspecto normal, danzaban en el interior de las cuencas, animados por la locura y la carnicería.

—¿Por qué no me comes la polla? —le preguntó Eddie, con un gruñido.

—No seas crío.

—No era una forma de hablar, lo digo de verdad, quiero que me hagas una mamada.

—Se te ha acabado el chollo, Eddie —dijo Dave, al tiempo que trataba de reprimir sus sollozos—. Es probable que la catástrofe me haya hecho darme cuenta de lo que soy, pero se acabó. Lo digo en serio. Hemos terminado. Se acabó. Tú ya tienes tu porno, tu pasatiempo y tus problemas, pero ¿qué pasa conmigo? Tú y yo no

encajamos, ya no —dijo Dave, con la voz quebrada, antes de darse la vuelta, salir corriendo y atravesar a saltos los pequeños muros, como había hecho en innumerables ocasiones. Eddie corrió detrás de él, pero sus cualidades atléticas tenían más que ver con la fuerza bruta que con la velocidad y la agilidad. Dave llegó a la cubierta del hueco de las escaleras y bajó dos tramos de peldaños, antes de que su embrutecido amigo hubiera llegado ni si quiera a la azotea del centro que los separaba.

—¡Puto mariconazo de mierda! —gritó Eddie, mientras la puerta se cerraba de un portazo.

—¿Cómo? —farfulló Dabney, mientras volvía en sí—. ¿Quién anda ahí?

—Vuélvete a dormir, viejo —dijo Eddie entre dientes, mientras entraba en el edificio y cerraba la puerta tras él.



—Típico —dijo Karl quejándose, mientras pulsaba el botón para hablar. Nada. El radioteléfono se había quedado sin cobertura.

El exterior de la librería estaba ennegrecido, a causa de un incendio que había devastado el establecimiento. A pesar de que las puertas se encontraban cerradas con llave, los escaparates habían reventado y los añicos del cristal de seguridad cubrían la parte delantera.

—Está destrozada —dijo Mona.

No me digas, pensó Karl, pero en lugar de eso, dijo:

—¿Por qué no me lo habías dicho antes de llegar? Tienes que haber pasado por aquí antes, ¿o es que acaba de ocurrir?

—No lo sé.

—Bueno, pues ya que estamos aquí, podíamos entrar. Quizá se haya salvado algo.

—No sé.

—¿Eres una gallina?

Karl se sintió estúpido por haber utilizado un insulto de niños de primaria, pero funcionó. Mona se dirigió hacia el enorme orificio de un escaparate, se asomó con cautela por el filo irregular, retiró algunos fragmentos de cristal que se encontraban sueltos y entró en el calcinado y lúgubre interior del establecimiento. Karl la siguió de inmediato, mientras se preguntaba si podría caminar por allí sin escolta. Deseaba poder dejar de sudar, porque estaba muerto de sed.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Mona, encogiéndose de hombros.

—Pues ahora me pongo a buscar. Le prometí a Abe algunos libros. Además, yo también necesito algo.

El ambiente estaba cargado del hedor a quemado y las paredes estaban cubiertas por una costra de papel pintado despegado, rayado y chamuscado. A consecuencia de la conflagración, algunas de las mesas expositoras se habían caído, y las que se mantenían en pie parecían burdos zigurats, pues los libros que tenían encima se habían convertido en una masa escalonada de ennegrecidos y destrozados restos. El suelo estaba embadurnado de una espesa pasta de papel quemado y agua estancada de color grisáceo, probablemente del sistema de rociadores contra incendios, por lo que cada paso que daban iba acompañado de un ruidoso chapoteo. La planta de abajo estaba hecha un desastre, aunque quizá la de arriba estuviese en mejores condiciones. La sala principal estaba dividida por dos escaleras mecánicas que conducían a una completa oscuridad.

—¿Has traído alguna linterna? —dijo Karl en voz baja, sintiéndose como un imbécil por no haberlo hecho él. Mona asintió con la cabeza y Karl, a pesar de sentirse agradecido, la odió por estar mejor preparada que él. Introdujo la mano en su

mochila de Hello Kitty, sacó dos faros delanteros y le dio el primero a Karl, antes de deslizar el otro por encima de su coronilla y encenderlo, lo que la hizo parecer una minera sin casco. El haz de luz abrió una fantasmagórica franja de color blanco en medio de la oscuridad.

—Hostia, qué luz tan intensa —dijo Karl sorprendido.

—Es una bombilla de xenón —dijo Mona, como si él fuera a entenderlo.

—¿Cuánto cuesta un faro de estos? —preguntó Karl, al tiempo que encendía el suyo y subían por la destrozada escalera mecánica. Sin embargo, se arrepintió de inmediato, cuando Mona miró hacia atrás y lo cegó con la luz que llevaba en su frente, pero no sin que antes él captara lo estúpida que le había parecido la pregunta en la expresión de su rostro. Cuando llegaron al final de la escalera, permanecieron juntos a fin de tantear el terreno. La parte izquierda de la entreplanta estaba destrozada, pero la derecha no parecía tener tan mal aspecto. Lo bueno era que, aparte del mobiliario y la mercancía, no hubiera nada más.

—¿Tienes un poco de agua? —preguntó Karl, con la esperanza de que su falta de previsión fuera más perdonable que su pregunta anterior.

—Ajá. —Dijo Mona, antes de entregarle una botella. Después de dar algunos tragos, Karl hizo amago de devolvérsela, pero Mona negó con la mano y, con un cortante tono de voz, le dijo:

—Tengo la mía. —El hecho de que ella hubiera supuesto que él no iría bien preparado hizo que se volviera a poner colorado.

La mala noticia era que la sección «Medicina y Ciencia» estaba calcinada. Bueno, al menos, se ahorraría tener que dar explicaciones de por qué necesitaba un Vademécum o algo similar. Con resignación, Karl se dirigió con dificultad a la sección «Literatura» y escogió algunas copias, ligeramente chamuscadas, de los clásicos por los que Abe había suspirado, mientras Mona observaba el espacio que les rodeaba, masticando algo. Karl no se molestó en preguntar, pues ya había hecho bastantes preguntas estúpidas por ese día.

—Muy bien, pues creo que yo ya he terminado —dijo él, mientras se volvía a colgar con sumo cuidado la mochila llena por encima de su maltrecha espalda. Cuando se dirigían a las escaleras mecánicas, en una mesa con los restos de antiguas ediciones, Karl vio un montón de copias, en bastante buen estado, del enorme volumen de tapa dura que conmemoraba el quincuagésimo aniversario de la revista *Playboy*. En su momento, había deseado comprarse ese libro, pero no pudo permitírselo. El sentimiento de culpa se arremolinaba en su cabeza, entremezclado con el arrepentimiento por haberse despojado de su pornografía y de sus trofeos sexuales.

Con la excepción de Lourdes Ann Kanimanu Estores, *Miss* junio de 1982.

Seguro que aparecería en el libro. Era probable incluso que este incluyera todas sus fotografías, las cuales podrían hacer compañía a la solitaria página desplegable que había guardado en su cajón. Esto le resultaba casi más violento que tener que

explicar el motivo por el que quería un ejemplar del Vademécum, ya que a ningún chico le agrada que una mujer lo pille haciendo acopio de material guarro. Entonces empezó a sudar a mares. *Esto es ridículo*, pensó Karl. *¿Por qué debería importarme lo que piense de mí? Es solo Playboy, por Dios santo. En realidad, no es porno. Solo son fotografías de chicas guapas. ¿Por qué me estoy justificando? Apenas puede considerarse pecado. El verdadero pecado fue deshacerme de ese botín. Esto es solo para compensar esa enorme pérdida.*

Tras esa reflexión, Karl cogió una copia del pesado y voluminoso libro de la mesa, pero, a juzgar por la expresión del rostro de Mona, no pareció importarle lo más mínimo. Aun así, se puso colorado, mientras reorganizaba el contenido de su mochila para poder guardar el descomunal tomo. Casi con el deseo de fastidiar a Mona, se hizo con otro volumen para regalarlo. Teniendo en cuenta que Ellen se encontraba en estado, no había duda de que Alan agradecería este tesoro, que contenía las tías más macizas que hubieran pisado la faz de la tierra. Karl lo guardó, con mayor cuidado aún, volvió a colocarse la cargada mochila y se dirigió al lugar en el que se encontraba Mona.

Al llegar allí, el suelo carbonizado se desplomó bajo sus pies.

Y la expresión del rostro de Mona mostró su sorpresa, al ver el hueco por el que su compañero había caído.

Karl no podía sentir las piernas, ni ninguna otra cosa que no fuera remordimiento, vergüenza y la casi absoluta certeza de que esos serían sus últimos pensamientos. *Típico*, pensó de nuevo. No podía mover los ojos, pero gracias al haz de luz de su faro delantero pudo comprobar que estaba cabeza abajo, o eso le pareció. No podía verse el resto del cuerpo y, aparentemente, tampoco podía mover la cabeza. Abrió la boca y emitió un lastimoso lloriqueo, mientras las babas se filtraban en el interior de sus orificios nasales. Por encima de él, pudo oír los tenues crujidos de Mona, quien se dirigía de puntillas a la escalera mecánica, intentando pisar con el máximo cuidado.

Una vez en suelo más firme, Mona bajó a todo correr el prolongado tramo de escalones metálicos y se colocó justamente en el campo de visión de Karl, quien, incluso cabeza abajo, pudo percibir su preocupación, lo que provocó que fuera presa del pánico. El aturdimiento provocado por la caída había disipado su creciente histeria, pero comprobar que el rostro prácticamente inexpresivo de Mona mostraba angustia le pareció algo muy grave y terrorífico. Ella no dijo nada, pero su mirada de terror, al ser consciente del daño sufrido, reveló claramente una silenciada mala noticia. La peor.

—¿Puedes hablar?

Karl no estaba seguro de si lo había dicho ella o había sido él mismo. Sus pensamientos eran muy confusos. La cabeza era la única parte del cuerpo que podía sentir, pero parecía un globo lleno de agua a reventar. Debido a la presión que sentía detrás de los ojos, tenía la sensación de que iban a salir disparados al otro extremo de la habitación. Estaba jadeando.

—¿Puedes hablar?

Había sido Mona, él no había dicho nada. Entonces ella le acarició el rostro y comenzó a secarle las babas y el sudor con un pañuelo de papel que había sacado de su tontorrón mochila de dibujos animados. Con la cabeza al revés, la mochila le parecía realmente dulce. El rostro de Mona tenía la apariencia del de una niña. Ya no le parecía fría y distante, sino frágil y conmovida. *Es frágil y está conmovida*. Karl esbozó una sonrisa, o al menos creyó hacerlo; resultaba difícil saberlo, al tener el cuerpo completamente adormecido.

—¿Puedes hablar?

O Karl estaba perdiendo la visión o la pila de su faro delantero estaba fallando. Quizá se debiera a ambas cosas, un elemento de la columna A y otro de la columna B. Karl sonrió a Mona, aunque estando al revés a veces resulta difícil interpretar la expresión de la otra persona.

—No puedo moverte —le dijo Mona, con un débil tono de voz.

Independientemente de que estuviera al revés, le parecía encantadora. Entonces, comenzó a plantearse cómo había podido ser tan sentencioso con esa pobre chica abandonada de otro mundo. Mona no era ningún demonio. Por fin, estaba seguro.

—Estás demasiado... —dijo Mona titubeando, mientras trataba de expresar de una forma adecuada algo para lo que no existía ninguna forma adecuada de decirlo. Entonces suspiró y entrecerró los ojos, antes de apartar la vista del cuerpo de Karl, el cual estaba retorcido a la altura del diafragma, con las piernas mirando al este y el torso al oeste. Karl se acordó de la sección de medicina que había quedado calcinada. Le habría venido de perlas en ese preciso momento. *No pierdas la concentración*, pensó él. *Mantente lúcido. Mantente*—. Roto —dijo ella por fin.

Él trataba de hablar, pero en cada intento se ahogaba, al tiempo que la presión de la nuez oprimía y aplastaba sus palabras. La nuez. «Prominencia laríngea». Recordó esa expresión de uno de esos atlas del cuerpo humano en los que se incluían translúcidas páginas superpuestas y secciones transversales de los diferentes sistemas, un humano hecho filetes. ¿Cuántas partes de su anatomía estaban rotas, como Mona había dicho? ¿Todas las importantes? ¿Por qué Mona era inmune? Karl apretó la mandíbula y, con un enorme esfuerzo, logró decir:

—¿Pob qu mune?

—¿Que por qué es lunes?

—¿Pob que eb mune? —Mona negaba con la cabeza, sin poder entenderlo—. ¿Pob que eb mune?

—¿Es algo del lunes?

Era inútil.

—Teng un abma —dijo Karl con gran esfuerzo, mientras expulsaba fluidos que ella después limpiaba.

—¿Cómo?

—En l bolsa. Teng un abma.

—¿En tu bolsa?

—Sí.

Mona la abrió y comenzó a hurgar en ella y, de repente, se volvió a mostrar sorprendida. Se trataba de un día épico. De muy mala gana, sacó un revólver de la mochila de Karl.

—¿Y has tenido esto todo este tiempo? —Mona se estaba convirtiendo en una cotorra de primera.

—Sí. —El Gran Manfred no estaba dispuesto a permitir que su hijo se marchara a Nueva Sodoma desarmado. Desde que llegó a Nueva York, Karl la había mantenido bien guardada en su caja, pero ese día le había parecido la ocasión ideal para sacarla. Sin embargo, no había contado con que él mismo fuera a ser su objetivo.

—¿Y qué es lo que yo...?

—Disparame.

—Yo no...

—Pofavo.

—¿Puedes sentir algo?

—No.

—Ahora vuelvo.

Karl observaba la silueta de Mona, a medida que se dirigía al trote hacia los destrozados escaparates, salía al umbral, tiraba el arma y desaparecía.

Desde la calle, Alan oyó un agudo silbido, seguido del ruido del radioteléfono que anunciaba el regreso de Mona. Abandonó los retoques que estaba realizando en un antiguo lienzo de la chica y comprobó que la modelo de carne y hueso estaba fuera, sola y con una expresión menos distante de lo normal. *Sola*. Alan se apresuró a bajar las escaleras en dirección al apartamento 2B, tan preocupado de que llegara sin compañía que ni siquiera avisó a los demás. Cuando arrojó la cuerda para subir a Mona, ella estaba trepando a la furgoneta de Dabney. Ellen se acercó a Alan y miró por encima de su hombro, dándole un susto.

—¿Dónde está Karl? —preguntó ella.

—Buena pregunta.

A pesar de que la explicación de Mona fue monosilábica y fragmentada, logró describir el lamentable estado en el que se encontraba Karl, quien había quedado espatarrado sobre los restos de una mesa de exposición, con el tronco en una dirección y las piernas en otra, al tiempo que soltaba fluidos como si fuera un coche viejo. Ellen reprimió el deseo de preguntar si el accidente había tenido lugar antes o después de que Mona hubiera logrado encontrar las píldoras «del día después». Tendría que encontrar el momento oportuno.

—Tenemos que sacarlo de allí —dijo Alan, fingiendo tranquilidad—. No podemos dejarlo allí hasta que se muera, o peor, hasta que se lo coman vivo. Antes de la caída, ¿funcionó bien el tema del paraguas de protección? —Mona asintió con la cabeza—. Muy bien. —Alan exhaló con fuerza y se reclinó en su silla, levantando las patas del suelo. No quería salir al exterior, pero el deber lo llamaba. Se dirigió a la ventana que daba a la calle y observó a la horda—. Puaj —dijo—. No sé si podré hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Ellen—. ¿Salir ahí fuera? De ninguna manera. Ni siquiera las has probado.

Alan giró la cabeza en su dirección, con una expresión que decía: «No digas ni una sola palabra más».

—Venga ya, Alan —dijo Ellen—. Karl está ahí fuera partido como una rama podrida ¿y todavía quieres que no se entere de la traición? Que le den por culo al pacto. Tú no te mueves de aquí. Que vayan Eddie o Dave. Coño, estaban locos por meterle mano al alijo de Mona, pues que lo pongan ellos a prueba. —Ellen se detuvo y se dirigió a Mona con un tono de voz ligeramente condescendiente—. Mona, cariño, esos tipos, incluido Karl, te han estado birlando pastillas para...

—Ya lo sé —dijo Mona.

—¿Que lo sabes?

—Sí, sé contar.

—¿Y sabiéndolo no has hecho nada? Pero si han invadido tu espacio y han abusado de tu confianza. Yo no quería mantenerlo en secreto, pero, de verdad, los gorilas que tenemos entre nosotros me intimidaron.

—Ya lo sé.

—Y dice que lo sabe. —Ellen se sintió casi tan molesta con Mona por saberlo y no haber dicho ni pío que con el robo de los conspiradores—. Entonces, ¿por qué no habías dicho nada?

—¿Cómo qué?

—Pues, para empezar, algo como «dejad de robarme pastillas». ¿De qué vas? Ni siquiera saben lo que se están tomando. Esos fantasmas se han convencido a sí mismos de que las pastillas son tu arma secreta, ya sabes, en contra de los zombis. ¿Y lo sabías? No me lo puedo creer.

—Es difícil no hacerlo.

Alan se alejó de la ventana, dejando a un lado temporalmente la difícil situación en la que se encontraba Karl. De todas formas, era probable que estuviera muerto.

—¿Es difícil no hacer qué? ¿Darse cuenta del robo?

—Por los efectos secundarios.

—Ooooh —dijeron los dos al unísono. Las actividades de Eddie y Dave en la azotea, la esquizofrénica religiosidad de Karl. Efectos secundarios. A ellos les habían parecido las secuelas normales, las regresiones de una situación apocalíptica, aunque era de imaginar a qué se debían esos comportamientos tan extraños. Ellen y Alan se sintieron bastante estúpidos.

—Tienen graves contraindicaciones —dijo Mona, pronunciando cuidadosamente las palabras y esbozando una sonrisa.

—¿Y por qué las tomas?

—Tengo que hacerlo —dijo Mona, sin ponerse en absoluto a la defensiva.

—¿Qué son?

—Sustancias químicas para el cerebro.

—No puedo creer que lo supieras y lo hayas permitido —dijo Ellen, negando con la cabeza.

—Puedo conseguir más.

—A ver, ya que estamos poniendo las cartas sobre la mesa —dijo Alan dubitativo—, ¿son tu secreto? ¿Podría Karl haber salido solo? ¿Podría haberlo hecho Eddie?

—Lo dudo.

—¿Por qué? Si están tomando lo mismo que tú.

—Quizá pudieran después de algunos años.

—¿Por qué? ¿Por qué después de años? ¿Por qué quizá?

—Ellos no nacieron adictos.

—Nacer adictos.

—Algo así.

Era como si tuvieran que sacarle las palabras con cuentagotas, aunque por fin

apareció en escena la madre de Mona, pero no como un ama de casa estresada que formara parte de un ensayo farmacológico por prescripción facultativa, sino como una adicta crónica. Mona había sufrido alteraciones químicas en el vientre de su madre y se había convertido en dependiente. Alan esbozó una sonrisa, mientras pensaba: *cuatro dedos en cada pie*. Entonces recordó los documentales que había visto en la cadena PBS de divulgación pública acerca de bebés de madres que habían tomado talidomida o *crack*. Que tuviera cuatro dedos en los pies y una forma de ser tan brusca era bastante mejor que tener muñones o carecer de todos los miembros. Entonces, ¿era esa la clave de la inmunidad de Mona? De todos los defectos de nacimiento, este era el más darwiniano que existía. ¿Se trataba de un defecto o de una evolución? «Vivir mejor por medio de la química», como decía el lema de DuPont.

Pero cuando las pastillas se agotaran, ¿qué sería de Mona?

¿Las seguía necesitando?

¿Las había necesitado alguna vez?

Mientras Karl yacía sobre la mesa, reflexionando sobre su inminente muerte, no se dio cuenta que sus caderas habían cambiado de posición ni de que había cruzado las piernas. Desde su distorsionada perspectiva, dirigió su perdida mirada al otro lado del muro de escasa altura, y la calle estaba atestada de muertos vivientes. Entonces miró al agujero por el que se había caído, con la esperanza de ver a Jesús o algún ángel haciéndole señas para que lo siguiera, pero no sonó la flauta. Se limpió la frente y comenzó el recuento de los segundos que le quedaban.

—¡Qué imbécil soy!

Karl se sentó, sintiendo un hormigueo donde antes no había sentido nada.

—¡Qué idiota!

Se miró las manos, mientras flexionaba los dedos y giraba las muñecas.

—¡Qué gilipollas soy! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Jesús! Gracias... Uy.

El hecho de no estar paralizado le provocó euforia, lo que a su vez hizo que perdiera el juicio y comenzara a gritar. Se giró hacia la calle y los zombis lo estaban mirando.

—Ay, cojones —dijo Karl. La muchedumbre que se encontraba apretujada junto a los marcos del escaparate aún no había averiguado cómo saltar por encima del muro de aproximadamente medio metro de altura que las separaba de su apetitosa presa, pero era solo una cuestión de tiempo. Aunque no tuvieran la inteligencia para levantar una pierna por encima y repetir el movimiento con la otra, el empuje desde el gallinero provocaría la primera oleada de zombis en un santiamén. Karl se masajearon las piernas, en un intento por hacer desaparecer la parestesia de sus pantorrillas y muslos, y estos comenzaron a picarle, al igual que las manos. Había pasado de no notar nada a una sobreabundancia de sensaciones en cuestión de segundos. Karl se habría sentido dichoso, de no haber estado a punto de cagarse de miedo. Se bajó al suelo, sintiéndose tembloroso, pero sintiendo.

Durante una fracción de segundo, se enfadó con Mona por haberlo dejado allí,

pero ella no era médico, solo una chica rarita. Había ido en busca de ayuda, pero no podía esperar hasta que volviera. A ella le gustaría saber que estaba equivocada.

El suelo parecía firme, pero también se lo había parecido en la planta de arriba. La entrada de los zombis era inminente. Tanto cuento con las milagrosas pastillas de Mona para que luego todo quedara en nada. Puto Eddie. ¿Cómo había podido ser tan estúpido como para creer que Eddie tuviera razón en algo? Era tan inmune a los zombis como un cubito de hielo a una hornilla. Una vez más, trató de utilizar el radioteléfono para informar a Mona de que se había puesto de pie, pero solo pudo oír interferencias. Karl dio un par de pasos algo espásticos, como si fuera el número cómico de un mimo, pero no sabía hacia dónde correr. El muro que lo separaba de ellos seguía resolviendo el problema, pero una vez que logaran entrar, iba a tener lugar un frenético festín. Los primeros zombis cayeron amontonados por encima del tabique al suelo cubierto de hollín, pero cuando intentaban levantarse les caían más encima, y luego más. Karl proyectó el haz de luz de su faro hacia la escalera mecánica. ¿Qué probabilidades tendría de caerse dos veces a través del suelo? ¿Debía tentar a la suerte y huir hacia la planta de arriba o permanecer allí y enfrentarse a un destino evidente? Se sentía atrapado entre la espada y la pared. Quizá pudiera llegar a la azotea, pero ¿qué haría después? ¿Saltar? Vayamos por partes. Con las piernas temblorosas, Karl se dirigió a la escalera mecánica, se agarró a la correosa barandilla y, medio tirando de su cuerpo y medio corriendo, logró llegar hasta el rellano.

—¡Qué idiota soy! —gritó, al caer en la cuenta de que continuaba con su pesada mochila a cuestas.

Después de tirarla al calcinado suelo, Karl huyó a toda prisa a los aseos situados al fondo de la segunda planta. Quizá, como en las películas, hubiera algún conducto de aire por el que poder trepar hasta llegar a un lugar seguro. Entró en el aseo de hombres, cerró la puerta de golpe (pensando durante una fracción de segundo lo curioso que había sido que, incluso en esas circunstancias, hubiera optado conscientemente por el de hombres y no por el de mujeres) y comenzó a explorar la oscura estancia, apuntando con la linterna de un lado para el otro. Había un techo falso, pero ni rejilla ni conducto. *Típico, típico, típico. Nunca confíes en Eddie ni te creas lo que ves en las películas. ¡Idiota!*

Por supuesto, la puerta no tenía cerradura. La abrió y asomó la cabeza. Los zombis aún no habían llegado al entresuelo. *Tiene que haber una forma de salir de aquí. Piensa.* Sin embargo, a falta de un plano de planta, tenía que adivinarlo. La primera oleada de zombis ya había logrado llegar al rellano. Karl no podía verlos todavía, pero oía cómo arrastraban los pies entre gemidos, guiados por una absoluta necesidad. ¿Lo habrían olido, como los perros de caza a su presa? Quizá su olor hubiera sido amortiguado por el hedor a chamuscado. Su única opción era el compartimento que tenía pestillo. Si se subiera al váter y se quedara en silencio, es probable que no pudieran encontrarlo. Arrea. Los gemidos eran de hambre. Resueltos. *Ay, Dios, parece que son muchos.*

Toneladas.

Toneladas.

Con un estruendoso estrépito, una buena parte del calcinado suelo se vino abajo.

Están lloviendo zombis. ¡Aleluya!

—Oye, Eddie —le gritó Alan a algunas azoteas de distancia—. ¿Podrías dejar un segundo lo que estás haciendo?

Eddie dirigió su mirada a Zotz, antes de volver a concentrarse en el zombi que se resistía en su sedal.

—¿Qué coño quieres? ¿Es que no ves que estoy ocupado?

Alan se aproximó con cautela y permaneció a una azotea de distancia.

—Sí, ya veo que estás ocupado, pero es importante.

—Más te vale —dijo Eddie con brusquedad, cortando el sedal a medida que este se hundía. Vestido solo de cintura para abajo y reluciente de sudor, Eddie se acercó a Alan pavoneándose—. Al Cometa no le gusta un pelo dejar libres a los pececillos, ¿*capisce*?

—Sí, claro. Mira, Karl se ha quedado atrapado y sin poder moverse en la librería Barnes & Noble de la calle Ochenta y seis, situada entre la Segunda y la Tercera Avenida. ¿Quieres ir a ayudarlo a salir de allí? Según Mona, está hecho trizas.

—Lo sabía —dijo Eddie, en tono despectivo—. Eso es lo que pasa por encargarle a un imbécil la misión de un hombre.

—Eres todo corazón —le dijo Alan, mientras retrocedía involuntariamente por si tomaba represalias.

—Joder, es que lo sabía —dijo Eddie, mientras se quitaba el pañuelo y se limpiaba la frente—. Karl no ha sido devorado ni ninguna movida de esas, ¿no? ¿Cómo se ha hecho trizas?

—Se ha caído a través de un agujero del suelo.

Eddie comenzó a reírse.

—Puto *testa di merda*. Así que no se lo han papeado, sino que su propia estupidez lo ha dejado hecho polvo. Me lo imaginaba. Entonces, ¿ha sido Mona la que lo ha mantenido a salvo o han sido las drogas?

—No tengo ni idea, lo único que sé es lo que ella me ha contado, y es una mujer parca en palabras.

—Sí, ya me había dado cuenta. Bueno, no es mala idea, porque quiero poner a prueba mi teoría. ¿Sabes a lo que me refiero? Coño sí, haré de héroe con Martes Addams.

—¿Martes Addams?

—Sí, la zorra de los Monsters. Christina Ricci interpretó ese papel en la película, antes de que le saliera ese par de peras.

—Ah, te refieres a esa Martes Addams —dijo Alan, al tiempo que pensaba: *la de La familia Addams se llamaba Miércoles, gilipollas, que no te enteras*—. *Mazel tov*,

voy a decírselo.

Puto judío, pensó Eddie, cuando Alan bajaba las escaleras.

—Los Monsters —refunfuñó Alan—. Dios, confío en que los zombis se coman a ese gilipollas.

—¿Estás preparado? —le preguntó Alan a Eddie Tommasi, quien cada vez se parecía más a Rambo.

—Nací preparado —dijo Eddie, lo que provocó que Alan y Ellen esbozaran una socarrona sonrisa. «Sabemos algo que tú no sabes» era su cantarina réplica interna.

Descamisado, pero con pantalones de camuflaje y botas al estilo militar, Eddie descendió al techo de la furgoneta de Dabney, con la valiente pose del típico héroe de todas las películas de acción y aventuras que se hubieran hecho desde los años ochenta: rodillas flexionadas, brazos extendidos y doblados por los codos y enorme cuchillo de caza en mano. Llevaba incluso unos guantes sin dedos.

Dave se sentía demasiado consternado para ver cómo Eddie abandonaba el edificio, así que, sintiéndose como un cobarde emocional, se enclaustró en su apartamento y se puso a llorar y a beber sin control. Aunque, cuando Karl partió, Dabney había compartido lo que sentía Dave en esos momentos, deseaba con todas sus fuerzas presenciar la salida de Eddie. Si el hijo de puta se convertía en un héroe, mejor que mejor, pero si era devorado nada más salir por la puerta, Dabney no quería perderse ni un solo segundo de la trituración de sus ligamentos.

—Buena suerte —murmuró, brindando con un vaso de *bourbon*. Se la deseaba de verdad, aunque solo fuera para garantizar que Karl regresara sano y salvo.

Una vez más, Mona despejó el camino, antes de hacerle un gesto a su compañero para que la siguiera. Con una pose de «atreveos a comerme», Eddie cayó con un ruido sordo al asfalto y dirigió una férrea mirada a los rabiosos sacos de pellejo, antes de provocarlos con gestos y sacar la barbilla para retarlos a que se abalanzaran sobre él. *Ni de coña*. Animado por la desgana de los zombis para atacar, Eddie avanzó hacia adelante, siguiendo el culito respingón de Mona. ¿Cuánto tiempo tendría que ir a la zaga? ¿Podría él ir en cabeza? Se sentía enardecido, incluso más que en la azotea. Tenía un subidón importante. Muy importante.

Flanqueados por los resentidos espectadores, el dúo desfilaba por la calle principal en dirección oeste, al tiempo que eran recibidos con siseos y gestos de desagrado. Mona no volvía la vista atrás, se limitaba a mirar hacia adelante, pero a Eddie no le importaba, pues ella no era una persona muy dada a la charla. Prefería dividir su atención entre la multitud y la hendidura del generoso y redondeado trasero de Mona. La costura de sus pantalones enfatizaba la separación entre sus cachetes. Ay, madre, entre esos orbes se escondía una verdadera delicia. ¿Cuántos meses llevaba perdiendo el tiempo entre los glúteos planos de Mallon? Mallon. Dave, con su pálido trasero irlandés, dos especies de tortitas flácidas con granos, tan blancas como el pan de molde, pero ni por asomo tan apetecibles.

—Bueno, ¿crees que el mocoso seguirá con vida? —preguntó Eddie, rompiendo

el silencio.

—¿Cómo?

—¿Que si crees que el rarito seguirá con vida?

—No lo sé.

—Se estaba volviendo algo friqui, tan aferrado a su Biblia y todo eso. Cabe esperar que quizá Dios esté de su lado, aunque también puede ser que no.

—No lo sé.

No lo sé. Puaj. Siempre es un placer conversar con Mona.

—¿Has visto alguna vez la película *Los diez mandamientos*? «*Hooooo, ¿dónde está tu Mesías ahora?*». Esa parte era graciosa, ¿verdad? Eso es lo que le voy a decir a Karl en cuanto lo vea. Todo esto... —Eddie señaló a los zombis, sin que Mona lo viera, y continuó hablando—: Solía ir a la iglesia, ¿vale? Claro, siendo italiano de Bensonhurst, soy católico hasta la médula, debido a la educación que me dieron mis padres. Pero con esta movida —volvió a hacer un gesto señalando a los muertos vivientes—, ¿quién podría creer en Dios? Por eso quiero preguntarle a Karl que dónde está ahora su Mesías.

Nada, no hubo respuesta.

—¿Y tú? ¿Eres creyente también? Perdona si te he ofendido.

—No.

—¿Que no me perdonas o que no te he ofendido?

—Que no creo en Dios.

Aunque estuvieran de acuerdo, por alguna razón su respuesta le molestó. Quizá nunca hubiera sido creyente. Sin embargo, una cosa era perder la fe y otra no haberla tenido nunca, lo que equivalía a una actitud algo arrogante. Aunque Eddie no creyera en Dios, los ateos le parecían unos gilipollas. Eran igual de engreídos que los reconvertidos, solo que más fríos, y se creían mejores que los demás. Era preferible no seguir con la conversación y fijarse en ese culito con forma de pera, cuyos cachetes se meneaban a cada paso. Se trataba de algo hipnótico. Mientras se sentía obnubilado por el trasero de Mona, Eddie comenzó a tararear, antes de cantar en voz baja.

—«I see you baby, sakin'that ass, sakin'that ass...»^[2] —Eddie solía bailar como un loco con ese tema. Llegaba a las discotecas, se daba unas vueltas y luego se llevaba a una o dos salidas a casa para seguir meneando la pelvis. Cuanto más se concentraba en sus recuerdos, más alto cantaba.

—«I see you baby, sakin'that ass, sakin'that ass...».

—¿Qué pasa? —Mona se detuvo y se giró hacia Eddie.

Mientras soñaba despierto, Eddie dirigió su mirada a los redondos ojos de Mona.

—Nada —dijo él—. Solo estoy cantando. ¿Te acuerdas de ese tema? —Mona negó con la cabeza—. Era bueno. Es un tema del grupo Groove Armada. Sí. Me ponía como loco cuando lo oía.

Mona volvió a mirar hacia delante y reanudaron su marcha y, en cuanto ella se

colocó de espaldas, Eddie sacó la lengua, moviéndola rápidamente hacia adelante y hacia atrás entre los dedos corazón e índice abiertos. Nunca le había gustado el cunnilingus, pero no le importaría picotear un poco de las delicias que se ocultaban bajo su ropa interior. Nada de ropa interior, braguitas. Quizá llevara un tanga. Ay, mierda. O uno de esos que son como un hilo. *Jooder*. A Eddie no le importaba, todo le parecía bien. Y ese culo. Ese jodido culo. Mientras continuaban avanzando con dificultad, lenta y pausadamente, sintió cómo aumentaba el flujo de sangre en su entrepierna. *Sí, la tengo como la puta vara de Moisés.*

—«I see you baby, sakin'that ass, sakin'that ass...».

Mona chasqueó le lengua exageradamente para mostrar su desagrado.

Coño, no me juzgues, zorra, pensó Eddie. *Joder, violaría ese culo sin dudarlo.*

—Yo también lo movería —dijo él—. Tú ponme a prueba.

—¿Cómo?

—Nada —dijo antes de jugar con el collar de orejas de zombis, mientras continuaba pensando en darle a ese culo su merecido. Pero lo primero era lo primero: Karl necesitaba ser rescatado (el pobre cobarde) y allí estaba El Cometa para salvarlo. Las orejas de los zombis parecían de ante. ¿O no? Quizá fueran las puntas de sus dedos. La boca le sabía a pies y la textura del interior de sus mejillas estaba tan áspera como la de un estropajo. Y reseca. Tan reseca. A diferencia de Karl, Eddie llevaba una cantimplora, y le dio un trago. A medida que el agua recorría su garganta, recordó algo del primer ciclo de secundaria.

—Coño, ¡qué extraño es el cerebro! —le dijo Eddie al cogote de Mona, antes de avanzar unos pasos, colocarse a su lado y continuar hablando—. ¿Sabes? Por ejemplo, tenía sed, ¿vale? Así que he tomado un trago de agua y, ¿sabes lo que me ha venido a la mente? Ese puto libro de cuando era niño, con ese niño pequeño mexicano o indio. Y me he acordado de su nombre: Coyotito. Como estaba chupando, me ha venido a la memoria una parte del libro en la que la pequeña lengua de Coyotito lamía con avidez o con gula o con alguna mariconada parecida. No me acuerdo de qué libro era, pero odiaba a muerte a ese niño y me alegré de que lo mataran de un tiro. A pesar de que ese libro fuera una puta mierda, me acuerdo de algunas partes, pero no del título.

—*La perla.*

—Sí. Coño, claro, *La perla*. Hostia puta, no puedo creer que lo conozcas. Ese libro era una mierda, ¿tengo razón?

—Ajá —dijo Mona entre dientes.

Eddie comenzó a reírse, mientras recordaba que al mocoso le habían metido un tiro en la cabeza. Cuanto más pensaba en ello, más recuerdos se aglomeraban en su mente. En las películas de zombis, un tiro en la cabeza lo arreglaba todo. Dirigió su mirada a la muchedumbre, la cual se contenía y luchaba contra el deseo de hacerlos trizas a los dos. Fingiendo una pistola con el dedo, Eddie les apuntó, como si cada uno de ellos fuera un Coyotito putrefacto suplicando por un tiro en la boca.

—¿Y sabes otra cosa? Vaya, me está volviendo todo a la memoria. Ese bebé pato gigante y retrasado que se llamaba Huey y su pequeño amigo. ¿O era de otro libro? Ese que acariciaba a los conejos y movidas así. Aunque es del mismo tío, ¿no? ¿No era el mismo escritor?

—Steinbeck.

—*Claaaaro*. Era ese. Colega, menudo coñazo de tío.

—Ajá. —Volvió a decir Mona entre dientes.

—Steinbeck. ¿Era un puto judío? ¿No es ese un nombre judío?

—No lo sé.

—Pues lo parece. Oye, si eres judía, no te ofendas. No tengo nada en contra de los judíos.

—No.

—¿Que no estás ofendida o que no eres judía?

—Ninguna de las dos cosas.

—Guay.

La boca de Eddie seguía pareciendo fieltro, áspera y reseca. El agua no había servido de mucho. Estaba sudando como un cerdo. ¿Los cerdos sudaban? ¿No se revolcaban en su propia mugre para refrescarse porque no podían sudar? Y los perros. Los perros jadeaban porque no podían sudar. ¿Sudaba algún animal? El sudor provocaba una dulce sensación. A Eddie le apetecía algo dulce. Un helado sería la bomba, pero el camión de Mister Softee había dejado de hacer sus rondas. Mister Softee, con su simpática cara de cucurucho y su bonito sombrero de helado de vainilla.

—¡Por más que lo intente, está tan blandito que nunca se empalma / su nombre es Mister Softee! —Eddie comenzó a tararear la melodía de los antiguos camiones de helado—. *Didol-i-didol-i-di-di-di-de-dum-de-dum-de-dum-dummm*. ¿Te acuerdas de eso?

Mona se encogió de hombros.

—Peor para ti, cariño. Mister Softee era la hostia. —Eddie se ventiló toda el agua. No era algo que le preocupaba, ya cogería todas las botellas que quisiera en su camino de vuelta a casa—. Oye, tengo que mear, ¿te importa?

Mona se encogió de hombros y apartó la mirada. Eddie se bajó la cremallera, apuntó a los zombis que tenía cerca y los roció. Mientras ellos permanecían allí, recibiendo el chorro de orina, Eddie comenzó a reírse y dijo a gritos:

—¿Qué os pasa? ¿Es que vuestras mamás nunca os han dicho que debéis resguardaros de la lluvia? —No hubo reacción, ni siquiera se enfadaron. Entre los zombis y Mona... Se sacudió las últimas gotas y se alejó.

—Aquí fuera, hay mogollón de movidas que podríamos robar. Joder, ya ni siquiera tenemos que robarlas, basta con cogerlas. Solo tienes que hurgar por ahí. Es casi un deber patriótico.

Mona se encogió de hombros.

La actitud de esa jodida ignorante le estaba tocando los cojones. ¿Se trataba solo de eso? ¿Actitud? Una mujer no debería nunca mostrarse tan hostil ni tan poco comunicativa con un hombre. Hasta la madre de Eddie estaba de acuerdo en eso y, cuando la ocasión lo exigía, aceptaba que su padre le diera una bofetada en los morros. ¿Acaso no era eso lo que esa zorra de Mona estaba pidiendo a gritos? A las mujeres les iba la marcha de vez en cuando. Se trataba de algo propio de su naturaleza. Eddie se volvió a colocar a unos pasos por detrás de Mona. De todas formas, prefería verle el culo a la cara. Además, no tirarse pedos era una virtud, sobre todo en una mujer. A nadie le gustan las tías pedorras.

A mano izquierda, la librería Barnes & Noble se encontraba ya muy cerca.

—Ya era hora —dijo Eddie—. Entremos a buscar al pobre gilipollas. Si está tullido, supongo que tendré que cargar con su inútil culo hasta casa. Será fantástico.

Mientras se dirigían hacia el escaparate roto, un destello de luz llamó la atención de Eddie y, cuando Mona pasaba por encima del borde, Eddie se agachó para comprobar qué era lo que brillaba: una Smith & Wesson 9 mm con un acabado satinado y aspecto de estar nueva. Volvió a sentir que se empalmaba. Con Mona todavía de espaldas a él, se la guardó a escondidas en el bolsillo de sus pantalones, reprimiendo el deseo de vaciar el cargador en varias de las marionetas de cartílago que tenía delante.

Con Eddie fuera en su misión humanitaria (resultaba difícil conciliar el término «humanitaria» hablando de Eddie, pero así era) y Dave enclaustrado durante el tiempo que durara la ausencia de su galán, Dabney reanudó su vigilancia en la azotea. Teniendo en cuenta que las actividades a las que denominaban «pescaylincha» habían quedado suspendidas temporalmente, la azotea volvía a ser un lugar seguro, a pesar de que los cadáveres desmembrados de la última batida siguieran amontonados a tres edificios de ahí. Aunque resultaba evidente que no podían moverse, Dabney guardaba las distancias. ¿*Por qué tentar a la suerte?* pensó. Aunque estuviera borracho, aún conservaba algo de sentido común. Desde luego, más del que podría atribuir a los alegres pescadores. Reinaba la tranquilidad que a Dabney le gustaba. Solo se oía el ligero revoloteo de la brisa acariciando una sábana rota que estaba tendida por allí cerca y el ocasional lamento de la calle de abajo. Ni siquiera se oía el zumbido de las moscas.

Dabney se encendió un cigarro con la colilla del que acaba de terminar y se sintió lujurioso. Antes, cuando su obligación era la de mantener a su familia, saboreaba los cigarros y no se fumaba uno detrás de otro. La última vez que había tenido que pagarse el vicio, las cajetillas de tabaco costaban casi diez dólares. Había empezado a comprarlo por internet a los americanos nativos por aproximadamente la mitad, pero aun así, aunque solo le costaran cinco, no se los fumaba como si fueran gratis. Sin embargo, en ese momento lo eran, así que ¡qué coño!, a disfrutar un poco. No obstante, era evidente que la vida que estaba llevando aceleraría su muerte. Se sirvió dos dedos de *bourbon* y agitó el vaso para airear el alcohol de mala calidad. Elegante.

Sofisticado. Y de nuevo, allí estaba «lo bueno». Se sentía muy James Bond, o Shaft, en definitiva, como alguien elegante y desenvuelto, y ese era el motivo por el que no estaba bebiendo a morro.

Se bebió los dos dedos y se sirvió otros dos.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Karl y Mona se marcharon? ¿Y cuánto desde que se fueron Mona y Eddie? Después de otros ocho o diez dedos (por lo menos las dos manos), Dabney dejó la botella en el suelo con las manos temblorosas y se sentó a horcajadas en el muro divisorio de escasa altura.

—Vamos —dijo arrastrando la palabra, al tiempo que se limpiaba de su peluda barbilla la saliva provocada por la borrachera. Clavó los talones en la arrugada tela asfáltica y dio una palmada en la parte superior del muro—. Moveos becerros. —Se acordó de Woody Strode y se puso a llorar. Woody había muerto hacía tiempo. Todo lo que le importaba, de hecho, había muerto hace tiempo.

Hubo un tiempo en el que su esposa lo llamaba «adorable».

Hubo un tiempo en el que sus hijos pequeños lo llamaban «papi».

Hubo un tiempo en el que era su propio jefe.

Con torpeza, Dabney levantó el culo del muro y comenzó a trotar con las piernas temblorosas por las azoteas, en dirección al montón de cadáveres. Al tropezar con el segundo muro, se cayó, lo que provocó que sus entumecidas palmas quedaran en carne viva. Se levantó del suelo y continuó en dirección norte, al sentirse atraído por los cadáveres mutilados. Era una locura, pero con el tremendo colocón que llevaba, la curiosidad pudo con él. Cuando llegó hasta esos queridos amigos muertos, estaba tan exhausto que dejó caer su pesado culo en la improvisada silla de pesca de Eddie. Allí se encontraba cómodo. Mejor que en el muro.

—Maldita sea —dijo, mientras analizaba a la destrozada carroña. Esos no eran los temibles caníbales que había visto desde la azotea. Se trataba de un triste revoltijo de humanidad jubilada. Estando muertos, resultaba difícil distinguir a las mujeres de los hombres, a los blancos de los negros y de los asiáticos o de los que fuera. Una de las cabezas fracturadas parecía tener características negroides, pero la piel estaba tan arrugada y quemada que resultaba difícil saberlo. Estaba claro que Eddie era un completo racista, por lo que cabía preguntarse ¿disfrutaba más cuando pescaba a un hermano o todos le parecían iguales? Dabney solía esbozar una amarga sonrisa, cuando veía que esos dos locos blancos atrapaban a sus hermanos zombis.

Qué estúpido.

Alargó la mano para coger la botella, pero se la había dejado a tres azoteas de distancia.

Qué estúpido.

Se quedó dormido, mientras el cálido sol le abrasaba su ya recocado cerebro.

—Creo que hemos sido unos imbéciles por haber permitido que Eddie escoltara a Mona.

—Era Mona la que escoltaba a Eddie.

—Da igual, Alan —dijo Ellen con brusquedad—. No seas tan tiquismiquis. Eddie está acelerado y hasta el culo de los misteriosos fármacos de Mona, así que, si ya era un problema antes, imagínate el peligro que supone ahora.

Alan no pudo rebatir ese comentario. Miró por la ventana. No había pasado ni una hora desde que se marcharon a rescatar a Karl, pero comenzaba a sentirse ansioso. Ellen tenía razón y él se maldijo por su cobardía.

—Es probable que Mona sea inmune a esas criaturas —dijo Ellen—, pero no lo es a un neandertal como Tommasi. Hemos sido unos idiotas, pero ya no hay nada que podamos hacer.

Se unió a Alan en la ventana y lo abrazó por la cintura, el primer gesto de cariño que habían compartido en siglos. Esa caricia, ese pequeño abrazo, desconcertó a Alan incluso más que sus palabras. Aunque él no dijo nada, ella sintió un cambio de actitud por su parte. Lo miró a la cara y le acarició la mejilla. Entonces, inclinó la cabeza hacia atrás y él le respondió con un beso que duró largos y reparadores minutos. De todos sus encuentros sexuales, esta era la primera vez que sentían amor el uno por el otro. Cuando despegaron sus labios, ambos miraron a la multitud de abajo.

En medio de la completa oscuridad de la librería, Mona se puso su faro y lo encendió. No tenía otro para Eddie, por lo que le hizo señas para que permaneciera cerca, dentro del haz de luz, dentro del paraguas de protección.

—Como me encuentre libros de Steinbeck, me voy a mear en ellos —dijo Eddie.

—Ajá. —Mona se fue directa a la mesa sobre la que Karl había caído, pero lo único que encontró fueron unos libros calcinados y un par de zombis hechos polvo, con las espaldas y los miembros rotos, y sin el más mínimo indicio de vida.

—Estaba aquí —dijo ella, señalando.

—Pues ya no está.

Mona alzó la vista, apuntó con el faro hacia el agujero por el que Karl había caído y comprobó que era muchísimo más grande que antes, lo que explicaba los destrozados cadáveres, así como el hecho de que hubiera más fragmentos de madera. Eddie dirigió su mirada hacia la abertura.

—Joder, ¡qué pedazo de agujero!

—Ajá. *Te voy a dar yo a ti «ajá», pedazo de guarra.*

—Entonces, ¿qué sugieres? —dijo Eddie, tragándose su mala leche—. Parece que Karl se haya levantado por sus propios medios, ¿no? Y que luego los zombis se lo hayan zampado, aunque no queda nada. Debería haber sangre o algo. Huesos. Alguna

mancha de humedad. Algún residuo. —Se limpió su sudorosa frente. Si en esa librería Barnes & Noble había alguna cafetería, deseaba echar un vistazo a la caja de las bebidas para ver si quedaba agua embotellada—. Oye, ¿el agua embotellada se echa a perder?

—No lo sé.

Uno de estos días, Mona... ¡Qué hostia te vas a llevar!

—¿Crees que se ha levantado y se ha marchado a casa?

—Lo habríamos visto.

Mona tenía razón. Parecía poco probable que Karl hubiera tomado un camino diferente al que acababan de recorrer él y la señorita cotorra, sobre todo teniendo en cuenta que estaba hecho pedazos. Se oyó un ruido que provenía del piso de arriba y Eddie levantó la vista hacia tenebroso lugar en el que se encontraba el agujero. Con la oscuridad, parecía una boca partida, y los astillados tablones dientes torcidos.

—Has oído eso. —Ante la falta de una entonación clara, se trataba de una pregunta y una afirmación al mismo tiempo. Eddie hizo una mueca, al pensar que la forma de hablar de Mona pudiera ser contagiosa. Entonces, repitió la frase, pero esta vez como clara pregunta.

—Ajá.

Contrólate, Eddie, se amonestó. Anda, contrólate.

Sin esperar a Mona, Eddie se dirigió a toda prisa a la escalera mecánica y subió corriendo al entresuelo, con cuidado de no pasar por el enorme agujero. Le gustaba la sensación de la pistola en su muslo, pesada y tranquilizadora. A tomar por culo Mona y su política antiarmas. El que lo encuentra, se lo queda. Mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad, no vio nada extraño: algunas sillas, el tapizado chamuscado, las vigas y los cimientos a la vista, estanterías con libros, libros, libros y más libros.

—¡Oye! —gritó, dejando la precaución a un lado—. Karl, ¿estás aquí?

Se oyó un leve gemido desde la parte trasera.

Mona acarició su hombro desnudo y él sintió un cosquilleo de pies a cabeza. Era la primera vez que una mujer lo había tocado voluntariamente, desde que todo se fuera al carajo. *¿Qué estará más duro?*, se preguntó, *¿mi polla o el cañón de la pistola? ¿Y cuál haría más daño si disparara?* La luz del faro de Mona cegaba a Eddie, cuyos ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, por lo que, cuando ella se colocó frente a él, bastante cabreado, le dio un manotazo para apartarlo. Con esos ojos mortecinos. Esas tetitas respingonas. No tenía los pezones duros, pero se le marcaban. Lo que sí estaba muy duro era su polla. Menuda jodienda. A pesar de que no hacía tanto calor, estaba sudando a mares, y volvía a tener un horrible gusto en la boca. Entonces saboreó su aliento, que sabía a demonios. Le apetecían caramelos de menta. Los ojos le daban vueltas en las cuencas y tenía la sensación de tener miles de hormigas en la piel.

—¡Karl!

—Shhh —le advirtió Mona.

—¿Por qué? ¿Qué cojones importa? Somos inmunes, así que da igual. —Le dio un firme apretón a su erección a través de la gruesa tela del pantalón. No llevaba calzoncillos, por lo que el paquete se encontraba desprotegido. Movi6 la mano de arriba a abajo un par de veces. Le gustaba la sensaci6n de la pistola. Le gustaba el tacto de su mano. Todo su cuerpo parecía un tel6fono m6vil en modo vibraci6n.

—¿Que somos inmunes? —repiti6 Mona, mirando a los ojos a Eddie.

—Que t6 eres inmune —farfull6 Eddie—. T6, t6. Lo del paraguas est6 funcionando.

Mona lo mir6 entrecerrando los ojos de una forma que la hacía m6s sexi y *abofeteable* a partes iguales. Se volvi6 a oír el gemido. Mona le hizo un gesto a Eddie para que la siguiera. 6l estaba hasta los cojones del rollo de seguir al l6der. 6l era el hombre. Era ella quien tendría que seguirlo. Debería estar haciendo tantas cosas. Fingiendo un bostezo, Eddie se meti6 en la boca un par de las pastillas sustraídas y se relami6 los labios de una forma burda y exagerada.

—El Cometa necesita un poco de agua, y pronto.

—Shhh.

—Tengo la boca como la suela de un zapato.

—Shhh.

Al doblar la esquina, el faro ilumin6 a un grupo de zombis encorvados que se estaban ventilando los restos de Karl, cuyo torso estaba abierto como una piñata que hubiera sido atacada brutalmente. Una vistosa pintada de salpicaduras arteriales decoraba la pared del aseo y había charcos de sangre por todas partes, lo que provoc6 que Mona tuviera una reacci6n legítima: vomitar. Al sentir su presencia, los zombis retrocedieron y se refugiaron en el aseo de hombres, poniéndolo todo perdido de sangre y vísceras. Mona se limpi6 la boca y, cuando se disponía a proponer que se marcharan de allí, Eddie abri6 fuego contra los zombis, haciendo que volaran por los aires enormes fragmentos de sus maltrechos cuerpos. El espeluznante *collage* de homínidos a la stroganoff (algunos viejos, algunos nuevos, algunos jugosos y algunos sin jugo) era como un sueño er6tico del carnicero de Plainfield, Ed Gein.

La aburrida de Mona, sintiéndose nerviosa ante el plato combinado de sangre y tiros, se arrim6 a la pared que tenía detr6s, cerr6 los ojos con fuerza y comenz6 a tararear para no oír el tiroteo.

—¡SÍ! —grit6 Eddie—. ¡Ch6pate esa, zorra! ¡A chuparla! ¡A *chupaaarla*!

Eddie retrocedi6 y volvi6 a disparar. No sabía cu6ntas balas quedaban en el cargador. Le daba igual. Estaba como loco. Se sentía excitado por su incontrolable deseo de matar, envalentonado y totalmente entregado, mientras disfrutaba del momento. Las detonaciones del arma resultaban ensordecedoras, algo que le fascinaba. Era incluso mejor que el pescaylincha. Tenía que conseguir m6s munici6n. No importaba el tiempo que tardara en encontrarla, y esa zorra no iba a impedir por m6s tiempo que tuviera municiones.

—¡Coño sí, nena! ¡Hostia putaaaa!

Sin que su compañero, enloquecido por la matanza, lo advirtiera, Mona se alejó, dobló la esquina, se colocó en cuclillas sobre los calcinados escombros y se tapó los oídos con las manos. Eddie apretó el gatillo por décima vez, disfrutando del fogonazo a quemarropa y del daño infligido, pero su juguete se acababa de quedar sin munición. Clic, clic, clic. Miró hacia el lugar en el que Mona había estado y allí no había nadie. ¿Adónde coño se ha ido? Al estado de confusión le siguió la clara sensación de unos dientes retorcidos ejerciendo presión en un hombro desnudo. El suyo.

Los ojos de Eddie se encontraron con los del zombi, cuyos dientes estaban clavados en la parte superior de su brazo. Eddie estaba muy bronceado y lleno de energía, su atacante gris y lacio. La comunicación entre ambos era cristalina: «Te voy a comer» frente a «Sí, ya, ni de coña».

Eddie se quitó de encima a su asaltante y le dio un golpe con la Smith & Wesson en el puente de su antigua nariz, la cual había quedado reducida a unas oscuras hendiduras plagadas de costras. El hueso se astilló y la criatura soltó un leve gemido, aunque no perdió el interés por su cena. *Tanta inmunidad y tanta leche*. Buscó a Mona frenéticamente. Otro zombi se abalanzó sobre Eddie, enseñó los dientes y le clavó sus huesudos dedos en la cintura. No llegó a rasgarle la piel, pero estuvo muy cerca. Eddie se los quitó de encima a golpes, mientras gritaba:

—¡Mona, ayuda! —Tanto orgullo y tanta leche.

Mona apareció por la esquina. Parecía menos apática de lo habitual, pero su magia continuaba intacta. Los zombis percibieron su olor y salieron huyendo como alma que lleva el diablo. Eddie se miró la herida. Tenía un mordisco sangrante en el hombro y le dolía el abdomen.

—Coño, sí que has tardado —gruñó él.

Le jodía haber pedido ayuda como una nenaza.

—Me había tapado los oídos —dijo Mona—. Los disparos.

Y sin embargo, seguía empalmado.

—Los disparos —repitió—. Tú y las pistolas. ¿Qué coño te pasa? Todos los putos días te enfrentas a estos hijos de puta, ¿y te cagas de miedo por un poco de ruido? ¿Qué jodienda es esa?

Mona se encogió de hombros y se limpió la nariz con la mano. Se acababa de comportar con la misma grosería que una niña pequeña. A ver, una niña pequeña con caderas de mujer y un precioso culo respingón.

—Bueno, yo no sé cómo funciona esta movida —dijo Eddie, mirándose la herida—. ¿Me voy a convertir en uno de esos monstruos o qué? En las películas siempre pasa, aunque quizá sea una gilipollez.

Mona se encogió de hombros.

—Dios, estoy hasta los cojones —dijo Eddie con brusquedad—. No haces otra cosa que encogerte de hombros. No eres muda. Puedes hablar. ¿Por qué no te dejas ya

de tics y movidas? Si tienes algo que decir, coño, pues dilo.

—No sé qué decir.

Eddie se frotó la herida cubierta de sangre. Entonces se miró la palma de la mano, que brillaba. Estaba más sudoroso que antes y tenía el rostro caliente. Ardiendo. Afiebrado. Tenía la boca más reseca que nunca. Quizá se debiera solo al subidón de adrenalina (tenía los nervios de punta), aunque también podía ser producto de la infección.

—Esto se podía haber evitado —dijo él, más a sí mismo que a Mona—. Pero la culpa la tienes tú. Nos has engañado. Esas pastillas de mierda no sirven para nada. —Se restregó la entrepierna distraídamente y, sin darse cuenta, se la embadurnó de sangre. El sudor le provocaba escozor en la herida—. Putas drogas. —Él negó con la cabeza, con el rostro transido de dolor.

—Deberíamos marcharnos —dijo Mona, con un tono de voz más apagado de lo normal.

—Tú tienes la culpa.

—Lo digo en serio, deberíamos irnos.

—Putas drogas.

—Te pondrás bien.

—Necesito un estimulante.

En medio de los sangrientos restos en los que se habían convertido Karl y sus atacantes, Eddie llevó a rastras a Mona al cuarto de baño, le bajó la cabeza hasta el lavabo con la palma de la mano, le quitó los pantalones y la ropa interior, y entonces escupió en la hendidura situada entre sus glúteos. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que su erección había desaparecido.

—Joder, ¿estás de coña? —le gritó a su negligente miembro. Mona intentó zafarse de su brazo y Eddie le hundió el rostro en la arañada porcelana, agarrándole la cabeza con una mano y masajeándose su flácido apéndice con la otra, a fin de volver a endurecerlo.

—Tú no te vas a ninguna parte —le dijo a Mona con un gruñido—. Y en cuanto a ti —dijo dirigiéndose a su entrepierna—, será mejor que aprendas a trabajar en equipo de una puta vez. —Intentó metérsela, pero su polla se doblaba y se alejaba de su objetivo, al estar tan esponjosa como un pastelito de crema—. Esto no puede ser verdad. Joder, no me puede estar pasando. —A Eddie siempre le había irritado que los tíos de las películas porno se conformaban con un pene flácido. Nunca había entendido cómo esos gilipollas no lograban empalmarse. En ese momento, sintió empatía y eso le mosqueó.

Le soltó la cabeza a Mona, pero mientras ella la levantaba del lavabo, le advirtió con el puño.

—Tú no te vas a ninguna parte —susurró, con el rostro arrugado por la rabia—. A ninguna parte. —Aunque Mona continuaba de espaldas a él, sus miradas se cruzaron en el espejo. El hecho de que casi nunca parpadeara era otra de las cosas que le

molestaba de ella. Era como un gato. O un bebé. Y a Eddie no le gustaba ninguna de las dos cosas.

Él se meneaba con energía ese pedazo de carne poco dispuesto a colaborar, y que con cada movimiento parecía estar más flácido. Apartó la mirada de los ojos de Mona y dejó que los suyos recorrieran su rostro, hasta detenerse en la comisura de sus labios, los cuales dibujaban, de una forma apenas perceptible, una socarrona sonrisa.

—¿Te estás riendo de mí?

Empezó a masturbarse con mayor vigor. Ese rostro. Ese puto rostro inexpresivo. Era casi peor que mostrara un atisbo de personalidad. Una personalidad que se había burlado de él.

—Joder, ¿te estás riendo de mí?

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Mona negó con la cabeza, mientras se apoyaba con fuerza contra el lavabo. Entonces, fue bajando los dedos lentamente por sus desnudos muslos, hasta llegar a sus braguitas, y los curvó ligeramente alrededor de la cinturilla de goma.

—Ay, no. Ni de coña.

Eddie se abalanzó sobre su víctima y ella avanzó a trompicones hacia la puerta, incapaz de correr con los pantalones medio bajados. Él extendió rápidamente el brazo para agarrarla y, mientras tiraba de la pobre chica en su dirección, le dio una bofetada en la cara con el revés de la mano. Ella retrocedió tambaleándose y levantando las manos para defenderse. Sin ninguna alegría, Eddie comenzó a reírse, y el desagradable sonido retumbó en la diminuta estancia cubierta de azulejos.

—Esto es para troncharse de risa. Tu magia no funciona conmigo, cariño.

Diez minutos más tarde, Eddie salía de la escalera mecánica en dirección a la soleada calle, al tiempo que se limpiaba las manos en los pantalones.

La calle.

La concurrida calle.

La calle atestada de zombis.

Ay, madre.

Se dio la vuelta para ir en busca de Mona.

Más dentelladas.

No soy inmune.

No solo en su hombro.

Debería haberme puesto una camisa.

Más agarrones.

Las pastillas.

No soy inmune.

Carne rasgada. Más sangre. Muchísima sangre.

¿Por qué ella no me dijo nada?

Cuando estaba hecho trizas, Eddie susurró:

—Ellen habría luchado.

—No puedes estar hablando en serio —le dijo Ellen tartamudeando, mientras seguía a Alan hasta la tapiada entrada principal y bajaba con él las escaleras en dirección a un sótano, que apestaba a humedad. Ella seguía sintiendo que su relación había experimentado una cierta mejora desde el beso junto a la ventana. Sin embargo, allí estaba su enamorado mentalizándose para llevar a cabo una hazaña quijotesca y, con bastantes probabilidades, suicida.

—Por supuesto que hablo en serio. ¿Crees que me apetece hacerlo? Es mi deber. Si nos quedamos sin Mona, dejaremos de existir. Es nuestro salvavidas. Por eso debo hacerlo.

—¿Y no podemos esperar un poco más de tiempo? —le suplicó Ellen—. Solo ha pasado...

—Un día. Un día entero. Es como en *Diez negritos*, Ellen. Hemos perdido a dos hombres y a Mona, aparte de Abe, Ruth y, quién sabe lo que ha sido de Gerri.

Alan colocó la lámpara de *camping* sobre un montón de cajas de embalaje y miró alrededor de la habitación. Durante todos los meses que habían transcurrido desde que la pandemia comenzara, solo había estado allí abajo una o dos veces. Junto a la caldera, había un par de armarios, similares a jaulas, para el uso de los inquilinos. Uno de ellos había sido alquilado por los Fogelhut y el otro se encontraba vacío. Alan se aproximó al de los Fogelhut y le dio un tirón a la cerradura de combinación.

—Me lo imaginaba —masculló él—. Propondría que buscáramos la combinación en el apartamento, pero nos podría llevar una eternidad.

—Yo propondría que abandonarás la idea, y punto.

Eso era precisamente lo que Alan deseaba hacer con todas sus fuerzas, pero no le quedaba otra opción. No podía contar con Dave ni con Dabney, ya que en ese momento no eran más que dos inútiles. Dave se encontraba pasando el mono, tanto de Eddie como de las drogas, y Dabney se dedicaba a recrear los días de vino y rosas. No, esta vez no contaría con nadie. Había llegado el momento de actuar como un hombre, aunque no fuera precisamente el tipo de hombre que ansiaba ser.

Alan hurgó entre las herramientas del señor Spiteri, las cuales se encontraban ordenadas al azar encima y alrededor de una rudimentaria mesa de trabajo de madera situada junto a las escaleras. Había varias cajas de herramientas, así que comenzó a buscar en ellas hasta encontrar una gruesa y pesada llave de perro galvanizada. Le dio con ella varios golpes a la cerradura, pero lo único que consiguió fue hacer crujir los huesos de sus delicadas manos.

—¿Lo ves? Es inútil —dijo Ellen, esbozando una sonrisa nerviosa—. Mira, ya has hecho todo lo que estaba en tu mano, así que...

—No es tan sencillo —dijo Alan. Se fue a por un par de gruesos guantes de

trabajo cubiertos de caucho que había junto a un banco, volvió a la cerradura y continuó dando golpes, pero no en la sólida cerradura, sino en la argolla ligeramente oxidada a la que iba enganchada. Después de diez concienzudos porrazos, logró que la argolla se desprendiera de la cerradura y que la puerta se abriera con un chirrido. Alan esbozó una sonrisa, sintiéndose satisfecho de su tesón.

—Es la peor idea que haya oído nunca —dijo Ellen, al tiempo que su pánico iba en aumento—. Nunca.

—¿Has leído alguna vez *Una modesta proposición* de Swift? Si no logramos que Mona vuelva, nos espera el invierno más largo de nuestra vida y un menú muy escaso.

Ellen se frotaba el vientre, todavía plano, mientras digería lo que le acababa de decir Alan.

—Eso ha sido un comentario de muy mal gusto —dijo ella.

—Quizá tengas razón, pero es lo único que se me ocurre. A Abe le funcionó. ¿Cuántas veces propuso que algunos de los jóvenes... —Alan hizo gestos con el dedo para entrecomillar la palabra— hiciéramos esto? Docenas. «Si un viejo como yo pudiera, pero vosotros, ¿qué excusa tenéis?».

—A Abe le funcionó porque las cosas todavía no se habían puesto tan feas. Aparte de él, había otros muchos entre los que poder elegir, por lo que los zombis no tenían necesidad alguna de optar por un vejete bien protegido como bocado.

—Supongo que tienes razón. —Alan sabía que la tenía.

—¿Recuerdas a alguien más que haya intentado esta hazaña con éxito? —añadió Ellen.

Alan no podía recordar a nadie, pues no había persona alguna que lo hubiera logrado. El pasado mes de abril, ese venezolano del 2B había sido provocado de tal manera por Abe que lo intentó, para acabar siendo devorado a la vista de todos y a escasos metros de distancia del edificio. Sin embargo, no se había puesto el equipo de Abe, pensando que con el suyo bastaría, aunque no fue así. Alan sacó las cajas y las abrió. En su interior, se encontraba la improvisada armadura de Abe: los bodies de invierno para bebés de la marca Baby Sof'Suit y el peto de la talla XXXL de Breathable Sub-zero Shield Sooper-System de Bender. Dejándose el peto bajado, como Abe había descrito con detalle en numerosas ocasiones durante los últimos meses, Alan comenzó a rellenarse las perneras con bodies, desde los tobillos hacia arriba. Tras alcanzar la máxima densidad, se lo subió, tiró de la parka de camuflaje a juego y la relleno con más bodies. Con la enorme capucha de la parka ceñida alrededor de su bufanda y un par de gafas para la nieve, Alan se parecía al muñeco de Michelin vestido de camuflaje.

—Bueno —dijo Ellen preocupada, aunque con cierto tono de burla—, ¿y cómo vas a subir ahora las escaleras, muñeco de nieve?

Alan se maldijo a sí mismo entre dientes. Debería haberse vestido en el apartamento, porque ya estaba sudando a mares. Con los guantes puestos, se agarró a

la barandilla y tiró de su cuerpo a lo largo de los estrechos tramos de escaleras que conducían al 2B. Cuando llegó a la ventana en la que se encontraba la cuerda de rápel, estaba empapado en sudor.

—Creo que antes ha ocurrido algo especial entre nosotros —dijo Ellen.

—Sí, ya lo sé.

—Creo que en realidad hay algo entre nosotros, y punto —dijo Ellen.

—Yo también lo creo.

—No debería haberte dado tanto el coñazo con lo de Mona. Sé que me has sido fiel. Supongo que necesitaba un poco de dramatismo para matar el tiempo.

Alan comenzó a reírse, pero no con desprecio, sino con afecto.

—Me merezco que te burles de mí —dijo Ellen.

—No seas tan melodramática —le dijo Alan. Después de quitarse la bufanda, el pasamontañas y las gafas de esquiar, le dirigió una cariñosa sonrisa, y Ellen pudo comprobar el afecto que sentía por ella, lo que ponía las cosas mucho más difíciles.

—¿No puedes esperar un día más? Es probable que no les haya ocurrido nada.

—Ellen —dijo Alan.

—Un día, solo uno.

Él le acarició el rostro con el grueso guante, antes de quitárselo para poder tocar su piel. Entonces, Ellen le besó la mano, la cual estaba impregnada en sudor.

—Esta puede ser la última vez que nos veamos —dijo ella, quien se había puesto a llorar.

—No, no será la última. Como dice Schwarzenegger: «Volveré».

Ellen esbozó una leve sonrisa, con el rostro contorsionado, mientras trataba de reprimir el aluvión de emociones.

—Bueno —dijo, mientras volvía a ponerse la bufanda, el pasamontañas, las gafas y, por último, los guantes.

Con toda la elegancia que le permitió su atuendo, se colocó sobre el alféizar (con bastante dificultad, dadas sus dimensiones actuales), sacó las piernas por la ventana, se agarró a la cuerda y comenzó a descender hacia el techo de la furgoneta de Dabney. Los zombis percibieron el movimiento, pero no parecieron irritarse demasiado. El corazón de Ellen latía con fuerza. Le dolían las costillas. Sus ojos estaban tan concentrados en Alan y en la muchedumbre de abajo que corrían el peligro de escaparse de sus cuencas. No podía mirar. No podía dejar de mirar. Tras despedirse con un leve movimiento de mano, Alan se sentó en el techo del vehículo, bajó al suelo y desapareció de la vista.

Pasaron varios minutos interminables, hasta que Ellen volvió a ver la abultada silueta de Alan recorriendo la avenida York en dirección a la calle Ochenta y seis. Aunque los zombis no abrían paso, tampoco atacaban.

Ellen exhaló como si fuera la primera vez que lo hacía en su vida.

Encontrarse entre los muertos vivientes era una sensación más que extraña.

Aunque no podía estar seguro, Alan tenía la impresión de que, a pesar del calor y

de toda la ropa que llevaba puesta, había dejado de sudar. Se trataba de algo poco probable, pero sentía que el frío le calaba los huesos. Con objeto de combatir el miedo, trató de pensar con serenidad. Se fijaría bien en los detalles que no podía ver con claridad desde su ventana, a fin de plasmarlos en sus futuros óleos y acuarelas. Tenían la piel mate, pero con áreas grasientas y faltas de pigmentación. Los zombis de raza blanca eran de un color amarillo pálido, y los negros de un gris ceniciento. Incluso la sustancia de debajo de su dermis, la fascia, estaba despellejada, lo que permitía ver un tejido muscular de color marrón y unos huesos resecos. Todo parecía reseco. *Chicos, lo que necesitáis es una buena crema hidratante*, pensó Alan. *Un poco de crema Olay o de Neutrogena. Algo con un alto factor de protección solar. Pero ¿vosotros os habéis visto?*

Se concentró en el camino que le quedaba por delante. La librería se encontraba a dos avenidas y media de distancia en dirección oeste. Aunque iba a paso de tortuga, sin darse cuenta, había llegado a la Primera Avenida sin ser devorado. Eso estaba bien, pero que muy bien. De haber sido un hombre de fe, habría pensado que se trataba de un milagro.

Dado que los zombis no le abrían paso, avanzaba codo a codo con ellos, incluso con los que no tenían. Aunque un buen relleno lo separara de los muertos vivientes, cada vez que lo rozaban, se ponía de los nervios. *Concéntrate*, pensó. *Concéntrate*. Recordó a los gurús de los libros de autoayuda como Tony Robbins, con esa actitud de «puedes hacerlo» y sus mantras acerca del supremo poder de la mente sobre la materia. Sin embargo, Alan siempre los había considerado unos estafadores, por lo que recordarlos no le sirvió de gran ayuda. Además, ¿no escribían todas sus obras con el único propósito de hacerse millonarios? No servía de ayuda, coño, pero para nada.

La condensación se acumulaba en los cristales y en el interior de las gafas de esquiar, y la parte superior de su campo de visión comenzó a empañarse. *Perfecto. En breve, estaré ciego. Mister Magoo en una misión de rescate*. Genial. Algo empujó a Alan desde atrás, impulsándolo unos pasos hacia adelante a gran velocidad. Contrajo el rostro por debajo de sus prendas, apretó los labios entre las mandíbulas, y casi se los traga para reprimir el grito alojado en su garganta. Cerró los ojos y se preparó para lo peor. Entonces chocó con varios zombis, pero solo reaccionaron con gruñidos y ligeros empujones. *¿Soy inmune?* Se preguntó Alan. *En todos estos meses, quizá podía haber salido. Es probable que ni siquiera necesite el equipo que llevo. ¿Será eso cierto? No te pongas gallito, le reprendió su cerebro. Buena idea, cerebro.*

El camino en dirección oeste le parecía interminable. Lo que a Alan le resultó muy extraño fue el hecho de no percibir ningún mal olor, encontrándose mezclado entre ellos. Quizá se debiera a que llevaba la nariz y la boca tapadas con la bufanda, pero la cuestión era que parecían prácticamente inodoros. ¿Tendería el mal olor a subir hacia arriba? ¿Estaban perdiendo su tufillo o era solo que estaba insensibilizado? Aunque suponían una visión terrible, el hecho de estar entre ellos recalca la inverosimilitud de su existencia. ¿Cómo resistían? Algunos no eran más

que pellejos que recubrían nervios y tripas colgantes. Cuando algo en movimiento acariciaba su entrepierna, miraba hacia abajo para encontrarse con la mitad, un tercio o un cuarto de zombi que reptaba lentamente por el suelo como si se tratara de un gusano pisoteado. El aspecto más natural de la programación genética era el instinto de supervivencia, pero esto era demasiado.

A medida que Alan continuaba avanzando, la multitud parecía aumentar de tamaño, al tiempo que la distancia entre él y los zombis le resultaba cada vez más corta, más corta, más corta. El tejido de la parka de caza, las innumerables capas de bodys de invierno para bebés, todo le parecía insuficiente. Los cuerpos consumidos de los muertos vivientes, sus huesudos hombros (algunos carentes de brazos), sus angulosas caderas, todos ellos rozaban su abrigo plastificado, con un eco amplificado que le perforaba los tímpanos. Sentía cómo le palpitaban las sienes, por no hablar de su corazón. Reprimió la tentación de gritar. De reír. De toser. Tenía ganas de vomitar. En ocasiones, regurgitaba bilis, pero se la tragaba. *¿Cómo es posible que no perciban mi olor? Debo oler a mil demonios. Es probable que me cague de un momento a otro. ¿Será el olor a mierda un reclamo para la cena? ¿Seguirán ellos cagando?* Aunque mucha gente lo hiciera en el momento de morir, lo de defecar parecía ser algo exclusivo de los vivos. Sin embargo, esas criaturas consumían carne humana. Una vez que se la tragaban, ¿permanecía en sus estómagos o la expulsaban? Viéndolos de cerca, resultaba difícil imaginar que hicieran la digestión. Estaban tan mustios que casi parecían momias. ¿Sentirían necesidad de alimentarse aquellos sin tracto intestinal? ¿Absorberían los nutrientes? Eran tantos los interrogantes.

Alan se sintió el equivalente de Dian Fossey en el campo de los zombis, como si fuera un científico llevando a cabo un estudio contrastivo de especies... solo que más tonto.

Miró al suelo por si había zurullos de zombi.

¿Estoy de la olla? Debo estarlo. Para empezar, ¿qué persona en su sano juicio estaría aquí fuera? El relleno que llevaba comenzaba a parecerle un pañal gigante para el sudor, porque estaba convencido de que lo estaba expulsando a chorros por todos los poros de su cuerpo. Entonces permaneció inmóvil, mientras consideraba su apurada situación y el control que tenía sobre ella. Su mirada no estaba puesta en lo que ocurría al otro lado de sus empañadas lentes, sino retraída hacia adentro, por lo que su profundidad focal se limitaba a sus propios globos oculares. Las criaturas en movimiento le parecían partículas flotantes. Observaba cómo las transparentes gotas danzaban en el humor vítreo situado entre el cristalino y la retina.

De repente, una mosca se posó en sus gafas, provocando que Alan diera un respingo, lo que atrajo desagradables miradas y extraños bufidos. *Ay, mierda. No quiero que me maten por una puta mosca.* El insecto permanecía en los cristales, mientras se acicalaba, o lo que haga una mosca cuando se frota las patas delanteras. Cada vez le resultaba más difícil poder ver, pues la condensación de sus gafas iba aumentando por momentos. Alan comenzó a lanzar miradas en todas direcciones, y

algunas de ellas se cruzaron con los mortecinos ojos de la multitud de zombis. Entonces cayó en la cuenta de que había algo inexacto en sus retratos: los había plasmado con unos ojos simétricos que miraban hacia delante y cuya visión era binocular. Sin embargo, de cerca, pudo comprobar que en la mayoría de los que todavía conservaban sus ojos, estos miraban en distintas direcciones. Uno apuntaba hacia delante y el otro hacia un lado o en dirección a la nariz. Algunos se habían dado la vuelta en el interior de sus cuencas. No obstante, todos ellos eran unos ojos mortecinos, vidriosos y amarillentos. Los zombis se habían convertido en las casas portátiles y orgánicas de las moscas y larvas que entraban y salían de sus múltiples orificios.

Alan tenía dolor de cabeza.

Quizá existiera un término que describiera lo que su estómago estaba experimentando, aunque era probable que solo en alemán y de treinta letras.

De repente, sintió que algo se agarraba a su tobillo, y el pánico esquivó su pierna para alojarse directamente en su colon. Bajó la mirada y, a través de la miasma, vio que un zombi sin piernas y con un solo brazo se había convertido en su autoestopista, al tiempo que una mano como una garra clavaba sus astilladas uñas en el grueso tejido de su peto de caza. *Ay, joder. Ay, Dios mío.* Alan no se atrevía a quitárselo de encima por temor a revelar su humanidad, o lo que es lo mismo, el hecho de que era comestible. *Es posible que si comienzo a moverme se suelte.* Alan comenzó a avanzar con dificultad, con el caradura a remolque, hasta que se vio obligado a detenerse, al no poder mover la pierna que tenía agarrada. Volvió a mirar hacia abajo, forzando la vista para distinguir el obstáculo. Otro zombi se había subido al pasajero de Alan. Alan trató de desenganchar su pierna de la huesuda mano, pero no había forma. En la muerte (o mejor dicho, en la no vida) ¿sería el *rigor mortis* la condición habitual? Hasta que el nuevo autoestopista no se apeara del que lo estaba agarrando, Alan tendría que permanecer clavado en el sitio.

Alan hubiera preferido no ser ateo.

Por fin, el zombi recién llegado se bajó con torpeza de la espalda del pasajero de Alan, lo que le permitió seguir avanzando, mientras se preguntaba cuánto tiempo resistiría ese parásito agarrado a su pantorrilla.

Situada en un gran bloque de apartamentos, la librería Barnes & Noble se encontraba a mitad de camino entre la Segunda y la Tercera Avenida. Mientras caminaba a través de la multitud, Alan cayó en la cuenta de que en realidad esas criaturas no se dirigían a ningún destino. Los que se podían mantener más o menos erguidos se limitaban a arrastrar los pies sin rumbo fijo, guiados por los movimientos del grupo. Eran como plantas mecidas por la brisa. La única vez que los había visto moverse con decisión era a la hora de comer. *Sin embargo, yo sí estoy avanzando con determinación. Quizá se deba a mi lentitud. Debo desprender algún olor.* ¿Habría científicos buscando respuestas en algún búnker subterráneo? Y de ser así, ¿se podría considerar un consuelo?

A medida que recorría la esquina sudoeste de la Segunda Avenida, el pasajero de Alan volvió a engancharse con algo, lo que vino acompañado del ruido del tejido de su peto al rasgarse. Miró hacia abajo y, apenas visible a través de sus empañados cristales, vio al culpable: no se trataba del parásito del zombi, sino de un parachoques oxidado que se había desprendido. Sin embargo, la mano amputada de su huésped continuaba enganchada a la pernera del pantalón de Alan y el resto de su cuerpo se había perdido entre las numerosas y raquíticas piernas. Entonces advirtió una mancha pálida y rosácea. *¿Pintura? ¿Tiza?* Su pálida piel había quedado al descubierto a través de un agujero. *Joder*. Se había hecho una herida con el parachoques. Al comprobar que de su pantorrilla goteaba algo rojo, se quedó paralizado.

En una fracción de segundo, los zombis que se encontraban cerca se pusieron nerviosos, al igual que Alan.

A escasos centímetros de distancia, uno de ellos inclinó la cabeza en un ángulo que dejaba clara su intención: comenzar el baile. *Joder*. Más rápido de lo que Alan hubiera podido imaginar, el zombi se abalanzó sobre él e intentó morderlo, clavando sus dientes en la capa exterior de la parka cercana al hombro. Esa zona tenía menos relleno, por lo que Alan pudo sentir un pellizco. No lo había herido, pero hizo que se cagara de miedo. Alan le propinó un fuerte puñetazo a su atacante y este salió disparado hasta caer al suelo, dejando a su paso un par de dientes.

No obstante, estaba claro: la cena estaba servida.

Olor.

Movimiento violento.

Los compañeros de la criatura comenzaron a avanzar con torpeza en dirección a Alan, pero lo hacían sin malicia, se trataba de pura necesidad. Alan intentaba golpearlos con los puños y los hombros. Estaban débiles, pero eran muchos. Apenas podía ver nada, pero sabía que su destino se encontraba a escasos metros. Sintió más mordiscos, al tiempo que más dedos lo manoseaban y lo agarraban. Oyó que el tejido se rasgaba aún más. Un brazo atravesó la capa exterior de su parka y sintió cómo sobaba la pechera de su mono. Si empezaba a sangrar bodies de invierno, muy pronto sufriría una hemorragia en toda regla. La imagen de sus propias vísceras saliendo disparadas inundó su mente. *¡No, no, no!* Comenzó a retorcerse de lado a lado y el brazo del intruso se partió con un espeluznante crujido. Sin embargo, continuó en movimiento dentro del abrigo y sus huesudos dedos rozaron el pezón derecho de Alan, provocando que se endureciera de una forma bastante inoportuna. *¡Ay, Dios, Ay, Dios, me está metiendo mano un brazo amputado!*

Alan retrajo los brazos, haciendo todo lo posible por comprimirse y parecerse a un misil, y entonces, a pesar de su gran envergadura, corrió echando leches hacia la librería. Muñones y manos esqueléticas trataban de agarrarlo. Al tirarle de la capucha, su cabeza fue llevada hacia atrás y el tejido comenzó a estrangularlo. Alan sintió arcadas, pero siguió adelante. Las gafas de esquiar se le torcieron, dejando un ojo al

descubierto y el otro tapado, mientras los cristales le oprimían el rostro. Con lo aterrorizado que estaba, el repentino flujo de aire en su húmedo rostro le pareció refrescante. *No te las vuelvas a colocar. Sigue adelante. ¡Sigue adelante, cabrón! ¡Hazlo! ¡Joder, que no se me tiren encima! Por favor.* Él continuó avanzando a toda velocidad. Otro par de brazos putrefactos trataron de detenerlo. *¡No me gusta que me abracen! ¡Apártate de mí!* Se hizo a un lado y escapó a todo correr. Medio ciego, vio que se acercaba a su destino. *¡Abridle paso al muñeco de Michelin!*

Aunque Mona no esté allí, aunque todos hayan muerto, yo... A Alan no le venía a la mente ningún pensamiento alentador. *Me quedaré atrapado allí y moriré. Así será. Quizá pueda encontrar cinta adhesiva para arreglar los rasgones, siempre que no me coman vivo ahí dentro.* Alan saltó por encima del escaparate roto, se quitó la bufanda y tiró de uno de los guantes con los dientes. Una vez recuperada su capacidad de movimiento, se volvió a colocar las gafas, ya desempañadas, sacó una linterna y la encendió. Los zombis que entraban a trompicones en el interior del establecimiento le pisaban los talones, aunque la primera avalancha hizo las veces de una cómoda moqueta en la que los demás cayeron desplomados. Alan enfocó su linterna a ambos lados y de arriba a abajo.

—¡Mona! —gritó—. ¡Mona!

No hubo respuesta.

Sin quedarle otra opción, subió la escalera mecánica a grandes zancadas y proyectó el haz de luz en todas direcciones, mientras decidía si debía seguir adentrándose en el establecimiento. Era hombre muerto, pero ¿por qué iba a ponérselo tan fácil a esos cabrones? Mientras avanzaba con dificultad por encima de los montones de libros calcinados y los destrozados expositores, tropezó y se rompió las gafas contra una estantería. Se quitó el otro guante y, a continuación, las gafas.

—Vale —dijo falto de aliento—. Vale. Vale. —Se colocó en cuclillas detrás de la estantería y, permaneciendo agachado, se aventuró a adentrarse en la segunda planta de la librería. Podía oír las torpes pisadas y los voraces gemidos de sus perseguidores. Con una buena motivación, esos hijos de puta sí que sabían moverse.

Mientras salía a gatas del pasillo, tocó algo húmedo y pegajoso con la palma de la mano y, al proyectar la linterna en dirección al suelo, comprobó que estaba cubierto de una capa de sangre semifresca y plagada de pisadas que se extendía hasta la puerta del aseo de hombres.

—Ay, Dios.

Tras ponerse de pie, Alan giró la cabeza para echar un vistazo a la multitud y comprobó que los zombis estaban a punto de alcanzarlo. Ellen tenía razón. Había sido una idea estúpida. Una insensatez. Una gilipollez. Sin tener en cuenta lo que mató al gato, la curiosidad lo arrastró hasta el aseo, mientras sus pasos eran amplificadas por el ruido de succión de la pegajosa sangre a medio coagular. Tras abrir la puerta de un empujón, vio a Mona, acurrucada en posición fetal debajo del lavabo, con los pantalones bajados y el culo y los muslos manchados de sangre.

—¡Mona! Ay Dios mío, ¿qué ha pasado? ¡Mona! ¡Mona!

No hubo respuesta.

Se colocó en cuclillas junto a ella y le tocó la garganta, pero el pulso de Alan iba a tal velocidad que le resultaba difícil comprobar si ella tenía. Presionó su rostro contra el suyo. Estaba caliente. Sintió que un leve aliento escapaba de los fruncidos labios de Mona, y un enorme suspiro de alivio escapó de los suyos.

—¿Mona? —repitió varias veces, sin que ella reaccionara. No obstante, seguía con vida. El sonido de la multitud que se aproximaba le despejó la mente. Se agachó, la levantó del suelo, tragó algunas y profundas bocanadas de aire y abrió la puerta de una patada para ser recibido por los rostros de varias docenas de zombis, cuya avidez tornó en desdén, al recibir una dosis de la magia de Mona.

Y con una alegría manifiesta, Alan comenzó a reírse.

De vuelta en la calle Ochenta y seis, la multitud se replegó y abrió un amplio hueco alrededor de ellos. Alan depositó lentamente a Mona en el suelo y se quitó el deteriorado abrigo, el cual, gracias a Dios, ya no le era necesario. Mientras de la gigantesca parka llovía un torrente de ropita de bebé, los zombis se mantenían alejados, al tiempo que emitían gruñidos. Algunos movían la cabeza de atrás hacia adelante con tal violencia que parecían correr el riesgo de perderla.

—¿No sería una tragedia? —dijo Alan en tono de guasa.

Tras volver a coger a Mona en brazos, Alan comenzó a caminar en dirección a casa. A plena luz del día, pudo comprobar que tenía el rostro, el cuello y los hombros plagados de moratones, además de un profundo corte en la mejilla, los labios partidos y un párpado hinchado y amarillento. Antes de salir de la librería, la retirada de los zombis había permitido que Alan viera en el suelo del baño los restos de Karl, los cuales ni siquiera eran suficientes para que resucitara. Alan ni se molestó en buscar a Eddie, aunque no le faltaron ganas de deleitarse y regodearse frente a su cadáver. Las contusiones y el estado de la ropa de Mona lo decían todo, así que, por él, Eddie merecía pudrirse. Las heridas de Alan se limitaban a rasguños y a moratones, y suspiró aliviado.

En la intersección de la Segunda Avenida con la calle Ochenta y seis, Mona abrió los ojos y, al ver a Alan y el despejado cielo azul, esbozó una enorme sonrisa. Fue lo más hermoso que Alan hubiera presenciado nunca.

—Eh —dijo él, tratando de no empañar su alegría.

—Eh —contestó ella—. Me puedes dejar en el suelo.

—¿Estás segura?, no me importa llevarte en brazos.

—¿Quién eres, Jesús?

Aunque el tono de voz de Mona era monótono, a Alan le sorprendió su comentario.

—¿Ha sido un chiste?

—Anda, bájame ya.

Asombrado, Alan la fue bajando lentamente, hasta que sus pies tocaron el suelo.

Entonces, Mona hizo algunos estiramientos, para que sus piernas se acostumbraran a estar de pie, volvió a ponerse la ropa, se sacó un pedazo de papel plegado del bolsillo y, con una ligera cojera, comenzó a caminar con decisión.

—¿Qué es eso? —le preguntó Alan, manteniendo el mismo ritmo.

—La lista.

Alan se quedó patidifuso.

—¿Estás de broma? —preguntó él tartamudeando—. ¿Después de todo lo que has pasado? Hostia, Mona, tómate el día libre.

—No puedo.

En la primera farmacia que encontraron, Mona cogió Mifepristone para Ellen y ella. Después de haber perdido el conocimiento, no tenía ni idea de hasta dónde había llegado Eddie y, aunque sus partes íntimas eran lo único del cuerpo que no le dolía, no estaba dispuesta a arriesgarse. Era posible que Ellen cambiara de opinión, pero Mona no deseaba, ni remotamente, tener un hijo de Eddie. Alan, al darse cuenta de los fármacos que Mona había elegido, no dijo ni esta boca es mía. Volvieron a salir a la calle y se dirigieron a casa en silencio.

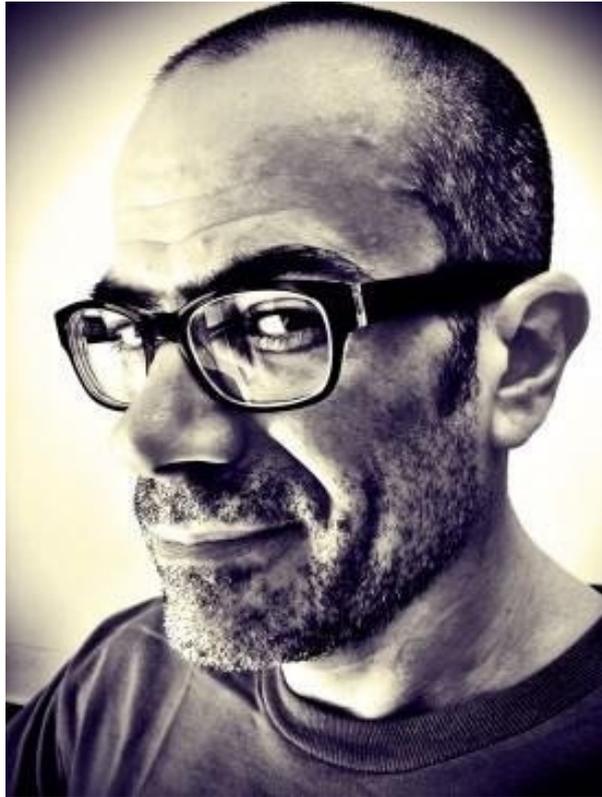
Con el cielo blanquecino por la primera nevada de la estación, Alan se apartó de la ventana. Aunque la congregación de zombis continuaba siendo numerosa, era evidente que cada vez quedaban menos. Después de todo, era probable que Ellen tuviera razón y solo fuera una cuestión de tiempo. Alan volvió a sentarse en la mesa y reflexionó acerca de sus planes para el futuro. Comprar hoteles era siempre arriesgado.

—Colega —dijo Mona, mientras agitaba la diminuta chistera.

Alan la miró. Ella también había cambiado un poco durante los meses que habían transcurrido desde «El incidente de Karl y Eddie». Es probable que nunca llegara a convertirse en Miss Personalidad, pero había mejorado bastante, desde que apareciera en escena por primera vez. Sonreía de vez en cuando y sus frases, aunque breves, no se limitaban a monosílabos. De manera distraída, Ellen se frotaba su abultada barriga, mientras sentía cómo se movía en su interior el hijo de Alan o de Michael. Alan tenía la esperanza de que no fuera suyo, pero solo el tiempo lo diría. Quizá fuera una niña. Tras el suicidio del desconsolado Dave (el cabeza hueca de su desahuciado amigo se encontraba en la calle de abajo mirando al edificio), solo quedaban Alan, Dabney y las dos mujeres, por lo que el ambiente era muy acogedor. Dabney, quien había abandonado su cobertizo en la azotea en pro de una vivienda más convencional, había reducido su consumo de alcohol, aunque se seguía tomando una copita de vez en cuando. Entró en la habitación y abrió un tarro de salsa. Las patatas fritas ya estaban en la mesa.

Se sentó y mojó una.





BOB FINGERMAN (New York, EE. UU., 1964). Escritor y autor de cómics americano, Bob Fingerman ha publicado tanto en revistas para adultos como *Mad*, *Screw*, *Penthouse*, *Heavy Metal* o *El Víbora* como para series, *Las tortugas ninja*, o publicando novela gráfica.

Además, Fingerman también ha escrito varias novelas, siendo *Paria Z* su primera novela publicada en castellano.

Bibliografía

Novelas

2006 —Bottomfeeder

2010 —Pariah

(Paria Z, La Factoría de Ideas, Eclipse n.º 66, 2012)

Novelas gráficas

1993 —White Like She

1997 —Minimum Wage 1

1998 —Minimum Wage 2

2005 —Beg the Question (recopilación de Minimum Wage 1 y 2)

(Salario mínimo: Beg the Question, Dolmen, 2009)

2005 —You Deserved It

2006 —Recess Pieces

2010 —From the Ashes

Novela corta ilustrada

2009 —Connective Tissue

Notas

[1] Jesús construyó mi bólido. <<

[2] Te estoy viendo, nena, moviendo el culo, moviendo el culo... <<